Dos hermanas. Un misterio.
Una vida de lujo y seducción en el Nueva York de finales del siglo XIX.

BELINDA ALEXANDRA

La INVITACIÓN

Rocaeditorial •

La invitación

Belinda Alexandra

Traducción de Efrén del Valle

Rocaeditorial

LA INVITACIÓN
Belinda Alexandra

DOS HERMANAS. UN MISTERIO.
UNA VIDA DE LUJO Y SEDUCCIÓN EN EL NUEVA YORK DE FINALES DEL SIGLO XIX.

París, 1899. Emma Lacasse ha estado separada de su hermana mayor durante casi veinte años, ya que Caroline se casó con un estadounidense rico y se fue de Francia. Así que cuando Emma recibe la petición de Caroline de encontrarse con ella, esto la intriga.

Caroline invita a Emma a visitarla en Nueva York con una condición: debe ayudar a su sobrina Isadora a prepararse para su debut en sociedad.

Caroline vive una vida de excesos y opulencias inimaginables como todas las millonarias de la edad dorada de Nueva York, y Emma pronto se verá inmersa en un mundo de lujo que supera sus sueños más salvajes, muy alejado de su estilo de vida bohemio como arpista y escritora con su amante, Claude, en Montmartre.

Emma espera que el encuentro con su única familia sea emotivo, pero, en lugar de eso, choca con los vicios de su hermana carismática y manipuladora, que se deleita con las maquinaciones de los ricos. Cuando Emma comienza a cuestionar los verdaderos motivos de su hermana, ocurre una catástrofe y la sociedad de Nueva York queda al descubierto: debajo del reluciente exterior hay un nido de engaño, traición, corrupción moral y tal vez incluso de asesinato.

ACERCA DE LA AUTORA

Belinda Alexandra ha sido publicada con enorme éxito en más de catorce países, con más de un millón de ejemplares vendidos. Hija de madre rusa y padre australiano, ha viajado por todo el mundo desde muy joven. Su amor por otras culturas y lenguas es solo comparable con la pasión que siente por su país, Australia. Es integrante voluntaria del equipo de rescate de la asociación NSW Wildlife Information and Rescue Service (WIRES). En Roca Editorial ha publicado sus novelas *Bajo los cielos de zafiro* y *El paisaje de los sueños de oro*.

ACERCA DE LA OBRA

«Una mezcla de *Las amistades peligrosas* y *La Cenicienta*. No podrás parar de leer.»
Better Reading

Índice

Portadilla

Acerca de la obra

Dedicatoria

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34

Nota de la autora

Agradecimientos

Créditos

Para «las chicas»

1

París, 1899

Cuando llegué a la cafetería de la Rue du Faubourg-Montmartre, mis extravagantes amigos ya estaban allí enfrascados en una animada conversación. Claude fue el primero en verme y me saludó con la mano. Los demás se volvieron para ver quién había llamado su atención. Por su expresión de alegría estaba claro que les había dado la buena noticia.

—¡Ahí va nuestro gran éxito literario! —dijo Nicolas. No se había quitado el mono antes de ir a la cafetería y llevaba la ropa y la cara manchadas de pintura amarilla y negra—. ¡Os presento a *mademoiselle* Emma Lacasse, autora de historias de misterio!

Claude se levantó y me dio un beso. Estaba guapo con su traje de pana, la cara bien afeitada y su mata de pelo castaño ondulado. Aunque era francés, rezumaba una sensualidad mediterránea que acentuaba su atractivo. Después de cinco años juntos, aún me hipnotizaban sus ojos grises.

—Supongo que no te importará que les haya contado lo de la novelita antes de que tuvieras la oportunidad de hacerlo tú —dijo, dándome un apretón en la mano—. La noticia es demasiado emocionante para callársela.

—Nos da esperanzas de que nuestros barcos lleguen algún día —dijo Sophie, que se cambió de sitio para que Claude y yo pudiéramos sentarnos juntos—. Qué bonito, por cierto —añadió, clavando sus ojos de muñeca en mi vestido azul marino—. ¿Es nuevo?

Negué con la cabeza.

—No, pero le he puesto encaje en el cuello y los puños.

—¡Hoy invitas tú! —exclamó Robert, peinándose hacia atrás su cabello castaño rojizo. Era poeta, pero su verdadero talento era convencer a otros de que le pagaran las cosas.

—De acuerdo —dije, haciendo señas a Jean-François, el propietario de la cafetería, para que nos trajera un par de jarras de vino y unos vasos.

Aunque el anticipo que había cobrado por la novela difícilmente ahuyentaría a los lobos, tenía ganas de celebrarlo. Después de años enviando textos a revistas literarias, docenas de relatos cortos y unas cuantas obras en un acto, finalmente había escrito algo sustancial.

Belda, cuyo cabello blanco grisáceo, pómulos altos y piel de porcelana recordaban a una reina de cuento de hadas, se me acercó.

—Me gusta el argumento —dijo—. Todas las mujeres que han sido traicionadas por su amante querrían cobrarse su venganza igual que lo hace tu heroína, aunque su retribución es bastante accidental. ¿Qué estás escribiendo ahora?

—Estoy acabando otra novela corta titulada *El gato misterioso*… y varios relatos —respondí—. Después intentaré escribir mi primera novela extensa.

—¿Ya tienes alguna idea? —preguntó—. Tendrías que incluir a un personaje que sea arpista. Lo que conoces siempre es útil a la hora de escribir.

Mientras le exponía mis ideas, abrió su cuaderno de bocetos y empezó a dibujar furiosamente. Belda era una de mis excéntricas favoritas de Montmartre. De joven era una artista prometedora, pero su marchante la explotaba. Cuando intentó despedirlo, él le aplastó la mano derecha con un tórculo. No se había percatado de que Belda era zurda, y el juicio posterior la hizo famosa y disparó la cotización de su obra. Con el dinero de la indemnización, compró en la Rue Girardon una casa con jardín cuyas dimensiones le permitían alquilar varias habitaciones, y se daba una buena vida con su colección de gatos, perros, ocas y cabras rescatados. También dirigía galerías de arte y en ocasiones ejercía de crítica literaria. Fue Belda quien me presentó a mi editor.

Cuando hubo terminado, me tendió el dibujo. Había captado fielmente mi rubio níveo, mi cuello esbelto y mis hombros y brazos delgados. Curiosamente, también había logrado plasmar mi mirada ausente.

Jean-François llegó con el vino y los vasos, y dejó un ejemplar de mi colección de relatos cortos, *Histoires de fantômes*, encima de la mesa para que lo firmara. Siempre me emocionaba al ver la portada de tela amarilla con mi nombre grabado en oro encima del título.

—Lo pondré con orgullo en el mostrador y le diré a la gente que *mademoiselle* Lacasse es una de mis clientas habituales —dijo.

—Míralos —susurró Sophie, señalando a una pareja que nos observaba desde la otra acera.

La mujer llevaba un vestido de buclé con mangas pierna de

cordero y cuello y canesú de satén. Su acompañante también iba muy elegante con un traje de rayas, solapas en punta de lanza y un sombrero estilo Homburg. No podían desentonar más en aquella calle cubierta de estiércol, pero nos miraban a nosotros y a la cafetería como dos niños asomados al escaparate de una tienda de chucherías.

—¡Venid, venid! —exclamó Jean-François—. ¡Venid a beber en una auténtica cafetería bohemia donde los artistas, bailarines y escritores más interesantes se pasan el día fraguando ideas maravillosas!

Su invitación fue como agitar una zanahoria delante de un burro. La pareja se miró, cruzó la calle a toda prisa y se sentó entusiasmada a la mesa que les ofrecía Jean-François. Claude y yo intercambiamos una sonrisa.

—¡Qué guantes! —dijo Sophie, cautivada por el atuendo de la adinerada dama—. ¡Amarillo claro, imagínate! Probablemente se los pone solo una vez y luego los tira. —Suspiró de envidia—. Estoy convencida de que nunca tiene frío. Seguramente no sale de la cama hasta que los sirvientes han encendido las chimeneas. A mí me aterra este invierno. El estudio de Vauclain siempre está helado y, aunque tiene dinero, protesta si le pido que eche más carbón a la estufa.

—Una vez fui a cenar a casa de Vauclain —dijo Belda—. Se guardó su mejor botella de vino para él y sirvió uno más barato a sus invitados.

Todos nos echamos a reír.

—Eso mismo hará Robert algún día —dijo Claude—. Si es que alguna vez nos invita a cenar.

Robert se unió al jolgorio. En nuestro pequeño grupo de artistas nos tomábamos el pelo sin compasión, pero siempre nos apoyábamos unos a otros. Pese a la avaricia de Robert, nos gustaban sus fanfarronadas y disfrutábamos oyendo sus historias, sobre todo de su época trabajando en un circo.

Mientras los demás seguían hablando, me fijé en el brazo delgado de Sophie cuando cogió su copa de vino. Era todo piel y huesos, y no podía permitirse perder más peso si quería seguir trabajando como modelo de artistas. Pedí sopa de champiñones y pan y después fingí que era demasiado para mí y se la pasé.

—Gracias —dijo antes de probar una cucharada—. Mi hermana, la de Pont-Aven, vuelve a vivir conmigo. La quiero, pero me vuelve loca. ¡Insiste en cocinar para mí, pero, o se pasa con la sal, o se quema la comida! No tengo dinero para ir constantemente al mercado.

—¿Por qué vive contigo?

—Ella y su marido han vuelto a discutir. Es un bruto que se pone violento cuando bebe. Yo ya le dije que no se casara con él.

—Al menos podéis recurrir la una a la otra en tiempos de

necesidad —dije—. Compensa que te vuelvan loca.

Mientras hablaba, me percaté de que Claude estaba escuchando. Se tiró del lóbulo de la oreja, pero no dijo nada.

Robert empezó a contar una historia sobre unas hermanas siamesas a las que conoció en el circo.

—Una era contralto, y la otra, soprano, y era precioso escucharlas…

Claude me tocó la mano y ladeó la cabeza en dirección al reloj colgado en la pared de la cafetería.

—Deberíamos irnos si quieres ver a tu editor antes de que se vaya —me recordó.

Nos despedimos del resto y entramos en la cafetería para pagar a Jean-François, que buscó debajo de la barra y entregó a Claude un sobre con dinero.

—Esta semana he vendido casi todas tus postales —dijo—. No tardes en traerme más.

Claude se guardó el sobre en el bolsillo sin mirarlo y asintió. Los bocetos llevaban la firma de «Jolic oe ur», que para Claude era el equivalente a un seudónimo. Dibujaba escenas parisinas y las vendía en varias cafeterías y tiendas para turistas para financiar sus obras de arte más serias.

—Y para usted, *mademoiselle* —dijo Jean François—, tengo un paquete aún más grande. —Me entregó un montón de sobres atados con un cordel—. Sus admiradores aumentan cada día. Llegaron todas de golpe.

¡Si todas las cartas fueran de mis admiradores! Me metí el paquete debajo del brazo antes de que Claude viera los sobres amarillos de Roche & Associates, los acreedores.

—El editor te aconsejó bien cuando dijo que no les dieras tu dirección a los lectores —comentó Claude cuando salimos a la calle—. Pronto tendrás que contratar a una secretaria.

Mi sonrisa era más bien una mueca. No me gustaba guardarle secretos a Claude, pero no era rico. Lo último que quería era que hiciera un esfuerzo heroico para salvarme. Mis deudas eran mi problema y tenía que afrontarlas yo sola.

Mi editor, *monsieur* Plamondon, tenía su oficina en la Rue Auber, en el noveno *arrondissement*. Cuando su empleado anunció mi llegada, me recibió con una amplia sonrisa que mostraba el hueco que tenía entre las dos paletas. Tuve suerte de que Belda me presentara a *monsieur* Plamondon. No solía aceptar a nuevos escritores y, en materia de ficción, sus criterios eran exigentes. «En su género hay demasiados escritores de segunda, *mademoiselle* Lacasse —me dijo

cuando lo conocí—. La presionaré para que mejore con cada obra nueva.»

—*Mademoiselle* Lacasse —dijo ahora—, ¡es un placer verla! —Señaló con la cabeza las cartas que llevaba debajo del brazo—. Veo que le ha llegado la correspondencia que le enviamos a la cafetería. El número de cartas aumenta cada día. ¡Ha hecho felices a un montón de lectores!

—Eso parece —dije mientras ocupaba el asiento que me ofrecía.

Unas estanterías de caoba atestadas de novelas cubrían todas las paredes de su despacho. En el aire se percibía una curiosa mezcla de olores: libros viejos y mohosos y tinta fresca de los documentos que se amontonaban sobre la mesa.

—Cuénteme, ¿en qué está trabajando ahora mismo? —dijo.

Le hice un resumen de la novela corta, que trataba de una mujer que se reencarna en gato y visita a sus amigos y parientes para descubrir qué pensaban realmente de ella cuando estaba viva.

—También estoy trabajando en varias ideas para una novela. Por alguna razón, sigue viniéndome a la mente la imagen de dos hermanas, dos hermanas con un secreto.

Monsieur Plamondon arrugaba la cara cuando yo hablaba y la relajaba de nuevo cuando hacía una pausa. Era como si fuera una esponja que intentara absorber cada una de mis palabras.

—Lo que me sorprende de usted, *mademoiselle* Lacasse, es que cuando viene se la ve tan fresca e inocente como un diente de león en el campo. Estoy bastante seguro de que sería usted incapaz de hacerle daño a otro ser humano o incluso desearle mal. Sin embargo, sus historias revelan el lado oscuro de la naturaleza humana. Me parece fascinante.

—A lo mejor nos atrae lo contrario de lo que somos —le dije—. Mis historias de amores que duran más allá de la tumba, muertes truculentas y una tristeza infinita a menudo me sorprenden. Nunca me he considerado macabra, pero mis escritos con frecuencia lo son.

—Pues claro que nos fascinan nuestros opuestos. Era el caso de mi difunta esposa, y el mío, desde luego. Ella vivía solo a un volumen: fuerte. Yo, en cambio, siempre valoré la tranquilidad. —*Monsieur* Plamondon se recostó y cerró los ojos un momento, como si estuviera deleitándose en el silencio de su despacho. Luego sonrió—. He oído que tocó usted el arpa para una producción del Théâtre de l'Oe uvre. No sabía que era usted una arpista consumada.

—Mi abuela me enseñó cuando era pequeña, hasta que su artritis se lo impidió. Entonces contrató a una profesora. Mi abuelo era médico, pero también un gran pianista. Por lo visto, se enamoraron tocando dúos.

Monsieur Plamondon aplaudió.

—Una manera perfecta de enamorarse. Es una lástima que no escriba usted ficción romántica. Sería una buena historia.

Cuando llegó la hora de irme, *monsieur* Plamondon buscó entre los papeles de su mesa y me entregó un libro escrito en inglés: *El despertar*, de Kate Chopin.

—Un compañero estadounidense me envió esto. Es excelente. Me gustaría saber si puede leerlo y darme su opinión como mujer. A cambio, yo le mandé *Historia de una casa solitaria*, por si cree que puede haber lectores estadounidenses para su obra.

—Espero que los haya —respondí satisfecha—. Que me publicaran en inglés sería maravilloso.

Estados Unidos tenía una población de más de setenta millones de habitantes, el doble que Francia. Tener lectores allí podía salvarme de mis problemas económicos.

—Trata de una mujer que deja a su marido y a sus hijos para buscar su libertad personal —dijo *monsieur* Plamondon, señalando la novela de Chopin—. La historia está ambientada en Luisiana. Usted nació allí, ¿verdad?

—Me fui de Estados Unidos cuando aún no había cumplido dos años —dije—. La plantación en la que nací fue destruida en la guerra de Secesión y mis padres murieron de fiebre amarilla. Vine a vivir con mi abuela materna y…, aquí, en París.

Estuve a punto de mencionar a Caroline. Tenía mucho cuidado con a quién le hablaba de mi hermana, ya que explicar nuestro distanciamiento resultaba demasiado doloroso. La hermana de Sophie la volvía loca, pero al menos se tenían la una a la otra. En mi caso, era como si Caroline no existiera.

Monsieur Plamondon se frotó la barbilla.

—Luisiana tiene una atmósfera inquietante, llena de fantasmas y vudú. ¿Escribirá sobre ella algún día? Aunque era muy pequeña cuando se fue, es increíble lo que puede alojarse en nuestro subconsciente.

Cuando volví por la tarde a mi apartamento de la Rue Jacob, me sorprendió encontrarme a mis huéspedes, la señora Cutter y su hija Elizabeth, tomando té en el salón. Imaginaba que aún estarían visitando museos y galerías de arte.

—¡Oh, *mademoiselle* Lacasse, París es un sueño! —dijo la señora Cutter con los puños cerrados sobre el regazo—. Hemos decidido no ir hoy al Louvre porque todas estas calles parecen un cuadro. Paseamos por la Rue de Rivoli, y allá donde miráramos había algo bonito. Incluso los encajes expuestos en la mercería son un placer para la vista.

—Mire esto, *mademoiselle* Lacasse. —Elizabeth señaló un jarrón con rosas plateadas que había encima de la mesita—. ¿No le parecen divinas? La florista dijo que eran las favoritas de Josefina Bonaparte.

Sonreí y me agaché para inhalar la fragancia a té dulce que emanaban las rosas. Estaba segura de que en Boston, de donde provenían la señora Cutter y su hija, las rosas eran igual de hermosas, pero, como muchas estadounidenses que se hospedaban en mi casa, veían la civilización francesa como algo más antiguo, rico y elegante que la suya. Por eso, cuando sus maridos empezaban a triunfar en los negocios, venían a verme con sus hijas adultas para que pudiera enseñarles el gusto, el ingenio intelectual y el sofisticado encanto por los que eran famosas las parisinas. Les ofrecía alojamiento, pero también clases de francés y etiqueta.

—Y mira qué bonito es el vestido de *mademoiselle* Lacasse, Lizzie —dijo la señora Cutter mirándome con admiración—. Desde luego, tiene ese *je ne sais quoi* francés. *Mademoiselle* Lacasse, tiene que presentarnos a su modista mientras estemos aquí.

Lo cierto era que compraba toda mi ropa en las rebajas de Le Bon Marché. Siempre procuraba elegir el vestido más sencillo y mejor confeccionado que pudiera permitirme y después añadía algunos adornos aquí y allá: unos bordados, un toque de encaje o un broche elegante. Pero, por supuesto, eso no podía contárselo a la señora Cutter, como tampoco podía contarle que yo también había nacido en Estados Unidos. Como decía Voltaire, la ilusión es el primero de los placeres. Lo que ofrecía a mis huéspedes era mejor que la realidad. Les daba París sin el funcionariado, el chovinismo, la pobreza y la carne de caballo putrefacta disfrazada con una rica salsa.

—Debo atender mi correspondencia —les dije. Cogí del aparador el correo que había llegado directamente al apartamento y lo añadí al montón que ya llevaba en la mano—. Pero podemos vernos antes de cenar y practicar francés para celebraciones sociales. Mientras tanto, ¿por qué no repasan los nombres de los platos franceses que les di ayer?

La señora Cutter y Elizabeth aceptaron el plan con entusiasmo. Las dejé allí intentando pronunciar correctamente *consommé de volaille à la Sévigné* y *pommes de terre à l'anglaise* y fui a mi habitación, cerré la puerta y dejé las cartas en mi escritorio, al lado de la foto de *grand-maman*.

—*Salut*, *grand-maman* —dije, y seguí con el dedo el contorno de su rostro bondadoso. Me reconfortaba verla a diario, pero también me entristecía.

Debajo del marco había un trozo de papel doblado perteneciente al diario en el que anoté las últimas palabras lúcidas que me dijo:

No le temo a la muerte. Solo lamento dejarte sola, Emma, porque sé que tienes un corazón sensible y que la tristeza será profunda. No estés triste, mi niña, porque siempre estaré contigo, cuidando de ti. Mi amor estará contigo para siempre.

Me senté a la mesa y junté las manos.

—Yo también te querré siempre, *grand-maman*. Ayúdame, por favor.

Extendí las cartas y postales encima de la mesa. Los sobres amarillos me provocaban impotencia. Había más que la última vez, y en esta ocasión llevaban el sello de urgentes.

En el fondo, siempre había sabido que algún día perdería a *grand-maman,* pero imaginaba que se quedaría dormida al lado del fuego y se iría de este mundo al siguiente. Era una persona demasiado buena, demasiado cariñosa, demasiado dulce para sufrir. Al principio supuse que el dolor en el abdomen, la repentina debilidad y la pérdida de apetito eran signos de que se hacía mayor, y se me heló la sangre cuando el médico me dijo que era cáncer. Hipotequé el apartamento para pagar las costosas radiografías y llevarla a Alemania, donde un médico utilizaba hipertermia localizada para reducir los tumores de los pacientes. Nada sirvió. Soportó el dolor y afrontó la muerte con dignidad mientras yo luchaba y luchaba. Desde el momento en que el alma abandonó su cuerpo, su pecho se hundió y sus rasgos perdieron su expresividad, tuve una nueva compañera que caminaba conmigo a diario: la tristeza.

Y ahora los acreedores iban a por mí.

Abrí el sobre de Roche & Associates con la fecha más reciente, pero no me vi capaz de desdoblar la carta. En lugar de eso, levanté una esquina y miré como si estuviera contemplando a una peligrosa víbora. Igual que las notificaciones anteriores, estaba mecanografiada, lo cual resultaba más amenazador que si viniera escrita a mano.

Leí el texto:

La suma pendiente sigue impagada a pesar de nuestros recordatorios previos. La instamos a que contacte con nosotros de inmediato. Si no recibimos noticias suyas a los catorce días de la recepción de esta carta, nos veremos obligados a remitir este asunto a los tribunales, donde sus incumplimientos constantes podrían conllevar pena de cárcel.

Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Cómo era posible que hubiera acumulado una deuda tan formidable? Antes de que *grand-maman* cayera enferma podía mantenernos a las dos con mis clases y recitales de arpa y con los textos publicados. Ahorrando concienzudamente, incluso la llevaba al balneario de Vichy una vez al año para que aliviara su artritis. Pero aquellos días de feliz abundancia eran un recuerdo lejano. Cuando ella tenía dolores, yo

también los tenía. Era insoportable. No podía tocar el arpa. No podía escribir. ¡Ahora necesitaría un milagro para devolver todo ese dinero!

Guardé los sobres amarillos en el cajón del escritorio junto a las otras cartas de Roche & Associates y, con manos temblorosas, intenté distraerme con la correspondencia de mis lectores. La gente que disfrutaba con mis historias era mi salvación. Quizás algún día sería una escritora de éxito y podría dejar atrás aquella etapa oscura. Pero ese momento no acababa de llegar.

2

*E*l domingo, Claude y yo nos montamos en un tren en la Gare du Nord rumbo a Pierrefitte, un pueblo situado al norte de París en el que vivía su familia. Era un trayecto de tan solo veinte minutos, pero parecía que estuviéramos viajando a otro país. En el pueblo no había gran cosa aparte de una panadería, un bar con licencia para vender tabaco y una óptica con un cartel que eran unas gafas gigantescas.

—Huele —dijo Claude cuando nos dirigíamos a casa de sus padres, y extendió los brazos para respirar hondo.

Yo seguí su ejemplo. El aire tenía esa frescura especial que se aferraba a las fosas nasales y te acariciaba los pulmones. Me alegraba haber salido de París y huir de mis problemas, aunque fuera por poco tiempo.

—Te imagino aquí de pequeño —dije, pellizcándole el brazo juguetona—. El travieso Claude corriendo por las calles del pueblo con los calcetines bajados.

—Los escritores siempre imaginando cosas —respondió, cogiéndome de la mano—. Era un lugar bonito para un niño, pero para un adolescente con un poco de imaginación resultaba agobiante. Una vez pinté de dorado una manzana de cada árbol del huerto de *madame* Léger. Pensó que era un milagro y se lo dijo al cura. Cuando investigó, sospechó de mí inmediatamente e informó a mi padre, que me dio una azotaina. Algunas ancianas del pueblo aún hablan de mí como si fuera una especie de demonio. No sabes la suerte que tuviste de criarte en París.

La casa familiar de los Tremblay era un edificio de tres plantas construido con piedra gris. El tejado describía una pendiente pronunciada y las paredes estaban cubiertas de hiedra. Era una casa burguesa respetable para una familia burguesa respetable liderada por el padre de Claude, que era contable en una empresa de cortinas.

Nos soltamos la mano y enfilamos el camino, pasando junto a los perales y ciruelos, teñidos de sus tonos otoñales, hasta llegar a la

puerta principal. Antes de llegar, salieron cuatro niños y nos rodearon.

—¿Cuál es la contraseña mágica? —preguntó Marie. A sus siete años, era la mayor de los sobrinos de Claude—. Si no la decís, no podéis entrar.

Claude se rascó la barbilla.

—¿Contraseña? Déjame ver… Es… ¡«hipo»!

Los niños se echaron a reír tapándose la boca.

—No —dijo Cosme, que tenía cuatro años. Con su cara regordeta y sus rizos rubios, era un modelo perfecto para un querubín.

—¿Es «calabaza»? —pregunté, intentando recordar cuál era la palabra secreta la última vez que estuvimos allí.

—¡No! —gritaron Paul y Louis, los gemelos.

Para darnos una pista, Marie se metió un dedo en la nariz y lo volteó.

—*Eeecs* —dijo Claude haciendo un mohín—. ¡No será «moco»!

Los niños asintieron y se fueron corriendo por un lateral de la casa riéndose y empujándose entre ellos.

—¿Por qué a los niños les fascinan siempre las cosas desagradables? —preguntó Claude, encogiéndose de hombros.

—Porque aún no han aprendido a ser serios —dije.

Dentro de la casa nos recibió el dulce aroma de las patatas duquesa, el acompañamiento favorito de la madre de Claude, que asomó la cabeza, inmaculadamente peinada, y sonrió al vernos.

—Papá estará contento de que hayáis llegado a tiempo —dijo, y nos besó en la mejilla—. Ya conoces ese dicho suyo tan irritante: «¡Si llegas pronto, llegas a tiempo!».

Aunque rondaba los sesenta años, *madame* Tremblay tenía la complexión flexible de una chica. De joven había sido cantante de la Opéra-Comique y, si bien tenía un aspecto respetable con su vestido de algodón a rayas y su delantal almidonado, todavía irradiaba el magnetismo y la energía de una artista. Claude había heredado su carisma.

Madame Tremblay dejó que la sirvienta, Anouk, diera los últimos toques a la cena y nos acompañó al salón, donde el padre de Claude y Albert, su hermano, estaban tomando *crème de cassis*. Albert se había unido a *monsieur* Tremblay en el negocio de las cortinas y vivía con su mujer, Lucie, en la casa contigua. Padre e hijo podrían haber sido gemelos, con su cara redonda, sus gafas, sus trajes a cuadros y sus relojes de bolsillo.

—Emma, estás espléndida, como siempre —me dijo *monsieur* Tremblay.

—¿Qué es ese traje que llevas? —le preguntó Albert a Claude con una sonrisa divertida—. Pareces un dandi.

—Gracias —respondió Claude, que convirtió la pulla en un

cumplido—. Se hace lo que se puede.

Claude se había ido a Montmartre cuando tenía dieciocho años para disfrutar la libertad de la vida del artista, así que él y Albert eran antitéticos en muchos sentidos. Sin embargo, a pesar de sus diferencias, se intuía que, si a alguno le ocurría algo, el otro lo dejaría todo para estar al lado de su hermano.

Fuera pude oír a Lucie y a Agathe, la hermana de Claude, llamando a los niños, que estaban en el jardín.

—Venid a lavaros antes de la cena —dijo Lucie—. ¡Cosme, pero qué pinta! ¿Cómo llevas tanta tierra en la cara?

—¿Dónde está Franc? —preguntó Claude, refiriéndose a su cuñado.

—El mejor caballo de *monsieur* Durand tiene un absceso —respondió *monsieur* Tremblay—. Franc ha ido a drenárselo.

Claude puso cara de asco.

—Qué vida la del veterinario.

Anouk informó a *madame* Tremblay de que la cena estaba servida. La madre de Claude se quitó el delantal y nos indicó que fuéramos al recargado comedor, con sus paneles de madera oscura y su mesa y aparador de estilo imperio.

Los niños ocuparon su sitio, a excepción de Cosme, que pasó de largo y se sentó en mi regazo, apoyando su pesada cabeza rubia en mi pecho.

—Me gusta Emma —dijo—. Es del mismo color que yo.

—Deja a Emma y siéntate en tu silla —le dijo Lucie a modo de suave reprimenda.

Cosme olía a jabón Castile, y el calor de su cuerpo contra el mío era reconfortante. Experimenté una sensación de pérdida cuando se bajó de mi regazo y apoyó la cabeza en el brazo de su madre.

Madame Tremblay sonrió.

—Siempre has sido su favorita, Emma. Cosme tiene ojo para las mujeres atractivas.

—Igual que Claude —bromeó Albert.

A medida que avanzaba la cena, la conversación fue animándose y los temas oscilaron desde los preparativos para la Exposition Universelle de París hasta la mejor manera de hacer un *bouquet garni*. Me maravillaba que la familia de Claude pudiera hablar al unísono y, aun así, entenderse. Mi mirada se desvió de sus rostros alegres y se posó en el retrato familiar que colgaba delante de la chimenea. En la imagen, *monsieur* y *madame* Tremblay estaban sentados con Albert, Lucie, Franc, Agathe y Claude, y a su alrededor se veía a los niños. Bonfils, el viejo perro pastor de la familia, se encontraba junto a la silla de *monsieur* Tremblay. La fotografía era de hacía solo un año, pero yo no aparecía en ella. Los retratos familiares no incluían a las

prometidas, y menos aún a las «novias».

Claude y yo estábamos disfrutando tanto de la compañía de su familia que perdimos la noción del tiempo y se nos escapó el último tren a París. No era la primera vez que ocurría, y *madame* Tremblay guardaba para mí un camisón y un cepillo en la habitación de invitados del segundo piso.

La observé mientras retiraba las colchas de la cama y ahuecaba las almohadas. Cada uno de sus movimientos destilaba la elegancia de una persona que había sido entrenada para el escenario. ¿Se arrepentía a veces de haber renunciado a su carrera por su marido y su familia?

Como si me hubiera leído la mente, me dio un beso de buenas noches y me miró a los ojos.

—Le pediré a mi marido que hable con Claude. Cinco años haciéndote esperar son demasiados. Te quiero como nuera. Quiero más nietos.

Deseaba responder que sería la suegra perfecta. Incluso las cosas sencillas que *madame* Tremblay hacía por mí —prestarme libros que le habían gustado o recoger flores del jardín y prepararme un ramo para que lo colocara en mi escritorio— me reconfortaban. Eran cosas que *grand-maman* hacía cuando se encontraba bien, y lo eran todo para mí. Pero, por lealtad a Claude, solo sonreí al oír su comentario. Él ya había expresado en numerosas ocasiones su opinión sobre la «institución burguesa del matrimonio».

Cuando *madame* Tremblay se fue, me puse el camisón y me metí en la cama. Las sábanas desprendían un delicioso olor a agua de lavanda y hundí el rostro en la suave almohada mientras escuchaba al resto de la casa preparándose para descansar. Anouk estaba cerrando las ventanas y, en la habitación situada encima de la mía, donde dormían los padres de Claude, crujieron los tablones del suelo. Al final, en la casa reinaba un silencio tan profundo que todo mi cuerpo se puso alerta. No había ruido de la calle y, de no ser por la reluciente luna, la habitación habría quedado envuelta en una oscuridad absoluta. No era como las noches que pasaba en casa de Claude en Montmartre. Allí llegaban las risas y la música de los cabarets y las salas de baile hasta la madrugada, y no era infrecuente oír el gemido de un hombre satisfaciéndose con una prostituta en el callejón.

Alguien llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Cuál es la contraseña? —susurré.

—*Amour* —dijo Claude en voz baja.

—Puede entrar.

Claude, vestido con su pijama, cerró la puerta, apartó la colcha y se deslizó a mi lado. Luego me pasó el brazo por la cintura y se acurrucó conmigo.

—Tendrás problemas con tu padre —dije—. No estamos casados.

—Seremos silenciosos —respondió—. He estado observándote toda la noche y pensando lo mucho que me gustaría pintarte desnuda.

Claude cogió el dobladillo del camisón y me lo subió por encima de las caderas. Con la otra mano deshizo el nudo del cuello y me deslizó los tirantes por los hombros, besándome la piel con sus labios cálidos.

—Quedaría un desnudo precioso —dijo.

—¿Quieres que pose para ti? ¿Quieres destruir mi reputación por completo?

Giró mi cuerpo hacia él.

—Sería un cuadro solo para mí. Luego, cuando estés ocupada escribiendo, podré seguir admirándote.

Deslizó los dedos suavemente entre mis piernas y me rendí al placer de su tacto, pero cuando gemí, pegó sus labios a los míos. Después me perdí mientras su boca viajaba por mi cuello hasta mis pechos y su mano seguía llevándome más y más hacia el éxtasis. Extendí la mano y palpé su dureza, masajeándolo hasta que él también tuvo que morderse los labios para contener los gemidos. Aunque deseaba que entrara en mí y me poseyera por completo, nos dimos placer con la mano hasta que ambos hubimos acabado. Después yacimos abrazados escuchando el silencio.

—Quiero casarme contigo y tener hijos —dije.

No contestó. No era necesario. Habíamos mantenido aquella conversación muchas veces y siempre acababa de la misma manera.

—Te quiero y deseo una familia a la que amar —continué—. Quiero sostener a un niño como Cosme y ver a una niñita precoz como Marie convertirse en una mujer hermosa. Ya no quiero estar sola.

—Te gustan mis sobrinos porque puedes devolverlos. No los querrías todo el tiempo, Emma. ¿Cuándo escribirías? ¿Cuándo pintaría yo? Como te he dicho muchas veces, mi madre renunció a una carrera espectacular para casarse con mi padre. Yo nunca te pediría que hicieras tal sacrificio.

Cerré los ojos con fuerza para evitar que se me saltaran las lágrimas. Para Claude era fácil rechazar la idea de la familia porque ya tenía una. Sí, su madre había renunciado a su carrera profesional, pero parecía contenta y satisfecha rodeada de sus hijos y nietos. No la había oído quejarse ni una sola vez. Noté un dolor punzante en el estómago, un dolor provocado porque deseaba algo profundamente, pero no creía poder tenerlo. Alguien de mi pasado me había enseñado que mis sueños no eran tan importantes como los de los demás.

—Te quiero, Emma —dijo Claude, apoyando la mejilla en mi cuello—. No estás sola.

Su respiración se volvió más fuerte y profunda, y pronto estaba

dormido. Pese a sus palabras tranquilizadoras, me invadió la tristeza y contuve un sollozo. «Estoy sola», pensé. Qué increíble era tener familia, pero los que habían nacido en una no le daban ninguna importancia. Yo solo tenía a *grand-maman* y ahora se había ido. Caroline no era una fuente de amor y apoyo. Quizá, si tuviera padres, hermanas y hermanos con los que pudiera contar, no sentiría que el abismo se abría bajo mis pies. Podríamos solucionar juntos el problema de mis deudas. Pero, aunque tuviera todo eso, querría marido e hijos.

Escribir me infundía la sensación de que estaba haciendo algo maravilloso e importante, pero también anhelaba amar plenamente desde el corazón y cuidar a una familia de manera altruista. Tenía el pálpito de que, si solo me dedicaba a escribir, podía acabar siendo una egocéntrica. No quería eso. No quería ser como mi hermana.

A primera hora de la mañana, Claude y yo volvimos en tren a París cargados con zanahorias, nabos, espinacas y puerros del huerto de *madame* Tremblay. El aroma a productos frescos era vigorizante y me hizo sentir como si estuviera tumbada en un huerto en flor y me hubiera fusionado con la tierra. Aunque el trayecto era corto, *madame* Tremblay también nos había preparado «para el viaje» unos bocadillos de queso y tomate a la parrilla envueltos en papel marrón. Era una mujer que disfrutaba cuidando a la gente.

También había cumplido su promesa de animar al padre de Claude a que hablara con él de matrimonio. Cuando cruzábamos el jardín rumbo a la estación, nos dijo:

—Espero un anuncio a finales de año. Los dos acabáis de cumplir veintiséis. ¡Ya no sois unos críos!

Cuando llegamos a la Gare du Nord, tendí a Claude las verduras que llevaba. Mi sirvienta, Paulette, era muy exigente a la hora de elegir los productos en el mercado.

—Dáselas a Sophie —le dije—. Tiene a su hermana con ella y seguramente les vendrá bien un poco de comida extra.

Me dio un beso de despedida.

—¿Vendrás a cenar esta noche? Si quieres, tráeme lo que estás escribiendo. Me gustaría ver cómo avanza.

Cuando volví a mi apartamento, la señora Cutter y su hija habían salido, y Paulette estaba en la cocina preparando una tarta de espinacas. Desde que era niña, asociaba los aromas de la masa horneándose y el queso derritiéndose con la sirvienta de la familia.

Paulette sonrió al verme en el umbral y se apartó un mechón de cabello plateado que se había escapado de su impecable moño.

—Estoy usando queso fresco —dijo—. Era la receta favorita de tu

abuela.

—¡Genial! Voy a escribir un rato y luego podemos comer juntas.

Fui a mi habitación, cambié los zapatos por unas pantuflas, saludé a la foto de *grand-maman* y me senté a escribir. Estaba fingiendo que todo era normal y que el desastre no acechaba. Había vivido tantas experiencias inquietantes en los últimos años que cada vez me resultaba más difícil enfrentarme a las nuevas. Mi capacidad para abordar un problema de manera lógica y eficiente se había esfumado.

Pero no podría escapar por mucho tiempo. En cuanto me puse a escribir, Paulette entró corriendo en la habitación.

—Ha venido un hombre a verte —susurró—. Lo he hecho esperar en la puerta. No me ha dado su nombre y no confiaba lo suficiente en él para dejarlo entrar.

Fruncí el ceño. ¿Quién podía ser? Si era un ladrón o un pillo, ¿cómo le había dejado pasar el conserje? Entonces recordé que Paulette había reaccionado igual cuando Nicolas vino a hacerme un retrato para la exposición. Al ver su ropa manchada de pintura, dio por hecho que se trataba de un vagabundo.

Pero el hombre al que encontré en el umbral no era un ladrón ni un vagabundo. Llevaba un traje negro a medida y daba la impresión de que llevaba un buen rato esperando pero no tenía prisa.

—¿*Mademoiselle* Lacasse? Soy *monsieur* Ferat, de Roche & Associates.

Empezó a sudarme la espalda y estaba demasiado conmocionada para hablar.

Como no respondía, *monsieur* Ferat me observó con curiosidad.

—He pensado que podríamos hablar.

Entonces miró a Paulette, que estaba asomada en la cocina con una sartén en la mano. Sabía que había contraído algunas deudas tras la enfermedad de *grand-maman,* pero no conocía la envergadura. Tampoco sabía que me había gastado el dinero que ella ahorró para la vejez de nuestra leal sirvienta.

Le pedí a *monsieur* Ferat que me siguiera al salón. Observó los muebles, elegantes pero desgastados, y los cuadros, de buen gusto pero poco valiosos, antes de volverse hacia mí.

—Paulette, tráenos té, por favor —le dije.

No quería animar a *monsieur* Ferat a quedarse, pero tampoco quería que Paulette oyera lo que iba a decirme. Mientras ella estaba ocupada en la cocina, *monsieur* Ferat fue directo al grano.

—La única manera de pagar su deuda es vender este apartamento —dijo con un tono casi paternal—. No parece usted una joven que quiera ir a la cárcel o quedarse en la calle.

—En la última carta me concedían catorce días —respondí.

En los últimos tres años no se había obrado un milagro para salvar

a *grand-maman* o saldar mis deudas, así que era improbable que fuera a producirse uno a corto plazo, pero me aferraba a esa esperanza.

Monsieur Ferat juntó las manos detrás de la espalda y respiró hondo.

—Por ahora no añadiré nada más, *mademoiselle* Lacasse, pero ambos sabemos que volveré. Nos vemos la próxima semana. Puede que para entonces haya recobrado usted la cordura.

El cobrador se fue justo cuando Paulette entraba con una bandeja de té; me dejé caer con desgana en una silla. Cuando *grand-maman* se puso enferma, mi vida se convirtió en un tren fuera de control, y ahora estaba sentada entre los restos. Cerré los ojos y esperé a que me inundara la desesperación.

—¿Emma? —Abrí los ojos. Paulette estaba mirándome con seriedad—. Tienes que pedirle a Caroline que pague esa deuda. Vuestra abuela os adoptó a las dos cuando murieron tus padres, no solo a ti. Tu hermana era tan responsable de cuidar de ella como tú. El dinero que debes no es más que un sombrero o unos zapatos nuevos para ella. Puede permitírselo sin problemas.

—Ya se lo he pedido muchas veces —dije—, y no ha respondido nunca.

—Pues pídeselo otra vez. Y otra y otra. Dile a la egoísta de tu hermana que es hora de pagar.

Volví a mi habitación y miré encima del armario, donde guardaba una caja con recortes de prensa y correspondencia. No la abría desde hacía tiempo, pero ahora me sentía atraída por ella. ¿Tenía que hundirme en la más absoluta desesperación para levantarme de nuevo?

Finalmente, cuando ya no pude resistir más la tentación, cogí la caja y levanté la tapa. Los artículos de periódico eran sobre todo de las páginas de sociedad de *Le petit journal*, pero había algunos del *New York Times*, que de vez en cuando encontraba en el Jardin des Tuileries. Todos trataban de lo mismo: Caroline.

Aristócrata francesa se casa con millonario
neoyorquino en fastuosa ceremonia.

La señora de Oliver Hopper adquiere las perlas
de Catalina la Grande en una subasta.

Oliver Hopper compra mansión en el valle del Hudson
por el cumpleaños de su esposa.

Observé los artículos esparcidos por el suelo. Cuando empecé a coleccionarlos, los guardaba por un estricto orden cronológico, como si estuviera presenciando desde lejos el meteórico ascenso de mi

hermana. Había detalles de los bailes a los que asistía, fines de semana en fincas tan enormes que me dejaban boquiabierta y barcos de vapor en los que navegaba, incluido el RMS Umbria, cuyo camarote de primera clase era descrito como «espacioso, ornamentado y lujoso».

Cogí el retrato de boda de Caroline, con su vestido de seda y satén y un collar doble de perlas. El nombre «SEÑORA DE OLIVER GIFFORD HOPPER» estaba grabado al dorso. Era la clase de recuerdo que uno enviaría a un pariente lejano o a la prensa. Caroline lo había metido en un sobre dirigido a *grand-maman* con el anuncio de la boda publicado en el *New York Times*. La madre y la hermana de Oliver figuraban como parientes, pero no nos mencionaban ni a *grand-maman* ni a mí.

Cuando era niña, Caroline, que era diez años mayor que yo, me llevaba a ver las tiendas de la Rue de la Paix, llenas de joyas, porcelana fina, elaborados abanicos y relojes suizos. Admirar aquellos lujosos artículos parecía saciarla y disgustarla al mismo tiempo. Un día se volvió hacia mí y dijo: «No soporto seguir con este tipo de vida, Emma. Yo estaba destinada a cosas mejores. Lo dijo *maman*. Me imploró que hiciera lo que fuera necesario para recuperar la posición de nuestra familia en la sociedad. Dijo que tenía la fuerza mental y la voluntad necesarias para triunfar». Entonces levantó la barbilla y se puso erguida como si estuviera viendo un futuro fabuloso ante sí.

Yo era demasiado joven para saberlo, pero mi hermana no era guapa. Sus protuberantes ojos grises y su nariz respingona recordaban a un bulldog francés. Y, aunque sus hombros anchos y su cabeza grande la hacían parecer alta cuando estaba sentada, al ponerse de pie era baja y corpulenta. Pero poseía la elegancia y el aire majestuoso de una reina y rezumaba una confianza suprema. Yo la admiraba. No me cabía duda de que podría conseguir lo que se propusiera. Pero lo que ella quería era un sueño difuso para mí. Yo no recordaba nuestra gran plantación en Luisiana. Las historias que contaba Caroline sobre esclavos cantando canciones misteriosas mientras trabajaban en los campos de algodón y sobre pavos reales paseándose por un jardín tropical no eran más que cuentos de hadas para mí. Nos teníamos la una a la otra, y a *grand-maman*. ¿Quién necesitaría más? Pero Caroline estaba decidida a regresar al lugar que le pertenecía, y su capacidad para atraer lo que necesitaba resultaba fascinante.

3

París, 1880

Aunque mi abuelo murió años antes de que yo naciera, mi *grand-maman* había mantenido contacto con una prima suya a la que Caroline y yo llamábamos *tante* Régina. Vivía en una gran mansión en los Campos Elíseos y un sábado al mes organizaba una tarde de té con sus amigos y otra gente con la que quería entablar relación. A veces nos invitaba.

En una de esas ocasiones, Caroline se pasó horas haciéndose tirabuzones en su melena oscura y luego se los recogió en un elegante rodete. Salió de su habitación enfundada en un vestido de rayas de color verde oliva con polisón y una falda plisada. Llevaba un sombrero apoyado informalmente en su cabeza. Mi vestido de muselina no era tan elegante como el de Caroline, pero *grand-maman* había añadido un lazo rosa en el cuello y me sentía eufórica por su belleza.

Caroline abrió su abanico de encaje y lo agitó hacia mí.

—*Maman* decía que, en Nueva Orleans, los abanicos tienen un lenguaje propio. —Hizo girar el abanico con la mano izquierda y añadió—: Nos observan. —Cambió el abanico de mano y lo sostuvo delante de la cara haciendo aletear las pestañas—. Sígueme. —Luego se lo pasó por la mejilla y susurró—: Te quiero.

Tocarse la mejilla izquierda con el abanico significaba «no», y la derecha, «sí». Por último, se abanicó con brío para indicar que estaba «comprometida».

Eran tan raras las veces que Caroline me prestaba atención que cuando tenía ganas de jugar era como si alguien hubiera cogido el sol del cielo y me lo hubiera puesto en el corazón.

Nuestra berlina había llegado. Aunque los asientos de cuero estaban desgastados y había algunos rasguños en la pintura, imaginé que era la emperatriz Josefina cuando pasamos por delante de las

librerías y tiendas de material artístico de la Rue Jaboc, y finalmente entramos en la avenida de los Campos Elíseos, que estaba bordeada de árboles.

Cuando el carruaje se detuvo delante de las dobles puertas de bronce de la mansión de *tante* Régina, Caroline se quedó mirando los balcones de hierro forjado y las fachadas curvadas y anunció:

—*Tante* Régina se casó bien, y yo también lo haré.

G*rand-maman* frunció el ceño. Ya le había dicho a Caroline que hablar de la riqueza de los demás no era de buen gusto. Pero yo tenía la sensación de que Caroline no estaba expresando un deseo, sino lanzando un hechizo para atraer parte de la buena fortuna de *tante* Régina.

Pulsé el timbre y luego di una palmadita en la cabeza a los leones de piedra que flanqueaban las puertas. Un sirviente nos invitó a entrar en el vestíbulo de mármol y pasamos frente a unas macetas con palmeras y bustos griegos hasta llegar a la monumental escalera de doble vuelta. Luego abrió las puertas de la habitación rosa y dorada a la que *tante* Régina llamaba su *petit salon*.

Una docena de mujeres exquisitamente vestidas y hombres distinguidos llenaban el lugar de cháchara y risas melodiosas. *Tante* Régina, que llevaba un vestido ajustado de color gris y el pelo recogido en un moño muy prieto, estaba sentada en un largo sofá. A su lado había un hombre mayor, *monsieur* Boutell, que en ocasiones ofrecía consejos legales a *grand-maman*. Estaban tan absortos en su conversación que no se percataron de nuestra presencia, pero Margot y Félicité, las hijas de *tante* Régina, nos saludaron.

Siempre iban de lo más elegantes, pero aquel día era algo excepcional. El vestido magenta con botones de nácar que llevaba Margot acentuaba su belleza morena, mientras que el conjunto de volantes de seda rosa con encaje de color crema, además del cabello rubio y sus mejillas sonrosadas, daban a su hermana el aspecto de una figurita de porcelana Vion et Baury.

—¿Cómo está, *tante* Sylvie? —preguntó Margot a *grand-maman* mientras la cogía del brazo y la llevaba a otro sofá.

—Bastante bien —respondió *grand-maman,* aunque yo sabía que la artritis estaba provocándole molestias.

Antes de salir, se había aplicado apósitos fríos en las muñecas y había tomado té de corteza de sauce para aliviar el dolor.

Caroline, Félicité y yo las seguimos y nos sentamos en unas sillas. Aunque el vestido de seda y lino de Caroline no era tan refinado como el de las otras mujeres, su porte orgulloso y sus ojos brillantes la hacían destacar.

Félicité bajó el tono de voz y dijo a Caroline:

—Tu hermana es un poco rarita, ¿no? Es como un elfo de luz, más

brillante que el sol. ¿Sigue escribiendo historias en el primer trozo de papel que encuentra?

Caroline se enfureció.

—Emma es una niña con un talento descomunal. Las monjas del convento la consideran un genio. Por no hablar de su forma de tocar el arpa, que es sublime. Cuando la oyen tocar, nadie se cree que solo tenga siete años.

Puse cara de sorpresa. ¿Por qué Caroline me elogiaba delante de los demás, pero era tan crítica conmigo?

—Emma cuenta unas historias extraordinarias —coincidió *grand-maman*—. Tiene mucha imaginación y más poderes de observación que la mayoría de los adultos. El otro día me escribió un relato sobre un gato y un perro que vivían al final de un arcoíris, y luego otro sobre una casa encantada. Espero que siga tocando el arpa, pero, si no lo hace, estoy convencida de que será una escritora de éxito.

Tante Régina interrumpió su conversación con *monsieur* Boutell y dijo elevando el tono de voz:

—Dios mío, Sylvie, espero que no lo haga. ¡Los escritores son tan inmorales como las actrices y las bailarinas de vodevil!

Pensé en todos los libros que había en la biblioteca al otro lado del pasillo y recordé lo mucho que disfrutaba *oncle* Victoire leyéndolos. ¿Por qué era inmoral escribir libros pero leerlos no?

Se abrieron las puertas y entraron dos sirvientes con bandejas de plata, que dejaron delante de *tante* Régina, y el resto acercamos las sillas hasta formar un semicírculo mirando a nuestra anfitriona. Se me hizo la boca agua al ver los tres bizcochos, uno de los cuales tenía varias capas de crema de mantequilla y chocolate.

Cuando sirvieron el té, el tintineo de las cucharillas de plata contra las tazas de porcelana era tan musical que saqué el cuaderno del bolsillo para anotar mi descripción, pero una mirada fulminante de Caroline me detuvo en plena acción y volví a guardarlo.

—¿Dónde está Philippe esta tarde? —le preguntó *monsieur* Boutell a *tante* Régina con solemne cortesía.

—Creo que no tardará en llegar —respondió ella—. Traerá con él a un conocido del mundo de los negocios. Un estadounidense.

En el salón se oyeron risas nerviosas, como si *tante* Régina hubiera anunciado que Philippe vendría acompañado de un babuino.

—No hablará en serio —dijo una mujer con una cara flácida e incolora—. ¿Otro invasor transatlántico en su querido salón?

—No todos son malos —terció Félicité—. Mi hermano describe a este como «exuberante», y dice que es uno de los hombres más ricos de Estados Unidos. Vino a París para que su madre y su hermana pudieran comprar ropa en Worth. ¡He oído que se gastaron una fortuna en una tarde!

—Según Philippe, su conocido tiene intereses en empresas ferroviarias, fábricas textiles e inmobiliarias —prosiguió *tante* Régina —. También tiene derechos de explotación sobre las tierras por las que pasan sus trenes.

Las expresiones de desaprobación de los invitados devinieron en asombro, a excepción de un joven de rasgos delicados llamado René.

—Parece la típica sanguijuela de Wall Street —dijo con cierta irritación por la curiosidad que mostraban todos hacia el estadounidense—. No sé por qué a Philippe se le ha ocurrido traerlo. ¿Para que nos divirtamos, tal vez?

Yo me moría por ver al visitante. ¿Qué significaba «exuberante»?

Se oyeron murmullos desde el pasillo; cuando se abrieron las puertas, entró Philippe con un hombre alto y pelirrojo. Las mujeres se apoyaron los abanicos en la barbilla como si necesitaran un momento para recuperar la compostura. ¡Aquel hombre era enorme! Tuvo que agacharse al franquear el umbral y empequeñecía a Philippe y al criado que cerró la puerta cuando entraron. El estadounidense era mayor que Philippe y tenía la cara redonda y un poco de barriga. Estaba segura de que, si le hundía un dedo en la panza, se bambolearía como un *blancmange*.

—Madre —dijo Philippe—, permíteme que te presente a *monsieur* Oliver Hopper.

Tante Régina intentó concentrarse en la cara de Oliver, pero no dejaba de desviar la mirada hacia su atuendo. Llevaba un bonito traje de lana negra, un abrigo con brocado dorado y botones de diamante y una enorme hebilla también adornada con diamantes. La aguja de corbata estaba salpicada de rubíes rojos y la cadena del reloj embellecida con esmeraldas, y en la mano derecha lucía un anillo de ópalo negro tan grande como una castaña. Resplandecía como el cuadro de la barcaza surcando el Misisipi que Caroline tenía en su dormitorio.

Tante Régina apenas le había dado la bienvenida cuando Félicité se levantó y extendió unos dedos muy cuidados.

—Venga a sentarse con nosotros, *monsieur* Hopper —dijo, indicando al resto que nos moviéramos para que Oliver pudiera sentarse entre ella y Philippe.

Félicité estaba comportándose de manera extraña. Era descortés hacernos cambiar de sitio. Además, normalmente solo le interesaba la gente que iba tan impecable como ella. A Oliver le quedaba mal el traje; los botones le tiraban al estar sentado y llevaba las perneras arrugadas. Sin embargo, me gustaba que mirara a todo el mundo con una sonrisa. Incluso le sonrió a René, que tenía los hombros erguidos y estaba sacando pecho.

Me volví hacia Caroline para ver qué pensaba ella, pero tenía la

cabeza gacha y las manos en el regazo. Al principio temí que estuviera enfadada con Félicité, pero sus respiraciones profundas, lentas y controladas denotaban que estaba concentrándose en algo.

—¿Aceptaría una taza de té, *monsieur* Hopper? —le preguntó Félicité con una sonrisa encantadora.

Parecía que la silla de Oliver apenas pudiera soportar su peso, y cuando le cogió la delicada taza de Limoges a Félicité, temí que fuera a romperla con su mano enorme. Era un gigante entre nosotros, y lo imaginé como un colosal hombre de pan de jengibre para mi próxima historia.

Como anfitriona, *tante* Régina tuvo el privilegio de iniciar la conversación.

—¿Qué le trae por París, *monsieur* Hopper? Tengo entendido que lo han acompañado su madre y su hermana para ir de compras. Deje que mis hijas le aconsejen algunas galerías de arte y entretenimientos que deberían visitar. Tenemos palco en la Ópera de París y estaría encantada de invitarlos.

Contuve un bostezo. Vaya preguntas más aburridas para el hombre de pan de jengibre. Yo le habría preguntado si antes de huir había devorado a la anciana que lo horneó.

Oliver se sentó de costado, intentando ponerse cómodo, mientras respondía a *tante* Régina.

—*Madame* Tolbert, debo confesar que me apetece poco ir de compras, visitar la ciudad o escuchar música. Aunque deseo complacer a mi madre y a mi hermana, soy un hombre de negocios y quiero volver lo antes posible a Nueva York para atender mis intereses allí.

Tante Régina se puso rígida, pero forzó una sonrisa.

—En ese caso, es usted un hijo admirable, pero yo pensaba que había venido a París a buscar esposa. Entonces no tendría que preocuparse de salir de compras, la decoración o los entretenimientos. —Volvió a observar la ropa de aquel hombre—. Ya sabe que las mujeres francesas tienen un gusto exquisito… y son las más bellas del mundo.

Después miró a sus dos hijas, que habían celebrado su puesta de largo el año anterior. ¿Estaba barajando la posibilidad de casar a alguna de las dos con Oliver? ¿Por qué? Me puse a reír, pero una mirada de reproche de *grand-maman* me hizo parar.

Oliver no captó la sutileza de la indirecta de *tante* Régina y respondió con seriedad.

—Es muy posible, *madame* Tolbert, pero tengo la impresión de que a los franceses les falta energía. Quizás están cansados de la belleza y el arte que los rodea. En Nueva York, los negocios son una ocupación despiadada, y una mujer delicada no sería una esposa adecuada para un empresario como yo. Si le soy sincero, para mí, la disciplina y la

ambición son más importantes que la belleza en una mujer.

Los invitados se miraron nerviosos unos a otros. En una ocasión había oído decir a *grand-maman* que, para los franceses, la belleza lo era todo, y di por hecho que la gente quería dinero para comprar libros y poder permitirse mascotas y clases de música. Unos zapatos para pasear por el parque, unos quesos deliciosos y fresas frescas en verano también estarían bien. Pero «una ocupación despiadada» sonaba interesante. ¿Era Oliver Hopper un pirata?

—Yo nací en Nueva Orleans —dijo Caroline, que finalmente levantó la cabeza para mirar a Oliver—. Combinamos lo mejor de ambas culturas: el amor francés por la belleza y el de los estadounidenses por el esfuerzo.

Félicité resopló y *tante* Régina miró a Caroline frunciendo el ceño. ¿Mi hermana estaba siendo lo que *grand-maman* le había desaconsejado siempre, es decir, demasiado directa? Caroline se reía cuando la gente la tachaba de impaciente, arrogante u obstinada. Se tomaba esos calificativos como cumplidos.

—¿Los propietarios de las plantaciones no tenían negros que hicieran todo el trabajo duro? —preguntó *tante* Régina.

Sin embargo, Oliver no le prestó atención. Tenía la mirada clavada en mi hermana como si no hubiera nadie más en la habitación.

—¿Nueva Orleans?

—Sí, eso es —respondió Caroline—. Mis padres tenían una casa en Nueva Orleans y una plantación de algodón en el Misisipi. Hasta que todo quedó destruido por la guerra.

Oliver asintió en un gesto de comprensión.

—Aquella guerra fue una estupidez. Me gusta la gente de Luisiana. Empecé distribuyendo algodón clandestinamente hacia el norte. El sur tenía algodón que necesitaba vender, y en las fábricas del norte escaseaba.

—Entonces, mientras el norte y el sur combatían, ¿usted estaba vendiendo algodón sureño a sus enemigos? —preguntó René, regodeándose como si hubiera asestado un *touché* extraordinario en un combate de esgrima.

Oliver se lo quedó mirando.

—En efecto. Cuando estalla una guerra, puedes vender cualquier cosa a cualquier precio que te atrevas a pedir.

René levantó la nariz. Desafiar a aquel gigante requeriría algo más que una pulla educada.

—¿Y no le parece inmoral, *monsieur* Hopper? ¡Mientras sus compatriotas morían por sus ideales, usted estaba sacando provecho!

La sala quedó en silencio. Era como si todos estuvieran conteniendo la respiración. Oliver era el doble de corpulento que René. Su mano era más grande que la cara del francés, y en el fondo

esperaba que le diera un puñetazo, pero Oliver se limitó a arquear sus cejas pelirrojas en un gesto de hartazgo.

—En mi lugar de origen decimos: «Si en el coro desafinara alguien, ¿tú también desafinarías?». Me temo que esos jóvenes no eran más que peones. Sus ideales eran nobles, pero se tragaron una sarta de mentiras. Un empresario no puede permitirse ser noble. Tiene que ver las cosas tal como son, no como desearía que fueran.

Los invitados se miraron unos a otros sin saber si apoyar a Oliver o a René. Al estadounidense no parecía importarle que la gente estuviera de acuerdo con él o no.

Philippe se ruborizó por el giro hostil de la conversación y salió en defensa de su compañero.

—*Monsieur* Hopper ha utilizado sus beneficios para invertir en vías ferroviarias, lo cual ha ayudado mucho en la reconstrucción después de la guerra.

Pero Oliver estaba mirando de nuevo a Caroline con fascinación.

—Usted es del sur —dijo—. ¿Qué opina al respecto?

Caroline lo escrutó también a él con unos ojos vivos y atentos.

—Me persigue el hedor del algodón ardiendo en nuestra plantación. Fue destruida por orden del capataz para que no cayera en manos yanquis. Si hubiera sido mayor y hubiera tenido elección, le habría pedido a usted que vendiera el algodón para salvar de la hambruna a mi familia y a los esclavos que nos quedaban.

Expresar una opinión de forma tan vehemente no era considerado propio de una dama. *Tante* Régina se estremeció y miró a Félicité, que ocultó su sonrisa detrás del abanico. Parecía satisfecha de que Caroline hubiera actuado como una maleducada.

—¿A *monsieur* Hopper le gustaría oírnos a mi hermana y a mí cantar a dúo? —preguntó—. Si no tiene tiempo para ir a la Ópera de París, podemos traerle nosotras la música.

La sonrisa de Félicité se desvaneció cuando Oliver asintió con educación, pero miró a Caroline, y mi hermana adoptó un semblante triunfal. Había despertado el interés del rico estadounidense, aunque fuera solo por unos minutos. Recordé su expresión intensa de hacía un rato; estaba convencida de que había atraído a Oliver gracias a su fuerza de voluntad.

Tante Régina se mostró brusca con nosotras al despedirse, y tuve la sensación de que tardaría en volver a invitarnos a tomar el té.

Cuando volvimos de la iglesia al día siguiente, *grand-maman* me pidió que fuera a mi habitación a practicar con el arpa. Quería hablar a solas con Caroline. Trabajé en mis *glissandi* y mi fraseo, pero mi aguzado oído captó cada palabra que le dijo a Caroline.

—Yo te quiero y te admiro, Caroline —dijo—, y no me cabe la menor duda de que te forjarás un gran destino, pero con hombres como Oliver Hopper no debes hacerte ilusiones…

—¿Sobre mi situación? —interrumpió Caroline. No parecía enfadada o herida, tan solo divertida.

G*rand-maman* suspiró.

—Cuando perdisteis a vuestros padres, os acogí a ti y a Emma en mi casa. Os di todo mi cariño y compartí todo lo que tenía, pero no puedo ofrecer una dote, y eso siempre será un obstáculo para un hombre adinerado. El matrimonio entre los muy ricos es tanto una transacción económica como una unión de almas.

—Lo que yo puedo ofrecer vale mucho más que una dote —repuso Caroline con tanta convicción que noté un escalofrío en la columna vertebral—. Tengo la impresión de que Oliver Hopper quiere a una mujer ambiciosa a su lado, alguien a quien pueda hacerle confidencias.

—¿Y tú cómo lo sabes? Lo conociste ayer y solo hablasteis un momento.

Imaginé la cara de exasperación de *grand-maman*. Una vez me dijo que mi corazón era tan claro como un cielo de verano, pero que el de Caroline era un misterio. Supe exactamente a qué se refería. La mayoría de las veces era imposible imaginar qué estaba pensando mi hermana.

—Aunque un hombre como Oliver Hopper se casara por esos motivos —prosiguió *grand-maman*—, su familia, sus amigos y sus socios despreciarían a una mujer que no estuviera a su altura. Aparte de eso, te dobla la edad…

Algo que estaba ocurriendo en la calle me distrajo de la conversación. Una berlina negra con un cochero y un sirviente de librea se había detenido frente a nuestro edificio de apartamentos. El sirviente se apeó y ayudó a dos mujeres, una anciana y la otra de mediana edad, a bajar del carruaje. No veía bien sus facciones por culpa de sus extravagantes sombreros, pero llevaban una ropa magnífica. La falda de la mujer mayor estaba adornada con borlas y flecos, mientras que el vestido de la más joven era de seda con brocados florales. Ambas llevaban mangas dolmán con hojas de marabú. Estaba preguntándome quiénes eran cuando un caballero alto bajó del carruaje detrás de ellas y lo reconocí de inmediato. Era Oliver Hopper.

El longevo conserje de nuestro edificio los recibió en la calle haciendo reverencias y asintiendo como si hubiera llegado la realeza.

—*¡Grand-maman!* ¡Caroline! ¡Está aquí! —dije, y entré emocionada en la sala de estar—. Viene con dos damas.

—¿Quién? —preguntó *grand-maman*.

Aunque tenía muchas amigas que podían visitarnos los domingos por la tarde, los hombres eran menos habituales.

Caroline dedujo de quién estaba hablando. Se levantó pausadamente y se miró en el espejo que había encima de la chimenea. Era como si hubiera ensayado aquel momento y ahora estuviera preparándose para la actuación. Entonces me miró como advirtiéndome de que me fuera de allí, pero fingí no darme cuenta. No pensaba perderme aquella visita.

En aquel momento sonó el timbre y Paulette fue a abrir. Parecía que *grand-maman* no pudiera creerse lo que estaba viendo cuando Oliver Hopper entró en la sala flanqueado por las dos elegantes mujeres.

—Querida *madame* Mercier —dijo—, fue tan grato conocerlas a usted y a sus hijas ayer en casa de *madame* Tolbert que quería traer a mi madre, la señora Mary Hopper, y a mi hermana, la señorita Anne Hopper.

Oliver tenía las mejillas coloradas y no paraba de darle vueltas al anillo de ópalo como si intentara desenroscar un tornillo.

La señora Hopper y Anne no eran lo que yo esperaba. Aunque sus ropas estaban confeccionadas con las mejores telas, tenían un semblante serio y no eran hermosas en absoluto. La señora Hopper tenía la piel seca y arrugada, y el cabello grisáceo de Anne hacía juego con sus pestañas y cejas. Parecía totalmente incolora. Tuve que parpadear varias veces al ver el sombrero de la señora Hopper. En la corona llevaba un colibrí disecado. Ver una paloma muerta en la calle me llenaba de tristeza, y no entendía cómo alguien podía llevar un pájaro inerte en la cabeza. Me lo quedé mirando con morbosa fascinación hasta que Caroline me pisó para que dejara de hacerlo.

La señora Hopper esbozó una ínfima sonrisa cuando aceptó la silla que le ofrecía *grand-maman*. Anne parecía reacia a sentarse y observó el salón frunciendo el ceño hasta que Oliver la cogió de la mano y casi la obligó a situarse junto a él en el sofá.

Grand-maman hizo todo lo posible para que se sintieran cómodas y les preguntó si estaban disfrutando en París. La señora Hopper se limitaba a inclinar levemente la cabeza en respuesta a sus preguntas mientras Anne se toqueteaba las mangas y miraba el reloj que había en la repisa de la chimenea como si no viera el momento de salir de allí.

Por primera vez desde su llegada, Oliver miró directamente a Caroline y sonrió. A ella se le iluminó el rostro, le devolvió la sonrisa y asintió.

Yo tenía ganas de ir corriendo a mi habitación a buscar el cuaderno y un lápiz para documentar tan extraña escena con todo lujo de detalles, pero, como había venido Paulette con una bandeja de té y

magdalenas, no tuve más opción que memorizarla.

—¿Les apetece una taza de té? —les preguntó Caroline a las mujeres para intentar salvar una conversación que parecía a punto de sumirse en el silencio—. ¿O los neoyorquinos prefieren café a esta hora del día?

La señora Hopper alzó la vista, sorprendida por el perfecto inglés de Caroline. Después negó con la cabeza y miró a Oliver.

—Té, gracias.

Su renuencia a entablar conversación era obvia. ¿Por qué había traído Oliver a su madre y a su hermana si les disgustaba tanto estar allí? Con valentía, *grand-maman* siguió intentando entretener a los invitados hablándoles de la Exposition Universelle que había tenido lugar en París dos años antes y contándoles que la cabeza de la Estatua de la Libertad había sido expuesta en el palacio del Trocadero. Pero, tras varias pausas incómodas, dejó que fueran Caroline y Oliver quienes hablaran.

—Creo que Bartholdi, el escultor, se inspiró en la cara de su madre y que las siete puntas de la corona representan los siete océanos y continentes del mundo —comentó Caroline tendiendo la bandeja de magdalenas a las mujeres.

Anne aceptó una prudentemente, pero la señora Hopper las miró como si le hubieran ofrecido veneno y negó con la cabeza.

Caroline dejó la bandeja con una sonrisa bondadosa. Oliver le dedicó una mirada de admiración, como si estuviera agradecido por su capacidad para perseverar ante las adversidades.

—He oído que, cuando la construyan, será la estructura de hierro más alta de la historia —comentó—. Ojalá pudiera recordar el nombre del ingeniero civil…

—Gustave Eiffel —dijo Caroline—. Espero que algún día también construya algo magnífico en París.

Aunque Oliver y Caroline disfrutaban de la compañía del otro, Anne seguía mirando el reloj como si estuviera intentando acelerar mentalmente las manecillas.

Oliver se percató de ello y, con expresión resignada, se levantó y puso fin al encuentro.

—Muchas gracias por su amable hospitalidad, *madame* Mercier, pero no queremos robarles más tiempo.

—En absoluto —respondió *grand-maman* amablemente—. Ha sido un placer tenerlos en casa.

Por el comportamiento de su madre y su hermana, deduje que no volveríamos a tener noticias de Oliver nunca más, así que, al volver de la escuela una semana después, me sorprendió ver su berlina aparcada

delante de casa y al criado y el cochero charlando junto a ella. No entendía por qué había regresado. ¿Su madre o su hermana se habían olvidado algo en casa?

Al entrar, oí a Oliver hablando con *grand-maman* y con Caroline en el salón. Su tono era serio y estaba segura de que me pedirían que me fuera si me veían, así que me escondí detrás del perchero y espié por la ranura de la puerta.

Oliver se había sentado en una silla delante de *grand-maman* y de Caroline, que estaban en el sofá. Mi hermana se había ondulado el pelo y se lo había recogido en un moño y llevaba su mejor vestido de seda. ¿Esperaba la visita de Oliver? Caroline tenía una asombrosa habilidad para predecir acontecimientos.

—Mi madre y mi hermana os consideran encantadoras —dijo Oliver, que parecía más cómodo que en su primera visita.

—Pero estaban muy calladas —respondió *grand-maman,* incapaz de ocultar su sorpresa—. Tuve la impresión de que no estaban a gusto aquí.

Oliver se mostró avergonzado unos instantes, pero recuperó su actitud confiada.

—Sí, desde luego. —Después añadió mirando a Caroline—. Es su talante y no debe preocuparse. París tiene sus encantos, pero se sienten intimidadas por la ciudad y por vuestras habilidades sociales. Prefieren estar en casa haciéndose compañía.

Reproduje la visita mentalmente. Lo que habíamos interpretado como desaprobación era simple timidez. Pero ¿cómo era posible que dos mujeres de Nueva York, tan grande y frenética por las fotografías que había visto, se sintieran intimidadas por París?

—Entonces, ¿son tímidas? —preguntó *grand-maman* frotándose la ceja.

Oliver sonrió.

—A diferencia de mí, *madame* Mercier. Somos del Medio Oeste. Mi padre murió cuando yo tenía nueve años y la vida en la granja se les hacía muy dura. Vivíamos en una cabaña de madera de una sola habitación, y en invierno te helabas. Me fui a Nueva York cuando tenía catorce años para ser alguien y ayudarlas.

—Eso es extraordinario —dijo *grand-maman*—. Y admirable.

Caroline se inclinó hacia delante.

—Le comprendo, señor Hopper. Como sabe, perdí a mis padres y nuestra plantación cuando era pequeña. Entiendo lo difícil que puede ser la vida y lo fuerte que hay que ser para no caer en la desesperación.

Mi hermana era una persona más amable en presencia de Oliver. Si yo le hubiera explicado algún infortunio de mi vida, me habría contestado: «¡Mala suerte!».

Oliver se encogió de hombros.

—Por desgracia, mi padre era un borracho violento, señorita Caroline. Su muerte fue el resultado de un accidente absurdo con un arado. Hago todo lo que puedo por mi madre y mi hermana, pero nunca se han recuperado de las penurias de sus primeros años.

Caroline meditó las palabras de Oliver unos instantes. Luego irguió la espalda y respondió con un aire de fortaleza y serenidad.

—Estoy segura de que ganarán confianza en sí mismas con el tiempo… y el apoyo adecuado.

Observé su diálogo con fascinación. Bajo la superficie estaban entablando otra conversación. Era como si pudieran leerse la mente.

Oliver miró fijamente a Caroline y luego se volvió hacia *grand-maman*.

—Creo que la señorita Caroline y yo nos entendemos —declaró—. *Madame* Tolbert me preguntó si buscaba esposa, *madame* Mercier. No quería decirlo delante de ella, pero sí. Necesito una mujer práctica y ambiciosa, no una mujer frívola, alguien que pueda cautivar a las esposas de los hombres con los que hago negocios.

—Entiendo —dijo *grand-maman*, que parecía sorprendida y miró a Caroline con aire dubitativo.

—No me esperaba encontrar una esposa de esas características en París, pero la fortuna así lo ha decidido —continuó Oliver—. Le pido permiso para casarme con su nieta.

Me llevé la mano a la boca. Había oído que los neoyorquinos siempre tenían prisa, pero esto parecía avanzar especialmente rápido. Habría deseado poder mirar dentro de la cabeza de Caroline para saber qué estaba pensando. Pero, por el destello de victoria que percibí en sus ojos, era el resultado que había estado esperando en todo momento.

—Pedirme permiso es muy caballeroso por su parte, señor Hopper —respondió *grand-maman* con voz temblorosa—. Pero, en este caso, es Caroline quien debe decidir qué hay en su corazón. No han tenido la oportunidad de conocerse. Sin duda, cuenta usted con mi aprobación para cortejar a Caroline si ella acepta.

—Por desgracia, no hay tiempo para cortejos —dijo Oliver como disculpándose—. Debo partir hacia Nueva York dentro de tres días, así que necesito una respuesta hoy.

Grand-maman lo miró con incredulidad.

—Pero, señor Hopper, ¡esto no es Wall Street y no está decidiendo una compra de acciones! ¿Cómo sabe que Caroline y usted serán compatibles? El matrimonio es para toda la vida.

—No me lo tomo a la ligera —dijo Oliver—, pero soy un hombre que sabe lo que quiere cuando lo ve, y creo que la señorita Caroline también se conoce bien a sí misma.

Grand-maman estaba a punto de protestar cuando Caroline le puso una mano en el brazo para interrumpirla.

—Me gustaría oír lo que tiene que decir el señor Hopper —dijo con firmeza.

Oliver asintió.

—He acumulado una fortuna de veinticinco millones de dólares partiendo desde cero, pero mis inversiones están creciendo con rapidez. Tengo intención de ser el rey de Nueva York cuando haya cumplido los cuarenta y quiero que usted sea mi reina. No le faltará ninguna comodidad material que desee, señorita Caroline. No busco un trofeo, un simple motivo decorativo. Se ocupará usted de mis asuntos sociales y no escatimaré con el dinero que necesite para llevarlo a cabo. Solo le pido que sea buena con mi madre y mi hermana, y que las ayude en todo lo que pueda.

Grand-maman miró a Caroline inquisitivamente, pero mi hermana no le prestó atención. Estaba absorta en sus pensamientos.

Recordé lo que había dicho *grand-maman* sobre el matrimonio entre ricos, que consideraba una transacción económica, y desde luego era lo que parecía la propuesta de Oliver. Pero entonces su mirada se suavizó, esbozó una sonrisa y por unos segundos lo imaginé como un príncipe romántico dando una serenata a mi hermana debajo de su ventana.

—¿Qué dice a eso, señorita Caroline?

Mi hermana estaba resplandeciente y levantó la barbilla majestuosamente.

—La reina de Nueva York —repitió. Entonces, ignorando la expresión de súplica de *grand-maman,* miró a Oliver a los ojos y dijo —: Mi respuesta a su proposición, señor Hopper, es sí. ¡Un sí rotundo!

4

—*P*ero ¿por qué no puedes casarte en París? —le preguntó *grand-maman* a Caroline mientras la veíamos llenar los baúles y sombrereras que habían llegado aquella mañana de la tienda Moynat.

La cama estaba cubierta de pieles, sombreros y guantes, y no había donde sentarse. *Grand-maman* estaba en el umbral y yo me agaché al lado de la butaca y pasé el dedo por el encaje de una de las enaguas de seda con bordados de oro que había encima.

Oliver había regresado a Nueva York tres semanas antes y Caroline debía reunirse con él al cabo de siete días, pero había abierto cuenta en todas las tiendas exclusivas de la Rue de la Paix para que Caroline comprara su ajuar. Vi el recibo del corsé de seda que estaba guardando en una bolsa de satén. ¡Le costó quinientos francos! Cuando Oliver le prometió que no le faltaría ninguna comodidad material, hablaba en serio.

Cogí uno de los nuevos parasoles. El mango de jade tenía incrustaciones de rubíes. Aparte de la ropa que estaba guardando Caroline, había encargado en Worth todo un armario de vestidos de mañana, vestidos de noche, vestidos para visitas, vestidos para el té, vestidos para bailes y capas para la ópera. Las trescientas costureras que tenía en nómina el diseñador tendrían que hacer horas extras, pero la cifra desorbitada que pagaría Caroline hacía que mereciera la pena. Me fijé en un abanico con varillas de nácar y hojas de encaje belga decoradas con flores y pájaros, y recordé todas las veces que Caroline y yo estuvimos en la Rue de la Paix viendo los escaparates. Era como si estuviera materializándose todo lo que deseaba.

—¿Sabes siquiera a qué religión pertenece tu marido? —continuó *grand-maman*.

—Creo que va a la iglesia episcopal, pero ¿acaso importa? No es especialmente religioso, y yo tampoco —repuso Caroline.

G*rand-maman* hizo una mueca. Para ella, una vida sin Dios era inconcebible. Creía que Dios era pacífico, bondadoso y cariñoso, y

aspiraba a emular esas características en su vida y nos animaba a hacer lo mismo.

—Pero ¡Emma y yo no te veremos casada! —protestó.

Caroline cerró el baúl.

—Oliver insiste en que nos casemos pronto y, por tanto, debo hacerlo en Nueva York. Sabes que tu salud no te permite cruzar el océano, y Emma tiene que ir al colegio y a clases de arpa. Pero volveré cada año a París para renovar mi vestidor y os visitaré a las dos.

Grand-maman frunció los labios y la miró con inquietud.

—Ayudarás a Emma, ¿verdad? —dijo con un atisbo de pánico—. Si me ocurre algo, ¿serás su protectora y la ayudarás a acabar los estudios?

Caroline soltó una carcajada.

—Te preocupas demasiado, *grand-maman.* No os pasará nada.

Ella retrocedió con semblante afligido. No volvió a mirar a Caroline, pero le dijo con tirantez:

—Por favor, llévate a Emma contigo esta tarde cuando vayas a hacer la última prueba del vestido de novia. Así, tu hermana al menos podrá participar de alguna manera en la ceremonia.

Cuando llegamos a House of Worth aquella tarde, Caroline se apeó del carruaje y fue hacia la entrada con la cabeza erguida. Me la imaginé con una corona en la cabeza y un cetro en la mano: Caroline, reina de Nueva York.

Un joven bien afeitado que llevaba una levita nos abrió la puerta e hizo una reverencia mientras dos empleados vestidos de negro salían a recibirnos. Era como si todos los que miraban a Caroline reconocieran su importancia.

Vino a atendernos una mujer con un vestido de terciopelo negro y un cabello plateado recogido en un magnífico copete.

—Buenas tardes, *mademoiselle* Lacasse. *Monsieur* Worth la recibirá inmediatamente.

La mujer nos acompañó por una gran escalinata cubierta con una alfombra carmesí tan mullida que se me hundían los pies. Cuando Caroline no miraba, toqué las orquídeas de color vainilla, las malvas y otras plantas exóticas que bordeaban las escaleras.

Entramos en un salón con las paredes revestidas de satén perlado y una lámpara de bronce y cristal colgando del techo como si fuera un témpano. El aire olía a lirios recién cortados. Allí nos esperaban un hombre de mediana edad y una joven con una blusa blanca de cuello alzado y una falda negra. La mujer era hermosa y tenía la piel de porcelana y un cabello perfectamente recogido en un moño, pero su

belleza se veía eclipsada por aquel hombre extraordinario. Con su anticuado sombrero de terciopelo, su bigote de morsa y el pañuelo que llevaba en el cuello parecía salido de un cuadro barroco flamenco. Me mordí el labio al pensar que debería haber traído el cuaderno, pese a que Caroline me advirtió que no lo hiciera.

—Es un placer verla de nuevo, *mademoiselle* Lacasse —dijo el hombre, que cogió la mano a Caroline sin prestarme atención—. *Mademoiselle* Cagnat la ayudará con la prueba final. El vestido es realmente cautivador. Es todo lo que soñamos que sería.

Después hizo una reverencia y se fue, y *mademoiselle* Cagnat apartó una pesada cortina de seda y acompañó a Caroline a un probador. Yo me senté en un diván y contuve las ganas de hacer muecas frente al espejo que tenía delante. Media hora después se abrió la cortina y allí estaba Caroline con un vestido de damasco con satén y seda y una cola larga. Se me cortó la respiración. La falda llevaba rosas plateadas bordadas, y Caroline lucía una diadema con diamantes y un delicado velo de tul.

Mi hermana sonrió radiante y me henchí de orgullo, pero, de repente, mi alegría se tiñó de tristeza. Ahora comprendía la gravedad de la conversación que habían mantenido *grand-maman* y Caroline aquella mañana. No estaría con Caroline el día de su boda. Estaría muy lejos y se casaría con un desconocido. Sentí el impulso de arrodillarme y suplicarle que me llevara con ella. Podría entretener a sus invitados tocando el arpa.

Caroline frunció el ceño porque todavía no había dicho nada. No quería despertar su ira, así que contuve las lágrimas y dije:

—¡Estás más bella que una rosa *boule de neige*!

Mademoiselle Cagnat sonrió y me pellizcó en la barbilla.

—Qué joven tan encantadora. Tienes cara de ángel. —Volviéndose hacia Caroline, preguntó—: ¿Su hermana será la dama de honor? ¿Quiere que guardemos un poco de seda para su vestido?

Caroline estaba pendiente de su reflejo. Posaba con ojos relucientes moviendo lentamente los labios como si se hallara frente a un círculo de admiradores.

—No, mi hermana no estará presente —dijo mientras se alisaba la falda sin mirarnos—. Ahora hablemos de los guantes.

Mademoiselle Cagnat pareció sorprenderse del tono gélido de Caroline, pero no tardó en ponerse manos a la obra.

—Claro, *mademoiselle* Lacasse. ¿Me acompaña?

Ambas se fueron a una habitación contigua y yo me senté de nuevo en el diván con el presentimiento de que parte de mi vida estaba tocando a su fin.

Mi sensación de incomodidad empeoró la mañana que Caroline partió hacia Nueva York. Insistió en que no era necesario que la acompañáramos al puerto, pero accedió a que fuéramos con ella a la estación.

—No debes hacer esfuerzos, *grand-maman* —dijo cuando llegamos a la ajetreada Gare Saint-Lazare, donde fueron necesarios tres maleteros para cargar con su equipaje—. No deberías estar en un sitio con tanta gente.

Sus palabras sonaron amables, pero cuando esperábamos en el andén no dejaba de mirar por encima de nuestras cabezas como si estuviera imaginando un lugar mejor a lo lejos. Su evidente ansia por dejarnos me rompió el corazón. Quizás era presa de la emoción por el brillante futuro que se desplegaba ante ella. Esperaba que, una vez que se instalara en Nueva York, nos recordara con afecto y se arrepintiera de la displicencia que nos había dispensado al abandonar París.

Me apartó de mis pensamientos el chirrido de las ruedas sobre la vía. El tren que iba a Le Havre se detuvo en la estación y los maleteros indicaron a Caroline que fuera hacia las puertas de primera clase.

Antes de subir, *grand-maman* suplicó una vez más en mi nombre.

—Le escribirás a Emma, ¿verdad, Caroline? A menudo. Ya sabes cómo te idolatra.

—Volveré a París cada año, y Emma y yo podremos ir a House of Worth. Cuando sea mayor, le compraré un vestido bonito. ¿Qué te parece? —Caroline se acercó para enderezarme el cuello del abrigo—. Pero, mientras tanto, debes cuidar bien de tu abuela y seguir escribiendo y tocando el arpa, porque eres una niña muy lista.

Me quedé boquiabierta. Eran las palabras más cálidas que me había dedicado nunca Caroline y las guardaría como oro en paño. Decidí que cada año que volviera a París me vería más adulta y competente. Haría que se sintiera orgullosa de mí.

—¡Adiós, Caroline! —dije cuando entró en su compartimento y se sentó.

Caroline abrió la ventana y se despidió con la mano mientras el tren salía lentamente de la estación.

—¡Adiós, *grand-maman*! ¡Adiós, Emma! —gritó.

Cuando el tren desapareció, imaginé el vestido de Worth que tendría cuando fuera más mayor. Tal vez uno de tela azul zafiro con cuentas y lentejuelas. Todo el mundo le diría a Caroline que tenía una hermana muy guapa y ella se pondría contenta.

Me hallaba sumida en mis ensoñaciones cuando *grand-maman* me dio un apretón en la mano. Al mirarla, vi que estaba apenada. Tal vez intuía la verdad.

—No dejes de rezar por tu hermana —me dijo—. Reza cada día

por su alma. Es lo único que puedes hacer, Emma. Es lo único que podemos hacer.

Observé los recortes de prensa que había esparcido por mi habitación. Lo que dijo Paulette era cierto: mis deudas eran menos de lo que Caroline se gastaba en sombreros para las carreras o un caballo nuevo para uno de sus espléndidos carruajes. Eran irrisorias para ella y devastadoras para mí.

Puede que Caroline fuera la única persona que pudiera ayudarme, pero no podía olvidar cómo había respondido cuando *grand-maman* estaba sufriendo y le pedí ayuda para costear su tratamiento. Rompí la carta que contenía su respuesta, pero sus palabras se me quedaron grabadas: «Tienes que dejar de insistir en esa estupidez de que la enfermedad de *grand-maman* puede ser tratada y su dolor ser aliviado; debes aceptar que va a morir. Es una anciana, Emma. Lo único que estás haciendo es arruinarte…».

De no ser por Claude y Paulette, estaría totalmente sola en este mundo. Era como si no tuviera hermana. Caroline ni siquiera había venido al funeral de *grand-maman,* y mucho menos había ayudado con los costes del entierro.

Durante sus viajes anuales a París, solía estar demasiado ocupada probándose vestidos y asistiendo a celebraciones como para visitarnos a *grand-maman* y a mí. A veces, recibíamos invitaciones para tomar el té o asistir a alguna actuación musical, pero se cancelaban en el último minuto. Hacía cinco años que no veía a mi hermana. Fue cuando me invitó a cenar con ella en el elegante Voisin's. Aunque *grand-maman* ya estaba demasiado frágil para acompañarnos, Caroline no preguntó por ella. Su egocentrismo era tedioso y no me molesté en repetir aquella experiencia, si bien mantuvimos correspondencia esporádica hasta que *grand-maman* estuvo grave.

Cuando Caroline no visitó a *grand-maman* en sus últimos días ni ayudó con las facturas del médico, yo habría cortado toda relación con ella si mi abuela no me hubiera implorado que no lo hiciera.

—Cariño —susurró la última mañana que fue capaz de decir algo —, no odies a tu hermana. Es la única familia que te queda. Yo no tuve hermanos, y una vida sin el apoyo y la unión de la familia es muy solitaria.

Ahora Caroline era mi única posibilidad. Quizás otro intento despertaría milagrosamente un ápice de compasión en ella. Volví a mi mesa y redacté mi petición:

> No estoy pidiendo caridad. Tengo intención de devolver todo el dinero. Estoy pidiendo un préstamo hasta que me recupere. Este último año desde la

muerte de *grand-maman* ha sido el más duro que recuerdo…

Cuando hube terminado la carta y la firmé, sentí alivio, rápidamente seguido de un mal presentimiento.

Miré la fotografía de *grand-maman,* metí la carta en el cajón junto a las exigencias de Roche & Associates y lo cerré.

5

Al día siguiente hacía calor y soplaba una brisa con un toque otoñal, pero eso no me animó. Fui caminando hasta Montmartre en lugar de ir en ómnibus, aunque era un ahorro engañoso. Esos pocos céntimos no cambiarían mi situación y ya tenía los tacones desgastados.

París estaba preparándose para la Exposition Universelle y mi viaje se vio interrumpido por obras, agujeros profundos y el polvo del nuevo Métro. *Le style Mucha* se había extendido por toda la ciudad y me detuve a admirar los armarios sinuosamente tallados y los estilizados mosaicos con hojas que formaban el suelo de una tetería.

—Qué hermoso, femenino y cautivador —susurré mientras contemplaba en un escaparate unas lámparas cuya base eran tres doncellas con vestidos largos.

Montmartre no se había visto afectado por la actividad industrial. Sus calles angostas, sus plazas bordeadas de árboles, sus molinos y sus viñedos creaban una atmósfera en la que el tiempo parecía haberse detenido. Sus cuestas pronunciadas y los hombres de tez arrugada que se sentaban en un banco a observar a los transeúntes eran un bastión contra la modernidad. Por tanto, resultaba irónico que aquel lugar fuera un imán para artistas, escritores, bailarinas y actores que siempre buscaban algo nuevo y excitante, y en esa búsqueda habían creado una vida nocturna alocada y vibrante.

Cuando me acercaba a nuestra cafetería habitual, vi a Claude y a Nicolas, que llegaban de sus respectivos estudios. Claude me besó como si no me viera desde hacía años.

—Emma, ¿no tienes una hermana guapa a la que puedas presentarme? —dijo Nicolas con pesar—. ¿Por qué Claude ha acaparado toda la buena suerte?

Me mordí el labio y sonreí a Claude. A Nicolas no le gustaría que le presentara a Caroline.

Además de Belda, Sophie y Robert, en la cafetería estaban Julie y Marcel, dos amigos a los que no habíamos visto desde hacía más de un

año. Ambos eran artistas con talento y habían estado en Italia. Julie fue una de las primeras mujeres que accedieron a la École des Beaux-Arts, y Claude siempre estaba elogiando la originalidad de su trabajo. La pareja no solo era memorable por su talento, sino también por su sentido de la moda. Marcel llevaba el pelo *à la victime*, muy corto por detrás como si lo hubieran preparado para la guillotina. Julie llevaba un vestido morado con volantes y un lazo rojo alrededor del cuello. Era su parodia de María Antonieta.

—Estoy segura de que Jean-François se alegrará de que estéis de vuelta —dije cuando los besé en la mejilla—. Creo que no somos lo bastante excéntricos como para atraer a clientes adinerados a la cafetería.

Julie se rio con ganas. Tenía la cara y los brazos más rechonchos de lo que recordaba, probablemente debido a la deliciosa comida italiana que había degustado.

—¡Tenemos una noticia que daros! —dijo Marcel, que rodeó a Julie con el brazo y nos miró a todos—. Nos casamos en Roma.

Por un momento podría haberse oído el vuelo de una mosca. Julie y Marcel nunca habían expresado el menor interés en casarse.

—Pues nos habéis sorprendido a todos —dijo Nicolas—, pero brindemos por vuestra salud y felicidad.

—Sí —terció Sophie, que llamó a Jean-François y le dio la noticia.

Jean-François chasqueó la lengua y negó con la cabeza.

—Yo estuve casado una vez. El matrimonio se sella con anillos y acaba con cuchillos.

Julie y Marcel se echaron a reír por aquella versión del viejo proverbio francés.

—¿Qué tal llevas los cuadros para la galería? —preguntó Claude a Julie cambiando de tema—. Supongo que te habrás inspirado en los grandes artistas de Italia.

—Eso se acabó —dijo Marcel, que agarró la cintura de Julie con más fuerza—. Dos artistas no pueden vivir juntos felizmente. No puede ser mi esposa y mi compañera. Imagina que se «inspira» cuando necesito la cena o una camisa limpia. El papel de la mujer es liberar al hombre de las preocupaciones cotidianas.

Claude puso mala cara y supe que estaba pensando en su madre. Yo no era capaz de mirar a Marcel. Julie era mejor artista que él. ¿Por qué siempre tenía que sacrificarse la mujer?

—¿Piensas renunciar a todo lo que tanto trabajo te ha costado? —le preguntó Claude a Julie—. Ya sabes que eres la primera artista a la que Vauclain acepta en su estudio.

A Julie se le humedecieron los ojos y se tocó la barriga.

—Voy a tener un bebé. Para mí, eso es más importante que pintar.

Todo me daba vueltas. ¡Matrimonio y un bebé! Julie estaba

consiguiendo lo que yo más anhelaba, pero tendría que renunciar al arte por ello. Yo tenía a un hombre tolerante que valoraba mi talento e intelecto y no me exigía sacrificios, pero, en cambio, no quería casarse y formar una familia.

Al notar que Claude lo estaba mirando con desaprobación, Marcel se apresuró a añadir:

—Por supuesto que traer a un hijo al mundo es más importante. Ningún artista puede crear vida. ¡Solo podemos imitarla!

Claude siempre expresaba sus opiniones; vi que se avecinaba una discusión.

—No podré quedarme mucho rato. Tengo que ponerme a escribir otra vez —le susurré—. Estoy en un momento crucial del nuevo relato.

Claude asintió, aliviado por que me hubiera inventado una excusa para irnos.

—Sí, yo tengo que trabajar en un retrato.

Tomamos una copa con nuestros amigos y hablamos de los diseños de las nuevas estaciones del Métro y los carteles de Toulouse-Lautrec. Luego entramos a ver a Jean-François. Claude recogió el dinero de las postales y a mí me entregó más cartas.

—Te acompaño a la parada de ómnibus —dijo Claude.

Bajamos la colina en silencio, sumidos en nuestros pensamientos. La noticia de Julie y Marcel no podía ser más perjudicial para mi argumento de que el matrimonio entre dos artistas podía funcionar.

Claude se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Crees que Julie y Marcel están haciendo lo correcto? Tengo la sensación de que Marcel está saboteando la carrera de Julie por celos. No puedo creerme que la haya convencido de que abandone el arte. Siempre me ha parecido testaruda.

Aquel comentario me estremeció. Pero, para ser sincera, el matrimonio de Julie y Marcel parecía demasiado espontáneo, como si a ninguno de los dos le preocupara su significado a largo plazo. Eran la clase de personas que podrían separarse sin problemas si aquello no funcionaba. Yo no veía a Claude así. Yo quería que estuviéramos casados para siempre.

—Tener un hijo ilegítimo es una carga terrible para una mujer y su hijo —dije—. Si a Marcel le importa Julie, ha hecho lo correcto casándose con ella.

Claude dio una patada en el suelo con aire pensativo.

—Por eso siempre debemos tener cuidado. No quiero ponerte en esa situación.

Sus palabras penetraron directamente en mi cerebro. A veces era como si Claude y yo habláramos idiomas distintos. Le amaba, pero también le guardaba rencor. ¿Por qué tenía que ser tan tozudo con algo que yo estaba convencida de que nos traería más felicidad?

Cuando en verano estuvimos en la casa de campo que Belda tenía en Normandía, me llevó aparte y me dijo:

—Ten paciencia con Claude. Los dos sois muy felices juntos y sé que quieres una familia, pero, como todos los artistas, está luchando por crearse un estilo propio. Deja que se afiance. Su miedo es tener que pintar de manera convencional para mantener a la familia. Si hace eso, se sentirá decepcionado para siempre.

Sus palabras entrañaban una gran verdad, pero también un problema. Claude se comportaba como si fuéramos a ser jóvenes eternamente, lo cual no era cierto. Al ver morir a *grand-maman* tomé conciencia de que nosotros también moriríamos algún día. No quería seguir mi camino en soledad.

Ella había sido mi única constante en la vida. Ahora se había ido, y yo estaba a punto de perder el único lugar que había considerado un hogar. Si Claude no me quería como esposa, no pertenecería a ningún sitio.

El piso estaba en silencio cuando volví. Paulette había salido a hacer recados y la señora Cutter y Elizabeth estaban cenando con unos amigos. Recogí el correo que había llegado directamente a casa y fui a mi cuarto.

—*Salut*, *grand-maman* —le dije a su foto antes de sentarme al escritorio.

Tenía los hombros caídos de agotamiento. Sonreír y fingir que todo era normal en la cafetería me había dejado sin energía.

Respiré hondo un par de veces y me recosté en la silla. Estaba demasiado desanimada para trabajar en el relato, así que cogí las cartas y las extendí como si fueran una baraja de naipes. En la esquina de uno de los sobres había una fotografía de un edificio de estilo Beaux-Arts que me resultaba familiar, y el tiempo se detuvo cuando leí las palabras «Le Grand Hôtel, París» al lado. Solo conocía a una persona que se hubiera hospedado en ese lujoso hotel y me temblaban las manos al abrir el sobre.

> Querida Emma:
>
> Ahora mismo estoy en París. Mañana por la tarde tengo una hora libre. Nos vemos en el Café de la Paix a las cuatro. Espero que estés allí.
>
> Tu fiel hermana,
>
> CAROLINE

Se me cayó la nota al suelo. Estaba tan aturdida como si me hubieran golpeado en la cabeza. No había tenido noticias de Caroline desde que le escribí para informarla del funeral de *grand-maman,* pero

no expresó ningún remordimiento por no haberse comunicado conmigo en los momentos más duros de mi vida.

«Espero que estés allí.» Su tono condescendiente me exasperaba. ¿Para ella era una persona tan despreciable que esperaba que estuviese a su entera disposición?

Estaba a punto de romper la nota cuando recordé la carta que le había escrito el día anterior. Abrí el cajón y la vi encima de los sobres amarillos. Se me puso la piel de gallina. Escribir era un proceso misterioso. ¿Aquella carta a Caroline había vuelto a unirme ella?

Miré varias veces la nota y después el sobre que había en el cajón, como si me arrastrara algo que escapaba a mi control.

—De acuerdo, Caroline —dije—. Obedeceré tus órdenes, pero solo porque necesito algo de ti.

«Cuida de mí, *grand-maman*», recé mientras iba en ómnibus rumbo a Le Grand Hôtel. Se me revolvió el estómago como siempre que iba a reunirme con Caroline. Acudí a nuestro último encuentro en Voisin's con muchas esperanzas y me fui enfadada conmigo misma por no aceptar que Caroline no cambiaría nunca y que jamás podríamos estar unidas. Esta vez no podía imaginar no enfadarme con ella por no haber venido a ver a *grand-maman* en sus últimos días o ni siquiera haber enviado flores para el funeral. Pero sabía que discutir con mi hermana era fútil. No dudaba en asestar golpes bajos, y yo era la clase de persona a la que era fácil herir. Si repetía que no debería haber gastado tanto en *grand-maman* porque era vieja, no sabía lo que haría.

La cafetería estaba llena de estadounidenses ricos y gente de la realeza europea ataviada con perlas y sedas caras. Yo llamaba la atención con mi vestido de Le Bon Marché y el sombrero que había decorado con rosas de seda y hojas de helecho de terciopelo, pero eché los hombros hacia atrás y me armé de valor cuando le expliqué al *maître* que iba a ver a mi hermana, la señora de Oliver Hopper.

«Piensa en el dinero, Emma. Piensa en ti misma por una vez.»

Caroline estaba esperando en una mesa situada debajo del toldo rojo. Llevaba un vestido de seda amarillo limón con encaje en el cuello y los puños y un sombrero enorme con una banda de visón alrededor de la corona, así como una pluma de pavo real prendida con una medalla enjoyada. Tenía el pelo entrecano y arrugas muy marcadas a ambos lados de la boca, pero sus ojos seguían irradiando la intensidad de una persona dispuesta a conquistar el mundo. No había envejecido por los golpes y pérdidas graduales de la vida. Era un declive despreocupado y ufano resultante de una rutina de comidas suculentas y copas de champán en un yate.

—Hola, Caroline.

Lo dije con voz chillona. Era aterrador lo rápido que había vuelto a mi yo infantil en presencia de mi hermana. Pensé en *grand-maman* y me recordé a mí misma que estaría a salvo siempre que no permitiera que las cosas dolorosas que dijera Caroline me llegaran al corazón. Tenía que dejar que fluyeran a mi alrededor como el agua sobre una piedra del río.

Caroline se levantó, me agarró de los hombros y me besó con ímpetu en las mejillas.

—¡Ay, Emma, qué alegría verte otra vez! —dijo, y luego retrocedió un poco—. ¡Y qué guapa estás! Cada vez que nos vemos estás exactamente igual.

Me sentía confusa. ¿Aquello era un cumplido o un insulto? Me había preparado para la Caroline fría y distante, pero ahora me preguntaba por qué quería verme. Sin embargo, mi hermana tenía la incomprensible costumbre de cogerme y luego tirarme a la basura. No era la temporada de París, así que tal vez estaba aburrida y yo era alguien a quien conocía.

Nos sentamos y pidió *café crème*, *petits fours glacés* y tartaletas, sin preguntarme qué me apetecía.

—Cuéntame. ¿Qué has estado haciendo desde la última vez que te vi? —preguntó.

Aquello me sobresaltó. Aunque debería haber estado acostumbrada, su insensibilidad siempre me cogía desprevenida. «¿Que qué he estado haciendo? Pues veamos… Cuidé de *grand-maman* en las últimas fases de una enfermedad horrible y, aunque ya no voy de negro, sigo de luto. Desde entonces he estado ocupada escribiendo, dando clases y recitales de arpa y alojando a huéspedes para pagar unas deudas que tú te negaste a compartir pese a que eran muy inferiores a lo que has pagado por alojarte en este hotel o incluso por ese ridículo sombrero.»

Pero la súplica de *grand-maman* para que me llevara bien con mi hermana y un instinto de supervivencia que me advirtió que mantuviera la calma y consiguiera el dinero me hicieron morderme la lengua. Saqué del bolso el ejemplar firmado de *Histoires de fantômes* que había llevado conmigo y se lo di.

—Es una colección de relatos. Es poco frecuente que un editor acepte historias que ya han sido publicadas en revistas literarias.

Caroline miró el libro y lo dejó en el borde de la mesa. Luego sonrió con condescendencia como si fuera una niña que le había traído un insecto muerto del jardín. En la piel noté la habitual oleada de calor y bochorno. Me arrepentía de haberle regalado el libro. Imaginé que lo tiraría a la chimenea o que lo olvidaría «accidentalmente» en su habitación de hotel.

—También me han aceptado una novela —añadí. Apartó la mirada

y vi que no tenía sentido continuar—. ¿Y tú? —dije—. ¿Qué has estado haciendo desde la última vez que nos vimos?

Su rostro se iluminó y se llevó las manos al pecho.

—¡Mi nueva casa en la Quinta Avenida ya está acabada! La fachada es de piedra caliza de Indiana, y el gran salón, de mármol de Caen. El arquitecto es un genio y un maestro del interiorismo. En la casa no hay reproducciones. Todos los muebles, los jarrones y los cuadros provienen de un castillo o una mansión de la vieja Europa.

Mi irritación por el egocentrismo de Caroline se intensificaba a cada minuto que pasaba. ¿No le parecía mal saquear las casas históricas de Europa? Antes de que pudiera hacer un comentario sarcástico, el camarero nos trajo más café y decidí sacar el tema del dinero antes de perder la paciencia por completo.

—Caroline, debes de haber recibido mis cartas sobre el funeral de *grand-maman* y los gastos que he tenido.

Mi hermana cortó por la mitad un *petit four*, se llevó un trozo a la boca y saboreó el mazapán antes de tragar.

—¿Dónde está enterrada?

Era una pregunta extraña que me distrajo.

—En Père-Lachaise, por supuesto. En el mausoleo familiar. ¿Te gustaría visitarlo? Podríamos ir mañana.

Caroline negó con la cabeza y dijo:

—No me gustan los cementerios.

Luego se acabó el resto del dulce.

Cabía suponer que su brusca respuesta pretendía apartarme de mi objetivo, pero detecté algo más profundo en sus ojos cuando habló. ¿Era posible que la entristeciera la muerte de *grand-maman*? ¿O estaba recordando la muerte de nuestros padres? Yo era demasiado joven para experimentar aquel horror, pero Caroline había vivido la guerra y su fallecimiento. Debió de ser una experiencia terrible. A pesar de su actitud, me compadecía de ella, pero tenía que persistir.

—Caroline, es imposible que pueda pagar todas esas deudas a tiempo. Necesito tu ayuda o perderé el apartamento.

Mi hermana volvió la cabeza y escrutó la cafetería como si estuviera buscando a alguien.

Suspiré y repetí la frase de la carta que le había escrito pero no envié.

—No estoy pidiendo caridad. Estoy pidiendo un préstamo. Tengo intención de devolvértelo.

—Te preocupabas demasiado por *grand-maman* —dijo sin volver la cabeza—. Siempre lo hiciste. Incluso de niña estabas siempre preocupada por que fuera a morir. Se hizo mayor, Emma. Tendrías que estar agradecida de que viviera tanto teniendo en cuenta todos sus problemas de salud.

Sus palabras fueron como un jarro de agua fría. Pese a las defensas que erigí, me había golpeado donde era más vulnerable. ¡Una vez más! Cualquier esperanza de que fuera a ayudarme se desvaneció. Si había sacado algo bueno de aquel encuentro era que nunca más volvería a perder el tiempo pidiéndole ayuda.

Caroline saludó a alguien. Era una joven de apenas diecisiete años que acababa de entrar en la cafetería. Llevaba un vestido elegante de un tono rosa muy claro con un aplique de color crema en el cuello y tres botones de adorno en la parte delantera.

—Por fin ha llegado —dijo Caroline cuando la joven se acercó a nuestra mesa—. Emma, ¿te acuerdas de mi hija Isadora?

¿Isadora? No la había visto desde que tenía cuatro años. Caroline no había mencionado nunca a su hija en las cartas ni la había traído a visitarnos a *grand-maman* y a mí. La había conocido por casualidad un día en el Jardin des Tuileries. No me dijo una sola palabra y recuerdo que se agarraba a la falda de su madre y que ella no dejaba de apartarla. Isadora era el único secreto que le había guardado a *grand-maman*. Le habría partido el corazón saber que tenía una bisnieta que jamás formaría parte de su vida.

—Hola, Isadora —dije, y le cogí la mano antes de que se sentara.

Siempre imaginé que, cuando creciera, mi sobrina sería una réplica de su madre, pero no había nada de Caroline en ella. Era alta y esbelta como yo, pero mientras que yo era rubia, ella tenía el pelo negro azabache. Tenía ojeras, una marca inusual para alguien tan joven.

El camarero se acercó e Isadora miró la taza que tenía delante de mí.

—Un café con nata, por favor —le dijo en inglés.

—Ah, no —terció Caroline—. Tomará una camomila, gracias. —Frunciendo el ceño, le dijo a Isadora—: Ya sabes que el café te sienta mal.

Caroline se volvió hacia mí.

—Estas últimas semanas, Isadora y yo hemos estado ocupadas encargando vestidos en House of Worth para el próximo invierno. Isadora celebrará su puesta de largo en enero. Mi querido *monsieur* Worth falleció tiempo atrás, pero sus hijos, Gaston-Lucien y Jean-Philippe, han mantenido los elevados niveles de exigencia de su padre. Una *vendeuse* se ocupa de la mayoría de los clientes, pero a nosotras Jean-Philippe nos atiende personalmente.

Me pregunté si se le había pasado por la cabeza que estaba alardeando de su riqueza delante de una persona que se zurcía la ropa interior y llevaba un remiendo en el tacón del zapato, una persona a la que acababa de negarse a ayudar con unas deudas que deberían haber compartido a partes iguales las dos nietas de *grand-maman*.

Isadora me sonrió y volvió de nuevo la cabeza. Era encantadora y

elegante, pero no poseía el aplomo y la confianza en sí misma que normalmente mostraría una joven de su posición. Desde luego, no parecía muy entusiasmada con el tema de su puesta de largo.

Cogió el libro que Caroline había dejado y miró la portada con unos ojos como platos.

—¿Es tuyo, tía Emma? ¿Eres escritora?

—Sí, lo soy —respondí, dudando que Caroline le hubiera hablado alguna vez de mí—. ¿Te gusta leer?

—¡Claro! Ahora mismo estoy leyendo una traducción de Baudelaire. ¿Te gusta?

—Mira a tu tía cuando hables, Isadora —interrumpió Caroline.

Fruncí el ceño, abochornada por Isadora. ¿Por qué le hablaba Caroline como si fuera una niña?

Isadora se ruborizó, pero me miró a los ojos.

—Leeré tus relatos con mucho gusto, tía Emma —dijo, y se pegó el libro al corazón de un modo que no dejaba dudas acerca de su sinceridad.

—No sé cómo —dijo Caroline mientras cortaba una tartaleta—. Están en francés, y no has estudiado tanto como deberías. Por no hablar de las otras aptitudes que una debutante ya suele dominar a estas alturas.

Isadora se sonrojó aún más. Después se volvió hacia mí y dijo en un francés con bastante acento aunque aceptable:

—Me habría esforzado más si hubiera sabido que tenía una tía parisina tan encantadora a la que escribirle. —Volvió a mirar el libro —. Aunque tenga que pasarme las noches en vela con un diccionario, pienso entender estos relatos.

Sonreí, satisfecha de que mi libro no acabara en la papelera.

—Estoy convencida de que tu francés mejorará mucho si haces eso —le dije, y añadí con osadía—: Y si quieres escribirme para practicar, estaré encantada de recibir tus cartas y corregirlas.

Le toqué la mano y sentí una afinidad con ella que nunca había compartido con su madre. Parecía que, al final, Caroline no era mi única familia.

Mi hermana estaba inusualmente callada y nos miraba con intensidad, sin duda planeando cómo romper el vínculo que Isadora y yo estábamos formando, antes de que llegara más lejos. Ni siquiera entendía por qué había permitido que nos viéramos. Mi sobrina vivía en un ambiente distinto. Era una de las herederas más ricas de Nueva York y de ella se esperaba que contrajera matrimonio con un hombre de igual estatus y que representara su papel en la sociedad. Yo era una escritora que frecuentaba a los artistas andrajosos de Montmartre. A Caroline no le gustaría que alguien como yo influyera en su hija.

Cuando llegó el momento de irme, Isadora me besó en las mejillas

con un afecto que me llegó al corazón.

—Te escribiré a diario, tía Emma.

Le apretujé la mano intentando contener las lágrimas. ¡Cómo me habría gustado que conociera a *grand-maman*!

Después me volví hacia Caroline procurando ocultar mi furia. Nos habíamos distanciado tanto y era tan poco comprensiva conmigo que no tenía sentido mantener nuestra relación. Sin duda, *grand-maman* entendería que hice todo lo posible. Estaba sola en cuanto a mis deudas. De eso no cabía ninguna duda.

—Adiós, Caroline —dije—. Os deseo a ambas todos los éxitos para la próxima temporada.

Caroline se llevó al cuello una mano cargada de joyas.

—Gracias, Emma. ¡Sin duda será emocionante!

De camino a casa, reflexioné tranquilamente sobre lo acontecido aquella tarde. Había fracasado de forma estrepitosa en mi intento por despertar el sentido del deber de Caroline. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando me rendí a las consecuencias de dicho fracaso. Había luchado y luchado durante los últimos años, primero para salvar a *grand-maman,* después para que sus últimos días fueran tan cómodos como fuera posible y más tarde para conservar mi casa y pagar las deudas. Pero estaba destrozada. *Monsieur* Ferat tenía razón: mi única opción era vender.

Entré silenciosamente en el apartamento y lo primero que vi fue el retrato de boda de *grand-maman* en la mesa del comedor. Luego miré hacia el salón, donde estaba mi arpa al lado del sillón orejero rosa en el que se sentaba *grand-maman* cuando me dio las primeras clases. ¿Cómo podía renunciar a aquel lugar? Era el único hogar que había conocido y contenía muchos recuerdos de ella.

Oí ollas y sartenes en la cocina. Paulette estaba preparando la cena, pero todavía no podía hablar con ella, así que fui a mi habitación y me desplomé en la cama.

No es que no pudiera ser feliz en una pequeña habitación de alquiler en Montmartre, pero aquel apartamento era un santuario. A falta de una familia propia, me aportaba una sensación de consuelo y continuidad.

Ante mí apareció un recuerdo tan vívido que fue como si la escena estuviera desarrollándose en la habitación. *Grand-maman* estaba acostándome cuando era niña y tranquilizándome durante una tormenta: «No te preocupes, cariño, son solo Dios y los ángeles cambiando los muebles de sitio, como cuando la criada de *madame* Bellamy quita el polvo arriba».

Empecé a llorar más y me volví hacia la fotografía que tenía

encima de la mesa.

—¿Tú qué opinas, *grand-maman*? ¿He hecho algo terrible para disgustar a Dios? Primero se te lleva a ti y ahora nuestra casa. ¿Y qué haré con mi querida Paulette? Es demasiado mayor para encontrar trabajo en otro sitio. Sin ti aquí, ha sido de gran consuelo.

Respiré hondo varias veces. No podía rendirme así, pero se me habían cerrado todos los caminos. Imaginé a Claude regañándome por estar tan apegada a «unas paredes y un suelo». Pero él era autosuficiente y podía adaptarse a cualquier sitio. Yo no era así. Yo necesitaba algo conocido. Necesitaba sentirme segura.

Miré al techo.

«No puedo ayudar a nadie. Ni a mí misma ni a Paulette. Soy un ser inútil.»

6

*D*espués de pasarme la noche en vela, recuperé un vestigio de coraje. Mi situación era desesperada y tendría que escribir a *monsieur* Ferat, pero, después de haber luchado a diario durante tanto tiempo, no podía parar. Me levanté al alba y me senté al escritorio a terminar mi novela corta, *El gato misterioso*. Se la enviaría a *monsieur* Plamondon inmediatamente y por la tarde escribiría un relato. A lo mejor podía escapar de la prisión haciendo un túnel con una cuchara.

A media mañana, Paulette llamó a la puerta.

—Ha llegado una carta certificada —dijo.

Se me heló la sangre. ¿Una carta certificada? Debía de ser una citación judicial. Mi día del juicio final había llegado.

Abrí la puerta y Paulette me entregó el sobre, pero no parecía una notificación oficial. Era de una excelente vitela de color crema con volutas doradas en los bordes. Parecía una invitación a un baile.

Abrí el sobre con cuidado y saqué la carta.

Querida Emma:

Hoy regreso a Nueva York con Isadora, pero he estado meditando tu petición y tengo una propuesta. A cambio de que pague las deudas, debes presentarte en Nueva York el 1 de octubre para ayudar a Isadora a prepararse para la puesta de largo. Quedó muy impresionada contigo cuando te vio ayer, y respondió a tus palabras de ánimo como nunca ha hecho con las numerosas institutrices y tutores que he contratado para que la ayudaran a superar su aflicción, de la cual sin duda te percatarías. Su estado requiere una gran discreción y, puesto que eres mi hermana, confío en tu capacidad para mantener en secreto los asuntos familiares.

Si contactas con *monsieur* Depaul en la dirección que adjunto, él organizará el viaje y demás. También le indicaré que pague un depósito a tus acreedores como gesto de buena voluntad. El resto del dinero les será enviado cuando Isadora se case con un compañero adecuado. A tal propósito, calculo que tendrás que quedarte en Nueva York al menos hasta mayo.

En ese tiempo vivirás en nuestra casa, y espero que te comportes con

decoro. Bajo ninguna circunstancia debes desvelar que eres escritora. Te daré más instrucciones cuando llegues.

Tu fiel hermana,

CAROLINE

Saqué el pañuelo de la manga y me lo pasé por las mejillas y el cuello. Luego tuve que leer la carta dos veces más para cerciorarme de que no estaba soñando.

El tono condescendiente de Caroline me irritaba y me divertía al mismo tiempo. «Espero que te comportes con decoro.» ¿Por quién me tomaba? ¿Por una salvaje? El hecho de que insinuara que mi profesión era vergonzosa me enfureció, igual que la suposición de que podía dejarlo todo cuando ella dispusiera.

Pero lo que más me confundió fue la «aflicción» de Isadora. El único problema que yo pude detectar era su extrema timidez. Podía ser un rasgo familiar, pues la madre y la hermana de Oliver también eran así. Pero sospechaba que su estado obedecía a otro motivo: la formidable personalidad de Caroline aterraría a cualquier alma sensible. Si mi hermana no se hubiera ido a Nueva York cuando era joven, tal vez yo habría acabado siendo tan callada e insegura como Isadora.

Entonces sonreí. Quizá Dios no me había abandonado después de todo. Se me habían abierto dos caminos extraordinarios. En primer lugar, podría conservar mi querida casa y dar a Paulette una pensión decente. En segundo lugar, tendría la oportunidad de conocer a mi dulce sobrina y tal vez ayudarla de alguna manera. ¿Qué potencial se escondía detrás de aquellos ojos hermosos y tristes? Aunque solo había visto a Isadora unos instantes, me había afectado sobremanera. La diferencia de edad entre nosotras era casi la misma que entre Caroline y yo, pero yo trataría a Isadora de forma muy distinta a como mi hermana me había tratado a mí. Yo sería su amiga, su confidente, su protectora y guía.

—Explícame otra vez tus razones para ir a Nueva York —dijo Claude observándome al otro lado de la mesa. Por cómo fruncía el ceño, estaba claro que lo consideraba una estupidez—. Tu hermana solo parece utilizarte o ignorarte por completo. ¿Por qué estás dispuesta a tolerar ese abuso?

Arranqué un trozo de pan de la barra que tenía delante y lo mojé en mi *café au lait*. Estábamos cenando en la mesa situada en la esquina del estudio de Claude. Al fondo del pasillo tenía un pequeño apartamento de dos habitaciones en el que dormía y guardaba sus libros y artículos de la casa. En el estudio, pintado de blanco, y sus suelos de madera no había nada salvo obras de arte y material de

pintura. Durante el día se inundaba de luz gracias a los tres ventanales, pero, con la lámpara, las sombras bailaban por las paredes y techos cual seres mágicos.

—No tiene nada que ver con Caroline y todo con mi sobrina Isadora —respondí—. Es la única pariente de sangre que tengo aparte de mi hermana y quiero conocerla bien.

Claude hizo una mueca que denotaba que no lo había convencido.

Me miré las manos. Detestaba ocultar secretos a la gente a la que quería. Primero a *grand-maman* con Isadora y ahora a Claude con mis deudas. Aunque era cierto que quería conocer a Isadora, Claude ignoraba mi otro motivo. Caroline no estaba ofreciéndome un préstamo tal como yo le había pedido. ¡Estaba dispuesta a pagar toda la deuda! Podría conservar el apartamento que tanto amaba, y Claude y yo tendríamos un futuro más seguro. Nunca tendríamos que preocuparnos por el alquiler y él podría concentrarse en su pintura, y yo, en mis libros. Y puede que entonces no fuera tan reacio a formar una familia.

Claude lo intentó de nuevo.

—Una cosa es ver a Caroline de vez en cuando y otra quedarse unos meses en su casa de Nueva York. No puedes confiar en ella. A lo mejor intenta tenderte una trampa.

—¿Una trampa?

Era cierto que la naturaleza errática de Caroline significaba que jamás podría confiar en ella. Cada decisión que tomaba jugaba siempre a su favor. Pero, en realidad, no tenía nada que ganar a mi costa, excepto sentirse superior. Disfrutaría haciéndome saltar cuando ella dijera, porque sabía que estaba desesperada por conseguir dinero.

—Podré soportarlo una temporada —dije—. Además, ya no soy una niña. Ahora puedo observarla con el ojo de una escritora, y estar en Nueva York podría darme ideas para algunos relatos.

Claude no contestó. En lugar de eso, cogió las tazas y los platillos y los llevó al fregadero. Mientras los lavaba, me recosté en la silla y observé los cuadros que estaba terminando. En ellos había sombrereros haciendo un pícnic con sus novias en el bosque de Fontainebleau. El entorno y la gente eran tan vivos y naturales que parecía que pudiera tocarlos y reírme con ellos. Cómo anhelaba compartir su despreocupada espontaneidad.

—Si acabo quedándome en Nueva York más tiempo del previsto, tendrás que venir conmigo —le dije—. Puede que la ciudad ofrezca inspiración artística a ambos. Además, lo único que me preocupa realmente de este viaje es estar lejos de ti.

Claude se echó a reír.

—¡Si no has vuelto en primavera, iré a rescatarte! Estoy preocupado por ti, Emma. Esta situación no me gusta en absoluto.

Estarás en una ciudad en la que no tienes amigos y con una persona que no vela por tus intereses.

Me emocionaba cuando Claude era afectuoso y protector conmigo. Me levanté y le rodeé la cintura con los brazos, y él apoyó mi cabeza contra su pecho y me besó el pelo.

—Consultémoslo con la almohada —dije—. Ya veremos qué respuestas encontramos por la mañana.

La tarde siguiente, me bajé del ómnibus en Montmartre y encontré a Claude esperándome en la parada.

—Quiero que conozcas a una persona —dijo—. Es una artista estadounidense y una especie de radical.

Presa de la curiosidad, caminé junto a él por la Rue Rodier, pasando por delante de los fruteros con sus cestas repletas de coliflores y patatas, y de un chatarrero que empujaba un carro que apestaba a grasa de los restos que había recogido. Claude se detuvo delante de un ruinoso edificio situado encima de una tienda de muebles de mimbre. Una de las ventanas superiores estaba abierta y alguien silbaba «*J'ai du bon tabac*».

—No te dejes engañar por las apariencias —dijo Claude con una sonrisa—. Florence Garrett es hija de un adinerado congresista, pero lleva diez años viviendo en París como una mujer independiente. Ha cosechado grandes éxitos con su arte.

Claude me llevó por la estrecha escalera del edificio; cuando llegamos al segundo piso, llamó a una puerta azul chillón en la que habían pintado unos ojos y bigotes de gato. En el aire flotaba el olor a aceite de linaza y trementina típico del estudio de un pintor.

—Está abierto —dijo una voz femenina desde dentro—. Adelante.

Entramos en una sala que era lo opuesto al ambiente monástico del estudio de Claude. Todas las paredes estaban cubiertas de lienzos. Encima de una alfombra persa descolorida, una *chaise longue* y un piano de pared había libros amontonados. Cerca de la ventana vi un cuadro de un King Charles spaniel apoyado en un *hypericum* rojo sobre el cual había un collar de perro. Pero lo más extraordinario de todo era un tendedero colgado de pared a pared con sobres usados, folletos y trozos de periódico en lugar de ropa.

En medio de aquel caos había una mujer sentada frente a un caballete dando los últimos retoques a un cuadro de músicos callejeros. En el regazo tenía un gato blanco que dormía. La mujer llevaba un vestido a medida con pinzas y costuras habilidosamente ubicadas para dar forma a su cuerpo largo y estrecho. Tenía el pelo rubio oscuro y lo llevaba sujeto con alfileres, y lucía una piel suave e inmaculada. Aunque estaba trabajando, no tenía una sola mancha de

pintura en la ropa. En cuanto al gato, tenía el pelo sedoso y llevaba un lazo de terciopelo rosa con tres cascabeles.

—¡Claude! —exclamó la mujer, que se levantó y dejó al gato en la banqueta del piano.

Después limpió rápidamente el pincel y vino a saludarnos. Tras darle dos besos a Claude, me estrechó la mano.

—Tú debes de ser la talentosa *mademoiselle* Emma Lacasse de la que me ha hablado Claude. —Me miró fijamente con sus intensos ojos azules y me dio la impresión de que estaba intentando calibrar qué clase de persona era. Entonces sonrió como si hubiera descubierto algo extraordinario en mí—. Soy Florence Garrett.

Debía de tener unos treinta y cinco años. En el cuello de su vestido vi la insignia de la Société Protectrice des Animaux; el símbolo era un ángel impidiendo que un hombre golpeara a un caballo que se había caído.

—Leí tu colección de relatos en una noche y no pegué ojo —añadió —. Eran muy atmosféricos e increíblemente originales.

Me ruboricé por el cumplido y me volví hacia sus cuadros para disimular.

—¡Son magníficos!

Su estilo era impresionista, pero sus mujeres no estaban sentadas en un jardín, al piano o bebiendo té. Las mujeres de Florence estaban trabajando remangadas: lavanderas, vendedoras y vendimiadoras. También había muchos cuadros de perros, gatos, pollos y caballos.

Luego me fijé en el tendedero con los trozos de papel colgados, en los cuales había frases escritas.

Florence soltó una carcajada luminosa y clara cuando me vio observándolos.

—Ojalá mis ideas para artículos o cuadros me vinieran cuando estoy preparada para recibirlas, pero, por lo visto, nunca estoy cerca de mi mesa o mi cuaderno cuando la musa empieza a hablarme, así que anoto las ideas en lo primero que encuentro y luego intento ordenarlas.

—¿También eres escritora? —pregunté.

—No escribo novelas, pero colaboro con varias revistas de París y Nueva York. Mi tema es la reforma social.

—Desde luego, Francia está viviendo un momento apasionante —le dije—. El Gobierno está a punto de aprobar una legislación para limitar la jornada de trabajo y convertir el arbitraje de las disputas laborales en algo obligatorio.

Claude cogió al gato y lo sostuvo en brazos.

—Florence está pensando en volver pronto a Nueva York —terció —. Organizará una exposición para recaudar fondos para una escuela de niños inmigrantes. También le han encargado un mural.

—Me lo he pasado bien en París —explicó Florence—, pero ya es hora de que vuelva a casa. Claude me ha contado que tienes intención de pasar una temporada en Nueva York y me ha pedido que vaya contigo en el barco. Si tienes que estar en Nueva York el 1 de octubre, eso significa que tenemos que embarcar en Le Havre el 22 de septiembre.

Al mirar a Claude, me di cuenta de lo que estaba ocurriendo. Me había presentado a Florence para que tuviera compañía durante el viaje. Por un lado, me conmovió que se preocupara tanto como para buscar a alguien con quien ir a Nueva York. Por el otro, me habría gustado que no fuera tan comprensivo con el hecho de separarse de mí varios meses.

—Voy a visitar a mi hermana y a mi sobrina —dije, pero estaba demasiado avergonzada para dar más explicaciones—. Mi hermana me ha regalado el billete.

—Te gustará Nueva York —respondió Florence—. Te dará una nueva perspectiva de las cosas. Estoy cansada de no poder pasear sola por París sin que me acose alguien del sexo opuesto. Estoy segura de que por eso las mujeres normalmente han pintado flores y frutas. Así no tienen que enfrentarse a los obstáculos que comporta salir de casa.

Claude dejó el gato en el suelo; el animal salió corriendo a beber de un cuenco de agua con el nombre Minette pintado en un lateral.

—Si vas a Nueva York a crecer como artista, me sentiré mejor —dijo, pero le costaba mirarme a los ojos—. Saber que Florence estará allí si necesitas una amiga me tranquiliza.

—Estará bien —dijo Florence—. ¡No es una niña, Claude! —Volviéndose hacia mí, añadió—: Los lectores estadounidenses están enamorados de la ficción gótica y fantástica. Europa tiene su historia, pero Nueva York pronto será la capital cultural del mundo. Todo ocurre allí. Es un lugar fascinante.

Florence nos ofreció té y lo aceptamos, así que puso la tetera al fuego y retiró los libros de la *chaise longue* y de una butaca para que pudiéramos sentarnos. Mientras bebíamos té, habló de las exposiciones y los espectáculos que podríamos ver en Broadway.

Claude la interrumpió para preguntarle si se quedaría una temporada en Nueva York o pensaba viajar.

—No, la exposición y el mural me obligarán a estar en la ciudad —dijo, y me sonrió por encima del borde de la taza—. Emma, a mí me parece que Claude está nervioso por si encuentras a otro y quiere que te vigile. Pues, bueno, ¿recuerdas con qué tentó la serpiente a Eva? No fue con joyas ni ropa caras. Fue con conocimiento. Durante siglos, a los hombres les ha aterrado lo que pudiera ocurrirles a las mujeres si obtenían el conocimiento que entraña la libertad.

Florence se equivocaba en cuanto a las verdaderas inquietudes de

Claude, pero este le dedicó una sonrisa afable.

—Sí, tienes razón, Florence. Sabe Dios qué hará Emma si la dejo en libertad.

Monsieur Depaul, el abogado que debía organizar mi viaje a Nueva York y pagar una garantía de buena fe a mis acreedores, tenía un despacho en la Île de la Cité. Cuando entré, olía mucho a tabaco especiado, aunque nadie estaba fumando.

Un empleado me acompañó a la mesa de *monsieur* Depaul y me presentó, pero el abogado, un hombre de corta estatura con poco pelo y una barba canosa, me miró fugazmente a través de unas gafas sin montura. Después me indicó que me sentara y cogió una hoja en blanco de la mesa y se puso a escribir.

Con una sensación incómoda, me senté escuchando el rechinar de la pluma y la sonora respiración del abogado. Emitía un silbido que me recordaba a un fuelle.

—Nunca he estado en Nueva York —dije—. ¿Ha visitado alguna vez la ciudad, *monsieur* Depaul?

El hombre ignoró mi comentario, dobló la nota y la guardó en una caja que tenía detrás. Luego me puso delante un papel pautado y señaló unas cifras.

—El quince por ciento de sus deudas será abonado a Roche & Associates cuando parta hacia Estados Unidos. La empresa ha aceptado recibir la cantidad final más intereses el 30 de mayo de 1900. Si por algún motivo rescinde su acuerdo con la señora de Oliver Hopper, será responsable del importe total de manera inmediata, incluido el depósito inicial. —Señaló una línea a pie de página—. Firme aquí si está de acuerdo.

Noté la ansiedad recorriéndome las venas. El papel pautado me recordó que Caroline veía mi visita como una transacción económica. No parecía que *monsieur* Depaul supiera que era mi hermana. Pero ¿qué otra opción tenía? Firmé el documento y se lo devolví.

Monsieur Depaul abrió el cajón, sacó un sobre y me lo dio.

—Le deseo buen viaje, *mademoiselle* Lacasse.

Fue una despedida abrupta. Me levanté y esperé a que me acompañara a la puerta, pero no dio señales de que fuera a moverse. Puede que yo fuera una mujer independiente, pero eso no significaba que no pudiera mostrar y recibir ciertas muestras de cortesía.

—Bueno —dije al empleado al salir—, espero que los hombres de Nueva York tengan mejores modales.

En la calle respiré hondo un par de veces para recobrar la compostura y abrí el sobre que me había dado *monsieur* Depaul. Saqué el billete de ida para mi viaje en barco de vapor y leí detenidamente el

texto en cursiva.

> *Este billete da derecho a su portadora, Emma Virginie Lacasse, a un viaje de Le Havre a Nueva York el 22 de septiembre de 1899 a bordo del…*

A pesar de la agitación por irme de París, empezaba a sentir cierto cosquilleo por aquella aventura. ¿Los barcos de vapor que cruzaban el Atlántico no tenían nombres hermosos? ¿Me esperaban cenas elegantes en un salón con una cúpula acristalada y unas paredes revestidas de papel lincrusta blanco y dorado? ¿Escribiría sobre mi viaje sentada a una mesa de caoba en un camarote con una alfombra de terciopelo y cama con dosel?

Me perdí en aquellas visiones de un lujoso viaje transoceánico hasta que me fijé en las últimas palabras: BILLETE DE SEGUNDA CLASE.

—Bueno, al menos podemos decir que un leopardo no cambia de manchas —dijo Claude cuando le enseñé el billete en su estudio.

Me apoyé en la pared y miré las copas de los árboles por la ventana.

—No puedo creer que mi hermana, una de las mujeres más ricas de Nueva York, me mande un billete en segunda clase, cuando ella siempre viaja en primera. Evidentemente, si fuera a Nueva York por voluntad propia, viajaría en segunda clase. Pero que me pida que vaya y me compre un billete en segunda clase es insultante. ¿Cree que voy a ser la institutriz de mi sobrina?

Claude tiró el billete encima de la mesa y me rodeó con el brazo.

—Un billete de segunda clase en un transatlántico francés será muy cómodo —dijo con una sonrisa—. Si te mandara en tercera clase en un barco de inmigrantes, no te dejaría ir.

Fruncí los labios e intenté contener una sonrisa.

—No sé si reír o si llorar. ¡Es indignante!

Claude volvió a ponerse serio.

—Será mejor que te tomes a tu hermana con sentido del humor. Creo que todavía te tiene reservados más desaires. Pero, si sigues decidida a marcharte, tienes que ceñirte a tu intención de verlo todo desde la perspectiva de una escritora.

—¿Cómo le digo a Florence que voy en segunda clase? —le pregunté—. Será humillante. No la veré en el barco.

Claude cogió el billete y me lo dio.

—Creo que Florence te resultará mucho más útil de lo que aparenta. ¿Por qué no vas a contárselo?

7

De camino al estudio de Florence, pensé en cómo podía explicarle mi situación. Lo mejor que se me ocurrió fue que el agente se había equivocado y que ya era demasiado tarde para cambiarlo. Me daba demasiada vergüenza decirle que mi hermana rica era una tacaña conmigo.

Cuando llegué al apartamento de la Rue Rodier, me encontré a Florence saliendo. Llevaba una cesta llena de flores amarillas: girasoles, crisantemos y margaritas. Cuando le mostré el billete y le conté mi excusa, ni se inmutó.

—Si te soy sincera, prefiero viajar en segunda clase —dijo—. Conoces a gente más interesante. La gente que va en primera es insufrible. —Anotó mi número de camarote y me devolvió el billete—. Le escribiré a mi agente para que vayamos en el mismo camarote. Estoy segura de que no quieres hacer tu primera travesía por el Atlántico con un desconocido.

Le di las gracias por ser tan comprensiva y señalé la cesta de flores.

—Son muy bonitas. ¿Adónde vas?

Florence ladeó la cabeza y sonrió.

—¿Por qué no vienes conmigo y lo averiguas?

Me sorprendió que nos montáramos en el ómnibus en dirección a Asnières-sur-Seine, que estaba a las afueras de la ciudad. Quería preguntarle adónde íbamos, pero estábamos rodeados de chicas cargadas con sombrillas y cachivaches para un pícnic que no paraban de hablar, por lo que era imposible mantener una conversación. Cuando bajamos, Florence me llevó hacia un camino que discurría junto al río. Para mi alivio, las chicas fueron en la otra dirección.

—Qué bien tener paz otra vez —dije, disfrutando de la sensación de caminar sobre la hierba—. Al menos han dejado de pitarme los oídos.

Florence se echó a reír.

—Claude me contó que has tocado el arpa en el Théâtre de l'Oe

uvre y que has escrito unas cuantas obras de teatro. Te escribiré una carta de presentación para mi amiga Marguerite Durant para cuando regreses a París. Creo que os caeréis bien.

Aquello fue un halago. Marguerite Durant era una actriz célebre y una mujer elegante. Era famosa por pasear a su león por los Campos Elíseos, pero también era la directora del diario feminista *La Fronde*; sospecho que es ahí donde la conoció Florence.

—Estoy de acuerdo con muchos ideales feministas —dije—, pero no con los relacionados con el matrimonio. Soy una romántica.

Florece arqueó las cejas.

—Matrimonio y amor no son sinónimos, Emma. De hecho, son antagonistas. El amor solo puede serlo si se da libremente. Las leyes matrimoniales francesas son draconianas. Convierten a las mujeres en esclavas sin poder ni propiedades. Nada mina más rápido el espíritu de una mujer o le destroza la salud que el matrimonio.

La filosofía de Claude y Florence sobre el matrimonio y el compromiso no significaban nada si morías sola, pensé.

—Pero ¿casarse con un buen hombre no aportaría seguridad a una mujer?

Florence negó con la cabeza.

—¡El matrimonio es una póliza de seguros terrible! Uno de los problemas sociales más graves de las mujeres pobres es que las abandone su marido. En lugar de estar encadenadas a un hombre, sería mucho mejor que las mujeres tuvieran más opciones sobre cómo vivir su vida y recibieran el mismo salario por su trabajo.

Llegamos a una explanada cerca del río y pasamos por varias puertas de piedra todavía en construcción. Dentro del parque, adyacente a un camino de gravilla bordeado de retoños de roble y plátano occidental, había una docena de pequeñas lápidas. También habían plantado un jardín de majuelos y lirios.

—Le Cimetière des Chiens —explicó Florence—. Lo han inaugurado hace poco. Todavía faltan las estatuas y el cartel. Lo fundaron Marguerite y otro amigo mío, Georges Harmois, un abogado y defensor de los animales. Mi perrito Babou fue uno de los primeros en ser enterrados aquí.

Ahora entendía el cuadro del King Charles spaniel en el estudio de Florence y el jarrón con flores que había al lado.

—Qué conmovedor —dije, observando las tumbas diminutas—. Un cementerio de animales.

Me llamó la atención el epitafio de una de las lápidas: «Cuanto más conozco a la gente, más quiero a mi perro». Recordé a Léon, el perro de *grand-maman*, y a su gato Bisou, que fueron mis compañeros de niñez. Cuando murieron, estábamos demasiado apenados para tirar su cuerpo a la basura, que era lo que indicaba la ciudad de París a sus

habitantes si no sabían dónde enterrarlos. Por suerte para nosotros, una amiga de *grand-maman* nos permitió cavarles una tumba en su jardín.

Florence se agachó cerca de una lápida y puso encima un ramo de crisantemos amarillos.

—El primer año que vine a París salvé a Babou de un vivisector. Cruzó varias veces el Atlántico conmigo. Yo quería irme hace un par de años, pero Babou ya era viejo y no quería apartarlo de su hogar en sus últimos días. Era un auténtico perro parisino.

Mi mirada se desvió hacia el epitafio de la tumba situada junto a la de Babou: «Uno podía pensar que era humano… Pero ¡él era fiel!». La lealtad de los animales y la deslealtad de los humanos parecía ser un tema recurrente en el cementerio. ¿Encerraría algo de verdad? Con otro humano nunca podías saber a ciencia cierta si lo que estaba diciendo era lo que pensaba. Los animales eran transparentes en sus sentimientos.

Florence suspiró y deslizó los dedos por la lápida de Babou. Luego dejó el resto de las flores que llevaba en las tumbas de alrededor.

—A menudo agonizaba por lo que habría sido de Babou si no lo hubiera rescatado del vivisector —dijo—. No entiendo cómo un hombre inteligente y culto puede torturar a animales inocentes en nombre de la investigación. Cuando me imagino a esos pobres perros suplicando clemencia y lamiendo las manos de esos supuestos hombres de ciencia, me pongo a llorar.

Me estremecí. Detestaba pasar por delante de un matadero y oír los gritos escalofriantes del ganado y los cerdos. En una ocasión vi una hermosa y vieja yegua a la que arrastraban a una procesadora de carne. Le temblaban las patas de terror y tenía las pezuñas manchadas de sangre del caballo que habían sacrificado antes que ella. Esa imagen aún me perseguía.

Florence negó con la cabeza.

—Me gustaría creer que con conocimientos todos podemos ser mejores personas, pero estoy convencida de que hay gente que nace… vacía. Es como si no tuvieran alma.

—Daría mucho miedo mirar a los ojos a alguien así —dije—. Sería como contemplar un abismo.

Me asaltó una duda inquietante al recordar a Caroline y una discusión especialmente terrible que tuvo con *grand-maman*.

Desde que era niña, sabía que mi hermana estaba resentida por que yo hubiera sobrevivido a la fiebre amarilla que mató a nuestros padres. «*Maman* no era débil como tú, Emma —me decía—. Pero tú estabas enferma continuamente y le consumiste la vida. Fuiste tú quien le transmitió la fiebre amarilla, ¿lo sabías? Fuiste tú la primera que se contagió.»

Cuando le dije a *grand-maman* que yo era la culpable de la muerte de mis padres, se puso furiosa con Caroline. «¿Cómo puedes decirle eso a tu hermana? —gritó—. ¡Vaya cosas de decirle a una niña!»

Se quedó mirando a mi hermana como si estuviera desconcertada por su naturaleza, pero, si esperaba llegar al corazón de Caroline, fracasó.

Desterré aquella extraña sensación. No, Caroline era egoísta y poco compasiva, pero no era como los hombres de los que hablaba Florence. Caroline no era mala. Ella nunca disfrutaría destruyendo a otra criatura viva.

La víspera de mi partida, mis amigos se reunieron en la cafetería para despedirme. Los echaría de menos en los próximos meses y agradecí de nuevo la amabilidad de Claude por haberme presentado a Florence. La artista estadounidense y yo habíamos hecho buenas migas, y al menos conocería a alguien en Nueva York, aparte de mi hermana y su familia. Florence ya estaba en Le Havre visitando a una amiga y nos veríamos en el barco a la mañana siguiente. Tenía el presentimiento de que cruzar el Atlántico con ella sería cualquier cosa menos aburrido.

—¿Has oído hablar de Marcel y Julie? —preguntó Sophie—. Parece que las cosas no están saliendo como Marcel planeaba. Le está costando vender su obra ahora que han vuelto a París. Julie se pondrá como una ballena y seguirá sentada delante del caballete.

Nicolas soltó una risotada nerviosa.

—¿Tenemos que basar nuestras relaciones en las convenciones o la opinión pública? ¿Por qué no podemos organizarnos como nos parezca?

—Coincido —dijo Claude mirándome—. Mis padres son felices juntos pese al matrimonio, no por él.

Su comentario me irritó. Aquella tarde, en el tren rumbo a Le Havre, le pregunté a qué se refería y puso los ojos en blanco.

—¿Otra vez? ¿Cuántas veces tengo que decirte que te quiero y que estoy aquí para lo que necesites? ¿Qué cambiará si nos casamos? El matrimonio vuelve rígida a la gente. El amor es una planta. No puede crecer si la ahogas.

—No quiero estar sola todo el tiempo, Claude. Depender siempre de mí misma cansa. Ni siquiera sé si estarás esperándome cuando vuelva de Nueva York. ¿Y si encuentras a otra persona mientras estoy fuera?

Claude se cruzó de brazos.

—¿Y si la encuentras tú? ¿Quieres un matrimonio o me quieres a mí? Si te sientes sola estando conmigo, casarte no servirá de nada,

Emma. Y tener hijos tampoco. Estás pidiéndome que solucione algo que solo puedes arreglar tú.

Pasamos nuestra última noche juntos en una pintoresca pensión cerca del puerto, pero, en lugar de hacer el amor apasionadamente, nos dimos la vuelta cada uno para su lado y mantuvimos un silencio obstinado.

A lo mejor Claude tenía razón. Había un vacío en mi interior que solo yo podía llenar. Pese a lo que me decía a mí misma sobre aceptar que Caroline, mi hermana de sangre, nunca se había preocupado por mí, el dolor de su rechazo había dejado cicatriz. Tal vez no creía que alguien fuera a serme fiel a menos que estuviera atado a mí de alguna manera. Yo sola no bastaba para mantenerlos a mi lado.

¿Y qué sucedería si Claude nunca cambiaba de parecer sobre el matrimonio? ¿Qué haría yo entonces? ¿Resignarme a una existencia insegura y sin hijos igual que me había resignado al egoísmo de Caroline y al hecho de que me hubiera abandonado?

Florence se reunió con nosotros en el gran salón del barco, que tenía la atmósfera del vestíbulo de un hotel. Había hombres de negocios sentados fumando y leyendo el periódico, mientras que, en una esquina, una mujer de mediana edad que lucía un sombrero con plumas, flores y volantes bebía champán con un grupo de chicas más jóvenes. Las madres empujaban los carritos de sus bebés y varias enfermeras ayudaban a ancianos en sillas de ruedas. Florence era la única persona en el salón de segunda clase que iba acompañada de un animal, pero había visto a algunos pasajeros de primera embarcando con bulldogs franceses y pomeranias.

Minette estaba sentada en su transportín observando tranquilamente lo que acontecía a su alrededor.

—Ojalá tuviera su confianza —dije, metiendo el dedo en el transportín para rascarle la barbilla.

Florence me puso una mano en el hombro.

—Este barco es muy robusto. Está construido para los mares más embravecidos y estaremos todos a salvo. Mira, ahora llega el capitán.

Un hombre canoso enfundado en un abrigo azul con botones dorados y una gorra con hojas de laurel subía por la pasarela acompañado de unos oficiales igual de elegantes. El aire distinguido y eficiente de aquellos hombres inspiraba confianza en que nos hallábamos en buenas manos, pero a mí no me preocupaba la seguridad.

Claude lo sabía, y me cogió de la mano y sonrió.

—Escríbeme a menudo, Emma. Así sabrás que siempre estoy contigo de espíritu.

Entonces sacó del bolsillo del abrigo un paquete envuelto en papel marrón y me lo dio. Al abrirlo vi un diario rojo con hojas de color crema y bordes dorados. Claude había escrito una cita de Thomas Browne en la guarda: «Todas las maravillas que buscas están en tu interior».

—Gracias, mi amor. —Ahora lamentaba aún más que hubiéramos malgastado nuestra última noche discutiendo—. Cuando queramos darnos cuenta, estaré de vuelta y tendré muchas historias que contar.

Claude me dio un abrazo y me susurró al oído:

—Mi mayor deseo es que descubras quién eres sin mí, Emma. Así, cuando regreses, sabrás si lo que verdaderamente deseas es una vida conmigo.

En aquel momento sonó la sirena del barco.

—¡Desembarquen todos! —gritó el sobrecargo, y los invitados se levantaron y empezaron a despedir a los pasajeros.

Claude se volvió hacia mí.

—Os deseo a las dos un feliz viaje. Cuidarás de Emma, ¿verdad, Florence?

—Claro que sí —respondió ella.

Se me partió el corazón cuando vi a Claude desaparecer con los demás por la pasarela. Tal vez ir a Nueva York mejoraría mi confianza en mí misma y me ayudaría a afrontar mis inseguridades de una vez por todas. A lo mejor entonces podría aceptar que lo que teníamos Claude y yo era completo.

Los motores del barco cobraron vida y noté las vibraciones a través del suelo. Los pasajeros del salón salieron a la cubierta de paseo a despedir a la multitud que se había congregado en el puerto.

Observé a los centenares de personas que había en tierra firme, todos ellos ondeando pañuelos y sombreros. ¿Cómo iba a distinguir a Claude? Entonces lo vi encaramándose a un poste y despidiéndose con la mano. Me sobresalté al oír la sirena, y el barco zarpó, lento y pesado al principio. Poco a poco, fue ganando velocidad.

Clavé la mirada en Claude todo el tiempo que pude. En lugar de estar emocionada por emprender una aventura, me invadió la tristeza.

8

Me enojó que Caroline no me hubiera comprado un billete en primera clase. Sin embargo, cuando entré en la biblioteca aquella tarde, mi indignación se desvaneció en cuanto vi las mesas de caoba barnizada y las sillas con tapicería de terciopelo. Las estanterías estaban bien abastecidas de obras de escritores estadounidenses, entre ellos Emily Dickinson, Henry James y Mark Twain.

Más tarde, cuando Florence y yo bajamos al comedor, nos sirvieron una deliciosa sopa de champiñones y pastel de patata y puerro seguidos de compota de melocotón.

—Estoy seguro de que en primera clase no comen mejor que nosotros —le dijo a su esposa el hombre que teníamos sentado enfrente—. Toda esa sopa de tortuga verde y el *pâté de foie gras* no le vendrá bien a su estómago cuando empiecen a marearse mañana.

Resultó que el hombre era un ingeniero que iba a Nueva York a trabajar para una compañía eléctrica. Cuando se enteró de que era mi primer viaje a la ciudad, se apresuró a tranquilizarme.

—Nueva York es el epicentro de la invención y el ingenio. Nunca deja de evolucionar. En las calles hay farolas eléctricas y, aunque ahora es caro, creo que pronto todas las casas tendrán teléfono.

Florence me presentó como escritora; me halagó que la mujer que tenía sentada al lado, una profesora de música, hubiera leído algunos de mis relatos.

—¡Emma Lacasse! —exclamó—. Tendré que escribirle a mi hermana y contarle que la he conocido. ¿Escribirá más historias? ¿Por eso va a Nueva York?

—En cierto modo —respondí.

—Bien —dijo—. Estoy deseando leer más cosas suyas.

Poco a poco me había forjado una obra literaria, pero no era para nada famosa. Conocer a alguien que me trataba como una estrella me llenó de emoción. Tal vez Caroline no intentaba menospreciarme al enviarme un billete en segunda clase. Tal vez previó que disfrutaría

más entre educadores y músicos.

Sin embargo, el hombre situado al lado de Florence explicó que era ayuda de cámara e iba a trabajar para una familia rica, y sentí vergüenza de mi ingenuo optimismo. ¿Por qué seguía intentando excusar a Caroline?

Florence y yo habíamos trabado una incipiente amistad en París que se vería cimentada por los desafíos de un viaje por mar. Nuestro camarote era estrecho, con un banco empotrado a un lado, una litera doble al otro y un lavamanos con un espejo en medio. Si a ello le sumabas a Minette y su bandeja de arena, había poco espacio, pero algo en Florence te contagiaba alegría a pesar de las circunstancias.

—Yo me quedo con la litera de abajo —dijo cuando volvimos de cenar y nos pusimos el camisón—. A veces se me ocurre una idea para un artículo en plena noche y tengo que levantarme a escribir. Así no te molestaré, ni tampoco lo hará Minette cuando salte de la litera.

Me pareció curioso que, a pesar de las limitaciones de espacio, una de las primeras cosas que hizo Florence fue colgar su tendedero, listo para recibir sus notas de inspiración.

—¿Ese sistema te funciona? —pregunté mientras la observaba desde la litera de arriba.

Minette subió y se acurrucó a mi lado.

—Lo utilizo desde hace años y me permite ser productiva —respondió antes de coger a Minette y volver a dejarla en la litera de abajo—. Si no estoy atenta cuando aparece la musa, puede irse con otro.

Florence apagó la luz y nos pusimos a dormir. Mi cuerpo todavía se balanceaba con el movimiento del océano. Momentos después, Minette volvió a subir a la litera y se ovilló en el recodo de mi brazo. Acerqué la cabeza a la suya y me llegó su aliento a pescado, pero no era desagradable.

—¿Está contigo otra vez? —preguntó Florence—. Esa gata va a lo suyo. No me agradece que haya tenido que pagarle un billete para viajar con nosotras.

—No me importa —dije, acariciándole la mejilla a Minette—. Me gustan los gatos. Son cariñosos y elegantes, pero no se someten al control de nadie.

—Bueno, mientras estés segura de que no te importa… —respondió Florence, que hizo temblar la litera al darse la vuelta—. Yo siempre he dicho que solo la gente sensible sabe apreciar a los gatos. ¡Por eso los artistas y los escritores los adoramos!

Cuando Florence mencionó que su técnica del tendedero le funcionaba, decía la verdad. Pronto me di cuenta de que, hiciéramos

lo que hiciéramos, podía sentarse en una tumbona a anotar unas pocas frases. Además, hablaba con todo el mundo y se las arregló para que nos enseñaran el puente de mando, donde conocimos al capitán, al ingeniero y al oficial de navegación. Cuando volvimos al camarote, en media hora escribió un artículo que fluía con gran belleza: «Durante los días que pasemos en el mar, el capitán será el gobernador de una pequeña ciudad…».

Pero lo que más me gustó fue su escrito sobre los fogoneros. El artículo me hizo tirarme del cuello del vestido mientras leía sobre las claustrofóbicas condiciones de trabajo que imperaban en las tripas del barco: «Mis compañeros y yo viajamos cómodamente, pero no olvidemos que es gracias al oneroso trabajo de los fogoneros, cuyas condiciones son calurosas, sucias y peligrosas…». Su descripción del calor («como ser hervido en vida») hizo que me retorciera. Los detalles eran demasiado reales para que los hubiera oído de boca de otro.

—Florence, ¿conseguiste que te enseñaran la sala de máquinas? —pregunté.

—Por supuesto —respondió sin apartar la mirada de lo que estaba escribiendo.

Negué con la cabeza en un gesto de admiración y me pregunté cuándo habría bajado. Quizá fue mientras yo estaba en la biblioteca escribiendo cartas a Claude o durmiendo en la cubierta de paseo. Florence era genial. Parecía capaz de escribir con precisión, aunque solo lo hiciera a ratos. Una escritora que trabajaba en medio de la vida, no separada de ella. Yo solía tardar un poco en concentrarme. A menudo, cuando llegaba a casa por la noche, tenía que lavarme la cara y las manos, ponerme las zapatillas y tomar una taza de té antes de empezar de nuevo.

Monsieur Plamondon todavía no me había confirmado si publicaría *El gato misterioso*. Recordé la emoción que sentí cuando aquella mujer me reconoció mientras cenábamos. Si me hacía tan famosa como ella suponía, podría ganarme la vida y no estaría en deuda con Caroline. No estaría en deuda con nadie.

El último día de viaje, las cosas se complicaron entre Florence y yo. A la mañana siguiente, estábamos preparando los baúles para nuestra llegada a Nueva York cuando se volvió hacia mí.

—Me emocioné tanto al conocer a una escritora tan buena que ahora caigo en que no te he preguntado una cosa sobre tu familia. Mencionaste que ibas a visitar a tu hermana y a tu sobrina en Nueva York, y Claude me dijo que eres de Nueva Orleans. No lo habría imaginado nunca. Eres tan francesa como un acordeón. ¿Cuál es el apellido de casada de tu hermana? A lo mejor la conozco.

Yo estaba rebuscando entre mis papeles el billete de mi arpa, que había viajado en la bodega, ya que no había espacio para ella en el camarote. Si no hubiera estado tan ensimismada en eso, quizás habría pensado más antes de contestar.

—Señora de Oliver Hopper. Ella y mi sobrina viven en la Quinta Avenida.

El billete se había colado entre las páginas del libro que había llevado para el viaje: *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*. Al levantar la cabeza vi a Florence mirándome fijamente. Había empalidecido, como si hubiera sufrido una conmoción.

—¿Tu hermana está casada con Oliver Hopper? —preguntó—. ¿Me estás diciendo que tu hermana es Caroline Hopper?

Imaginé que estaba sorprendida de que la hermana de una mujer tan adinerada viviera con unos medios limitados y viajara en segunda clase como una sirvienta, y decidí contarle toda la historia mientras cenábamos. Sin embargo, cuando nos sentamos a la mesa, fue como si se hubiera abierto una brecha entre nosotras. Aunque siguió comportándose con educación, Florence no me miraba a los ojos, lo cual hacía difícil entablar conversación con ella sin llamar la atención de los demás.

Cuando volvimos al camarote, se acostó y pareció quedarse dormida al cabo de un momento, así que tampoco tuve la oportunidad de hablar con ella.

A la mañana siguiente, cuando desperté, el baúl de Florence estaba en el pasillo, pero ella y Minette habían desaparecido. ¿Había ido a algún sitio a escribir? ¿Estaba investigando para otra de sus historias antes de desembarcar?

Me vestí y fui a la cubierta de paseo, que estaba abarrotada de pasajeros desafiando el penetrante frío y ansiosos por avistar el puerto de Nueva York. No veía a Florence entre los rostros envueltos en bufandas y las figuras con abrigo.

Entre la multitud se oyeron vítores cuando apareció la Estatua de la Libertad entre la niebla. Algunos pasajeros rompieron a llorar al ver el símbolo de su patria. La estatua era impresionante, una diosa enorme levantando una antorcha con la mano derecha y sosteniendo las tablas de la ley con la izquierda. Parecía que nada pudiera amedrentarla, pero yo no era capaz de participar de aquella emoción. Pensaba que Florence y yo compartiríamos aquel momento juntas.

No pude encontrarla ni siquiera cuando apareció el médico para evaluar a los pasajeros antes de desembarcar. ¿Se iría sin decirme adiós? Era un comportamiento de lo más extraño.

Finalmente, cuando los pasajeros de primera y segunda clase pasaron por la inspección aduanera en el muelle, la vi. Ya tenía un maletero y estaba indicándole que fuera a una hilera de cabriolés.

—¡Florence, detente, por favor! —grité.

Sin sonreír, se dio la vuelta y me miró como si fuera una desconocida. Se me encogió el estómago y me pregunté si nuestra amistad estaba condenada a acabar con nuestro viaje.

—Pensaba que iríamos juntas a la ciudad —dije.

Florence señaló un elegante carruaje con un cochero y un criado vestidos con levita y sombrero de seda negra. Delante había dos caballos negros con un perfecto pelaje reluciente. En la puerta había una cimera con un halcón en el centro.

—Ese es tu carruaje —dijo Florence.

Me quedé boquiabierta. Después de cómo me había tratado Caroline hasta el momento, imaginaba que tendría que ir sola hasta su casa.

—¿Puedo llevarte a casa de tu tía, entonces? —pregunté a Florence —. Al menos, después de hacerte viajar en segunda clase, puedo ofrecerte un transporte cómodo para esta parte del viaje.

Florence negó con la cabeza.

—No, ya me las arreglaré. Solo me pregunto por qué no me lo dijiste. ¿Estabas jugando conmigo?

Aquello era bochornoso. Nunca tuve intención de engañar a Florence.

—Si te preguntas por qué mi hermana solo me compró un billete en segunda clase, puedo asegurarte que yo tampoco sé por qué lo hizo. Su trato hacia mí siempre ha sido impredecible. Desde que se casó y vino a vivir a Nueva York, hace casi veinte años, no ha formado parte de mi vida. No sé gran cosa sobre ella, su marido o incluso mi sobrina. No te lo conté porque, sinceramente, me da vergüenza. Espero que este viaje me permita conocer mejor a mi sobrina.

Florence frunció el ceño; abrió más los ojos al comprender la situación.

—¿No sabes gran cosa de la vida de tu hermana en Nueva York?

—Tengo información mínima. Prácticamente renegó de mí y de mi abuela cuando se fue de París. Ni siquiera regresó para el funeral de *grand-maman*.

Florence se frotó la barbilla.

—Ahora entiendo por qué Claude estaba tan preocupado por ti. —Metió la mano en el bolso, sacó una tarjeta de un tarjetero de plata y me la puso en la mano—. Esta es mi dirección en Nueva York. Emma, si necesitas cualquier cosa, ayuda de cualquier tipo, ven a verme, por favor.

La mayoría de los pasajeros ya se habían dispersado. El criado bajó del carruaje y caminó hacia nosotras, dando por sentado que una de las dos era la persona a la que esperaba.

—Por favor, Florence —le rogué—, déjame compensar este

malentendido.

Florence miró el carruaje como si fuera lo más desagradable que había visto nunca.

—No, gracias.

Luego me dedicó una última mirada de preocupación e indicó al maletero que fuese hacia los cabriolés.

El sirviente se acercó a mí e hizo una reverencia. Gracias a su tez bien afeitada y sus cejas pobladas resultaba imponente. Era tan bello como los caballos.

—¿Señorita Lacasse?

Asentí y él ordenó al maletero que subiera mi maltrecho baúl y la funda del arpa al carruaje. Luego abrió la puerta y me ayudó a montarme. El interior era de tela azul. Cuando cerró la puerta, un grupo de gente se me quedó mirando, como si estuvieran especulando a quién llevaban en tan majestuoso vehículo. Tuve que contener la risa. El carruaje, el criado, los caballos, los curiosos… Nada de aquello formaba parte de mi mundo.

Cuando pasamos por delante de los cabriolés, Florence ya se había ido. Me sorprendió lo desesperadas que sonaron sus palabras de despedida: «Emma, si necesitas cualquier cosa, ayuda de cualquier tipo, ven a verme, por favor». Por su forma de actuar, parecía que yo fuera Jonathan Harker yendo a ver al conde Drácula. Casi podía imaginarla poniéndome un crucifijo en la mano en lugar de la tarjeta con su dirección; tuve la inquietante sensación de que estaba advirtiéndome sobre mi hermana y su marido.

9

En cuanto vi Nueva York, olvidé mis recelos. Al principio, las calles que rodeaban el puerto eran serpenteantes y estrechas, y el aire olía a pescado podrido. Las mujeres caminaban tapándose la nariz con un pañuelo y examinaban los productos que ofrecían los vendedores en sus carretillas. «¡Nueces con cáscara! ¡Patatas! ¡Cebollas!», gritaban. Pero las calles no tardaron en ensancharse y se extendió ante mí una ciudad grande y elegante. Algunos edificios tenían más de diez o doce pisos de altura. Había oído que allí los edificios de oficinas, los hoteles e incluso algunas casas tenían ascensor. No podía imaginarme subiendo a la planta superior en una caja atada a un cable. Me prometí que, si alguna vez me encontraba en uno de esos edificios, utilizaría las escaleras.

Pasamos por delante de fabricantes de pianos y tiendas de colchones. Había floristas por todas partes, tal vez incluso más que en París. En cada esquina parecía haber un vendedor callejero con sus productos expuestos encima de una manta. Pasamos frente a un vendedor de juguetes que estaba mostrando el funcionamiento de una peonza rodeado de hombres de negocios trajeados. Cuando el vendedor tiró de la cuerda y puso la peonza en movimiento, se les iluminó el rostro y le ofrecieron dinero. ¿Era para su hijo o para ellos?

Doblamos por la Quinta Avenida, donde las travesías tenían números en lugar de nombres y empezaban a intervalos regulares. Las actividades comerciales dieron paso a una procesión de iglesias e hileras e hileras de elegantes mansiones de arenisca con escaleras, umbrales y dinteles idénticos. A medida que avanzábamos, entre las casas de arenisca se intercalaban mansiones de mármol y piedra de tonos claros.

Más adelante divisé un extenso parque cuyos árboles hacían gala de sus otoñales colores bronce y dorado. En la acera había varios turistas contemplando algo que había al otro lado de la calle. Un hombre estaba sentado encima de una caja dibujando lo que veía. Me

volví hacia la otra ventanilla para ver qué observaba la gente sin percatarme de que el carruaje se había detenido. De repente, tenía delante al criado, que había abierto la puerta y estaba ofreciéndome la mano para bajar la escalerilla.

Me encontraba frente a un majestuoso palacio de estilo renacentista que parecía sacado del valle del Loira. Era enorme y ocupaba casi toda la manzana, con una torre de tres plantas que dominaba la entrada y gárgolas, arbotantes y ventanas saledizas. Por los relucientes muros de piedra caliza y el inmaculado tejado azul con bordes de cobre era obvio que el edificio se había terminado recientemente.

—¿Es un hotel? —pregunté al criado.

—No, señorita Lacasse —respondió con una leve sonrisa—. Es la residencia del señor y la señora Hopper. La terminaron hace solo unos meses y es la casa más lujosa de toda Nueva York.

Conque aquella era la casa de la que Caroline me había hablado en París. Me la imaginaba lujosa, pero no algo tan parecido a un palacio.

El criado me pidió que fuera a la entrada, donde nos recibió un mayordomo con chaleco negro y frac. Luego, el criado volvió a montarse en el carruaje y se fue.

—Oh —dije aterrada—. ¡Mi baúl y mi arpa están ahí!

—No tema, señorita Lacasse —repuso el mayordomo con un marcado acento británico—. Llevan su equipaje a la entrada de carruajes, donde pronto lo trasladarán a su habitación.

Me hizo entrar en un vestíbulo en el que una sirvienta con vestido negro y delantal blanco me ayudó a quitarme el abrigo. Desde allí, los tres fuimos a un gran salón. Tuve que contener la respiración, porque había entrado en otro mundo. Medía al menos veinte metros de largo y estaba revestido de piedra de Caen. Unos tapices italianos adornaban las paredes blancas y una chimenea doble con una repisa decorada con *jardinières* de porcelana mantenía el lugar a una temperatura agradable pese a la altura del techo. Al final del salón, una gran escalinata con pasamanos de bronce se dividía en dos al llegar al primer piso.

El mayordomo se detuvo a los pies de la escalera.

—Jennie la acompañará a su habitación, señorita Lacasse. La señorita Hopper está en una merienda con la señora, pero volverán a las cinco para saludarla. Mientras tanto, ¿quiere que la cocinera le prepare algo?

Negué con la cabeza.

—No, gracias.

Tenía hambre, pero me sentía fuera de lugar. No sabía qué pedir en una casa como aquella. ¿Una sopa sería demasiada molestia para la cocinera? ¿Un bocadillo resultaría tristemente humilde?

Seguí a Jennie al primer piso y enfilamos un largo pasillo decorado con estatuas griegas de tamaño natural y un cuadro de Cupido y Psique obra de Boucher. Jennie abrió una puerta y me invitó a entrar en una resplandeciente habitación de estilo rococó con unas paredes blancas embellecidas con oro. Las sillas, las cortinas y el dosel eran de satén azul plateado y en la chimenea Luis XVI ardía una hoguera.

—La señora Hopper pensó que esta sería la habitación que más le gustaría —dijo Jennie, que señaló un escritorio ubicado cerca de la ventana—. Originalmente perteneció a María Antonieta. Por eso se llama la sala María Antonieta.

En ese momento llegó un sirviente con mi baúl y lo dejó en el banco situado a los pies de la cama.

—¿Y mi arpa? —le pregunté.

—Está en la sala de música, señorita —dijo, haciendo una reverencia antes de irse.

Jennie miró con curiosidad el maltrecho baúl.

—¿Quiere que la ayude a deshacer el equipaje, señorita Lacasse?

Teniendo en cuenta la clase de invitados a los que Jennie probablemente estaba acostumbrada, no quería avergonzar a ninguna de las dos pidiéndole que desdoblara mi ropa. Además, quería localizar mi arpa lo antes posible. Odiaba separarme de ella. Bastante enervante había sido que viajara en el compartimento de equipajes del barco.

—No será necesario —respondí—. Pero, por favor, indíqueme dónde está la sala de música.

—A la izquierda del gran salón. Vuelva por donde hemos venido.

Cuando Jennie se fue, me senté en una silla cerca del fuego, cerré los ojos un momento y pensé en la suntuosa grandiosidad de la casa. El hecho de ir desde la entrada hasta aquella habitación había sido una experiencia abrumadora. Pero eso era lo que Caroline siempre había querido, y ahora lo tenía. Tuve una sensación extraña. Estaba dentro del sueño de Caroline. Me había arrastrado a él.

Después de vaciar el baúl, me lavé en un cuarto de baño que me deslumbró con sus baldosas blancas, su bañera y lavamanos de mármol y sus ventanas policromadas. De los grifos de oro macizo no solo salía agua fría, sino también caliente.

Eran solo las dos y media, y Caroline e Isadora aún tardarían en volver, así que fui a buscar el arpa.

Una sirvienta cargada con ropa de cama me hizo una reverencia antes de entrar en una habitación. Más adelante, un criado estaba subido a una escalera arreglando un reloj. Puso cara de sorpresa al verme, pero se inclinó educadamente. ¿Cuántos sirvientes eran necesarios en una casa tan grande como aquella? Además de los que ya había conocido, tendría que haber al menos treinta más, incluidos

un ayuda de cámara, una dama de compañía, una ama de casa y un cocinero. Al avanzar por el pasillo oía puertas abriéndose y cerrándose silenciosamente. ¿Caroline pedía a sus sirvientes que fueran invisibles? La sensación de que docenas de ojos estaban observándome me erizó el vello de la nuca y me animó a apretar el paso.

En la sala de música hacía más frío que en el resto de la casa porque la chimenea estaba apagada, pero no era incómodo. Al final de una alfombra Aubusson de color crema había un piano de cola con un arpa dorada al lado. No era la mía, que seguía en su funda junto a la banqueta del piano. Me acerqué a examinarla. La columna estaba decorada con pan de oro y motivos de faraones egipcios y leones alados. Era hermosa y debía de costar una fortuna. ¿La tocaba alguien o era un mero ornamento?

Aunque había dos lámparas de bronce y cristal en el techo, a aquella hora del día no era necesaria la luz artificial. Tres ventanales daban a un parterre y la luz se reflejaba en un gran espejo veneciano situado al otro lado de la sala. Las columnas corintias acanaladas con hojas doradas alrededor contribuían a la atmósfera deslumbrante. El efecto era sublime. Caroline siempre había tenido un gusto extravagante, y ahora disponía de dinero para expresarlo.

Saqué el arpa de la funda y, después de desplegar los pedales, empecé a afinarla. El largo viaje no le había sentado bien. Estaba tan empecinada en que sonara a la perfección que no me percaté de que se desvanecía la luz del sol.

—¡Tía Emma!

Al levantar la cabeza, vi a Caroline y a Isadora en el umbral.

—Dios mío —dijo Caroline—, ¿nadie ha encendido la chimenea o las lámparas? Son eléctricas.

Mi hermana tiró de un cordel y la luz dorada de las lámparas iluminó la habitación. Todo relucía aún con más magia que a primera hora de la tarde.

Isadora vino corriendo a abrazarme.

—Te escribí cada día, tal como había prometido —me susurró al oído—. Pero mamá me dijo que mi francés era demasiado bochornoso para enviarte las cartas.

—No pasa nada —dije—. Trabajaremos juntas en ello.

Isadora era tan afectuosa y familiar conmigo que detestaba tener que soltarla, pero me volví hacia mi hermana diligentemente.

Caroline también vino hacia mí con los brazos abiertos, pero se detuvo junto a la funda del arpa, que estaba andrajosa en comparación con la belleza etérea de todo lo que había en la sala. Después me abrazó con tanta rigidez que, si hubiera cerrado los ojos, habría pensado que estaba rodeando con los brazos una estatua.

Cuando me soltó, señaló la funda del arpa.

—Me alegro mucho de que no lo hayas dejado. Isadora necesita ayuda con la música. Le pediré a Woodford que compre una funda más adecuada para ti. Confío en que tu travesía por el Atlántico haya sido cómoda.

Solo llevaba cinco minutos en su presencia y ya empezaba a sacarme de quicio, pero respiré hondo y me recordé a mí misma por qué estaba allí. Durante mi estancia tendría que desarrollar la fortaleza de un prisionero de guerra y concentrarme en trabajar por mi libertad.

—Sí, fue muy agradable —respondí.

Caroline me observó con aquellos ojos penetrantes y sonrió.

—Debo disculparme por enviarte un billete de segunda clase, pero sabía que parte de la familia Van der Heyden viajaría en ese barco y no quería que te cruzaras con ellos hasta que te hayas introducido adecuadamente en la alta sociedad neoyorquina. —Soltó un suspiro—. Las cosas aquí son muy distintas; no se parece en nada a París. Hay que hacerlo todo correctamente y no se perdona un paso en falso. Tienes que seguir mis instrucciones al pie de la letra, Emma. No podemos cometer un solo error cuando preparemos a Isadora para su entrada en la sociedad.

Caroline tiró de otro cordel y apareció el mayordomo.

—Me gustaría que le enseñaras la casa a la señorita Lacasse —dijo. Luego se volvió hacia mí y sonrió de nuevo—. Tengo que atender unos asuntos con la dama de compañía y la ama de llaves, e Isadora debe descansar antes de la cena. Woodford te enseñará la casa. A la hora de la cena verás a Oliver y conocerás a algunos invitados que te resultarán de lo más interesantes.

Fuimos todos al vestíbulo. Caroline se dirigió a la escalinata. Isadora me dio un apretón en la mano y me dedicó una sonrisa furtiva antes de salir corriendo detrás de ella.

—Venga por aquí, si es tan amable —dijo Woodford, que me llevó a la sala contigua—. La biblioteca está decorada al estilo del Renacimiento y el Segundo Imperio…

Apenas lo oía, porque mi mente saltaba de un pensamiento a otro. ¿Podían existir dos mujeres que parecieran menos madre e hija que Caroline a Isadora?

Las cenas en el apartamento de París con mis inquilinos estadounidenses siempre habían sido elegantes pero modestas. El único conjunto que tenía para ocasiones más formales era un vestido de tul lila y blanco con sobrepuestos negros y mangas globo. Tampoco tenía más joyas que unos pendientes de perlas y un medallón de oro que contenía una fotografía de *grand-maman*. Al bajar por la escalinata

de la casa de la Quinta Avenida, sabía que era como un pez fuera del agua.

Jennie me llevó al salón en el que nos reuniríamos a tomar jerez antes de cenar; cuando abrió la puerta, descubrí que mi predicción era acertada. Lo primero que me llamó la atención fue un tapizado florentino con el escudo de armas de la familia Medici colgado encima de la chimenea de mármol. Lo segundo fueron los elaborados vestidos de noche de las cuatro personas que se dieron la vuelta.

—¡Aquí está! —dijo el único hombre.

Tardé un momento en reconocer a Oliver por lo mucho que había cambiado en aquellos años. Su rostro estaba distorsionado por la papada, y su cuerpo, muy deformado por una abultada panza. De no ser por su cabello rojizo y el gigantesco anillo de ópalo que seguía llevando, tal vez no lo habría reconocido.

—Es un placer verte de nuevo, cariño —dijo antes de cogerme la mano y besarla.

Desde la última vez que lo vi no solo había cambiado su figura. En París era vital y dinámico, pero su expresión actual no denotaba ningún optimismo. Sus movimientos parecían apagados, como los de un hombre agotado de la vida.

Oliver me llevó a un diván ocupado por Caroline, Isadora y una tercera mujer.

—Buenas noches, Emma —dijo Caroline. Estaba resplandeciente, con un vestido de seda verde Nilo y un collar de diamantes redondeados y pendientes a juego que centelleaban cada vez que se movía—. Me gustaría presentarte a mi buena amiga, la duquesa de Dorset.

La duquesa era una mujer atractiva de edad indeterminada; podía tener treinta o cuarenta años. Tenía una mandíbula y una frente prominentes, pero no se apreciaba una sola arruga en su cara. El azul oscuro del vestido le sentaba bien a su cabello de color canela, y sus bonitos ojos y su boca pequeña le daban la apariencia de una muñeca. Pero había demasiada vitalidad en su sonrisa para confundirla con un objeto inanimado.

—Nada de tonterías de «duquesa» —protestó. Tenía acento inglés, pero por la fuerza de su voz me dio la impresión de que podía ser estadounidense—. Cuando esté en Nueva York con mis queridos amigos, insisto en que todos me llaméis Lucy, como habéis hecho siempre. —Me cogió de la mano y la apretó. Luego la apartó para tocarse el collar de oro y lapislázuli. Parecía que hubiera pertenecido a una reina egipcia—. Bueno, al menos entre las paredes de esta casa. Supongo que fuera será mejor que os dirijáis a mí como «duquesa». De lo contrario, ¿qué sentido tendría que me hubiera casado con un duque?

Su comentario arrancó unas carcajadas a Caroline. Lucy también se rio y cogió a Caroline de la mano. El vínculo que mantenían me despertó cierta envidia. Era como imaginaba a dos hermanas unidas.

Me quedé mirando a Isadora, que estaba observándome con una expresión agradable. Yo también sonreí, feliz por tener al menos a una aliada en mi sobrina.

Caroline miró el reloj que había en la repisa de la chimenea.

—Estamos esperando a Harland —anunció—. Después iremos al comedor.

Se oyeron unos pasos en el pasillo, y Woodford, con su uniforme de noche, consistente en un chaleco negro y camisa blanca, abrió la puerta. Estaba a punto de anunciar al invitado cuando una figura ataviada con frac y pajarita blanca pasó junto a él.

—¡Hola a todos! ¡Ya estoy aquí! —dijo, apartándose un mechón de pelo rubio que le caía por la frente. Su tez suave y bronceada era la de una persona satisfecha de sí misma y llena de vida. Sacó un reloj de bolsillo de diamantes y esmeraldas y lo miró—. ¡Y solo quince minutos tarde esta noche! He tenido que escuchar todos los lamentos de Marion Fisher sobre su hijo soltero. —Soltó una carcajada que resonó por toda la sala—. Pero he podido convencerla de que compre esas armaduras escocesas que obtuve en el castillo de Blakness el año pasado y que estaban cogiendo polvo en mi almacén.

—¡Oh, Harland, eres encantador! —dijo Caroline levantándose de la silla. Luego entrelazó su brazo con el del hombre y lo llevó hacia donde yo estaba—. Me gustaría que conocieras a mi hermana, la señorita Emma Lacasse, que ha llegado hoy a Nueva York. —Después añadió—: Emma, este es el señor Harland Hunter, el arquitecto que creó esta magnífica casa.

—Ah, señorita Lacasse —dijo Harland, que me cogió de la mano y sonrió enseñando su dentadura blanca y alineada—. Es un placer conocerla.

Saludó a Lucy e Isadora con la calidez de la familiaridad, pero su apretón de manos con Oliver fue breve y ambos evitaron mirarse.

—Espero que hayas recibido el billete de tren en primera clase que solicitaste a través de mi esposa —dijo Oliver.

Sus palabras eran educadas, pero se intuía cierto resentimiento. Harland titubeó unos instantes, pero se recuperó rápidamente.

—Sí, gracias, Oliver. El billete me vendrá bien cuando no pueda utilizar el vagón privado de los Clement-Maden.

—Conque Marabel también ha sucumbido a tus encantos —dijo Oliver sonriendo con la mandíbula apretada.

Harland entrecerró los ojos.

—No le quedaba más remedio, amigo mío. No tiene quien la acompañe entre semana. Su marido tiene los nervios tan destrozados

por Wall Street que se duerme en mitad de la cena.

Oliver parecía molesto; estaba a punto de decir algo cuando Woodford volvió para informarnos de que la cena estaba lista.

—Vamos a comer —dijo Caroline, que pareció agradecer la distracción—. Harland, ¿acompañas a mi hermana a la mesa?

—Será un placer —dijo Harland, que cogió una rosa púrpura de un jarrón que había encima de una mesita y me la dio—. Lleve esto con usted, señorita Lacasse. Conjunta a la perfección con su vestido.

El comedor ocupaba casi toda la extensión de la casa y estaba decorado al estilo inglés, con el techo de roble y las paredes de un color carmesí oscuro. En la chimenea gótica brillaban unos adornos de cobre pulido. En la mesa de roble podían caber unas cien personas, pero nos sentamos en un tramo limitado por una pantalla móvil para crear un ambiente más íntimo, si es que eso era posible mientras nos servían Woodford y tres criados. Suspiraba para mis adentros cada vez que nos traían un plato nuevo: ostras, cangrejo, sopa de tortuga verde, pato, langosta, bistec y una ración de tortuga acuática. Tendría que pasear mucho por Nueva York para quemar toda aquella comida. No era de extrañar que Oliver y Caroline hubieran cogido peso con la edad.

—Ahora que hemos conquistado la Quinta Avenida —dijo Caroline a Harland— tenemos que hablar de una nueva residencia en Newport.

Harland se pasó una servilleta por la boca.

—Tengo unas cuantas ideas geniales…

—¿Porque la casa que tenemos no es lo bastante grande? —interrumpió Oliver.

—Bueno, me prometiste que sería la reina de la alta sociedad neoyorquina —dijo Caroline, que desestimó la queja de su marido como si nada—, así que la casa nueva tiene que eclipsar a todas las demás.

—Reina o no reina —terció Harland mientras cortaba un trozo de bistec crudo que derramó sangre encima de las patatas—, tu mujer es una mujer inteligente, Oliver. No podría engañarla aunque quisiera. Nunca he visto a una mujer que interviniera tanto en cada detalle de una casa como hizo Caroline cuando construíamos esta.

—¡Sí, yo creo que le llegaba el mortero a las rodillas! —dijo Oliver con una risa sarcástica.

Oliver era más hosco de lo que recordaba. Aunque conmigo había sido cordial, su actitud hacia Harland era hostil. Con unos padres combativos como Caroline y Oliver, no era de extrañar que la pobre Isadora fuera tan tímida. Observé el gran salón. Mi cuñado había pasado de ser pobre a amasar toda aquella riqueza, lo cual debió de requerir una tremenda determinación y perseverancia, así como visión de negocio. Lo admiraba por ello, pero ¿cómo había afectado a su

personalidad?

Lucy asintió en dirección a Harland.

—Cuéntale a Caroline tu historia sobre Winthrop Carrington.

Harland bebió un trago de vino y sonrió.

—Ah, sí. Carrington quería algo diferente para su casa de Newport. Tengo desde hace tiempo un techo barroco abovedado que compré por casi nada en un *palazzo* de Florencia. El fresco, los paneles y los bajorrelieves son verdaderamente exquisitos, pero tiene una forma tan rara y unas dimensiones tan inusuales que no encontraba ninguna casa donde encajara. Cuando diseñé el comedor de Carrington, lo hice de manera que solo cupiera ese techo y lo convencí para que me pagara el viaje a Italia para encontrar el «techo correcto». Después de un mes disfrutando como invitado de la condesa Carraresi, volví a Nueva York y coloqué el techo que ya tenía. Carrington no se enteró de nada y estuvo encantado de pagar cinco veces lo que pagué yo. ¡Desde entonces le dice a todo el mundo que soy un genio!

—Pobre Carrington —dijo Oliver, negando con la cabeza.

—¡No seas tan blando! —le dijo Caroline—. Soportas a los memos igual que yo. Siempre dices que los ingenuos deberían mantenerse alejados de su dinero.

—Hablando de memos —dijo Lucy, que se inclinó hacia delante por la excitación—, adivinad a quién vi el otro día. ¡A May Satterfield! Por lo visto, su anciano marido no está más cerca de morir que el día que lo conoció. La pasada Navidad sufrió una hemorragia tan grave que May estaba convencida de que era el final y encargó una docena de vestidos de luto en Worth, pero el hombre se recuperó. ¡Ahora está preocupada porque cree que, cuando él muera, toda su ropa de luto habrá pasado de moda!

—Se ha maldecido a sí misma —dijo Isadora, pero nadie pareció oírla, excepto yo.

Caroline se rio tapándose la boca con la servilleta.

—¿En qué pensaba el viejo Satterfield cuando se casó con una chica tan joven como ella? ¡Y encima dependienta de una tienda!

—Yo sé en qué pensaba —dijo Harland con una sonrisa pícara.

Caroline y Lucy prorrumpieron en carcajadas. Incluso Oliver se permitió una sonrisa, aunque miró a Isadora, tal vez preocupado por que la broma fuera demasiado subida de tono para sus jóvenes oídos. Me conmovió que al menos pareciera sentir debilidad por su hija.

Isadora dejó el cuchillo y el tenedor encima de la mesa.

—Tengo una historia divertida —dijo.

—¡Cuéntala, por favor! —dijo Harland, que se dio la vuelta para dedicarle toda su atención.

—Bueno, cuando fui a visitar a Rebecca Clark, su tía estaba allí. Hacía tiempo que no la veía y le noté algo raro en la cara. Tenía un

tono rosa poco natural y no se movía cuando hablaba. Tampoco podía sonreír ni fruncir el ceño. Cuando su tía se fue, le pregunté a Rebecca qué le pasaba en la cara. ¡Se la habían esmaltado! Primero preparan la piel con un baño alcalino y rellenan las arrugas con una pasta. Luego pintan la cara como si fuera la de una muñeca, pero utilizando una mezcla de arsénico y agua. Por lo visto, cuesta veinticinco dólares a la semana.

—¡Eso se llama embalsamar! —dijo Harland.

—Al parecer es muy popular entre la realeza europea —insistió Isadora.

—Lo dudo mucho —respondió Lucy—. No son tan vanidosos con su apariencia como los estadounidenses.

—Sí —coincidió Caroline—. Probablemente era una maniobra publicitaria para engañar a ingenuos y vanidosos.

Isadora puso una cara triste, decepcionada por que su historia no hubiera gustado tanto como las otras. Estaba a punto de contar otra cuando Caroline hizo una señal a Woodford.

—Vamos a la sala de estar a tomar un digestivo —nos dijo—. Emma e Isadora tienen que madrugar mañana para empezar las clases.

Aunque Caroline había mencionado que sería la tutora de Isadora para prepararla para su puesta de largo, no me había comentado los planes exactos. Me preguntaba cuándo pensaba hacerlo, pues ya era tarde.

De camino a la sala de estar, Lucy se me acercó.

—Me temo que te han dejado al cargo de una persona que está muy poco desarrollada para su edad y, francamente, es un poco rara —susurró, señalando con la cabeza a Isadora—. Seguramente habrás observado que sus intentos por entablar conversación han sido… torpes. Además, es muy ingenua. El año pasado, un criado la convenció para dar un paseo con él por Central Park. Por supuesto, era un ardid para secuestrarla. Oliver descubrió los planes justo a tiempo. Caroline se niega a dejarla hacer vida social hasta que madure y tenga más desenvoltura.

Me la quedé mirando. No me gustaba que hablara así de mi sobrina. Estaba a punto de decírselo, pero continuó antes de que tuviera la oportunidad.

—Caroline dice que tú también eras bastante rara de pequeña, pero debes de haberlo superado, porque ahora das clases de etiqueta a jóvenes de clase media. Tengo entendido que una de tus alumnas se casó con el conde de Norwich. Eso te convierte en la persona ideal para Isadora. Quizá tú la entiendas mejor que nosotras. Y mira que he intentado ayudarla. Es increíble que sea hija de una madre tan gloriosa.

Estaba demasiado asombrada por la falta de tacto de Lucy como

para saber si sentirme humillada o furiosa. Para ser una supuesta duquesa, a ella también le habrían venido bien unas clases de etiqueta.

Aquella noche, antes de apagar la luz, me senté a escribirle una carta a Claude.

> Mi llegada a Nueva York ha estado repleta de sorpresas. La casa de Caroline es increíble. Tengo la sensación de estar viviendo en una ciudad dentro de una ciudad. Esta noche nos hemos reído mucho cenando, pero sus amigos Harland Hunter, un arquitecto y la duquesa de Dorset son unos falsos. Me parece que aquí nada es lo que parece…

Sus voces de cotorra volvieron a inundarme la cabeza. Su alegría siempre era a costa de otros. Recordé cómo me insultó Lucy. ¿Realmente había dicho Caroline que yo era una niña rara? ¿O Lucy estaba celosa de que pudiera interponerme entre ella y mi hermana e intentaba separarnos desde el principio?

Miré la hoja que tenía delante. La situación era confusa y no sabía cómo explicársela a Claude. Suspiré. En cualquier caso, solo haría que preocuparlo, así que cambié de tema.

> En el primer piso hay un Boucher original que te gustaría. La casa está decorada con una mezcla de estilos, y muchas piezas originales tienen una historia interesante, incluida la mesa a la que estoy sentada ahora mismo. Al parecer, perteneció a María Antonieta…

10

A la mañana siguiente quedó claro que la casa seguía una rutina estricta. Jennie entró en mi habitación a las ocho, abrió las cortinas y me dejó un horario para el día escrito del puño y letra de Caroline, empezando por un desayuno en el comedor a las nueve en punto.

Isadora y yo comimos juntas. Según entendí, Oliver ya se había ido a su oficina.

—¿Tu madre nos acompañará? —pregunté a mi sobrina mientras observaba la comida. Manzanas hervidas con uvas y arándanos, huevos, crepes y bollos estaban elegantemente dispuestos en bandejas de plata.

Isadora negó con la cabeza.

—Mamá desayuna en la cama. Luego se reunirá con el ama de llaves y su dama de compañía para darles las instrucciones del día. Por tarde que nos acostemos, ella siempre madruga. Nunca le ha gustado dormir hasta tarde.

Rememoré nuestros años en París y lo disciplinada que había sido siempre Caroline. Su ropa y sus artículos de baño tenían que estar perfectamente ordenados, tanto que se negaba a que Paulette los tocara.

—Mamá es meticulosa —prosiguió Isadora—. Tiene fichas de todo el mundo en las que anota sus cumpleaños, sus amigos, los nombres y edades de sus hijos, sus rosas favoritas, sus bebidas predilectas y su marca de tabaco. Es como un detective. Se fija en los detalles más ínfimos de toda la gente que conoce.

Uno de los dos criados que nos atendían se acercó a servirme más café. Mientras las sirvientas que había visto eran bastante corrientes, el personal masculino de la casa era uniformemente alto, con unos rasgos equilibrados y un físico atlético. Entendía que una joven pudiera caer engañada por uno de ellos, pero Isadora no me parecía tonta ni ingenua. Sin embargo, por el desprecio que le profesaban su madre y Lucy, me di cuenta de que debía de sentirse bastante sola en

aquella casa.

—¿Cómo están la abuela Hopper y tu tía Anne? —le pregunté—. ¿Se encuentran bien?

—Mi abuela murió cuando yo era niña y no la recuerdo mucho —respondió—. La tía Anne murió hace unos años. La echo de menos. Iba a visitarla a diario para verla cocinar. Me fascinaba la habilidad con que mezclaba ingredientes y decoraba sus creaciones. Aunque papá contrató sirvientes, ella insistía en cocinar siempre. Era de pocas palabras, pero se expresaba a través de la comida. A veces, cuando huelo pan o manzanas asadas, pienso que la tía Anne me está hablando.

—Qué bonito recuerdo —dije—. Pero ¿tu tía vivió alguna vez con vosotros?

Isadora negó con la cabeza.

—Ella y mamá no se llevaban bien, pero me gustaba su casa de la calle 52 Oeste. Vivía allí con tres perros: Dandie, Picco y Flash.

Qué distinta era Anne cuando la describía alguien que la amaba. Solo recordaba lo incómoda que parecía cuando nos visitó en París con Oliver y su madre.

—Tu padre era muy leal a su madre y a su hermana, ¿verdad?

A Isadora se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Así es. Visitaba a la tía Anne cada noche antes de volver a casa para poder hablarle de sus negocios y preocupaciones. Ahora no tiene a nadie con quien hablar de esas cosas.

—¿Ni siquiera tu madre?

Mi sobrina negó con la cabeza.

—Con ella menos que con nadie.

Nuestras clases tendrían lugar en una sala situada junto a la habitación de Isadora. Según las instrucciones de Caroline, consistirían en dos horas de francés y una hora de etiqueta antes del almuerzo. Era curioso que Caroline me pidiera que actuara con «decoro» y al momento me confiara los modales de su hija. Su visión de mí carecía de toda consistencia.

También me había encargado que sustituyera a una sirvienta que supervisaba a Isadora mientras recibía clases de arte de un tal señor Gadley tres tardes por semana, y luego terminaríamos con una clase de arpa. Me froté la frente. Si aquella iba a ser la rutina habitual, no me quedaría mucho tiempo libre para escribir o explorar Nueva York. Suspiré y me resigné al compromiso que había adquirido. Caroline no me había invitado a Nueva York para que disfrutara. Además, lo pasaba bien conociendo a Isadora y haría cuanto estuviera en mi mano por ayudarla. A lo mejor tendría que seguir el ejemplo de

Florence y aprender a escribir sobre la marcha.

La sala de Isadora no era lo que yo esperaba. En lugar de estar decorada con espejos dorados y cuencos de rosas, estaba cubierta de estanterías de nogal negro que contenían libros sobre arte e historia italianos. Los miré con detenimiento. A diferencia de los libros casi perfectos de la biblioteca, los lomos arrugados de estos demostraban que los habían leído muchas veces. Cogí un ejemplar de *Viaje a Italia*, de Goethe. En las páginas había copiosas anotaciones y comentarios.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Eres una estudiante meticulosa!

—Mamá odia que escriba en los libros —dijo Isadora, que estaba sentada en un sillón orejero—, pero no le veo el sentido a limitarse a leer un libro. Quiero absorber los conocimientos del autor y memorizarlos.

Empezaba a ver a Isadora con otros ojos. Delante de mí no tenía a una simplona con un vestido rosa. Observé las estanterías y encontré varios libros sobre la historia de la familia Medici. Se me ocurrió que Caroline y Lucy tal vez no entendían a Isadora porque era excepcionalmente brillante.

—¡Isadora, si has leído todos esos libros, debes de ser una experta en Italia!

Mi sobrina se echó a reír.

—Soy una apasionada de Italia desde que viajé por primera vez allí con mamá y papá cuando era niña. No soy la típica estadounidense cuando viajo, siempre presumiendo de que todo es mejor en su país. Cuando voy a Italia, me siento como en casa.

—¡Qué maravilla! Lo mejor de la vida es sentir pasión por algo.

Isadora se ruborizó y se puso más erguida.

—¿Eso crees, tía Emma? —Entonces negó con la cabeza—. Me temo que mi pasión por Italia ha eclipsado otras cosas y por eso mi francés es tan malo, a pesar de que he tenido profesores durante años. No me malinterpretes, me encantaban nuestros viajes anuales a París, pero en esas visitas solo íbamos de compras, mientras que en Italia todo giraba en torno al arte, la historia…, la vida.

Me estremecí, no porque a Isadora no le gustara tanto mi amada París como Florencia o Roma, sino porque su comentario me hizo darme cuenta de que Caroline había estado varias veces en París con Isadora y no la había llevado nunca a conocer a *grand-maman*.

—Ojalá hubieras podido conocer a tu bisabuela Sylvie —dije—. Era muy culta y se habría pasado horas hablando contigo.

Isadora no paraba de mover las manos.

—Me habría gustado. Es una lástima que muriera antes de que yo naciese.

En mi corazón se abrió un abismo. ¿Eso le había contado Caroline? ¿Qué otras mentiras y engaños descubriría? ¿Qué le había dicho a

Isadora sobre mí?

—Pero cómo me alegro de tenerte aquí, tía Emma —dijo Isadora —. Así podrás hablarme de la bisabuela Sylvie y podré conocerla a través de ti.

Disimulé la rabia lo mejor que pude y volví a observar las estanterías. Las de abajo estaban llenas de libretas con sencillas encuadernaciones.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Ah, mamá las llama mis «libros lunáticos». Desde que soy niña me apasiona documentar las cosas. Escribo sobre lo que me inspira, lo que pienso de la gente a la que conozco, cosas que he aprendido…

—¿Así que son diarios que llevas desde niña?

Estaba impresionada.

—No, no —dijo Isadora agitando la mano—. Esos están en la buhardilla. Los diarios de las estanterías son solo del año pasado.

Me quedé boquiabierta, no sabía qué decir. Isadora se puso a reír.

—Tengo muchas ideas en la cabeza.

Después de merendar, Isadora me llevó a una habitación situada cerca de los establos y la cochera que habían reconvertido en un estudio para ella. Imaginaba que las clases consistirían en pintura al óleo o bocetos, pero cuando entré no solo estaba abarrotado de atriles, caballetes y pedestales como el estudio de cualquier artista, sino que también había un tablero de herramientas con compases, cuchillos de talla, abrazaderas, mazas y alambre de corte. Las estanterías, que llegaban hasta el techo, estaban llenas de bustos de yeso y moldes de caballos, perros, pájaros y otros animales, y todo estaba cubierto de polvo gris.

—¿Eres escultora?

Me sorprendió el medio que había elegido Isadora. Tenía unas manos muy delicadas y suaves.

Levantó una funda del banco para enseñarme las obras en las que estaba trabajando. Las figuras eran mayoritariamente de animales, pero también había bustos humanos y unos cuantos ángeles. Algunas eran de arcilla y otras de yeso o piedra. La variedad de las obras era impresionante, desde esculturas en altorrelieve hasta bajorrelieves, y todas mostraban excelencia en sus líneas, formas y estilos.

—¡Son magníficas! —le dije—. Eres una verdadera artista.

—Es mi alumna más aventajada —dijo una voz masculina desde atrás.

Al darme la vuelta vi a un hombre de unos treinta años entrando en el estudio. Era regordete, con unos hombros anchos y la cara redonda, y llevaba un traje con las mangas de la americana tan cortas

que se le veían los puños de la camisa. Cuando me estrechó la mano y se presentó como el señor Thomas Gadley, profesor de escultura de Isadora, me dejó una película de polvo de yeso en los dedos.

—El señor Gadley es profesor de la Liga de Estudiantes de Arte de Nueva York —explicó Isadora—, pero viene tres veces por semana para darme clases.

Detecté cierta extravagancia en su voz cuando mencionó la escuela, como si estuviera descubriendo una tierra exótica y lejana. Había oído hablar de la Liga de Estudiantes de Arte y estaba segura de que aceptaban a chicas en pie de igualdad con los chicos. Me preguntaba por qué Isadora no estudiaba en un lugar donde estuviera en compañía de otros creadores que pudieran inspirarla. Sin nuestro pequeño grupo de artistas en la cafetería de Montmartre, escribir me habría parecido una ocupación solitaria.

—Empecemos con esa liebre de la que hablamos la semana pasada —dijo el señor Gadley, que se sentó en un taburete—. ¿Ha hecho el armazón?

Isadora asintió. Se puso un delantal y fue a la estantería. Cuando volvió, llevaba en las manos una estructura de alambre básica montada en una tabla y un boceto de una liebre sobre una cuadrícula. Durante un par de horas, observé fascinada mientras Isadora, bajo la supervisión del señor Gadley, añadía arcilla al alambre y la liebre empezaba a cobrar forma bajo sus habilidosas manos. Yo estaba allí supervisando, pero tan solo había respeto y un excelente entendimiento en la manera de trabajar de ambos. Dedicaron un buen rato a perfeccionar las largas orejas, y era evidente que no se contentaban con menos. Cuando los rasgos faciales de la liebre cobraron vida, fue como si estuviera presenciando la creación. Isadora esculpió los detalles del pelo con tanto realismo que tenía ganas de levantarme y ovacionarla.

—¡Es increíble! —dije cuando me mostró el producto final—. Me la imagino sentada en la hierba frunciendo el morro.

—A la señorita Hopper se le da igual de bien la talla, así que me gustaría ver cómo hace esto mismo con piedra —dijo el señor Gadley limpiándose las manos con un trapo. Entonces se le ocurrió una idea y sonrió—. ¿Por qué no hace un busto de su tía, señorita Hopper? Se nota que es una modelo paciente, y tiene un cuello y una mandíbula muy gráciles. Pero tendremos que reservar un día entero para hacer el modelo de arcilla básico.

—¡Qué gran idea! —exclamó Isadora, que me miró entusiasmada —. Por favor, di que sí, tía Emma. ¡Estarás muy hermosa en mármol blanco! Nunca he podido trabajar con un modelo de carne y hueso. Mamá dice que los sirvientes no tienen tiempo para posar todo el día para mí.

Había hecho de modelo muchas veces para Claude y otros artistas de nuestro grupo de Montmartre, y mantener una pose me resultaba incómodo, pero Isadora estaba tan emocionada que no podía decir que no. Como escultora, necesitaba practicar con modelos.

—Por supuesto que lo haré —dije.

Cuando el señor Gadley se fue e Isadora se hubo lavado las manos y cambiado de ropa, fuimos a la sala de música para la clase de arpa. Afiné el arpa dorada, que al parecer no habían utilizado desde hacía meses.

Después de una versión atroz de *Aire en si bemol mayor* de Händel, era obvio que Isadora no dominaba tanto el arpa como la escultura. Por suerte, era un instrumento flexible y, tras repasar la pieza frase por frase, Isadora empezó a producir un sonido razonable.

Supuse que se cansaría al cabo de una hora, pero insistió en continuar.

—Por favor, sigamos, tía Emma. Le estoy pillando el truco.

Percibí que lo que motivaba a Isadora no era el deseo de aprender a tocar el arpa, sino que disfrutaba de mi compañía. Antes de que pudiera decirle que sí, Jennie apareció en el umbral.

—La señora Hopper desea verla, señorita Lacasse —dijo.

—Te reclaman —terció Isadora.

Sonreí como si fuera una broma entre nosotras, pero era exactamente lo que había ocurrido. Mi viaje a Nueva York se reducía a obedecer las órdenes de Caroline. Mientras seguía a Jennie a la sala de estar, tuve que contener la ira pensando en mi apartamento de París y su importancia sentimental, y también en Paulette, cuyo bienestar dependía de mí. La satisfacción que podía sentir reprendiendo a Caroline podía significar perder lo que más amaba.

Mi hermana estaba sentada a una mesa en la que había un juego de té de plata y un pastel relleno. Asintió para indicar a Jennie que se fuera y me dijo que me sentara con ella.

—¿Has disfrutado en compañía de tu sobrina? —preguntó mientras servía el té con una sonrisa.

Un sentimiento de melancolía se aferró a mi corazón. Cuánto habría significado para mí una sonrisa o una palabra o un gesto amables cuando era niña. Ahora, me pasé un brazo por delante del pecho como si quisiera protegerme de las flechas que pudiera dispararme Caroline. Seguía furiosa por que le hubiera contado a Isadora que *grand-maman* había muerto antes de que ella naciera.

—Es encantadora —respondí—. Y muy lista.

Caroline bebió un trago de té y me observó por encima de la taza.

—Hay que tener cuidado con una niña como Isadora —dijo—, con que se le ocurran ideas.

—¿Ideas?

—Sobre ser independiente y vivir de su arte. —Se detectaba cierta dureza en el tono de Caroline y supuse que estaba refiriéndose a mí y a cómo me ganaba la vida. Pero, para mi sorpresa, complementó su afirmación con un cumplido—. Isadora no es tan fuerte como tú, Emma. Puede parecerlo ahora que quiere impresionarte, pero ha estado en cama dos veces por agotamiento nervioso y aún no ha cumplido los dieciocho.

Cogí aire.

—¿Te refieres a que ha sufrido crisis nerviosas?

En Montmartre, una hermosa y delicada bailarina llamada Ambra había formado parte de nuestro grupo durante un tiempo. Siempre había disfrutado hablando con ella y escuchando sus perceptivas opiniones sobre la vida y la gente. Pero un día dejó de venir a la cafetería y descubrimos que se había arrojado al Sena. Si Isadora mostraba tendencias melancólicas similares, tendría que vigilarla.

Caroline se encogió de hombros.

—Isadora siempre ha sido frágil, así que mi prioridad es que entre en la alta sociedad de la manera correcta y encontrarle un marido adecuado. Por eso te pedí que vinieras. Puedo confiar en que la llevarás por el buen camino. En nadie confío tanto como en ti.

—¿Por qué confías en mí? —pregunté, sorprendida, ya que su actitud hacia mí siempre había indicado lo contrario.

—Porque te preocupas por ella de verdad. Lo vi en cuanto os pusisteis a hablar en la cafetería de París. Y porque eres altruista, Emma, y tienes un gran sentido de la responsabilidad.

Me habría sentido halagada si cualquiera hubiera reconocido mis atributos positivos, pero en la voz de Caroline me provocaban escalofríos. Isadora había dicho que su madre tomaba nota de los detalles más ínfimos sobre las personas. Estaba segura de que, lejos de admirarme, Caroline estaba averiguando cómo utilizar esos rasgos positivos en beneficio propio.

—Es cierto que jamás haría daño a mi sobrina —le dije—. Y tengo total confianza en que adquirirá todas las aptitudes que tú desees antes de su puesta de largo. Sin embargo, su principal desventaja es que vive aislada. Le iría bien pasar tiempo con gente de su edad.

Caroline se estremeció.

—Pero ¡eso es imposible, Emma! Los jóvenes estadounidenses de la actualidad no saben si vienen o van. Siempre andan persiguiendo la última moda. Isadora no tiene la constitución necesaria para una actividad tan frenética, y por eso la vigilo de cerca. Quiero encontrarle un marido con sentido del deber, alguien que demuestre estabilidad y a quien ella admire.

No pensaba que Isadora fuera a beneficiarse de estar casada con un hombre que no la viera como una igual, pero, teniendo en cuenta mi

situación con Claude, no estaba en posición de aconsejar a otros sobre sus asuntos nupciales. Aun así, algo en mi interior quería proteger a Isadora; para hacerlo, debía mantener la confianza que Caroline había depositado en mí.

—Me gustaría ver feliz a Isadora. Si puedo contribuir a que vaya por el buen camino, será un placer —dije.

Caroline asintió satisfecha con mi respuesta y cogió un cuchillo para cortar el pastel.

—No sé si te acordarás de esto —dijo—. Los comíamos en la plantación. Era el favorito de *maman*.

—No lo recuerdo, pero sí recuerdo que me hablaste de ellos. Las capas esponjosas son ligeras, pero el relleno son pacanas troceadas, uvas y coco.

Caroline sonrió con aire aniñado.

—Qué tonterías conservamos de la niñez, ¿verdad? Nuestro cocinero puede preparar los pasteles más elaborados y, sin embargo, el que más me gusta es esta vieja receta sureña.

Nos sumimos en un silencio de satisfacción mientras degustábamos el pastel. El relleno era dulce y la masa olía a plátano y a piña. Si Caroline y yo pudiéramos estar así más a menudo, tal vez nuestra relación mejoraría.

Respiré hondo y me armé de valor. Era mejor momento para plantear cuestiones angustiantes que cuando estaba enfadada.

—Caroline, ¿por qué eras tan reacia a tener relación conmigo y con *grand-maman* después de casarte? Nos habría gustado que mantuvieras contacto periódico y nos dolió mucho que no lo hicieras.

Caroline torció el gesto y se pasó un minuto entero mirando al plato. Era como si intentara evitar responderme igual que un niño cuando cree hacerse invisible tapándose la cara con las manos.

—¿Caroline?

—Emma, tienes que saberlo —dijo, levantando por fin la cabeza—. Tuviste que ver lo mucho que me detestaba *grand-maman.* Apenas podíamos estar en la misma habitación.

—¿Qué? ¡*Grand-maman* te quería mucho!

Era innegable que había tensión entre ellas, pero siempre era culpa de mi hermana. No recordaba un solo incidente en el que *grand-maman* hubiera sido desagradable con ella.

—Dulce Emma, es normal que pienses eso. *Grand-maman* te adoraba. Eras su ángel y no hacías nada mal. Pero yo le recordaba a *maman*. Era demasiado fuerte y tenía que salirme con la mía.

—¡Pero ella también quería a *maman*! —insistí—. Al fin y al cabo, nos acogió en su casa cuando nuestros padres murieron.

Caroline frunció los labios.

—¡No quería a *maman* en absoluto! Por eso *maman* escapó a Nueva

Orleans. Y a *grand-maman* no le gustaba la influencia que yo ejercía sobre ti. Se me partió el corazón el día que te dejé en la estación de tren, pero sabía lo unida que estabas a ella. No podía interponerme entre las dos.

Lo que Caroline estaba diciendo no podía ser cierto. Estaba retorciendo la realidad como siempre hacía, tratando de ponerme en contra de *grand-maman.* Pues ¡no lo conseguiría!

—Al menos podrías haber ido a verla cuando estaba moribunda. Os llevarais a la perfección o no, nos acogió cuando éramos pequeñas.

Caroline levantó la barbilla desafiantemente.

—Yo era la última persona a la que *grand-maman* quería ver en aquel momento. Solo te quería a ti allí, Emma. No quería entrometerme.

Estaba a punto de protestar otra vez, pero una irritante duda me lo impidió. ¿Mi perspectiva infantil me había hecho pasar por alto algo obvio?

—¿Eras tan fría conmigo cuando era pequeña porque estabas celosa? —le pregunté—. ¿Realmente creías que *grand-maman* me prefería a mí?

—Nunca te tuve celos. —Caroline hizo una pausa, como si estuviera conteniendo las lágrimas—. Y nunca fui fría contigo, Emma. Te cosía la ropa, te llevaba de paseo y te animaba con tu música y tus pequeñas historias.

Deseé no haber dicho nada. Ahora me cuestionaba si había pecado de superioridad moral y no me había dado cuenta de que quizá tenía parte de culpa por nuestro distanciamiento.

Caroline se sacó un pañuelo de la manga y se lo pasó por los ojos, aunque los tenía secos.

—¿Podemos dejar todo eso atrás, Emma? Ahora estás aquí. No hablemos de cosas que no podemos cambiar. Empecemos de nuevo.

Escucharla era como oír las palabras de un embaucador de feria: sabías que no debías confiar en él, pero te dejabas seducir de todos modos. No podía imaginarme desterrando un pasado que me había perseguido tanto tiempo, pero la posibilidad de crear un vínculo con mi hermana era muy tentador.

—De acuerdo —dije, cogiéndole la mano—. No volveremos a hablar del pasado. Empezaremos de cero.

Caroline relajó los hombros y, mirándome a los ojos, me dedicó una de sus sonrisas enigmáticas.

—Sí, empezaremos de cero, Emma. Seremos las hermanas que siempre deseamos ser.

11

A pesar del renovado entendimiento que creía haber forjado con Caroline, no me llevaba con ella cuando hacía sus visitas vespertinas y no parecía entender que tal vez me gustaría ver Nueva York. Al principio supuse que quería que vigilara a Isadora cuando ella no estaba. Pero el lunes por la noche, Caroline, Oliver e Isadora fueron a la ópera con Harland y Lucy, y me dejaron cenando sola en mi habitación.

A la mañana siguiente, mientras Isadora se disponía a modelar mi cara y mis hombros con arcilla, protestó:

—No entiendo por qué vamos a la ópera el lunes por la noche. Nadie va por la música. Van solo a ver y ser vistos. Anoche llegamos durante el segundo acto y nos fuimos antes de que acabara. Es bastante ridículo. Era mucho mejor cuando iba con mi institutriz los sábados por la tarde.

Me preguntaba si Caroline me escondía como si fuera un secreto vergonzoso. ¿Tan *déclassée* era ser escritora en su círculo social? Harland se ganaba la vida como arquitecto, pero parecía ser aceptado por la alta sociedad neoyorquina.

Tenía ganas de preguntarle a Isadora por la actitud de su madre hacia mí, pero siempre que iba a abrir la boca, era como si una mano invisible me la tapara. Caroline y yo habíamos hecho las paces, pero, teniendo en cuenta la naturaleza volátil de mi hermana, eso podía cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Si pensaba que estaba inculcándole a Isadora ideas poco favorables sobre ella, estaría en el barco de vuelta a París al día siguiente. Además, ya no estaba segura de que mi opinión sobre Caroline fuera del todo acertada. Al fin y al cabo, había dejado claro que las presentaciones en Nueva York debían llevarse a cabo correctamente. A lo mejor estaba esperando el momento adecuado para darme a conocer a su círculo.

Olvidé mi enojo cuando Isadora se preparó para esculpirme. Pensaba que el señor Gadley estaría presente, pero vendría más tarde

para supervisar los progresos de Isadora.

Primero tomó medidas detalladas de mis rasgos faciales con un compás.

—Tu cabeza tiene una forma muy bonita —dijo mientras anotaba las medidas en un cuaderno—. Pero lo más importante de este trabajo es que capte tu esencia, así que relájate, por favor, y deja que los pensamientos se reflejen en tu cara. Esto no es como posar para un cuadro. No tienes que quedarte totalmente quieta o mantener la misma expresión durante horas.

Cuando Isadora puso sus cuchillos y herramientas de talla encima de un trozo de tela, me estremecí como si estuviera a punto de practicarme una operación.

Al notar mi incomodidad, sonrió y dijo:

—Tía Emma, te prometo que esto no te dolerá nada. —Isadora amasó la arcilla hasta formar un bloque—. Me encanta la sensación de la arcilla suave y pegajosa debajo de los dedos. Nuestras manos son unos instrumentos muy hermosos. Tú debes de sentirte igual cuando tocas el arpa.

Observé fascinada mientras hacía un cilindro con la arcilla y marcaba la ubicación de mis rasgos faciales con un cuchillo. ¿Acabaría pareciéndose a mí aquel objeto primitivo? Pero cuando moldeó las cavidades oculares y formó la nariz, desvié la mirada. Era como si la arcilla estuviera cobrando vida.

—Debe de ser maravilloso dedicarse a la escritura —dijo, mirándonos a mí y al modelo de arcilla para marcar la mandíbula—. He leído tu colección de relatos cinco veces y siempre me maravilla tu imaginación. ¿Vives dentro de los mundos que creas?

—Hasta cierto punto —respondí—. Siempre procuro escribir en primera persona. Creo que esas historias a menudo pueden escapar de la esfera de la ficción para adentrarse en la vida real.

—¿De verdad? —Isadora me miró con curiosidad—. ¿Escribes cada día? Yo esculpo o hago dibujos a diario. No puedo pasar mucho tiempo sin trabajar.

Sentí una punzada de culpabilidad. Normalmente era una escritora obsesiva y siempre necesitaba documentar lo que veía, igual que Isadora con sus cuadernos. Escribía observaciones sobre la manera de caminar de la gente, el tacto del pelo de un perro o la calidad de la voz de una persona, y luego animaba esas descripciones con emociones y las enriquecía con colores y sonidos. Pero, tras unos días en Nueva York, se me habían atrofiado los sentidos y tenía la imaginación congelada. El diario que me había regalado Claude seguía intacto en la misma mesa en la que María Antonieta supuestamente escribía sus cartas. ¿Era porque las nuevas circunstancias me resultaban abrumadoras o porque había interiorizado la vergüenza

que expresaba Caroline respeto de mi profesión?

—¿Cómo es que nunca te has casado? —me preguntó Isadora al cabo de un rato.

Se volvió hacia mí esperando respuesta, pero no quería compartir mis cargas con una persona más joven y aún más sensible que yo. ¿Se había esfumado cualquier esperanza de casarme? Era cierto que me acercaba a una edad en la que las mujeres quedaban relegadas a la soltería. Quería a Claude y me habían educado en la idea de que, si amabas a una persona, te casabas con ella, pero ese tema me provocaba mucha angustia.

—No había necesidad —dije.

Eran palabras de Claude, no mías, pero vi la expresión de curiosidad de Isadora y decidí no explicar nada más. Caroline me había advertido que no le metiera ideas en la cabeza sobre la independencia o vivir por su arte. Además, mi sobrina se había criado con todos los privilegios que uno pudiera desear. No podía imaginarla temblando de frío en un estudio de Montmartre o preguntándose de dónde saldría la siguiente comida.

—Mamá quiere ponerme en el mercado matrimonial antes de Navidad —dijo Isadora—, pero, con todas las construcciones que hay en Nueva York, estoy segura de que podría ganarme la vida esculpiendo por encargo. Harland podría ayudarme.

El deseo secreto de Isadora era terreno peligroso y me sentí aliviada cuando el señor Gadley entró por la puerta.

—No trabaje demasiado rápido —le advirtió—, o puede desmoronarse todo. Esperemos a que la arcilla se endurezca un poco.

—Voy a pedirle a Woodford que nos prepare unos bocadillos —dijo Isadora—. Me muero de hambre.

Cuando Isadora se fue, le pregunté al señor Gadley si, en Nueva York, una joven podía ganarse la vida razonablemente como escultora. El hombre puso unos ojos como platos y parecía encantado de que alguien de la familia se interesara por el arte de Isadora.

—¡Para una persona con el inmenso talento de la señorita Hopper, desde luego que lo es! Pero tiene que estudiar y perfeccionar su arte en Europa. Los auténticos maestros están allí. Después, el mundo sería suyo. Puedo visualizarlo todo: las exposiciones, los encargos, la fama…

El señor Gadley me miró esperanzado, como si yo pudiera convencer a Caroline de que se tomara en serio el talento de su hija. Pero dudaba que pudiera influir en ella. Caroline estaba decidida a casar a Isadora el año próximo.

Después de comer unos bocadillos de queso suizo, Isadora siguió trabajando en el modelo de arcilla el resto de la tarde y bien entrada la noche. El señor Gadley y ella pasaron tanto tiempo perfeccionando

mis orejas como habían hecho con la liebre, y luego esculpieron los ojos y los labios. Las elegantes manos de Isadora se movían por encima de la escultura, moldeando las mejillas y añadiendo arcilla para rellenar mis rasgos. El parecido era asombroso. Cuando tocó la escultura para alisar la frente, fruncí la cara como si estuviera acariciándome la piel.

Trabajaba los rasgos faciales con sus vaciadores y pinceles igual que hace un pintor. Después, ella y el señor Gadley crearon el pelo e Isadora restregó una esponja por la superficie para igualarlo.

—En los próximos días le daré unos retoques. Me divierto observándote, tía Emma.

—Es maravillosa —dijo el señor Gadley admirando el modelo desde todos los ángulos. Luego se volvió hacia mí y añadió—: La mayoría de mis alumnos solo serían capaces de crear un modelo impresionista en el tiempo que tarda la señorita Hopper en crear uno bastante detallado.

Isadora se ruborizó.

—Bueno, señor Gadley, estaba usted aquí para ayudarme —respondió.

Cuando miraba la escultura, era como si estuviera viéndome en un espejo. Lejos de ser impresionista, costaba creer que Isadora me hubiera representado con tanta precisión y rapidez. Mis ojos y mi boca transmitían serenidad, pero tenía el ceño un poco fruncido.

* * *

Querido Claude:

Aunque mi sobrina Isadora es una compañía excelente, me siento una prisionera en esta casa…

Dejé la pluma, releí lo que había escrito y rompí la hoja. Si me sentía una prisionera era solo culpa mía. ¿Qué me impediría salir a explorar Nueva York? ¿Por qué tenía que pedir permiso a Caroline para hacer algo?

Ahora que Isadora había terminado el modelo de arcilla, estaba en su estudio preparándose para tallarlo en mármol. Ya no requería mi supervisión y, teniendo en cuenta la pasión que demostraba por su arte, no le pasaría nada por quedarse unas horas sola. Busqué en el bolso la tarjeta que me había dado Florence cuando nos despedimos en el muelle. Podía ir a casa de su tía a visitarla.

Cogí el sombrero y los guantes y bajé las escaleras. Woodford estaba en el gran salón vigilando a dos criadas que estaban limpiando el polvo de las *jardinières*. Cuando terminaban con una, pasaba el guante por la superficie para comprobar que no se hubieran dejado

nada. Al verme, él y las dos sirvientas me hicieron una reverencia.

—Querría mi abrigo, por favor —le dije.

—¿Va a salir, señorita Lacasse? ¿Un paseo por el parque, tal vez? Le pediré a Jennie que la acompañe.

El coraje que había reunido hacía solo unos momentos se tambaleó ante su mirada penetrante, pero estaba decidida a salirme con la mía.

—No, gracias, Woodford. Voy a visitar a una amiga.

Su expresión era tranquila, pero no paraba de mover los pies. Tuve la impresión de que estaba buscando una excusa para impedir que me fuera.

—No sabía que necesitaba usted un carruaje, señorita Lacasse —dijo educadamente, pero con cierta irritación—. ¿Le gustaría tomar un té en la sala de estar mientras le pregunto al cochero qué hay disponible? Me temo que el señor Hopper se ha llevado el Daimler, y la señorita Hopper, el landó, para hacer unas visitas. Su excelencia la duquesa de Dorset está utilizando la calesa mientras reparan su berlina. Pero puede que haya un caballo y un faetón para usted. ¿Me permite que lo compruebe?

Salir de la casa estaba costando tanto que estuve a punto de tirar la toalla. Quizás era el efecto que buscaba Woodford.

—No quiero ocasionarle ninguna molestia —le dije, fingiendo una tranquilidad que ya no sentía, y señalé los grandes ventanales situados a ambos lados de la puerta—. Veo un taxi cabriolé aparcado en el parque. ¿Podría preguntarle al conductor si puede llevarme?

Estaba orgullosa de mí misma por mantenerme firme en mi propósito, y un cabriolé era una cesión razonable. Odiaba pensar lo que respondería Woodford si le decía que mi intención era dar un paseo o coger el tren elevado con destino a Gramercy Park.

—Ah, no —dijo, bajando el tono de voz—. Un taxi cabriolé no es vehículo para una dama, señorita Lacasse. Hablaré inmediatamente con el cochero para ver qué podemos conseguirle.

Llevaba casi una hora esperando cuando apareció Woodford con mi abrigo.

—Mackinnon, el conductor, está esperándola —anunció—. Disculpe la demora. Como no esperábamos tener que utilizar el faetón, no lo habían limpiado como es debido.

Muy amablemente, pero estaba haciendo todo lo posible para que supiera que los había puesto a él y al cochero en un aprieto. Dudaba que a Lucy la hubiera tratado de la misma manera.

—Gracias, Woodford —dije al salir por la puerta y respirar aire fresco por primera vez desde mi llegada.

Me temblaban las piernas cuando me dirigía al elegante faetón, con su conductor vestido de uniforme y los dos ponis blancos en guardia. Era como una prisionera a la fuga que iba girando la cabeza

para asegurarse de que no le daban alcance.

El conductor me ayudó a subir y después se sentó a mi lado y cogió las riendas.

—Entonces, ¿vamos a Gramercy Park, señorita Lacasse? —preguntó mientras leía la tarjeta que le di—. Soy Ted Mackinnon, pero todos me llaman Teddy.

Era joven e iba bien afeitado como los sirvientes, pero parecía más serio.

—Siento si le he puesto en apuros —dije.

—Ningún problema, señorita Lacasse. Hoy tenía el día libre y hacía tiempo que no sacaba un carruaje con caballos. Soy el chófer del señor Hopper, pero quería conducir el Daimler él mismo. Es un entusiasta de los coches motorizados.

—Los carruajes sin caballos parecen populares aquí —dije, asintiendo en dirección a un hombre que conducía un extraño carro con volante—. En Francia también he visto bastantes.

—Ah, esos trastos —dijo Teddy riéndose—. Yo los llamo «bancos de parque sobre ruedas», porque al conducirlos tienes esa sensación. La señora Hopper tiene un coche eléctrico pequeño que no es mucho más rápido, pero el Daimler del señor Hopper es un automóvil de verdad. Funciona con gasolina y tiene un motor de cuatro cilindros con seis caballos de potencia a setecientas revoluciones por minuto.

—Es impresionante —dije, aunque todo me sonaba a chino.

—Ha encargado un coche nuevo que será aún más rápido y potente, un modelo de carreras. —Elevó el tono de voz por la excitación y sonrió tímidamente—. Al señor Hopper le gusta la velocidad. Por eso quiere que lo lleve yo por la ciudad. Pero, esta mañana, la señora Hopper ha anotado en la agenda que el señor quería conducir el coche motorizado. Debo decir que es un poco raro en él. En días agradables como este, al señor Hopper suele gustarle ir caminando a la oficina para ver las novedades que hay en la ciudad.

Nos sumimos en un cómodo silencio al recorrer la Quinta Avenida y pasar junto a las casas que vi a mi llegada.

—¿Es su primera vez en Nueva York? —preguntó Teddy al cabo de un rato.

—Así es.

—Entonces daré un pequeño rodeo.

Abandonó la Quinta Avenida y torció por una calle abarrotada de carruajes de toda clase, desde cabriolés hasta berlinas y cupés. Luego enfilamos la Sexta Avenida, donde las aceras estaban llenas de mujeres elegantes. Algunas llevaban paquetes y otras se habían parado a ver los atractivos escaparates de las numerosas tiendas que bordeaban la avenida. Parecía que allí había todo lo que le gusta a una mujer, desde telas hasta enseres del hogar, joyas y accesorios para

mascotas.

—Esta zona es conocida como la Milla de las Damas —explicó Teddy, y señaló un gigantesco edificio de estilo Beaux-Arts de cristal y hierro forjado con una imponente torre central y una gran entrada de mármol—. Ese es el centro comercial Siegue-Cooper, el más grande del mundo. Cuando lo inauguraron hace tres años, fue un caos. La gente rompió las puertas de cristal y a algunas mujeres les rasgaron los vestidos y les quitaron los sombreros.

—A las mujeres les gusta ir de compras —comenté mientras observaba boquiabierta el edificio e imaginaba los bellos tesoros que encerraba.

Era la tienda más grande que había visto nunca. Ocupaba una manzana entera y eclipsaba al Bon Marché de París.

—Desde luego —coincidió Teddy—. De hecho, una dama como usted puede ir a un lugar así sin acompañante. Sería bastante apropiado. Pídale a Woodford que hable con el cochero, y uno de nosotros la traerá y esperará para recoger los paquetes. Pero tendrá que reservarse una tarde entera, y aun así no habrá visitado ni la mitad de la tienda. Son seis hectáreas.

Sonreí agradecida por la propuesta. ¡Si salir de casa fuera tan sencillo!

La casa de la tía de Florence era un adosado con vistas a un parque privado. Era una casa de piedra rojiza al estilo italiano con una gran escalera y una barandilla de hierro forjado que conducía a una puerta doble de madera. Pulsé el timbre y salió a abrirme una sirvienta con delantal y cofia blancos. Le dije que venía a ver a Florence y me llevó por un pasillo con paneles de nogal hasta un salón situado al fondo de la casa.

—¡Emma! —exclamó Florence al verme—. ¡Me alegro de que hayas venido!

—Siento molestaros a ti y a tus acompañantes —dije, sonriendo a dos mujeres sentadas en un sofá carmesí que me observaban con curiosidad—, pero es la primera oportunidad que tengo de visitarte.

—No molestas en absoluto —dijo la más longeva de las dos con una carcajada. Tenía la cara rechoncha, unos senos grandes y un cabello pelirrojo poco natural para una mujer de su edad—. Esta casa no se rige por las formalidades. Nunca lo ha hecho y nunca lo hará.

Su comentario me pareció curioso, ya que la decoración de la sala era sumamente formal. En las ventanas había cortinas de encaje y sobrecortinas de terciopelo con bordes dorados; había una gruesa alfombra Amistar de color carmesí y todos los muebles eran de palisandro. Pero la decoración conservadora hacía resaltar el divertido cuadro de unos gatitos asaltando una elegante mesa de té que había colgado encima de la chimenea y las figuritas de gatos de porcelana

alineadas en la repisa.

—Emma, esta es mi tía, la señora Theda Husing —dijo Florence—, quien sin duda insistirá en que la llames «tía Theda». —Luego señaló a la mujer más joven, que llevaba un vestido de raya diplomática y un pequeño camafeo como único adorno. Llevaba el cabello rubio ceniza con raya en medio y recogido en un moño—. Y esta es mi buena amiga, la señorita Cecilia West.

—Es un placer conocerte —dijo Cecilia al ponerse en pie.

Medía poco más de metro y medio y era muy delgada, pero me estrechó la mano con firmeza. Su cuerpo irradiaba una energía latente, como si fuera un cable enrollado que podía soltarse en cualquier momento.

—Siéntate, Emma, por favor —dijo la tía Theda señalando una butaca. Después cogió un cordel que tenía al lado y tiró de él—. Le pediré a Nora que nos traiga té.

Me senté y acaricié a Minette, que estaba enroscada en un cojín bordado situado junto a la butaca

—La he echado de menos —dije.

—Ah, ahora caigo —dijo Cecilia mirándome como si intentara calibrarme—. Tú eres la amiga de Florence que viajó con ella desde París, ¿verdad? La escritora. Tengo entendido que tus historias son muy exitosas en Francia.

Su actitud era amigable, pero su mirada escrutadora hizo que me retorciera en la butaca.

—No han sido ni mucho menos un gran éxito, pero empiezo a obtener cierto reconocimiento.

—Cecilia también es escritora. Periodista —dijo Florence con tanta rapidez que me pareció que intentaba ponerme sobre aviso—. Estamos trabajando en un concurso de ensayos para colegiales. El tema es por qué es importante ser bondadoso con los animales.

—Es más que una simple periodista —dijo la tía Theda, que arqueó las cejas mirando a Florence—. ¡Cecilia es una cazadora de escándalos! Ella no informa sobre la apariencia de las cosas. Investiga los temas a fondo.

Ahora comprendía un poco la intensidad de Cecilia.

—Recuerdo que leí acerca de Nellie Bly, que ingresó en un psiquiátrico para poder escribir sobre las espantosas condiciones del lugar —le dije—. Era increíblemente valiente. ¿En qué estás trabajando ahora mismo?

—Nellie Bly es una heroína para mí —respondió Cecilia, que parecía impresionada por que supiera quién era—. Estoy escribiendo un artículo para *McClure's Magazine* sobre la explotación de los trabajadores extranjeros en Nueva York. A esa gente, tanto hombres como mujeres, le da miedo protestar por las peligrosas condiciones

laborales, los salarios bajos y las viviendas miserables. Quiero sacar a la luz a los empresarios que los maltratan mientras ellos viven rodeados de lujos desmedidos.

Dejó de hablar cuando Nora entró haciendo ruido con una bandeja.

Florence se puso de pie y ayudó a la criada a repartir las tazas y después abrió una caja que había en una mesita, cogió un poco de tabaco y empezó a liarse un cigarrillo. Yo casi nunca fumaba —*grand-maman* no lo consideraba femenino—, pero, antes de que pudiera negarme, Florence me había tendido un pitillo y encendido una cerilla.

—Una vez me detuvieron en Londres por fumar —dijo la tía Theda, que dio una lenta calada y soltó una bocanada de humo—. En la cafetería, todos los hombres estaban fumando, pero en cuanto yo me encendí un cigarrillo, el propietario llamó a la policía.

El ambiente en el salón estaba cargado a causa del aroma a jazmín del tabaco. Había algo deliciosamente subversivo en el hecho de que tres mujeres estuvieran fumando, sobre todo porque solía ser una actividad para hombres cuando ellas no estaban presentes.

—Los hombres tienen americanas para fumar —comentó Florence —. Alguien debería inventar vestidos para fumar.

—Mejor no —dijo Cecilia, que tiró la ceniza en un cenicero y bebió un sorbo de té—. En la Quinta Avenida ya se cambian de ropa varias veces al día. Ninguna mujer necesita otro conjunto con el que competir—. Dejó la taza en la mesita y asintió mirándome—. ¿Dónde te hospedas, Emma?

—En la 57 Oeste, ¿no? —interrumpió Florence—. Cerca de donde haré la exposición.

Ahora estaba segura de que Florence quería impedir que Cecilia me hiciera demasiadas preguntas.

—¿Cómo lo llevas? —pregunté—. No olvides mandarme una invitación.

—Claro que lo haré. También tengo que pintar el mural y he recibido varios encargos para hacer retratos, así que las cosas han despegado. Pasar tanto tiempo en París me ha dado caché.

Miré el reloj con forma de gato que había en la repisa de la chimenea. Ya había sobrepasado el tiempo que había pensado destinar a la visita.

—Lo siento, pero tengo que irme —dije al levantarme—. Mi hermana es extremadamente puntual con la cena.

—Por favor, vuelve cuando puedas, Emma —dijo la tía Theda—. La próxima vez amordazaremos a Florence para que no te interrumpa cada vez que intentes hablarnos de ti.

Me reí como si fuera un chiste magnífico; Florence también soltó

una carcajada.

—Deja que te acompañe a la puerta —dijo. En el recibidor me ayudó a ponerme el abrigo y añadió en voz baja—: Lo siento. Cecilia es una amiga muy fiel, pero es terrible como enemiga.

Le di las gracias y prometí volver lo antes posible. Cuando me dirigía al faetón, pensé en la advertencia de Florence. No entendía por qué Cecilia podía convertirse en una enemiga, pero algo en su talante y en el hecho de que fuera una «cazadora de escándalos», en palabras de la tía Theda, me convenció de que Florence hacía bien en actuar con cautela.

Cuando Teddy y yo llegamos a la casa de la Quinta Avenida, Woodford salió corriendo a recibirnos; tenía la cara pálida. Me ayudó a bajar del carruaje y abrió la puerta de la casa, pero, en lugar de entrar detrás de mí, volvió a hablar con Teddy. La expresión del chófer pasó de la perplejidad a la preocupación por lo que estuviera diciéndole Woodford.

Las luces del gran salón no estaban encendidas y el ambiente era sombrío. No vi a ningún sirviente hasta que Jennie bajó las escaleras para cogerme el abrigo.

—¿Le importaría ir a ver a la señorita Hopper inmediatamente? —susurró—. Está preocupada y ha preguntado por usted.

La victoria que creía haber cosechado en mi búsqueda de independencia se evaporó. Supuse que Isadora disfrutaría trabajando sola en la escultura, pero quizá la había molestado desapareciendo sin decirle adónde iba. Sin embargo, cuando entré en su habitación y la encontré sentada junto a la ventana, mirando a la calle, me di cuenta de que su tristeza no tenía nada que ver conmigo.

—Ah, tía Emma —dijo en voz baja—. Me alegro mucho de que hayas vuelto. Mamá y papá han estado gritándose como locos. Papá se ha retirado a su cuarto y Woodford me ha dicho que tú y yo cenaremos en nuestra habitación.

—¿Por qué han discutido? —pregunté.

—Tenía algo que ver con papá y su coche motorizado. Pero tienen una discusión seria cada pocas semanas. Desde que mamá empezó a planear esta casa ha sido así.

Recordé el mal humor de Oliver durante mi primera cena en Nueva York. Debió de ser decepcionante para Caroline haberse casado con un cascarrabias, cuando en París parecía bastante afable. Al fin y al cabo, fue él quien le prometió que tendría todo lo que quisiera.

—No te preocupes —le dije a Isadora—. Estoy segura de que pasará. ¿Por qué no cenamos aquí y me cuentas qué tal va la escultura? El señor Gadley está encantado contigo. Se le agotan las

palabras para elogiar tu talento.

Mencionar al señor Gadley la tranquilizó. Relajó los hombros y soltó un suspiro.

—Hasta que llegaste, tía Emma, el señor Gadley era una de las pocas personas con las que podía mantener una conversación. Siempre me siento mejor cuando habla sobre arte y los grandes maestros.

—¿Puedo hacer algo para que te sientas mejor? —pregunté.

Estaba a punto de decir algo, pero cambió de idea.

—No, ahora hará demasiado frío allí.

—¿Dónde?

—Me he dejado el cuaderno en el estudio. No quiero encontrarme con mamá cuando está de mal humor. Seguramente, lo pagará conmigo y le prohibirá al señor Gadley que venga. ¿Podrías ir a buscarlo tú? Si lo leo antes de acostarme, estoy segura de que me calmaré.

—Pues claro, ahora voy. Lo traeré a la hora de la cena.

Al estudio de Isadora se llegaba por un pasillo de piedra que pasaba por la cocina, el lavadero y el comedor del servicio. Me apresuré para que no me viera nadie y me alivió comprobar que la puerta del patio seguía abierta.

Abrí la puerta del estudio y busqué el cordel para encender la luz. De día, el estudio era un lugar acogedor y luminoso gracias al tragaluz y los ventanales. Ahora hacía un frío terrible y la única iluminación era una lámpara del patio que hacía que las estatuas proyectaran una luz turbadora.

Cuando se encendió la luz interior, vi el modelo de mi cabeza en un pedestal situado en el centro de la sala. Estaba tapado con una tela blanca con una cinta oscura alrededor del cuello. Me estremecí y pensé en María Antonieta subiendo al patíbulo con una capucha blanca y las manos atadas a la espalda antes de ser decapitada.

Busqué rápidamente el cuaderno de Isadora y lo encontré en el pedestal, detrás del modelo de arcilla. Lo cogí como si temiera que el modelo pudiera cobrar vida y empezar a hablarme. Con las prisas se me cayó al suelo la libreta abierta por las páginas centrales. Todas las líneas estaban llenas de una caligrafía grande y redonda.

Me llamó la atención un párrafo:

> ¡Soy débil y tonta! Yo lo sé y mamá también. Tengo una belleza corriente y no soy nada divertida. Anoche, durante la cena, nadie me prestó atención cuando intenté contarles…

Tenía la firme creencia de que estaba mal leer un diario privado sin permiso, así que paré inmediatamente y cerré el cuaderno. Pero, al hacerlo, me fijé en la fecha de la entrada: 12 de mayo de 1899. Al parecer, que Isadora se sintiera ignorada no era nada nuevo.

Apreté el cuaderno contra el pecho y noté la soledad de mi sobrina. Me dolía que se odiara tanto a sí misma. Necesitaba una amiga, una mano firme que la guiara. Una vez más, estaba decidida a ser esa persona.

Volvía por el patio cuando oí un sonido metálico procedente de la cochera. La puerta estaba abierta; al ver un automóvil motorizado, sentí curiosidad y me acerqué.

Teddy, que ya no llevaba el uniforme, sino un mono gris, estaba examinando la rueda delantera del coche. Visiblemente nervioso, se echó el pelo hacia atrás y se pasó la mano por la cara. ¿Lo habían regañado por sacarme a pasear sin el permiso de Caroline?

Teddy cogió un trapo, lo hundió en un cubo de agua y dudó antes de pasarlo por los radios y la llanta de la rueda. Al cabo de un momento, tiró el trapo al suelo y vomitó dentro del cubo. Al ver el trapo, me entraron escalofríos. Estaba manchado de sangre y lo que parecían mechones de pelo negro.

Volví corriendo a la casa y recorrí el pasillo con el corazón latiéndome furiosamente. ¿Lo que había visto en el trapo eran imaginaciones mías? ¿Pensar en María Antonieta me había provocado alucinaciones?

Woodford salió de la cocina y estuve a punto de derribarlo.

—Señorita Lacasse, ¿se encuentra bien? —preguntó, mirando detrás de mí como si pretendiera averiguar de dónde venía—. Está usted muy pálida.

Estaba demasiado alterada para juegos.

—¿Ha ocurrido algo? —pregunté—. ¿El señor Hopper ha tenido un accidente?

—Eso me temo, señorita Lacasse —dijo, suspirando profundamente —. Esta tarde se le ha cruzado un perro por delante del coche. Salió de la nada y el señor Hopper no pudo esquivarlo. Por desgracia, el perro tenía la columna fracturada y tuvo que venir un policía a sacrificarlo.

—Oh —dije, llevándome la mano a la boca—. Qué pena.

—Desde luego. —Woodford me acompañó al gran salón—. Al señor Hopper le gustan mucho los animales y me temo que el incidente lo ha alterado mucho.

Cuando llegamos a la escalera, me miró a los ojos de un modo que podría considerarse impertinente.

—Debido a la angustiante naturaleza del incidente, sería mejor que no se lo mencione. Ni a él ni a nadie —añadió.

—No lo haré —dije.

Woodford me hizo una pequeña reverencia.

—La señora Hopper ha pedido que le lleven la cena a su habitación. Tengo entendido que cenará usted con la señorita Hopper.

Asentí.

El mayordomo se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre.

—Debido a la confusión de esta tarde, olvidé entregarle su correo —dijo.

Al subir las escaleras me temblaban las piernas. Necesitaría un rato para tranquilizarme antes de ir a ver a Isadora. Qué día tan inquietante.

Cerré la puerta de mi habitación, me quité el sombrero y los zapatos y me senté al lado del fuego. Luego miré el sobre que me había dado Woodford y me llené de alegría al reconocer la caligrafía de Claude.

Desdoblé la carta, sonriendo al leer acerca de sus progresos con los cuadros de la exposición y las excentricidades de nuestros amigos de Montmartre. Por un momento pude olvidarme de la tensión de aquella casa y de la pobre criatura que había conocido su final bajo las ruedas del coche de Oliver.

> Bien, mi querida Emma, concluiré mi carta aquí. Te echo de menos cada día y anhelo tu regreso a París.
>
> Con todo mi amor,
>
> TU CLAUDE
>
> P.D.: adjunto una carta de tu editor. Me temo que llega tarde. Se cayó entre el mostrador y la pared de la cafetería, y Jean-François no la vio hasta ayer, cuando estaba recogiendo una moneda que se había colado por el mismo hueco.

El hecho de que firmara como «TU CLAUDE» me hizo feliz. Recordé cuando Isadora me preguntó por qué no me había casado nunca. Tal vez mi respuesta había sido más sincera de lo que pensaba: porque no había habido necesidad.

Abrí el sobre de *monsieur* Plamondon.

> Estimada *mademoiselle* Lacasse:
>
> Es un placer para mí informarla de que se han vendido a *New York City Magazine* los derechos de traducción de tres relatos suyos pertenecientes a *Histoires de fantômes*. Las historias, acompañadas de ilustraciones, serán publicadas en tres meses sucesivos, empezando con una edición especial de Halloween el 31 de octubre. Aunque el pago por los relatos no es cuantioso, se trata de una revista de prestigio con muchos lectores en la alta sociedad y el mundo intelectual de Nueva York. Puesto que habitualmente solo publican a los escritores británicos y estadounidenses más ilustres, es un gran logro que se incluya a una escritora francesa. Espero que esto me permita vender los derechos de traducción de *Historia de una casa solitaria* a una editorial estadounidense con unas condiciones favorables…

Respiré hondo. *Monsieur* Plamondon me había animado a mejorar con cada historia que escribiera, y su consejo estaba dando resultado.

¡New York City Magazine!

Me volví hacia el diario, situado encima de la mesa, junto a la foto de *grand-maman* que había traído de París. Me prometí a mí misma que al día siguiente me levantaría temprano para trabajar y que lo haría cada mañana antes del desayuno ocurriera lo que ocurriera la noche anterior. Isadora era una artista comprometida y yo también debía volver a serlo.

12

Isadora me saludó animadamente cuando fui a desayunar a la mañana siguiente, pero me dolía conocer la repugnancia que abrigaba en su interior. Volví a pensar en Ambra; el mundo podía ser duro con las almas bondadosas. Independientemente de cómo quisiera Caroline que preparara a su hija para la vida adulta y un lugar en la sociedad, estaba decidida a ayudar a Isadora a valorar sus cualidades únicas. Tener buen concepto de sí misma y saber apreciar sus capacidades e inteligencia le sería útil ante las adversidades de la vida.

En aquel momento apareció en el umbral la señora Green, la ama de llaves. Con sus mejillas hundidas y sus labios delgados, siempre me había dado la impresión de ser una mujer fría, pero aquella mañana su actitud era decididamente triste cuando anunció:

—La señora Hopper requiere su presencia en la sala matinal, señorita Lacasse.

Estaba comiéndome una tostada y supuse que al menos me dejaría acabar el desayuno, pero la señora Green no me quitaba el ojo de encima, así que tragué y me levanté tímidamente.

Miré a Isadora a los ojos y percibí su preocupación. Esta vez no bromeó con que había recibido una citación. Aunque hice todo lo posible por llevar la cabeza alta y recordar que era una mujer adulta, salí corriendo detrás de la señora Green como una colegiala camino del despacho de la directora.

La sala matinal se encontraba en el ala este de la casa, al otro lado del gran salón y junto a la sala de recepción de damas. Cuando la señora Green abrió la puerta y anunció mi presencia, fue como si me hubieran concedido audiencia con una reina. La luz bañaba las paredes blancas y doradas, los muebles y el techo de estilo barroco en el que aparecían unos ángeles volando.

Caroline estaba sentada a una mesa de mármol con un águila de bronce en cada esquina. En lugar de mostrar su habitual aire autoritario, por su postura parecía agotada.

—Gracias, señora Green —dijo—. Eso es todo.

La señora Green cerró la puerta al salir y Caroline me indicó que me sentara delante de ella. Después de mirarme fijamente unos instantes, me tendió un periódico.

—Tenemos un problema. Por favor, lee el artículo que he rodeado con un círculo.

El periódico era básicamente una publicación de cotilleos titulada *Town Topics: The Journal of Society* en la que se hablaba de compromisos matrimoniales, bodas, bailes, recepciones, tés y fiestas domésticas.

> Por fin se ha descubierto la identidad de la misteriosa dama que llegó en barco desde París la semana pasada y saltó directamente de la pasarela de segunda clase al carruaje de una conocida familia de la Quinta Avenida. No es una institutriz ni una dama de compañía tal como dedujimos, sino una arpista y escritora de historias de misterio. ¿Quizá la dama en cuya casa se hospeda está interesada en escribir sus memorias? Un gesto así de vanidoso no le sería ajeno. Con esas residencias monstruosamente grandes, es conocida por su afán de protagonismo. ¿O tal vez la hija necesita refuerzo para sus clases de música? Lo cierto, mis queridos lectores, es que la verdad es mucho más interesante. ¡Esa hermosa y joven bohemia es la hermana de la señora de la casa! Quién sabe qué otros secretos de familia oculta la dama en cuestión.

Me apenó el tono desagradable del artículo y me sentí insultada por que mi profesión y el hecho de que tocara el arpa fueran tratados como algo vergonzoso, como si fuera una ladrona de tumbas o una asesina, en lugar de una escritora respetada. Primero pensé que Cecilia, la amiga de Florence, desconfiaba y había indagado sobre mí. Pero una revista de escándalos como aquella no parecía estar a su altura, y sabía que Florence no le habría contado nada.

Caroline parecía tan molesta con el artículo que me vi obligada a pedir disculpas.

—Lo siento mucho. Y puede que las cosas vayan a peor, porque van a publicarme en *New York City Magazine*. Me enteré anoche.

—No es culpa tuya —dijo Caroline en un tono cansino que denotaba que era uno de los muchos problemas a los que se enfrentaba aquella mañana—. Ese cotilleo pudo venir de cualquier sitio. Alguien que viajaba en el barco o incluso nuestros sirvientes. Por eso recalqué que no hablaras con nadie sin mi permiso, y por eso era reacia a que te relacionaras en sociedad. Quería esperar a que conocieras mejor cómo funcionan las cosas aquí. El editor de esa bazofia es el coronel William d'Alton Mann, un héroe de la guerra de Secesión. Preside una mesa en Delmonico's y asegura tener una misión de Dios para desvelar los secretos y pecados veniales de los millonarios de Nueva York. En realidad, no es más que un delincuente.

—Al menos no menciona a nadie por su nombre —dije para

intentar animarla.

Caroline negó con la cabeza.

—Mira el artículo que hay debajo.

Al mirar el periódico vi una ilustración de Caroline y Oliver participando en un desfile de coches motorizados en la Quinta Avenida. Oliver conducía el Daimler que había visto la víspera y Caroline iba en el asiento del acompañante. Vendedores callejeros, trabajadores de oficina y madres con niños pequeños huían en todas direcciones con cara de terror. El pie de foto decía: «Antes dominaban las calles de Nueva York los transeúntes. Ahora lo hacen el señor y la señora Hopper. Los más ricos de Nueva York sustituyen sus caballos por automóviles».

—Es una argucia de Mann para evitar que lo denuncien por difamación —explicó Caroline—. No da nombres en sus artículos sensacionalistas, pero incluye una nota social aparentemente inocua debajo para que quede claro de quién habla. Ya ha intentado chantajearnos alguna vez diciendo que no publicaría un artículo si Oliver contrataba publicidad en la revista o compraba acciones. Oliver se niega, pero la mayoría de los millonarios de Nueva York acaban cediendo.

Antes de que Caroline pudiera continuar, se oyó una entusiasta voz femenina desde el gran salón. Al instante aparecieron Woodford y Lucy.

—¡Caroline! —exclamó, haciendo ademán de abrazar a mi hermana—. He venido en cuanto he leído el artículo. ¡Es horrible, cariño! Y qué momento más desafortunado para la puesta de largo de Isadora. ¡Estabas siendo tan cuidadosa!

Lucy se volvió hacia mí y su mueca me hizo sentir culpable por ser la protagonista del artículo.

Luego cogió una silla, se sentó cerca de Caroline y le sostuvo las manos.

—De camino venía pensando qué podemos hacer para solucionarlo. Por supuesto, no podemos pagarle al coronel, porque entonces llenaría esa basura de revista de artículos favorables y todo el mundo sabría que lo habéis comprado, lo cual solo empeoraría las cosas.

—Eso mismo pienso yo —dijo Caroline.

Ambas se volvieron hacia mí y me encogí en la silla. Parecía tener enemigos atacándome por todos los flancos. El coronel Mann parecía una persona espantosa, y no podía olvidar la advertencia de Florence, según la cual, Cecilia West podía ser una enemiga terrible. En aquel momento habría subido al primer barco que zarpara hacia Francia si ello no significara volver a estar endeudada con Roche & Associates.

—A Emma le publicarán un relato en *New York City Magazine* —le

dijo Caroline a Lucy—, así que ahora no hay manera de ocultar su identidad.

—*¿New York City Magazine?* —Lucy parpadeó—. Por lo que me contaste, tenía la impresión de que escribía noveluchas baratas. ¡*New York City Magazine* es otra cosa!

Me sentía demasiado insultada para contestar. ¿Noveluchas baratas? ¿Por qué Caroline siempre me despreciaba o exageraba enormemente mis logros? Subía y bajaba en su estima como unas acciones volátiles en la Bolsa de Nueva York.

Lucy nos miró a mí y a Caroline como si se le hubiera ocurrido algo. Entonces soltó una mano a Caroline y, para mi sorpresa, cogió la mía: estuvimos sentadas como tres niñas a punto de jugar a la rueda rueda.

—Que Emma sea escritora es la causa del problema —dijo—. Y que Emma sea escritora es la solución.

Cerró los ojos como si estuviera saboreando su genialidad, y Caroline y yo nos la quedamos mirando. Luego abrió de nuevo los ojos y se aclaró la garganta.

—Tengo el plan perfecto. Ahora todo el mundo sentirá curiosidad por Emma. ¿Por qué nadie ha oído hablar nunca de su misteriosa hermana? ¿Por qué os separasteis? ¿Quién es exactamente *mademoiselle* Emma Lacasse y por qué ha venido?

Caroline estaba cautivada por la teatralidad de Lucy.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Lucy nos soltó las manos y se recostó en la silla con una sonrisa de suficiencia.

—Celebraremos una merienda muy exclusiva para algunas de las damas mejor conectadas de Nueva York. Cinco como máximo. Vestiremos a Emma en Doucet y ofrecerá un recital de arpa. Cada invitada recibirá un ejemplar de *New York City Magazine* firmado por Emma y un brazalete de perlas especial con un dije de oro en forma de arpa y la fecha de la merienda grabada. Se sentirán miembros de un club privilegiado.

Caroline revivió al oír la idea de Lucy. Recuperó la vitalidad y se echó a reír.

—¡Lucy, es genial! ¡Las demás se darán cabezazos contra la pared por no haber sido invitadas!

Se reían como dos colegialas mientras trazaban sus planes. Cuanto más se entusiasmaban, más incómoda me sentía yo. En lugar de presentarme dignamente ante la alta sociedad neoyorquina como la hermana de Caroline, sospechaba que iban a anunciarme como una especie de curiosidad llegada del Viejo Continente.

—Le pediremos a Maria de Amaragi que escriba las invitaciones. Su delicada caligrafía infundirá prestigio a la ocasión —dijo Caroline,

que estaba tomando notas en un papel—. Y deberíamos invitar a Grace Hunter. Siempre aporta sofisticación a un acontecimiento.

—Grace, sí, por supuesto —coincidió Lucy.

Me excusé para volver con Isadora y mi desayuno, pero estaban tan absortas en sus planes que apenas se dieron cuenta de que me iba. Cuando cerré la puerta al salir, oí a Lucy decirle a Caroline:

—Todo este tiempo pensando que tu hermana era una carga y puede que sea Emma la que te haga entrar en la vieja sociedad de Nueva York.

Cuando le conté a Isadora lo ocurrido, adoptó una expresión triste.

—Eres un cordero al que están a punto de lanzar a una manada de lobos.

Me encogí al imaginármelo. Isadora me cogió la mano y la apretó.

—Tienes que armarte de valor y ser tú misma digan lo que digan mamá y Lucy.

Miré completamente asombrada a mi sobrina. Supuestamente era yo quien debía animarla, pero al parecer era a la inversa.

El día de la merienda y el recital, Jennie me ayudó a vestirme. Cuando se fue, me miré al espejo, incapaz de creerme aquella transformación. El vestido que me había conseguido Lucy era hermoso. El corsé ajustado era de terciopelo rojo con hombreras abombadas y mangas a medida, y la falda llevaba bordados rojos y dorados.

Toqué el collar de perlas de siete vueltas y el colgante de rubí. Era deslumbrante, y supuse que más caro que cualquier cosa que hubiera imaginado ponerme. Woodford lo había traído de la cámara acorazada junto a un rubí y un anillo de diamantes.

—Póntelo en la mano derecha —me dijo Lucy el día anterior cuando vio la impresionante variedad de joyas que guardaba Caroline en la cámara acorazada—. Cuando toques el arpa, no le pasará inadvertido a nadie.

Todo lo que llevaba, desde el vestido hasta las joyas y los zapatos de seda con capullos de rosa bordados, me hacía sentir diferente, como elevada. Siempre me había gustado vestir bien, pero nunca había imaginado que un conjunto tan suntuoso me haría verme tan distinta.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta y entró Isadora, una imagen de elegancia con un vestido de seda violeta, canesú de encaje y cuello alto.

—¿Te importa si bajamos juntas? —preguntó—. No me gustan mucho estos actos sociales.

—Pues claro. A decir verdad, yo también estoy bastante inquieta.

—Al principio estaba preocupada por ti —dijo—, pero tú eres muy interesante y esas mujeres muy aburridas, lo cual será una ventaja. Para ellas serás una novedad en su monótona ronda de actos sociales. Grace, la mujer de Harland, es diferente. Es exquisita. Y, por supuesto, Lucy estará allí para asegurarse de que todo salga bien.

¿Harland estaba casado? Me sorprendía. No parecía la clase de hombre que se casa. En cuanto a Lucy, había algo en ella que me desorientaba. ¿Cómo estaba tan unida a mi hermana como para que confiara totalmente en ella?

—¿Quién es exactamente la duquesa de Dorset? —pregunté.

—Ah —dijo Isadora asintiendo—, quizás has notado que es la única persona cuyos consejos acepta mi madre. La duquesa en realidad es Lucy Dyer-Ripley, nacida en Nueva York. Su padre era James Dyer-Ripley, un especulador extremadamente próspero, y su madre era una bella actriz de teatro antes de casarse. A pesar de su riqueza, la familia no fue acogida por la vieja élite hasta que Lucy Dyer-Ripley se casó con el heredero de una prestigiosa pero empobrecida familia inglesa. Ahora la reciben en todas partes. Incluso Augusta Van der Heyden la invita a sus exclusivas cenas y bailes.

—¿Quién es Augusta Van der Heyden? —pregunté—. Tu madre ha mencionado ese apellido alguna vez.

Cuando llegamos a la escalinata, oímos voces excitadas provenientes de la sala de recepción de damas. Isadora me cogió del brazo como si quisiera recuperar el equilibrio.

—Augusta Van der Heyden es la archienemiga de mamá —dijo en voz baja—. Es descendiente de la vieja familia Knickerbocker, unos de los habitantes holandeses originales de Nueva York, y se considera la guardiana de lo que ella denomina la «gran aristocracia estadounidense». Un reproche o desaire suyo basta para que te echen de ese club exclusivo. Por supuesto, en Estados Unidos no existe una verdadera aristocracia, y por eso la gente está tan enamorada de los títulos europeos. Ya te he dicho que se aburren todos una barbaridad.

Para haberse criado en un entorno tan protegido, Isadora hacía gala de una astucia extraordinaria.

—Si Augusta Van der Heyden ha aceptado a Lucy, ¿por qué a tu madre no? —pregunté—. Caroline no es ninguna bárbara. Tus abuelos pertenecían a familias francesas respetables y eran propietarios de una de las mejores plantaciones de Luisiana antes de la guerra de Secesión.

Isadora se encogió de hombros.

—Intuye la ambición de mamá. La mayoría de los nuevos ricos adulan a Augusta y agradecen el mero hecho de sentarse a su lado. Pero mamá quiere algo más. Ella quiere ser la reina que domine a todos los demás. Augusta no quiere ser desplazada como árbitro de la alta sociedad de Nueva York, así que hace todo lo posible por dejar

fuera a mamá.

Tuvimos que interrumpir nuestra conversación cuando llegamos al final de la escalinata, y Lucy salió de la sala de recepción para recibirnos. Parecía una elegante duquesa inglesa con un vestido ligero de lana azul con cuello de satén y una abertura en el cuello.

—Están todas aquí —dijo—. Tienen muchas ganas de conocerte, Emma. ¿Memorizaste la lista que te di?

Asentí, aunque su condescendencia se me hacía irritante. Había aprendido ocho piezas de Chopin, Bach, Händel y Mozart para el recital vespertino. Memorizar los nombres de cinco damas, lo que hacían sus maridos y un par de datos sobre ellos no había sido una tarea ardua.

Woodford abrió la puerta de la sala de recepción y se oyó revuelo cuando entramos Lucy, Isadora y yo.

Caroline, que llevaba un vestido verde azulado con pasamanería dorada en la parte delantera y los puños, me dedicó una sonrisa que indicaba que estaba encantada con mi transformación. De repente, dejé de sentirme ridícula por haber permitido que me arrastraran a aquella farsa.

—Señoras —anunció Lucy—, permítanme presentarles a *mademoiselle* Lacasse, que firmará sus ejemplares de *New York City Magazine* antes de que dé comienzo la merienda.

Lucy me indicó que fuera hacia un *bureau plat* con un jarrón de lirios que desprendían un olor dulce. Caroline llevó una por una a las invitadas a la mesa para que les firmara la revista. Ahora me alegraba que Lucy me hubiera facilitado la lista, pues era difícil distinguir a una matrona con vestido caro de otra. Pero, por alguna razón, aquellas mujeres eran importantes para Caroline, y no quería decepcionarla.

Primero llegó Bessie Graham, la mujer de un magnate del petróleo, seguida de Charlotte Harper, perteneciente a una familia de prósperos fabricantes de hule y linóleo. El marido de Helen Potter era banquero y la familia de Elsie Bishop regentaba un negocio de envasado de carne. Todas llevaban el brazalete de perlas con el dije en forma de arpa que les habían regalado con la revista. Qué ansiosas estaban por formar parte de algo especial.

La última mujer a la que le firmé la revista fue Grace Hunter, la esposa de Harland. Era esbelta y tenía el pelo negro, unos ojos marrones almendrados, la piel del color de la nata fresca y una boca pequeña y rosada con un arco de Cupido perfecto. Enfundada en un corpiño negro y una falda dorada con apliques de jacinto, destacaba entre las demás. Debería haber imaginado que la esposa de Harland sería deslumbrante. Pero, a diferencia de él, ella era discreta y educada.

—Es un placer conocerla, *mademoiselle* Lacasse —dijo—. Pero debo

confesar que llevo tiempo leyendo sus historias. Me las manda una amiga francesa. Me encantan las historias sobrenaturales o fantásticas, pero las suyas son algo más. Muchas también son emotivas.

—Ya me dirá qué le ha parecido la traducción inglesa —respondí —. A veces se pierden detalles y otras veces se acentúan cuando se traduce de una lengua a otra.

—Sus historias son tan buenas que estoy segura de que serán maravillosas las traduzcan a cualquier idioma que las traduzcan.

Grace era encantadora y elegante, y era imposible imaginársela casada con una persona tan ruidosa y grosera como Harland. Pero, antes de que pudiéramos seguir hablando, Woodford anunció que la merienda estaba servida.

En el salón habían puesto una mesa con mantel de Jacquard y un centro de rosas. El servicio era *à la française*, así que sacaron toda la comida a la vez. Observé los platillos de cangrejos rellenos, boquerones, almejas, buñuelos de verdura, alcachofas y ensalada con gelatina y me pregunté si un grupo reducido de mujeres podía ingerir tanto.

Durante la comida recordé ceñirme a las instrucciones de Lucy, que me dijo que sonriera con educación y hablara poco. Pero cuando aquellas mujeres ricas me miraban insistentemente, tenía que morderme el labio para no reírme. Nunca había sido el centro de atención, y menos aún estando con Caroline. Sin embargo, Lucy manipulaba la conversación cuando me hacían preguntas, igual que había hecho Florence cuando Cecilia West me preguntaba algo en casa de la tía Theda.

—¿Dónde estudió música, *mademoiselle* Lacasse? —me preguntó Bessie Graham—. Lucy dice que es usted una arpista de primer orden.

—Le enseñó la condesa de Genlis —contestó Lucy por mí—. La condesa solo daba clases a los mejores alumnos.

Retorcí las manos debajo de la mesa para no hacer una mueca. La condesa de Genlis había enseñado a varios miembros de la familia real francesa, pero había fallecido en 1830.

La única invitada que se mostró perpleja por la respuesta de Lucy fue Grace Hunter, que me miró con cara de confusión. La miré a los ojos e intercambiamos una sonrisa de complicidad. Desde ese momento, tuve la sensación de que éramos conspiradoras.

—Tengo entendido que viene usted de un extenso linaje de escritores aristócratas de Francia, *mademoiselle* Lacasse —dijo Grace, arqueando las cejas para aparentar seriedad—. La escritura siempre se ha considerado una ocupación valiosa entre los nobles de Francia, ¿no es así?

—Desde luego —terció Lucy antes de que yo pudiera responder—. Tiene toda la razón, Grace.

A medida que avanzaba la merienda y mi vida ficticia se volvía más y más fantástica, empecé a comprender que aquella reunión de mujeres era un mundo dentro de otro mundo. Aunque eran algunas de las personas más ricas de la ciudad más rica del país más rico, sabían muy poco de lo que estuviera fuera de su círculo. No entendían de historia, de música y puede que incluso de la vida. Miré a Isadora, que estaba sentada en silencio entre Charlotte Harper y Elsie Bishop. Mi sobrina era observadora. Caroline decía que no podría sobrevivir fuera de aquel pequeño mundo protegido, pero, si le daban una oportunidad, dudaba que eso fuera cierto.

Elsie me hizo una pregunta que me apartó de mis pensamientos.

—*Mademoiselle* Lacasse, ¿ya ha visitado la Milla de las Damas?

Me había acostumbrado tanto a que Lucy respondiera por mí que titubeé antes de darme cuenta de que ella, Caroline y Grace estaban manteniendo una conversación aparte. ¡Por fin tenía la posibilidad de hablar!

—He pasado por allí en carruaje —dije—. Por lo que sé, necesitas una tarde entera para ver los grandes almacenes Siegel-Cooper.

—¡Más de una tarde! —exclamó Charlotte como si se sintiera aliviada de abordar finalmente un tema que podía comprender—. Tienen de todo: objetos de plata, ropa de cama, porcelana e incluso mascotas y herramientas.

Helen Potter asintió con entusiasmo.

—Yo compré una orquídea *Vanda sanderiana* en el invernadero de la azotea. ¿Sabes lo inusuales que son?

Caroline y Lucy se miraron al percatarse de que yo estaba manteniendo otra conversación.

—Es hora de que nos traslademos a la sala de música para tomar el postre y oír un recital privado de mi hermana —dijo Caroline, e indicó a Woodford que abriera las puertas que daban a la biblioteca y la sala de música.

Oí a Lucy susurrarle a Bessie:

—*Mademoiselle* Lacasse solo actúa para la gente más exclusiva. Nunca ofrece recitales públicos.

—¡Oh! —exclamó Bessie, obviamente encantada de figurar entre los elegidos—. ¡Entonces somos unas privilegiadas!

Había practicado las piezas con toda la dedicación que habría aplicado si estuviera a punto de tocar en la Ópera de París, pero no era necesario. Normalmente, cuando daba un recital interpretaba cuatro piezas, hacía un descanso y tocaba tres o cuatro más. Pero al ver que se les caían los párpados me di cuenta de que no estaban acostumbradas a escuchar música mucho rato, así que paraba cada dos piezas para que pudieran charlar y coger tartaletas de fruta, *biscuits glacés*, *éclairs* de chocolate y melocotones en gelatina de

chartreuse. Solo Grace Hunter escuchó mi actuación como una apasionada de la música. Cerraba los ojos como si estuviera saboreando las frases y volvía a abrirlos lentamente como si hubiera despertado de un sueño.

Aunque no prestaban atención, cuando llegó el momento de irse, era evidente que las invitadas habían disfrutado.

—¡Tu hermana es absolutamente encantadora! —dijo Bessie a Caroline—. En breve te mandaremos una invitación para cenar. Hace tiempo que no vemos a Oliver. Sé que Newton se alegrará de hablar con él otra vez.

Las otras mujeres le ofrecieron cumplidos e invitaciones similares.

Grace se quedó atrás mientras Caroline y Lucy se despedían de sus invitadas.

—La actuación ha sido excelente —me dijo—. Yo toqué el arpa muchos años, pero por desgracia la tengo abandonada desde que me casé. Me encantaría que pudieras darme clases mientras estés en Nueva York.

Quería conocer mejor a Grace Hunter. Había algo en ella y estaba intrigada. Lucy me hizo señas para que rechazara la invitación, pero fingí que no la veía.

—Sería un placer —le dije a Grace—. ¿Te iría bien el miércoles por la tarde?

Quería confirmar una fecha exacta por si Lucy o Caroline trataban de impedírmelo.

—Enviaré mi carruaje a buscarte —repuso Grace como si entendiera perfectamente mi situación—. Así no tendrás que preocuparte por si molestas a los cocheros de aquí. En esta casa hay mucho más ajetreo que en la mía.

Cuando se fue, Lucy me miró frunciendo el ceño.

—Debería haberte avisado de que no aceptaras ninguna invitación en la que te quedaras a solas con alguien.

Me volví hacia Caroline, pero, para mi sorpresa, no parecía molesta.

—No tienes de qué preocuparte, Lucy. Mi hermana se ha comportado con aplomo. Todo el mundo ha quedado embelesado con ella. Y Grace no es problemática.

Lucy me escrutó con aquella actitud condescendiente suya.

—No te vuelvas demasiado complaciente, Emma. Esas damas eran solo un anzuelo. Esperemos que salgan y hagan exactamente lo que queríamos: cotillear. Tenemos un pez mucho más grande que pescar, y ese no se dejará impresionar tan fácilmente.

No sabía a quién se refería, pero, por supuesto, Lucy y mi hermana no tenían intención de hacerme confidencias. Aquella cercanía entre ambas me molestaba, pero estaba contenta de que al menos mi

hermana empezara a respetarme.

Isadora se excusó para poder continuar con la escultura y yo volví a mi habitación y me puse ropa normal. Aquella mañana había empezado una historia inspirada en el anillo de rubíes y diamantes que me habían prestado y quería seguir con ella antes de cenar.

Pero primero le escribí una carta a Claude:

> Hoy he dado mi primer recital de arpa en Nueva York. Sé que estarás orgulloso de mí. Ha tenido buena acogida, aunque no creo que el público entendiera mucho de música…

Cuando terminé, cogí las otras cartas que le había escrito a Claude aquella semana y las metí todas en un sobre. Después llamé a Jennie utilizando la campanilla, pero, al ver que no aparecía, fui abajo a buscar a Woodford para que enviara el sobre por la tarde y dejara en la cámara acorazada las joyas que había tomado prestadas.

Pensé que Woodford estaría en la recocina o la despensa supervisando la limpieza y el retorno de los platos y la cubertería de la merienda, pero solo encontré a una sirvienta con los brazos sumergidos en agua caliente. Parecía estupefacta de verme en aquella parte de la casa. Le pregunté dónde estaba Woodford y señaló el gran salón.

—Lo encontrará en la sala de fumadores, señorita —balbuceó—, rellenando la caja de puros y los decantadores de coñac.

Fui donde me había indicado y pasé junto a un jardín de invierno lleno de palmeras, lirios y otras plantas exóticas. Woodford no me llevó allí cuando me enseñó la casa, y por las alfombras turcas y el papel árabe del pasillo tuve la impresión de que era el ala masculina. Abrí una puerta y vi una mesa de billar. Al abrir otra, retrocedí asustada.

Había cabezas de ciervo colgadas en todas las paredes, y el suelo estaba cubierto de pieles de cebra, tigre y jirafa. Al lado de la chimenea, un león y una leona disecados observaban la habitación con unos ojos de cristal inmóviles, y cerca de una librería había un oso pardo erguido y con las pezuñas levantadas, congelado para siempre en el tiempo por el arma de un cazador. Me acerqué a él llena de tristeza y horror.

—Es una bestia magnífica, ¿no le parece? —Al darme la vuelta vi a Woodford en el umbral—. Era una hembra, más feroz aún porque estaba defendiendo a sus oseznos.

Se me revolvieron las entrañas. Oliver debía de haber matado a aquellos animales, pero ¿qué clase de persona consideraba que cazar

animales por placer era un pasatiempo valioso, por no hablar de una hembra con crías?

—Me pareció oírle decir que mi cuñado era un amante de los animales. El día que atropelló al perro con su coche motorizado, me dijo que estaba triste porque le gustan mucho los animales.

Woodford se puso serio, pero mantuvo la compostura. Señaló un cuadro colgado encima de la chimenea, una pintura de un labrador retriever con un pato entre las fauces.

—Me refería a que al señor Hopper le gustan los perros.

El mayordomo era todo modales, pero cuando se acercó a mí y me miró fijamente me sentí intimidada, y su tono contenía la advertencia de que no siguiera interrogándolo. Ocultaba algo sobre el accidente y sobre aquella habitación.

—¿Sería tan amable de añadir esto al correo de la tarde? —pregunté, tendiéndole el sobre que contenía las cartas para Claude. Intenté hablar con firmeza, pero me temblaba la voz—. Me dijo mi hermana que le entregara las cartas a usted.

Woodford asintió y volví al gran salón. Me faltaban piernas para huir de él. Al llegar al final del pasillo volví la cabeza. Woodford seguía observándome con las cartas para Claude en la mano, que llevaba enfundada en un guante blanco. Estaba segura de que cualquier cosa que le dijera llegaría a oídos de Caroline. Era sus ojos y oídos en la casa.

13

*D*os días después de la merienda, Isadora y yo nos dirigíamos a su estudio; Jennie nos dio alcance.

—A la señora Hopper le gustaría verla en la sala de estar, señorita Lacasse. Ha venido su excelencia la duquesa de Dorset.

Cuando iba hacia el gran salón, vi a Oliver entrando en su estudio. Era inusual que estuviera en casa durante el día. Desde mi extraño encuentro con Woodford, solo había visto una vez a mi cuñado durante una cena. Cortaba la comida como si estuviera en trance y respondía con monosílabos a cualquier pregunta que le hicieran.

—Veo que has tenido un día duro en la oficina, querido —había dicho Caroline, que hizo una seña a Woodford para que rellenara las copas de vino.

Oliver despertó.

—Sí, desde luego. Creo que esta noche me retiraré temprano.

Nos miró a Isadora y a mí como disculpándose, pero a Caroline no.

Estar con mi hermana y su marido era como ver una obra de teatro en la que sus frases no expresaban lo que querían decir realmente.

Me olvidé de Oliver cuando vi a Lucy indicándome con gestos que entrara en la sala.

—¡No esperaba que las cosas fueran tan rápido! —dijo, sosteniendo en alto una carta.

Estaba sentada en el sofá al lado de Caroline y yo me acomodé en una butaca situada delante.

—Lucy ha recibido esta carta por la mañana —explicó Caroline, que asintió a su amiga para que la leyera en voz alta.

Apreciada duquesa de Dorset:

Me han informado de que una tal *mademoiselle* Lacasse está en Nueva York y de que es una arpista dotada y una escritora de fama en su país. Como comprenderá, no puedo visitar a sus anfitriones en Nueva York, de modo que

quería extenderle esta invitación a través de usted. Me gustaría mucho que trajera a *mademoiselle* Lacasse a mi cena del próximo jueves por la noche. No obstante, si no la considera una persona adecuada para invitarla a mi casa, confío en que me informará de ello con antelación…

—¡El viejo dragón! —dijo Caroline resoplando—. Estoy segura de que trama algo, Lucy. Deberías contestarle que Emma está ocupada esa noche.

Lucy se frotó la sien.

—Sí, podría estar tendiéndonos una trampa. Por otro lado, sus cenas formales son tan aburridas que los jóvenes suelen buscar excusas para no asistir. Supongo que tiene miedo de perderlos frente a recién llegadas como Addie Fishburn. A lo mejor considera a Emma una oportunidad para incorporar novedades.

No me gustaba ser una prenda en el juego entre Caroline y Augusta van der Heyden, y estaba a punto de decirlo cuando Caroline se volvió hacia mí con expresión severa.

—Todo lo que hagas será sometido a escrutinio, Emma. ¡Todo! Para que Isadora sea una debutante de éxito, debe ser acogida por la vieja élite neoyorquina. Es en esas familias donde probablemente encontraremos un marido adecuado para ella, alguien con buenos valores, criterio y un gusto refinado. Tú ahora formas parte de la familia Hopper y debes comportarte como tal por Isadora.

—Por supuesto que me comportaré honorablemente —dije—. No haría nada que pusiera en peligro el futuro de Isadora.

Lucy echó los hombros hacia atrás.

—Entonces aceptaré la invitación inmediatamente. —Me miró como si fuera una mendiga—. Si Emma va a representar a la familia Hopper, necesita un vestidor como es debido.

Caroline asintió.

—Le pediré a *madame* Bertin, de la Quinta Avenida, que venga.

Cuando finalmente entré en el estudio de Isadora, el señor Gadley ya se encontraba allí. Profesor y alumna alzaron la vista al mismo tiempo con aire sonriente.

—¡Tía Emma! El busto está terminado —exclamó Isadora, que señaló un objeto tapado con seda roja—. Por favor, siéntate para que podamos enseñártelo.

Como un mago que tira de una capa, Isadora levantó la tela. Se me puso la piel de gallina. En piedra, mi rostro era más frío que en arcilla, y la expresión había experimentado un cambio sutil. Mientras que el modelo de arcilla parecía sereno, a pesar de que fruncía ligeramente el ceño, ahora que la había trasladado al mármol blanco, mi cara era más orgullosa, puede que incluso un poco altiva. Estaba desconcertada y encantada al mismo tiempo.

—¡Es magnífico! —le dije a Isadora.

Aunque era reacia a posar para ella, ahora que veía el resultado final no podía negar que su belleza satisfacía mi vanidad.

—Es su mejor trabajo hasta la fecha —dijo el señor Gadley haciendo sobresalir el mentón, tan satisfecho como si él mismo hubiera tallado el busto—. Su arte mejora a pasos agigantados.

Había algo sumamente agradable en el señor Gadley. Tenía una personalidad afable y bondadosa de las que solían atraer a niños y animales, y me lo imaginaba hablando de arte con Claude y Belda, y cautivando a todos en la cafetería de Montmartre.

—Le he preguntado a mamá si podía poner el busto en la sala de música —dijo Isadora—. Normalmente detesta ver mi arte por casa, pero en este caso ha hecho una excepción.

La idea de que a Caroline le hubiera gustado una obra de arte que me representaba era gratificante, sobre todo después de que comentara que yo formaba parte de la familia Hopper. Tal vez nuestra relación estaba mejorando más de lo que imaginaba.

—Bueno, debo irme —dijo el señor Gadley—. Tengo clase en la escuela de arte dentro de media hora.

Isadora abrió un cajón del banco de trabajo, sacó un sobre y se lo entregó al profesor.

—Esto es el pago por el mármol y las clases.

El señor Gadley se metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó otro sobre.

—Y este es su recibo.

Había reparado en que Woodford manejaba el dinero de la casa y pagaba todas las entregas de comida y flores, y no entendía por qué no abonaba también las clases de Isadora. A lo mejor mi sobrina prefería pagarlo con su asignación, teniendo en cuenta la reticencia que mostraba Caroline hacia su arte.

—Los alumnos del señor Gadley son muy afortunados —dijo Isadora con un suspiro cuando el profesor se fue—. Yo lo disfruto unas horas a la semana, pero ellos pueden hacer clases con él en cualquier momento.

—Sí, pero cuando viene aquí, puedes tenerlo solo para ti —dije.

Isadora se puso colorada y cogió el cuaderno y el recibo.

—Será mejor que vaya a asearme y a vestirme para la cena. Mamá odia que lleguemos tarde.

Madame Bertin, la modista de Caroline, llegó a la mañana siguiente para tomarme medidas para un vestidor que incluía conjuntos para distintos momentos del día, amén de visitas, paseos y la ópera. Irrumpió en la sala matinal, donde yo estaba sentada esperando, y dejó sus gruesos libros de moda encima de la mesa.

—Eres francesa, ¿verdad? De París —dijo.

Su cara ovalada se veía acentuada por su abultado pelo, que oscilaba cada vez que movía la cabeza.

—Bueno, en realidad…

—Yo también —dijo, arrugando su fina nariz al sonreír—. No es difícil vestir bien a una mujer francesa. Ni siquiera cuando hago un vestido bonito para una estadounidense parece llevarlo como es debido. Somos las parisinas las que poseemos gusto artístico.

Con un gesto me pidió que me levantara para poder tomarme medidas. Me envolvió el cuello con la cinta y tomó notas en su cuaderno. Luego observó la habitación.

—Incluso esta magnífica casa… Se nota que pertenece a una mujer que vivió mucho tiempo en París y tiene sangre francesa. Las casas estadounidenses parecen museos o cabañas de cazadores.

Asentí por deferencia a otra parisina, pero en realidad solo había visto aquella casa y la de la tía de Florence. La de la tía Theda era majestuosa y elegante y, aunque quizás era veinte veces más pequeña que la de Caroline, se respiraba un ambiente hogareño. En cuanto a las mujeres estadounidenses, me parecía que Florence, Grace Hunter e Isadora tenían un estilo propio.

Después de anotar el resto de las medidas, *madame* Bertin cogió los libros.

—La línea princesa será la que mejor te siente para una cena —dijo, señalando un vestido cuya parte delantera se extendía hasta los pies, mientras que un volante caía por los costados y hacia atrás y creaba un efecto de panel—. Una combinación de sencillez y satén floral hará que este vestido sea deslumbrante.

—¡Desde luego! —dije.

Tuve que pellizcarme mientras hojeaba los libros de moda y proponía los vestidos más hermosos que una pudiera imaginar sin pensar en lo que costaran.

—Este vestido de tarde en terciopelo te quedará precioso en aguamarina —comentó, y, con una sonrisa, añadió—: Creo que necesitas ya el vestido para visitas y cenas, así que haré los patrones esta tarde, y mis chicas se pondrán manos a la obra inmediatamente. Volveré dentro de dos días para tomarte medidas otra vez. Todo tiene que hacerse a la perfección, ¿de acuerdo? Tu hermana me dijo que debías tener lo mejor.

Madame Bertin recogió sus cosas y me guiñó un ojo.

—No aceptaría un encargo tan voluminoso o urgente de ninguna otra mujer de la Quinta Avenida por rica que fuera. Son todas unas falsas. Ni te imaginas la de veces que una mujer ha intentado devolver un vestido después de ponérselo y afirmar que no lo había hecho. Otras se niegan a pagar cuando una de mis chicas les entrega un

encargo, aduciendo que su marido o su mayordomo saldará la cuenta, pero nunca ocurre. Sus maridos son millonarios y quieren engañar a mis chicas, que ganan ocho dólares semanales, y a mí intentan escatimarme el coste de los materiales. Pero la señora Hopper siempre paga un depósito y salda la cuenta rápidamente.

Me complacía saber que Caroline era honesta en sus tratos económicos. Eso me hacía pensar que, al final de mi estancia en Nueva York, una vez que Isadora se hubiera casado, pagaría mis deudas.

La propia Caroline apareció en el umbral y *madame* Bertin le enseñó las fotografías de los vestidos que proponía y los materiales que pensaba utilizar.

—Muy bien —dijo mi hermana—. Ha elegido bien, como de costumbre, *madame* Bertin. ¿Puedo confiar en su discreción? Me gustaría que no desvelara que la ropa de mi hermana no está hecha en París.

—Por supuesto —respondió *madame* Bertin, que se dio unos golpecitos en la nariz—. ¡Es un secreto!

—Woodford tiene un sobre para usted. Pagaremos el resto cuando nos entreguen los vestidos.

Cuando se fue, Caroline se volvió hacia mí.

—¿Estás contenta con los vestidos?

—Sí, mucho. Gracias.

Caroline se alisó la manga.

—Lógicamente, las mejores ropas las hacen Worth o Doucet en París, pero los diseños de *madame* Bertin bastarán por ahora. Además, con la gente de Augusta es recomendable no llevar mejores ropas y joyas que nadie.

Tal como estaba previsto, Grace Hunter envió su carruaje a recogerme en la calle 64 Este el miércoles siguiente, por la tarde. La casa en la que vivía con Harland era una mansión al estilo de los palacios renacentistas italianos, con puertas de hierro dorado y bronce y un *porte-cochère* que parecía llegado directamente desde Roma.

Un mayordomo, también inglés como Woodford, me acompañó a un gran salón. No era menos espectacular que el de Caroline, con una elaborada balaustrada decorada con hojas, paneles con espejos y lámparas venecianas. El único mueble que desentonaba era un sarcófago antiguo en el que habían plantado palmeras y helechos. Me pareció irreverente utilizar un ataúd como elemento decorativo.

El mayordomo me hizo entrar en una biblioteca en la que se apreciaban más saqueos europeos, como un techo renacentista y unos paneles de marquetería decorados con imágenes religiosas.

Grace, que estaba afinando el arpa, levantó la cabeza cuando el mayordomo anunció mi llegada.

—¡Emma, has podido escaparte! —dijo riéndose.

Estaba hermosa con su vestido de tul de color crema con detalles amarillos.

—Hablemos un poco antes de empezar —dijo. Me indicó que me sentara en la butaca que tenía delante y señaló un libro que había en la mesita—. Mira qué he empezado a leer otra vez.

El libro se titulaba *Laelius de Amicitia*, de M. Tulio Cicerón.

—¿Está en latín? —pregunté impresionada.

Grace sonrió.

—La gente suele sorprenderse cuando se entera de que sé leer latín y griego. Es culpa de mi padre. Era un auténtico caballero que dedicó su vida a cultivar la mente y no entendía por qué las chicas no debían recibir una educación igual a la de los chicos.

Miré a Grace con renovado aprecio. Había estudiado los clásicos, y tampoco había dejado de lado su educación musical. *Grand-maman* siempre había admirado a la gente culta y me había inculcado la importancia de esas cualidades. Sin embargo, Grace estaba a años luz de cualquiera de mis logros.

—Eres una verdadera mujer del Renacimiento —le dije.

Grace cogió el libro y deslizó los dedos por la portada y el lomo como si estuviera acariciando un objeto preciado.

—Es un tratado sobre la amistad del hombre de Estado romano Marco Tulio Cicerón —explicó—. Él creía que la amistad era el vínculo más fuerte entre los seres humanos, que da esperanza y aviva el espíritu. Un verdadero amigo es honesto, sincero y afectuoso. No hay amistad cuando los lazos se forman por interés y, por tanto, la amistad no es posible cuando existe rivalidad en el amor, el dinero o la política.

Recordé a las mujeres bienintencionadas pero distraídas que habían asistido a mi recital de arpa. Si eran la única compañía de Grace, debía de sentirse aislada. Pensé en Harland. Aún no podía imaginármelos como marido y mujer. Ella era encantadora, sensible y educada, mientras que él parecía burlarse de todo el mundo.

Para mi sorpresa, en aquel momento apareció Harland.

—Aquí estás, cariño —le dijo a Grace, y llenó la sala con su presencia de fanfarrón y su voz atronadora—. Voy a salir. No me esperes despierta. Tengo mucho trabajo que hacer en la oficina.

—Lo entiendo, cariño —respondió ella—. Pero tenemos aquí a la señorita Lacasse. ¿No puedes parar a saludarla un momento?

—Dios mío —dijo Harland, que se dirigió hacia mí para cogerme de la mano—. No la he visto, señorita Lacasse. Es usted muy callada. Si mi mujer no lo hubiera mencionado, me habría sentado sin querer

encima de usted como hice con su malogrado gatito.

Harland se echó a reír y yo tragué saliva, esperando que fuera solo humor negro.

Harland les caía bien a Caroline y a Lucy, y estaba casado con la mujer más bella que había visto nunca. Pero cuando él estaba presente, me ponía igual de tensa que si estuviera caminando al borde de un precipicio y corriera el peligro constante de caer.

Le dio un beso a Grace y retrocedió para admirarla.

—Estás arrebatadora con ese vestido, cariño. Sabía que te quedaría bien. Pareces una bonita magnolia.

Grace se volvió hacia mí y sonrió recatadamente.

—Mi marido elige toda mi ropa. Siempre insiste en acompañarme a París cuando me compro el vestuario de temporada. La duquesa y tu hermana siempre intentan llevárselo «prestado». Sabe sacarle el máximo partido a una mujer.

Harland la cogió de la mano y se la quedó mirando, al parecer cautivado por su mujer. ¿Lo había juzgado equivocadamente?

—Bueno, tú también tienes tu mérito, Grace. —Se volvió hacia mí —. Mi mujer aparenta diez años menos porque le pone empeño. ¡El sector de la belleza neoyorquino se iría a pique si no fuera por Grace!

Si un hombre me hubiera dicho algo así, me habría sentido humillada. Pero Grace no parecía molesta y se rio con el comentario. A lo mejor era su manera de gastarse bromas.

—Será mejor que te vayas, cariño —dijo—. Tienes trabajo que hacer y Caroline solo le ha concedido un par de horas a la señorita Lacasse.

Harland la besó de nuevo y fue hacia la puerta. Antes de llegar, se detuvo y dio media vuelta.

—Me han dicho que ha sido invitada a una cena formal de Augusta van der Heyden, señorita Lacasse. ¡Pobrecita! Debo advertirle que son extremadamente tediosas. A Grace y a mí nos invitaban antes de casarnos, pero por suerte eso se acabó.

Después salió de la habitación e intenté recobrar la compostura buscando algo agradable en lo que concentrarme. Lo primero que me llamó la atención fue un tapiz flamenco colgado entre dos librerías. En él aparecían tres mujeres sobre el cuerpo de una cuarta.

Grace me vio mirándolo.

—Lo compré hace poco y Harland se puso furioso. Las tres mujeres representan a las parcas. Cloto hila la hebra de la vida; Láquesis la mide para decidir cuánto vivirá una persona; y Átropos corta el hilo para traer la muerte.

La imagen de las tres mujeres que atesoraban el poder de la vida y la muerte sobre una cuarta no me reconfortó.

—¿Por qué se puso furioso Harland? —pregunté.

—Porque es una reproducción. —Miró el tapiz largo rato como si hubiera descubierto algo nuevo en él—. Harland saquea viejos tesoros de Europa porque cree que Nueva York es la legítima capital del mundo. No hay nada que le guste más que arrebatarle un objeto a una viuda llorosa.

Conque Grace conocía las actividades de Harland. ¿Cómo podía soportar estar casada con él? Por lo poco que había visto de ella, parecía una persona ética.

Debí de parecer perpleja, porque suspiró.

—Habrás notado que a mi marido le gusta engañar a la gente e intenta conseguirlo todo gratis. Para él se ha convertido en un juego. No necesita el dinero. Es como un niño grande. La mayoría de la gente es avariciosa y egoísta en algún sentido. A Harland simplemente no le da miedo demostrarlo. En muchos aspectos es un visionario que está decidido a que esta ciudad deje de ser un asentamiento de casas aburridas para convertirse en una metrópolis magnífica. Pero me aterra que algún día engañe a la persona equivocada y lo mate.

Noté una tensión extraña en el pecho. Habría entendido que el amor impidiera a Grace ver los defectos de Harland, pero no solo parecía conocerlos bien, sino que los aceptaba. Su admiración por esa visión sobre Nueva York no podía ser suficiente para justificar su manera de conseguirla.

—¿Por qué dejó de invitaros Augusta van der Heyden a sus cenas formales cuando os casasteis? —pregunté.

—Ese es un ejemplo de amistad destruida por la rivalidad —dijo, mirando el libro—. Un arquitecto no es la clase de persona que la vieja élite de Nueva York suela invitar a la mesa, sobre todo un arquitecto joven que aún no se ha consolidado. Pero Harland pertenece a una familia acomodada que perdió su fortuna, así que tenía las credenciales del viejo dinero, aunque no la riqueza. Además, poseía un encanto irresistible. Augusta ejerció de mentora suya y lo presentó a las mejores familias de Nueva York, le compró toda su ropa y joyas, e incluso lo instaló en un lujoso apartamento del hotel Quinta Avenida. Pero Harland siempre ha ido a lo suyo. Ahora, tu hermana es su abanderada. Lo eligió para que diseñara su casa de Nueva York, lo cual ha dejado descolocada a la vieja guardia.

Recordé que Isadora me había dicho que Caroline y Augusta competían entre ellas. Eso hacía plausible lo que me estaba contando Grace, pero sospechaba que en aquella historia había algo más de lo que desvelaba.

Antes de que pudiera preguntar, se volvió hacia el arpa.

—Empecemos la clase, ¿de acuerdo?

Grace tocó una sonata de Mozart. Era algo más que una alumna dotada: tenía unas muñecas flexibles y unos dedos ligeros, y abordaba

los marcados cambios de tesitura de la pieza, de apasionados a divertidos, con una destreza natural. Si practicaba con regularidad, estaba convencida de que alcanzaría el nivel de una arpista de concierto.

Cuando terminó, le hice algunas sugerencias para mejorar su técnica y el toque necesario para que ciertas cuerdas emitieran los sonidos más elegantes. Lo captó todo enseguida, y tenía disciplina para trabajar una frase hasta que sonara perfecta.

Perdí la noción del tiempo hasta que el reloj del gran salón marcó las cinco.

—Dios mío —dije—, se me ha pasado el tiempo volando. Tendré que volver pronto para darle a Isadora su clase de música.

—No te vayas aún —respondió Grace—. Quiero enseñarte una cosa.

Me llevó hasta unas puertas trampantojo que representaban un jardín italiano y entramos en un salón con un techo con molduras y sillas provinciales francesas. Encima de la chimenea de mármol tallado había un retrato de Grace más joven. Estaba tumbada en un sofá y llevaba un vestido de satén blanco con una rosa en el escote. Las pinceladas llamativas y fluidas habían captado la expresión de una joven enamorada. Le brillaban los ojos y su sonrisa era tierna.

—Mi primer marido se lo encargó a Giovanni Boldini —dijo—. Cuando lo veo ahora, me cuesta creer que esa joven fuera yo.

—¿Tu primer marido? —pregunté.

Nunca me habría imaginado que Grace ya había estado casada.

—A veces, el destino se nos echa encima tan sigilosamente que no lo vemos venir —respondió, bajando la mirada—. Pensaba que Clarence y yo estaríamos juntos para siempre, pero murió de septicemia dos años después de casarnos. Los meses posteriores a su muerte fueron lo peor que podía imaginar: tristeza y episodios depresivos. Mi madre me decía que la tristeza era falta de autocontrol, que no debía pensar en ello y que hacerlo era una deficiencia que tenía que resolver. Entonces conocí a Harland, y la felicidad y las risas parecieron volver a mi vida.

¿Que parecieron volver a su vida? ¿Acaso no era así?

El mayordomo apareció para informarnos de que el carruaje estaba listo para llevarme de vuelta a la Quinta Avenida.

—Muy bien, Aston —le dijo Grace—. Iremos en breve. —Me cogió de la mano cuando el mayordomo se fue—. Cuando te conocí en la merienda la semana pasada, supe que eras diferente, Emma. Me has inspirado para que reexamine mi vida. Pero ten cuidado. Esta ciudad puede dártelo todo y arrebatártelo al momento. Cuanto más te relaciones con la gente popular, más alienada se sentirá tu alma.

Entonces llegó una sirvienta con mi abrigo y me ayudó a

ponérmelo. Cuando se fue, Grace dijo:

—Intentó matar a Harland, ¿lo sabías?

—¿Quién?

—Augusta van der Heyden. —Entrelazó su brazo con el mío y me acompañó a la salida—. Estaba locamente enamorada de él. Su marido ha muerto, pero en aquella época era descuidado. Le daba todos los lujos materiales que una persona pudiera desear, pero no amor o compañía. Prefería pasar el tiempo navegando por el mundo con su yate e invitando a mujeres de dudosa reputación. Harland empezó a acompañar a Augusta a todas partes y la hacía sentirse como una reina.

Grace me miró directamente.

—Nadie entiende mejor que mi marido lo que desean las mujeres. ¡Todo el mundo es feliz y está encantado! Hasta que se acaba el juego y se va con otra. Augusta no podía creerse que fuera a traicionarla. —Su voz se tiñó de amargura—. Fue a la oficina de Harland con una pistola que había cogido de la sala de armas de su marido. Por suerte para Harland, tenía una puntería terrible. Disparó varias veces a pocos metros de distancia, pero solo le hizo un rasguño en el brazo.

El mayordomo estaba esperando para abrirme la puerta.

—¿Cómo evitó el escándalo? —susurré—. ¿Llamaron a la policía?

Grace esbozó una sonrisa.

—Emma, en Nueva York, cuando tienes dinero siempre puedes evitar un escándalo. Harland no llamó a la policía. Metió a Augusta en un carruaje y le dijo que no volviera a cometer una estupidez así nunca más. Mi marido puede ser bastante caballeroso cuando quiere.

Me cogió de la mano y me dio un beso de despedida en la mejilla. Yo le di las gracias por todo y acordamos dar otra clase en breve.

Pero cuando me monté en el carruaje noté una sensación desagradable en la columna, como si me hubiera tocado un dedo frío. Por más que fingiera, Grace no era feliz en su matrimonio. ¿Cómo iba a serlo? Harland no tenía escrúpulos.

14

*L*ucy y yo debíamos ir a la cena de Augusta en el gran carruaje que utilizaba la familia Hopper para ocasiones importantes. Tiraban de él cuatro caballos magníficos, dos blancos y dos negros.

Caroline salió a despedirnos.

—Ahora pareces una de las nuestras —me dijo.

El vestido de raso azul y beis claro que me había hecho *madame* Bertin era glorioso, con su cuello escotado y su falda de volantes, y Caroline añadió de su propio armario una capa de terciopelo color crema con cascadas de encaje en la parte delantera. Parte de mí se sentía halagada por los elogios envenenados que me dedicaba mi hermana, pero otra parte era consciente de que estaban enviándome a territorio enemigo. Era como *madame* d'Oettlinger espiando para Napoleón.

El criado abrió la puerta del carruaje y nos ayudó a subir en aquella noche gélida. Mis días desplazándome en ómnibus a Montmartre y comprando ropa de oferta en Le Bon Marché parecían muy lejanos. Pensé en Claude y me preguntaba qué opinaría de toda aquella opulencia. Incluso a mí me costaba creerlo.

La casa de Augusta era de estilo renacentista holandés, con elegantes torretas, chimeneas y gabletes con tejas rojas. A diferencia de la imponente casa de mi hermana, aquella era evocadora y mucho menos ostentosa.

Desde la puerta principal se extendía una alfombra de terciopelo rojo y bajaba las escaleras hasta la acera, donde dos criados con uniforme verde oliva, pelucas empolvadas y maquillaje blanco esperaban para abrir las puertas de los carruajes de los invitados.

Otro sirviente situado en lo alto de la escalera nos hizo una reverencia y abrió la puerta a un gran salón con una escalera curvada y retratos en las paredes.

Una criada nos cogió los abrigos, pero no los guantes, que Lucy advirtió que debíamos llevar hasta que nos sentáramos a cenar.

—Póntelos en el regazo debajo de la servilleta —me explicó durante uno de los numerosos ensayos a los que me sometieron ella y Caroline—. A mí me gusta hacer un pliegue en la servilleta y meterlos dentro para que no se caigan. No hay nada más impropio de una dama que buscar los guantes debajo de la mesa cuando llega el momento de trasladarse a la sala de estar.

Caroline estaba tan obsesionada con mi asistencia a la cena de Augusta que no me atreví a mencionar que llevaba años enseñando ese truco a mis alumnas de clase de etiqueta.

Más adelante nos esperaba un grupo que esperaba a que lo condujeran a la sala de recepción y a que el mayordomo lo anunciara. Entregaron un sobre a todos los caballeros y les indicaron que consultaran un esquema de la ubicación de cada invitado que había en una mesa auxiliar.

Lucy miró de soslayo el esquema al pasar junto a él.

—Esto no está tan bien —me susurró—. Nos han sentado separadas. Ten cuidado con lo que dices, Emma. Podría ser una estratagema.

La magia de la noche se disipó en un instante y recordé por qué estábamos allí.

El mayordomo nos acompañó a la sala de recepción. Lucy iba unos pasos por delante de mí debido a su rango.

—Su excelencia la duquesa de Dorset y su acompañante, *mademoiselle* Lacasse —anunció.

El elegante grupo se volvió hacia nosotros y nos miró con curiosidad. Lucy era motivo de envidias por su título aristocrático, y muchos de los invitados debían de saber por *Town Topics* que yo era la misteriosa hermana de Caroline Hopper.

Sin embargo, hubo una mirada más penetrante que las demás, y supe a quién pertenecía. Agusta van der Heyden no era alta, pero en persona resultaba imponente. Era una mujer de unos sesenta años exquisitamente ataviada con un vestido de seda negra con cuentas y lentejuelas. Llevaba una tiara con diamantes, pero su pelo negro azabache resultaba apagado y sin vida. Sin duda, era una peluca.

—Buenas noches, duquesa —dijo, cogiendo la mano a Lucy por la punta de los dedos—. Me alegro mucho de que haya venido —añadió con frialdad.

Qué diferente era de mi hermana. Caroline era vivaz e impetuosa, mientras que Augusta parecía digna pero rígida. Cuando se volvió hacia mí, intenté leerle el pensamiento, pero su rostro irradiaba una serenidad absoluta.

—Buenas noches, *mademoiselle* Lacasse —dijo, cogiéndome de las manos como había hecho con Lucy—. Me alegro de que haya venido.

Cuando me soltó, percibí en sus ojos un brillo tan rápido y

mortífero como la picadura de un escorpión.

Caroline me había advertido que los motivos de la invitación de Augusta eran sospechosos, y aquella mujer podría haberme aterrado si no hubiera oído la historia de Grace sobre su estúpido encaprichamiento con Harland. Aquella locura la hacía humana.

Augusta miró al hombre que tenía a su lado. Era alto, con porte militar, un hoyuelo en la barbilla y unos ojos leonados. Tenía una espesa cabellera castaña y las canas le daban un aspecto distinguido. Me preguntaba si era el actual amante joven de Augusta, otro Harland.

—Permítame presentarle a mi sobrino, Douglas Hardenbergh —dijo.

Douglas nos cogió de las manos y nos hizo una reverencia a ambas, aunque al preguntar por la salud del duque de Dorset quedó claro que conocía a Lucy de antes.

Señalando a una pareja de ancianos ubicada junto a la chimenea, me dijo en francés:

—Permítame que le presente al señor y la señora Williamson, *mademoiselle* Lacasse. Esta noche se sentarán a su mesa.

Hablaba con tanta perfección y elegancia que era una lástima tener que decirle que mi inglés era fluido, pero el decoro así lo exigía. Se sentiría abochornado si se enteraba por otro.

—Sería muy amable por su parte —le dije.

—Ah —respondió con una sonrisa—, mis esfuerzos por impresionarla han errado el blanco. No importa. Tal vez en otro momento me permitirá practicar mis habilidades lingüísticas. Considero que el francés es la lengua más hermosa del mundo.

Pasamos entre los invitados para conocer a la pareja de ancianos, pero, antes de llegar hasta ellos, una mujer pálida como un cadáver que llevaba un anillo de esmeraldas con forma de serpiente interceptó a Lucy. Al sonreír mostró unos dientes amarillentos.

—¿Cuándo nos honrará el duque con su presencia? —preguntó.

Lucy ladeó la cabeza.

—Me temo que a mi marido no le gusta viajar por mar y es difícil sacarlo de su querida Rosebery Hall.

Parecía una respuesta ensayada, e intuí que no era la primera vez que lo decía. Yo también me había preguntado alguna vez por qué su marido no estaba con ella en Nueva York.

—Claro —dijo la mujer, que entrecerró los ojos como si no se creyera ni una palabra—. Tengo entendido que los ingleses están muy apegados a sus fincas.

Cuando resultó obvio que pretendía seguir con la conversación, Douglas me llevó con los Williamson. El señor Williamson era un hombre rechoncho con un bigote que le sobresalía por los lados. Su mujer tenía una cara rubicunda, era corta de vista y utilizó unos

impertinentes para mirarme de arriba abajo.

—Conque usted es la joven de la que todo el mundo habla —dijo con cierta arrogancia—, la que toca el arpa y escribe historias. Sin duda, Douglas querrá hablarle de sus aspiraciones literarias.

Me lo quedé mirando.

—Me gusta bastante escribir poesía —confesó—, pero suelo guardármela para mí. Siempre me impresiona conocer a un autor publicado.

La señora Williamson se me acercó como si estuviera haciéndome una confidencia.

—Está muy bien que la gente pase las horas escribiendo, pero cuando te cases no habrá tiempo para eso, cariño. Ya lo verás.

Todo el mundo parecía creer que la vida artística de una mujer se acababa con el matrimonio. Cuando hacía sus votos, pasaba a ser considerada una sirvienta de su marido. Claude también estaba convencido de que el matrimonio empeoraría nuestra relación, aunque siguiésemos siendo las mismas personas.

El mayordomo anunció que la cena estaba servida, y Douglas se excusó para acompañar a los invitados al comedor. Mi acompañante se acercó a mí y me ofreció el brazo. Despedía un olor almizcleño y tenía la frente abultada y la nariz afilada.

—Me llamo Frank Beaker —dijo, envolviéndome en su aliento a tabaco rancio—, y me temo que esta noche ocuparemos la mesa menos importante. Aun así, es mejor sentarse a la mesa más baja en una cena de Augusta que estar en la mesa de honor de cualquier otra casa de Nueva York.

Tal como me había advertido Harland, me temía una noche soporífera en compañía de un hombre tan obsequioso. Pero mi preocupación se vio reemplazada por la alegría cuando entramos en el comedor. Las paredes estaban cubiertas de cuadros de viejos maestros con marcos dorados dispuestos como si fueran un puzle al estilo de los museos. Había originales de Jules Lefebvre y Édouard Detaille. ¡Cuánto le habría gustado verlos a Claude! Me habría encantado llevar encima el diario para poder documentar todos los detalles, pero imaginé lo horrorizada que se habría sentido Caroline si lo hubiera hecho. Me recordé a mí misma que estaba allí por Isadora.

En la sala había una mesa central con veinte personas y cuatro mesas esquineras con ocho comensales cada una. Las mesas estaban engalanadas con manteles de damasco, todos ellos decorados con un candelabro rodeado de una corona de rosas. Los platos llevaban impresas las iniciales BVdH.

El señor Beaker me llevó a la mesa situada al fondo y pronto se unieron el señor y la señora Williamson, y otras dos parejas. El señor Williamson me dijo que eran el señor y la señora Warburg, y su hija y

su yerno, el señor y la señora Chaser. En nuestra mesa nos atendían tres sirvientes; en la central había ocho.

Permanecimos todos de pie hasta que Augusta entró finalmente con un anciano del brazo. ¿Quién era? ¿Un héroe de guerra? ¿Un antiguo diplomático? Sus pasos eran lentos e inestables, y tardaron un poco en llegar a la mesa central, pero nadie se movió. Tuve la sensación de que estaba participando en una elaborada actuación que se había repetido una y otra vez a lo largo de los años. Incluso la colocación de la impoluta cubertería y los cinco vasos de cristal de varias formas y tamaños daban una sensación de ceremonia.

Cuando Augusta y su invitado de honor ocuparon sus puestos, Douglas anunció que la cena había comenzado y los invitados se sentaron al unísono. En cuanto nos acomodamos en las sillas y dejamos las servilletas y los guantes en el regazo, nos trajeron una procesión de comida y bebida: sopa de tortuga verde acompañada de amontillado y seguida de salmón con patatas y pechugas de pollo con champán Veuve Clicquot.

—Qué lástima que Augusta tuviera que irse de su bonita casa en Lafayette Place —comentó la señora Williamson—. Recuerdo esa casa de cuando era pequeña. Pero estaban construyendo más viviendas, y si no quería acabar rodeada de almacenes y galerías comerciales, tenía que trasladarse.

La señora Chaser negó con la cabeza.

—En todo caso, ahora está mucho más de moda vivir en la parte alta de la ciudad…

Su madre la interrumpió.

—Es espléndido que Augusta trajera consigo sus viejos cuadros y muebles. No puedo imaginar lo horrorosa que sería esta sala si hubiera contratado a uno de esos arquitectos modernos para que diseñara el interior, como hacen todos esos *parvenus* últimamente.

¿Sabía que era la hermana de Caroline Hopper? A lo mejor su comentario era una pulla deliberada. Que utilizara el término *parvenu* me irritó. A Caroline y a mí nos había criado una abuela refinada, e Isadora era la elegancia personificada. Pero, a medida que avanzaba la conversación, me di cuenta de que la vieja élite envidiaba más a los nuevos ricos de lo que decía.

—Pero la mansión de los Rhinelander en Madison Avenue es preciosa —exclamó la señora Chaser—. Me han dicho que en el salón de baile hay cien lámparas eléctricas y que puede albergar a mil personas. Me gustaría ver el interior. Además, el estilo renacentista francés casa muy bien con esta ciudad. Es mucho más bonito que la triste arenisca.

Por las miradas incómodas que percibí en la mesa, parecía que la señora Chaser había blasfemado.

—Yo no creo que la extraña heredera se haya mudado siquiera a la casa —dijo el señor Williamson—. Según me contó mi agente inmobiliario, el salón de baile que tanto desea ver, señora Chaser, está ocupado por baúles con preciados muebles europeos que nunca han sido desembalados.

—En efecto —terció el señor Beaker—. Sé que Gertrude Rhinelander ha decidido vivir con su hermana en una casa de arenisca situada enfrente, lo cual demuestra que algo grandilocuente no constituye necesariamente una casa en la que pueda vivir una persona.

—¿Usted qué opina, *mademoiselle* Lacasse? —preguntó la señora Williamson señalándome con los impertinentes—. Los europeos entienden de gusto. No confunden fiestas frívolas y mansiones ostentosas con tener clase, como hacen esos arribistas. He oído que la señora Fishburn celebró una cena en la que todo el mundo tenía que hablar como si fuera un bebé. En otra ocasión, organizó una fiesta de cumpleaños para su caniche en la que el invitado de honor llevaba un collar de diamantes que costaba miles de dólares.

La señora Warburg soltó una carcajada como de guacamayo.

—No debemos juzgar, cariño. Esos mineros, comerciantes de pieles y aparceros que se han hecho ricos no tienen la educación necesaria.

Ahora estaba segura de que aquellos comentarios hipócritas iban dirigidos a la familia Hopper. En cuanto al hecho de que los europeos fuesen superiores en cultura y gusto, solo hacía falta mirar a la familia real francesa para ver una muestra de extravagancia y vulgaridad. Pero recordé que Caroline y Lucy me advirtieron que no cayera en una trampa.

Les dediqué mi sonrisa más encantadora y dije:

—Me temo que mi criterio no es muy válido. Creo que mi abuela solía decirme: «Cuando estamos agradecidos por lo que tenemos, no envidiamos a los demás y nos sentimos satisfechos con nuestra vida».

Mi respuesta pareció contentarlos, como si la sencilla sabiduría de *grand-maman* fuera incomprensible para ellos.

Me alivió que no pudieran hacer más comentarios sobre el tema cuando llegaron los sirvientes con el siguiente plato: carne asada acompañada de guisantes y boniatos, además de cuatro variedades de champán. La conversación derivó hacia las carreras de caballos y la caza, dos temas que me repugnaban, aunque me cuidé de demostrarlo. Aproveché la oportunidad para recobrar la compostura.

Después de la carne llegó una ración de tortuga acuática con Château Lafite Bordeaux. Y aún llegaron más platos. Tras la codorniz sirvieron ensalada de remolacha y patata y una selección de quesos. Justo cuando pensaba que no podía haber más comida en la cocina, nos pusieron delante helados y fruta.

La señora Chaser se inclinó hacia mí y me tocó el brazo.

—Parece que ha despertado usted el interés de cierto hombre —susurró—. Lo he visto mirándola toda la noche.

Miré hacia la mesa central, donde, en efecto, Hardenbergh estaba observándome. No se sintió avergonzado y me sonrió amigablemente sin darse la vuelta hasta que el hombre que tenía sentado delante le habló.

—Es un buen espécimen —dijo la señora Chaser con un suspiro—. Tiene mimados a sus dos hijos.

—Entonces, ¿está casado? —pregunté.

La señora Chaser frunció los labios y negó con la cabeza.

—Qué gran tragedia ha sufrido ese pobre hombre. Su mujer murió solo un año después del nacimiento de su hijo pequeño. Al parecer, tenía tumores por todas partes. Dicen que, al final, la enfermedad la devoró. Augusta no cree que Douglas vaya a reponerse nunca, aunque es demasiado caballeroso para demostrarlo en público.

Me dolía que cualquier ser humano tuviera que ver a un ser querido sufriendo, pero quedarte viudo con dos niños pequeños era especialmente trágico.

El café, los dulces y el coñac señalaron el final de la cena. Cuando los invitados parecían estar llenos, Augusta asintió a la dama situada más cerca de ella y se levantaron al unísono. Todo el mundo siguió su ejemplo, y el señor Beaker volvió a cogerme del brazo. Desfilando de dos en dos, seguimos a Douglas y a Lucy en dirección a la sala de estar.

Los hombres dejaron a las mujeres para volver al comedor a fumar y beber más coñac, y ellas formaron pequeños grupos. La señora Chaser me invitó a sentarme con ella y otras tres mujeres. Lucy, la invitada de honor, debía quedarse con el grupo de Augusta y pronto entabló conversación con una viuda que llevaba tantos diamantes que parecía una lámpara de araña.

Sirvieron cafés y licores con aroma a rosas. Me pareció curioso que, si bien Augusta me había invitado a la cena, no me dirigió la palabra, excepto en su saludo inicial. Sin embargo, me miraba constantemente, como si estuviera evaluando mis gestos y comportamiento.

Al cabo de un cuarto de hora, se levantó y vino hacia mí. Bajo las luces eléctricas del salón, parecía tener la piel moteada y cubierta por una capa de maquillaje de color lavanda. Cuando se movía, dejaba el rastro agridulce de su fragancia de bergamota.

—Me alegro mucho de que haya podido venir esta noche, *mademoiselle* Lacasse —dijo con una sonrisa forzada—. Es infrecuente conocer a una verdadera artista. —Capté el tono de burla en su voz—. Sería un placer que llevara a cabo una lectura de una de sus historias

para las damas antes de que regresen los caballeros. Tengo un ejemplar de la revista francesa en la que se publicó. Enviaré a un sirviente a buscarlo.

Ni Caroline ni Lucy me habían avisado de que podía producirse aquella situación. Yo no era artista ni pretendía serlo. Simplemente era una persona que escribía relatos entretenidos que se consideraban de suficiente calidad para ser publicados en revistas literarias. Me ardían las mejillas, pero si no respondía con rapidez, quedaría como una tonta. Llegué a la conclusión de que lo mejor era negarme diplomáticamente.

—Me siento halagada, señora Van der Heyden, pero no insultaría a sus invitadas realizando una lectura sin prepararme antes. Tendría que traducir las historias para las damas que no hablan francés fluidamente. Pero será un placer leer para ustedes en otra ocasión, después de prepararme un poco.

Los ojos de Augusta ardían con férrea determinación y alzó la voz teatralmente.

—Entiendo su perfeccionismo, *mademoiselle* Lacasse, pero es una decepción. Estoy encantada con esa historia en particular y esperaba que nos la leyera esta noche.

Vi la mirada de horror de Lucy al darse cuenta de lo que estaba pasando, pero estaba demasiado lejos para venir a socorrerme. Me iba el cerebro a mil. ¿De qué historia hablaba Augusta? Me habían publicado docenas a lo largo de los años. Me había cogido desprevenida y caí directa en su trampa.

—¿De qué historia se trata, señora Van der Heyden?

No dejó de mirarme en ningún momento.

—La de las dos reinas: la legítima, nacida para ese puesto, y la ilegítima, que desea usurparlo. La cosa no acaba muy bien para esa segunda reina, ¿verdad? Es una historia deliciosamente imaginativa, *mademoiselle* Lacasse, pero plantea un argumento importante: o es tu lugar, o no lo es.

Las señoras Williamson y Warburg soltaron una risita nerviosa, pero la señora Chaser se mordió el labio abochornada por mí. Otras mujeres se miraron con incomodidad. Al parecer, no todas las allí presentes se hallaban bajo el hechizo de Augusta, pero no se atrevían a plantarle cara. ¿Qué habría querido Caroline que hiciera?

De repente tenía siete años y estaba estudiando en el convento de París. Una niña mayor era una matona y una vez me vertió el contenido de un jarrón en la cabeza y me cayó tierra por el pelo y la cara.

—Ahora eres de un color normal —dijo—. Tu palidez me estaba dejando ciega.

Cuando llegué a casa llorando por lo ocurrido, *grand-maman* me

dijo que nunca me rebajara a la conducta de los demás y que anduviera siempre con la cabeza alta. Caroline, en cambio, me regañó por ser débil.

—Ojo por ojo, diente por diente —dijo—. Así funciona el mundo, Emma.

—Entonces, ¿no leyó la segunda parte de la historia, señora Van der Heyden? —pregunté, mirándola a los ojos—. Se publicó en el siguiente numero de *La plume*. La segunda reina crea un reino alternativo propio, un reino próspero y exento de opresión.

Augusta frunció los labios.

La tensión en la sala era tan densa como el licor que estábamos tomando. Ofender a la anfitriona era impensable, pero ofender a una invitada también. Todas contuvieron la respiración a la espera de lo que pudiera suceder.

En aquel momento entraron los hombres, riéndose y acompañados de una atractiva mujer con el cabello oscuro y un vestido bordado de color verde esmeralda y un chal sobre los hombros. La reconocí de inmediato: era Arlette Boulay, la famosa soprano francesa. Si ella era el entretenimiento de la velada, sus honorarios debían de costar una fortuna.

Augusta dejó de prestarme atención y se apresuró a saludar a la diva.

Los hombres tomaron asiento y Douglas se situó a mi lado. Después miró a su alrededor y susurró:

—Las damas no parecen haber disfrutado tanto como nosotros. ¿Mi tía ha montado una escenita?

—¿Lo tiene por costumbre? —pregunté más abruptamente de lo que pretendía.

—Ah, ¿entonces se ha puesto impertinente con usted? No se lo tome a pecho, *mademoiselle* Lacasse. Lo hace con todos los recién llegados antes de aceptarlos. Considérelo un rito de iniciación. Era absolutamente hostil con mi difunta esposa, Nancy, cuando nos comprometimos. Pero Nancy podía ganarse a cualquiera. Su sonrisa deslumbrante y su carácter animado eran demasiado difíciles de resistir.

Mi discusión con Augusta había sido algo más que un «rito de iniciación», pero no quería incomodar a Douglas. Aunque hablaba con afecto de su difunta mujer, noté el dolor en su voz. Había pasado por algo terrible, y seguir hablando del trato que me había dispensado su tía me parecía trivial.

—He visto actuar a *madame* Boulay en París varias veces —le dije —. Es excelente.

—Entonces debería ir a la ópera el lunes por la noche. Interpretará el papel protagonista en *Roméo et Juliette*.

Me tranquilicé cuando *madame* Boulay empezó a cantar la aria de Violetta de *La traviata*. Su técnica perfecta y la pureza de su tono eran cautivadoras, y la riqueza de su voz atenuó mis inquietudes. A pesar de la bonita música, me alegré de que la velada tocara a su fin y el invitado de honor se levantara. Yo solo quería irme a casa a dormir.

Cuando nos reunimos en el gran salón para recoger los abrigos, Lucy me susurró:

—No has permitido que Augusta van der Heyden te sacara de tus casillas. Eres una caja de sorpresas, Emma. Estoy segura de que esa pequeña controversia será la comidilla en la ciudad.

Me obligué a mirar a Augusta a los ojos cuando fuimos a despedirnos de ella y de Douglas en la puerta principal.

—Buenas noches, *mademoiselle* Lacasse —dijo con expresión tensa —. Confío en que habrá disfrutado.

Douglas se la quedó mirando y me dijo:

—He visto que estaba admirando la colección de arte de mi tía durante la cena, *mademoiselle* Lacasse. Yo también tengo una buena colección de viejos maestros. La empezó mi abuelo y yo la he continuado humildemente. Si usted y la duquesa desean verla, será un placer recibir su visita.

Augusta lo miró con expresión pétrea, sin duda furiosa por que su sobrino estuviera extendiéndome una invitación. ¿Podría haber ido peor mi primer encuentro con ella?

Lucy respondió por mí.

—Sería todo un honor ver su colección. Me consta que la hermana y la sobrina de *mademoiselle* Lacasse también son grandes amantes del arte. Espero que ellas también sean bienvenidas.

—Por supuesto —respondió.

No me atreví a mirar de nuevo a Augusta y salí detrás de Lucy hacia nuestro carruaje. Solo podía imaginar las dagas que estaba lanzándome la gran dama de la alta sociedad neoyorquina.

Eran las tres de la madrugada cuando llegamos, pero Caroline estaba esperándonos en la biblioteca. Ordenó a una sirvienta que nos llevara té y nos animó a contarle lo sucedido.

—Augusta puso a Emma en aprietos —dijo Lucy, que expuso la situación—. Emma no lo resolvió como lo habría hecho yo, pero hizo todo lo que pudo.

—¿Cómo se atreve Augusta a ponerse grosera con Emma? —gritó Caroline—. ¡Mi hermana hizo lo correcto! —Torció la boca en un gesto a medio camino entre el disgusto y la sonrisa—. Entonces, ¿Augusta no conocía la segunda parte de tu relato? —me preguntó—. ¿En la que la reina rival creaba una sociedad alternativa?

—No existe ninguna segunda parte —respondí.

Ambas se quedaron calladas. Por un momento, Caroline y Lucy parecieron uno de los cuadros que había visto en el comedor de Augusta, un retrato de Samuel van Hoogstraten de dos mujeres descubiertas en mitad de una conspiración. Sus expresiones eran de interés y asombro a partes iguales.

Caroline fue la primera en recuperarse.

—¡Dios mío, ha sido una noche de sorpresas! —dijo llena de admiración—. Emma, eres un poco malvada. ¿Te lo inventaste? —Asentí—. Pues ¡ahora tendrás que escribir esa parte de la historia! Imagina la cara de Augusta cuando la lea en *New York City Magazine*.

Sonreí para contentarla, pero no tenía intención de utilizar mis escritos para librar una batalla entre los viejos Knickerbocker de Nueva York y los nuevos ricos. No podía imaginar un tema menos atractivo.

Caroline parecía estar tramando algo. Al principio, su expresión furiosa y deforme me dio miedo. Pero entonces desapareció y fue reemplazada por una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Por qué no una sociedad alternativa? —dijo con un nuevo atisbo de excitación en la voz—. He tolerado los desaires de Augusta durante años. Ningún miembro de la familia Van der Heyden me ha enviado nunca una invitación, aunque han aceptado gradualmente a los Clement-Maden y a los Harper. No me he vengado por Isadora, pero ahora obligaré a esa gente a venir a mí. Haré algo tan deliciosamente distinto que no podrán resistirse.

—¿Qué demonios estás planeando? —preguntó Lucy intrigada por el tono travieso de Caroline.

Mi hermana estaba toqueteándose los anillos que llevaba puestos.

—Las dos habéis dicho que los invitados de Augusta sentían mucha curiosidad por esta casa.

—Sí —dijo Lucy ladeando la cabeza—. La señora de Graaf no dejaba de pedirme detalles. Se mueren por saber cómo la ha decorado Harland.

—Pues claro —respondió Caroline con un brillo en los ojos—. Todas viven en casas que son exactamente iguales a las de sus vecinos. ¡Si entraran sin querer en la casa contigua, es probable que ni se dieran cuenta! ¿Cuánto tiempo puede seguir haciendo la gente las mismas cosas repetitivas? Asistir a las mismas fiestas, repetir los mismos tópicos deprimentes. Cada jueves por la noche, casa de Augusta Van der Heyden para una recepción, una velada musical, una partida de *bridge*. Cada tercer jueves de mes, una cena formal. Cada día de su vida se espera que cumplan las normas de Augusta van der Heyden si quieren seguir siendo miembros de la élite. Si pintan la puerta de casa de un color inusual o añaden un trenzado diferente a su

ropa, pueden verse condenados al ostracismo.

En el carruaje estaba cansada, pero ahora me encontraba totalmente despierta. Qué existencia tan monótona estaba describiendo Caroline. Pero ¿no me había dicho que esperaba encontrarle marido a Isadora entre la vieja élite? En aquel momento pensé que la compañía de gente que valorara la educación y la cultura más que el dinero sería un buen entorno para Isadora. Ahora ya no estaba tan segura. Mi sobrina tenía demasiada vitalidad como para acabar atrapada en una vida poco inspiradora. ¿Sería lo bastante fuerte para plantar cara si no le gustaba el pretendiente que eligiera su madre?

—Organizaré un baile que nunca olvidarán —prosiguió Caroline—. Invitaré a la vieja élite de Nueva York y vendrán todos.

—O puede que no —dijo Lucy, que bebió un sorbo de té—. Despreciaron a Addie Fishburn.

Caroline negó con la cabeza.

—Esto no será una fiesta infantil de mal gusto, Lucy. Este será el baile más elegante, lujoso y espectacular que haya presenciado esta ciudad. ¡Y me gastaré medio millón de dólares en organizarlo!

—Caroline, eso es absurdo. —Lucy se puso erguida y le cayó té en el platillo cuando dejó la taza—. ¡Nadie se gasta tanto dinero en un baile! Además, sería vulgar que fueras contándole a la gente lo que pretendes gastarte.

—Es cierto. Pero, a diferencia de la vieja élite, que lo hace todo en secreto, nosotros iremos desvelando los detalles a la prensa poco a poco. Ellos se encargarán de contárselo a todo el mundo.

Lucy me miró como si quisiera confirmar que estábamos pensando lo mismo.

—Isadora todavía no ha celebrado su puesta de largo. Eso podría ser un problema.

—Lo convertiré en su baile de debutante. Todo el mundo está cansado de los viejos *bals blancs*. Si no me aceptan a mí como la reina de Nueva York, tendrán que aceptar a Isadora. Es la heredera más rica de todas. El tema será el palacio de Versalles. Todo el mundo tendrá que venir disfrazado de aristócrata, noble y contemporáneo famoso de la corte francesa.

Lucy se retorció la manga pensativamente y luego dibujó una amplia sonrisa.

—Parece una idea espléndida. Distinto, pero aun así elegante, sobre todo si Harland se encarga de la decoración y *madame* Bertin nos diseña los disfraces. ¿Qué fecha tienes pensada?

Caroline alzó la vista hacia el techo y miró fijamente el mural de la batalla de Lepanto. Sus labios esbozaron una sonrisa despiadada.

—El tercer jueves de enero. Haré que la vieja élite elija entre

Augusta y yo.

Lucy se puso pálida.

—¿Estás segura, Caroline? Es terriblemente arriesgado. El tema es muy atrevido, pero elegir esa fecha supone ponerlo todo en peligro.

—¡Exacto!

Me notaba el pulso en los oídos. Mi hermana estaba a punto de lanzar el guante. Y, quisiera o no, yo era miembro de una familia en guerra.

15

A principios de noviembre inauguraron el zoológico de Nueva York, e Isadora me invitó a ir con ella y su amiga Rebecca.

—La colección de animales de Central Park es deprimente —dijo Isadora—. Esos pobres animales han sido abandonados por carnavales, circos o propietarios privados. Al menos dicen que el nuevo zoo ha ubicado a los animales por grupos e intentado emular sus hábitats naturales. Necesito estudiarlos para hacerles justicia en mis esculturas.

A mí no me gustaban los zoos. En una ocasión, *grand-maman* nos llevó a Caroline y a mí al de París, y nunca más. Aunque a Caroline le interesaban los animales, *grand-maman* y yo nos angustiábamos al pasar de una jaula a otra. El hedor de aquel lugar era un ataque a las fosas nasales, pero, además, se nos rompía el corazón al ver a las desafortunadas criaturas sentadas en jaulas solitarias con suelo de cemento y nada en que ocupar el tiempo, aparte de los rostros de los humanos que se burlaban de ellas intentando provocarlas. «Era peor que una prisión —dijo *grand-maman* años después—, porque esos pobres animales eran inocentes.» Pero la descripción que hizo Isadora del nuevo zoo me infundió cierta fe en que los animales recibirían mejor trato. Y era cierto que, para mejorar su arte, necesitaba estudiar a sus sujetos y cómo se movían. Además, tenía ganas de conocer a la joven que parecía ser la única amiga de mi sobrina.

Nos envolvimos en abrigos y bufandas, y cogimos el material artístico de Isadora.

—Es un placer conocerla, señorita Lacasse —me dijo Rebecca cuando la recogimos de camino.

Era una chica rechoncha y sencilla con unas gafas redondas a juego con su cara, pero sus ojos grises rezumaban inteligencia y carácter.

—He leído su colección de relatos —me dijo. Luego, pellizcándole el brazo a Isadora, añadió con una sonrisa—: Tuve que leerlos en el salón de Isadora. No quiso prestarme el libro.

Era conmovedor que mi sobrina nos tuviera a mí y a mi obra en tal alta estima.

—Espero que los disfrutaras —dije.

Rebecca asintió con entusiasmo.

—Es la mejor ficción que he leído este año.

—Y Rebecca lee mucho —terció Isadora.

Rebecca agachó la barbilla.

—¡Es verdad! Suelo leer un libro al día, cuando mamá no me interrumpe con algún tedioso acto social. Hice mi debut la temporada pasada y está desesperada por pasearme por ahí.

—Debes de tener una buena colección de libros —dije.

—Esta es la ciudad de las librerías, señorita Lacasse. Algún día podríamos ir las tres a la Cuarta Avenida. Hay tantas tiendas de libros nuevos, usados y raros que la llaman la Calle de los Libros.

Continuamos con nuestra agradable conversación hasta llegar al Bronx. A diferencia del resto de la ciudad, la zona era rural, con casas rústicas y grandes extensiones de bosque. El carruaje nos llevó hasta las puertas de hierro forjado del zoológico, donde un cartel anunciaba que era el más grande del mundo. El aire fresco y los numerosos árboles del parque, además de sus colinas y salientes rocosos, eran alentadores en comparación con las terribles condiciones que había visto en el zoo de París, pero, aun así, los animales estaban entre rejas. Puede que la vida en el zoo no fuera tan trágica para animales más pequeños como los castores y las tortugas, que parecían contentarse con sus charcas y ríos artificiales, pero se me cayó el alma a los pies cuando vi a un majestuoso león sentado en una jaula con el único divertimento de una formación de rocas. A pesar de su triste entorno, destilaba una elegancia majestuosa con su espesa melena, sus ojos dorados y sus enormes garras.

—Es un león del Atlas, de las llanuras del norte de África —dijo Rebecca leyendo la placa de la jaula—. Ya quedan muy pocos en libertad. Se están extinguiendo por culpa de la caza.

—He oído que el director del parque era cazador de animales grandes, pero ahora es conservacionista —comentó Isadora.

Rebecca terminó de leer la placa y volvió con nosotras.

—Corren rumores de que la mitad de los animales tropicales murieron en la ola de frío del mes pasado y los sustituirán. Tan conservacionista no será.

Disfrutaba oyendo hablar a Isadora y a Rebecca. No eran niñas frívolas consumidas por cosas banales, y parecían sentir afinidad por la naturaleza y las criaturas salvajes, a pesar de haberse criado en una ciudad.

—Quiero viajar —dijo Isadora con un suspiro—, pero no como lo hace la gente de la alta sociedad. Yo quiero viajar libremente, ver

animales en sus hábitats naturales y experimentar cómo vive la gente real. Tú eres la única persona que viaja así, tía Emma. Los demás van de un hotel lujoso a otro. Para eso podrían quedarse en Manhattan.

Me llevé la mano al pecho. ¿Isadora me veía como una especie de aventurera? Lamentaba decepcionarla. No era libre en absoluto. De hecho, era como el pobre león del Atlas. Caroline me había capturado y me había puesto en una vitrina.

Nos detuvimos en la jaula de los reptiles, donde Isadora y Rebecca realizaron bocetos detallados de las puntiagudas escamas de un caimán.

—¿Tú también eres artista? —pregunté a Rebecca, que negó con la cabeza.

—No, soy paleontóloga. Mi madre se niega a que vaya a la universidad. Pero he leído todos los libros sobre el tema que tienen en la Biblioteca Pública de Nueva York, y algún día espero trabajar en el Museo de Historia Natural de Estados Unidos.

Sentí tristeza por Rebecca. Si su madre era como Caroline, su sueño difícilmente se haría realidad. Tal vez yo era más libre de lo que imaginaba. Mi única limitación real en la vida era monetaria. Si tuviera dinero, podría hacer casi cualquier cosa. Eso me hizo darme cuenta de lo irónica que era la diferencia entre mi vida y la de Isadora y Rebecca. Sus familias tenían más dinero del que la mayoría de la gente podía imaginar, pero esa riqueza les impedía decidir cómo vivir su vida.

La última parada del día fue el foso de los osos, que albergaba una colección de osos pardos, negros y polares. Había un oso pardo erguido sobre las patas traseras. Estaba observándonos apoyado contra los barrotes de la jaula. Rebecca hizo un boceto e Isadora sacó un trozo de arcilla de la bolsa y moldeó una garra de oso.

—Hasta que ves a un auténtico oso pardo extendiendo la garra no te das cuenta de lo grandes y poderosos que son —dijo entusiasmada —. ¡Mira la palma! ¡Es ancha como un plato!

Recordé el oso y los leones disecados que guardaba Oliver en su sala de trofeos y me entraron escalofríos. ¿Sabía Isadora de la existencia de aquella sala?

Mientras las chicas trabajaban, ideé una historia sobre una escultora que rescata a un oso de un zoo moldeando una pieza cada día: primero las pezuñas, luego el lomo y las patas delanteras; luego las patas traseras y, por último, la cabeza. Cuando recompone la escultura en su estudio, se convierte en un oso de verdad y el del zoo desaparece. El vigilante cree que ha escapado y organiza una cacería entre los hombres más ricos y brutales de Nueva York. La escultora debe encontrar la manera de sacar al oso de su casa de la Quinta Avenida y devolverlo a la naturaleza, así que decide utilizar el vagón

de tren privado de su padre para obrar la hazaña…

—¿Tía Emma?

Al despertar de mis cavilaciones vi a Isadora y a Rebecca observándome.

—¿Dónde estabas? —preguntó Isadora riéndose—. ¡A kilómetros de distancia! El zoo está a punto de cerrar.

Cuando dejamos a Rebecca en casa y volvimos a la Quinta Avenida, Isadora y yo nos separamos: ella fue al estudio con sus modelos de arcilla y yo a mi habitación para seguir trabajando en mi relato. La salida nos había inspirado a ambas.

Al bajar las escaleras para ir a cenar vi a Oliver, que acababa de llegar de la oficina.

—¿Qué tal el día en el zoo, Emma? —preguntó—. ¿Es lo que te esperabas? ¿Qué te han parecido los recintos?

El hecho de que bajara la voz para que nadie oyera de qué hablábamos me hizo pensar que no solo quería entablar una conversación educada, sino que quería conocer mi opinión.

—Desde luego, es más agradable que otros zoos que he visitado —respondí—. Nos ha inspirado a todas, sobre todo a Isadora, que ha hecho unos modelos extraordinarios de las garras de un oso pardo vivo.

No quería decirlo tan a las claras, pero Oliver no se percató de la pulla. Quizás era uno de esos cazadores que apoyaban el papel del zoo como conservador para poder tener una variedad interminable de animales a los que aterrar y matar.

—Me complace oír eso —dijo—. Cuando estaban construyendo el zoo hice una aportación económica considerable. Este país es extraordinario en su belleza natural; tuve la oportunidad de verla cuando recorrí las rutas que quería comprar para las vías ferroviarias. He visto bisontes en libertad, un alce dando a luz y un búfalo en estampida. En mi opinión, el paisaje natural es la única manera de apreciar la verdadera majestuosidad de los animales. Pero todo eso desaparecerá muy pronto e Isadora y mis nietos probablemente no llegarán a verlo. Al menos las bestias salvajes del zoo podrán darles una idea de lo que en su día hizo grande a este país.

El discurso de Oliver me asombraba y me recordó que Isadora había expresado aquella tarde su deseo de viajar a zonas más salvajes del mundo.

—¿Por qué no llevas a Isadora contigo la próxima vez que hagas un viaje para buscar líneas ferroviarias? —pregunté—. Sin duda, apreciaría el paisaje que describes.

A Oliver se le iluminaron los ojos un instante, pero su rostro adoptó de nuevo su habitual expresión de descontento.

—Isadora es dominio de Caroline, y ella no lo permitiría jamás. El

papel de una madre es dirigir la vida de su hija.

La pequeña puerta hacia un entendimiento que se había abierto entre nosotros volvió a cerrarse de golpe.

Caroline bajó por las escaleras y saludó a su marido con una mirada pétrea.

—Llegas tarde esta noche, Oliver. Ni siquiera te has molestado en cambiarte. Luego no te quejes si la comida está fría. El cocinero no puede hacer milagros.

Pero, antes de que entráramos en el comedor, Oliver me llevó aparte y dijo en voz baja:

—Me alegro de que hayas venido a Nueva York, Emma. Se nota que le estás haciendo mucho bien a Isadora.

* * *

Querido Claude:

A medida que me adentro en el mundo de mi hermana, me pregunto qué pensarías de todo esto. Es muy diferente de la vida en la cafetería de Montmartre, donde nuestras conversaciones son originales e intensas. Nunca dudamos en hablar de los recovecos más ocultos de nuestra mente. Aquí todo es superficial.

Cuando fui a Le Cimetière des Chiens con Florence para visitar la tumba de su perrito, había un epitafio que decía: «Uno podía pensar que era humano… Pero ¡él era fiel!». Recuerdo que me hizo pensar que con otros humanos nunca puedes estar seguro de que lo que dicen es lo que están pensando, mientras que los animales son transparentes en sus sentimientos. Aquí, esa sensación se ha multiplicado por cien. Creo que tengo la cabeza hecha un lío por la incapacidad para hablar con autenticidad en este ambiente. En muchos sentidos, las conversaciones sobre ropa, casas o quién es quién en la alta sociedad parecen muy seguras, pero no lo son en absoluto. Me pregunto qué emociones e impulsos reprimidos se esconden detrás de esas fachadas perfectas y esas muestras de riqueza y pomposidad. Es igual que el mar; la superficie parece tranquila, pero debajo acechan toda clase de criaturas peligrosas.

Ya casi he terminado el diario que me regalaste. Te mando mi historia sobre un oso pardo que se escapa del zoo de Nueva York de una manera de lo más inusual. Espero que te guste. Escribí el original en inglés e intentaré enviarlo a alguna revista de aquí.

Echo de menos nuestras cenas a altas horas, que compartamos ideas y nuestras conversaciones de trabajo.

Por favor, da recuerdos a todos en la cafetería y mándame noticias suyas.

Con amor siempre,

EMMA

Cuando acabé la carta, me invadió la nostalgia. París seguía siendo mi hogar, un lugar en el que podía encontrar amor, protección y seguridad. Mis amigos de Montmartre habían sido una familia postiza, sobre todo tras la muerte de *grand-maman*.

Aquí tenía familia de sangre, pero Isadora era la única a la que me

sentía unida. A pesar de mi desconfianza hacia Caroline, todavía anhelaba estar más cerca de ella. Pero su amor era como una zanahoria atada a un palo que agitaba delante de mí. Cada vez que intentaba agarrarla, la alejaba. Siempre había sido así, y no creía que fuera a cambiar.

La distancia entre nosotras quedó clara cuando se acercaba Acción de Gracias. Me esperaba una celebración familiar íntima hasta que me enteré de que Caroline y Oliver normalmente eran invitados por los Harper al moderno restaurante Delmonico's, e Isadora solía celebrarlo con Rebecca y su familia. Caroline no me incluyó en la invitación a Delmonico's, y no quería entrometerme en la amistad de mi sobrina con Rebecca, así que me sentí aliviada cuando Florence me invitó a unirme a ella, su tía y sus amigas para festejarlo.

Caroline estaba ocupada con los preparativos para el baile cuando se lo dije.

—¿Quién es esa amiga tuya, dices? —preguntó sin apartar la vista de la lista de invitados.

—Una mujer muy respetable de una buena familia de Gramercy Park —respondí.

¿Necesitaba justificar ante mi hermana quiénes eran mis amigas y dónde vivían? No era una niña pequeña.

—Como gustes —dijo ella—. Ya celebraremos la Navidad en familia.

La cena de la tía Theda estaba prevista para las cinco. Woodford pidió que me prepararan un carruaje, pero me detuve incómoda en el umbral. Teddy sería mi conductor y volvió a mí el horrible recuerdo de la noche que lo vi limpiando sangre de la rueda del coche motorizado de Oliver. No sabía que lo había visto y no era necesario mencionar tan terribles hechos el día de Acción de Gracias.

—¿Volvemos a Gramercy Park, entonces? —dijo animadamente mientras me ayudaba a subir al carruaje.

—Tengo muchas ganas de celebrar mi primer día de Acción de Gracias en Estados Unidos, o al menos el primero que recuerdo.

—Es mi fiesta preferida del año —dijo—. Me gusta la idea de dar las gracias, y mi madre y mi hermana arman una buena: pavo asado con aderezo, salsa de arándanos y, por supuesto, los dulces y pasteles que les damos a los pilluelos que llaman a la puerta.

—¿Dónde vive tu familia?

—En Brooklyn.

—¡Así que eres de Nueva York! —dije sorprendida—. Tenía la impresión de que eras de campo.

Teddy se echó a reír.

—Bueno, hay gente en Manhattan que consideraría Brooklyn la frontera, pero le aseguro que somos bastante civilizados, sobre todo

desde que se construyó el puente entre ambos distritos.

—Me refería a que estoy impidiéndote que pases Acción de Gracias con tu familia —le dije—. ¿No podía acompañarme alguien que no tuviera a la familia tan cerca?

—La señorita Hopper me ha dado permiso para que visite a mi familia unas horas, siempre y cuando vuelva a recogerla a las once en punto —dijo con una mirada alegre—. Así que no se preocupe por mí, cuando mi trabajo es preocuparme por usted.

Teddy cerró la puerta del carruaje y se montó en el asiento del conductor. El interior estaba lujosamente equipado con cojines mullidos y una lámpara de lectura. Me miré en el espejo y me pellizqué las mejillas para darles una apariencia saludable, sintiéndome una gran dama.

Pensaba que la gente de la ciudad estaría en casa con su familia, pero las calles eran cualquier cosa menos tranquilas. Jóvenes y niños con atuendos de fantasía recorrían las aceras o viajaban en caballo o en carruaje: Tíos Sam, John Bulls, arlequines, marineros, muñecas, payasos, espantapájaros y criaturas míticas de toda índole. El ambiente festivo avivó mis ganas de celebración.

Al llegar a casa de la tía Theda, Teddy abrió la puerta del carruaje y me ayudó a bajar.

—Por favor, no tengas prisa por culpa mía —le dije—. Te prometo que no le diré nada a mi hermana.

Teddy se puso serio.

—Vendré a recogerla a las once en punto. —Luego, midiendo sus palabras cuidadosamente, añadió—: Si no sigo las instrucciones de la señora Hopper al pie de la letra, tendré un problema.

Se hizo un silencio incómodo. Por supuesto, con Caroline todo era así. Yo solo quería ser considerada con Teddy, pero debía recordar que las cosas no funcionaban de ese modo entre los jefes y sus sirvientes.

—Que lo pases bien con tu familia —dije—. Te espero a las once en punto.

Teddy se levantó el sombrero y volvió a subir al carruaje.

Una joven sirvienta salió a recibirme en casa de la tía Theda. Dentro olía justo como imaginaba una celebración de Acción de Gracias, una variedad de cereza, menta, nuez, cardamomo y tofe mezclada con el aroma aceitoso de un ave asándose.

La sirvienta me condujo al salón, donde Florence, su tía y el resto de los invitados ya estaban sentados en butacas de satén púrpura ante una gran hoguera. Estaban manteniendo una animada conversación y nadie oyó a la criada cuando anunció mi presencia.

—Nunca he leído *La feria de las vanidades* —dijo un joven desgarbado—. Siempre pienso que los libros que se venden mucho no pueden ser buenos.

Florence y otra invitada protestaron al unísono.

—Eres un esnob, Edgar —dijo la tía Theda—. ¡Eres una de esas personas que creen que si algo le gusta a demasiada gente no puede ser arte!

Minette estaba en el regazo de Florence y me vio antes que nadie, bajó al suelo y se restregó contra mi falda.

Florence siguió a la gata con la mirada y soltó un grito al verme.

—¡Emma! —Se puso de pie, me besó en la mejilla y dio las gracias a la sirvienta—. Siéntate a mi lado, Emma, y deja que te sirva una copa de Dubonnet. Luego te presentaré a esos otros huérfanos.

Lo había dicho en broma, pero me estremecí. Cuando *grand-maman* estaba viva, yo no me consideraba huérfana, pero ahora que estaba en Nueva York había regresado aquella sensación de vagar sola por el mundo.

—Esta es mi hermana Constance —dijo Florence señalando a una joven que no se parecía en nada a ella. Tenía el pelo oscuro y era rechoncha y llevaba lo que parecían unos pantalones de hombre—. Y este es Edgar, su prometido —añadió Florence, refiriéndose al joven que había criticado la novela de Thackeray.

Los otros invitados eran Violet, que también era artista como Florence, y Richard, que era actor.

—¿Dónde está Cecilia esta noche? —preguntó la tía Theda a Florence—. Normalmente es la primera en llegar.

—Está ayudando con la cena para los verdaderos huérfanos del Protectorado Católico —respondió Florence—. Hoy darán de comer a casi tres mil niños y niñas, y no cree que llegue a tiempo para cenar.

En aquel momento regresó la sirvienta y susurró algo a la tía Theda, que asintió y se puso de pie.

—La mesa está lista —anunció.

Seguimos a la tía Theda por el pasillo y llegamos a un comedor pintado de rojo Pompeya y decorado con un friso de hojas de loto. En el centro de la mesa había un pavo asado rodeado de una suntuosa variedad de puré de patatas, calabacín al horno, buñuelos de chirivía, aceitunas y hojaldres.

Cuando nos sentamos, la tía Theda levantó la tapa de la sopera.

—Les he dado a Nora y a Louise el resto de la noche libre para que puedan estar con sus familias. Nos serviremos nosotros mismos. Hoy no habrá aires de grandeza. Id pasándome los cuencos.

Yo siempre había servido a mis invitados en París, pero hacía semanas que un criado o criada se ocupaba de todo lo que necesitara, y mi vieja manera de hacer las cosas se había vuelto extrañamente desconocida. Si Caroline me hubiera visto pasarle un cuenco de salsa a Florence, se habría disgustado.

La conversación durante la cena tampoco pudo ser más diferente.

No se habló de caza, carreras de caballos o moda. La tía Theda era una mujer inteligente que disfrutaba conociendo datos interesantes de cada uno de nosotros.

—Constance, vi que el otro día devoraste *Historia del matrimonio*, de Edvard Westermarck. Cuéntanos qué has descubierto.

La hermana de Florence dejó el cuchillo y el tenedor encima de la mesa y ponderó la pregunta.

—Bueno, desde luego cuestiona la suposición de que, en el pasado, los humanos eran promiscuos y vivían en matrimonios grupales. Él argumenta que los seres humanos han evolucionado de forma natural hacia alianzas de hombres y mujeres, y que es la civilización occidental la que está teniendo un efecto adverso en el matrimonio. La gente está rechazando esa institución más que nunca.

—Actualmente, el matrimonio es distinto —dijo Richard—. Antes, los hombres y las mujeres trabajaban juntos en el campo o en el mercado. Ahora se espera de los hombres que salgan al mundo y que las mujeres se queden en casa. En algunas casas de Nueva York, las esferas están tan separadas que maridos y mujeres solo se ven para desayunar y cenar.

Eso describía a la perfección el matrimonio de Caroline y Oliver. Ni siquiera se veían para desayunar y tenían habitaciones separadas. Recordé cuando despertaba entre los brazos de Claude en la habitación contigua a su estudio. Uno de mis mayores placeres era acurrucarme contra su cuerpo cálido antes de empezar la jornada. ¿Era cierto que el matrimonio podía ser la muerte de esa sencilla intimidad?

—Constante y yo no seremos así —dijo Edgar—. Tengo intención de llevarla conmigo cuando haga mis estudios antropológicos sobre los pueblos primitivos de Borneo.

—¡Mientras la mantengas a salvo de los cazadores de cabezas! —dijo la tía Theda con fingido horror.

Su pregunta para Violet fue sobre la evolución, y a Richard le habló de las consecuencias del descubrimiento del radio. Cuando pidió a Florence que explicara la filosofía de Nietzsche sobre el «eterno retorno», pensé si en la invitación ponía qué campo debíamos estudiar antes de venir.

La tía Theda miró el reloj de pared.

—Me decepciona que no haya venido Cecilia para hablarnos del estatus legal y los derechos de propiedad de las mujeres en Estados Unidos, porque creo que está escribiendo un artículo sobre el tema para *The New York Journal*. —Me miró entusiasmada y yo me encogí en la silla como una niña traviesa que no ha hecho los deberes—. Emma, antes de traer el pastel de calabaza, me gustaría conocer tu opinión sobre el propósito de una novela. ¿Debería animarnos a

pensar que el amor y la bondad triunfarán y los malvados siempre recibirán su castigo? ¿Una literatura entretenida también puede arrojar luz sobre las injusticias sociales?

Me sorprendió que las preguntas fueran tan sencillas. ¿Era porque la tía Theda me consideraba menos brillante que al resto?

—Una novela sin duda puede arrojar luz sobre las injusticias sociales y puede ser entretenida al mismo tiempo —le dije—. Charles Dickens es un excelente ejemplo.

—No podría estar más de acuerdo. —Nos volvimos todos hacia el umbral, donde estaba Cecilia con el abrigo en la mano. Su mirada penetrante se posó en mí—. Creo que todos los escritores, con independencia del género, tienen un deber con la sociedad. Debemos mejorarla exponiendo sus defectos e hipocresías, y esos defectos e hipocresías casi siempre tienen su origen en nosotros mismos.

Después observó mi vestido de satén de color bronce como si estuviera absorbiendo cada detalle. Vi que se había percatado de que mi ropa era mucho más cara que la última vez.

Florence se levantó como un resorte.

—Deja que te coja el abrigo. ¿Tienes hambre? Ahora te hago sitio.

—No cenaré —dijo Cecilia, que ignoró la silla que había puesto Florence al lado de Edgar y se sentó junto a mí—. He comido en el orfanato, pero el pastel de calabaza suena tentador.

Después del pastel y de un estimulante debate filosófico sobre un tema propuesto por la tía Theda —«¿Solo puede haber una manera más adecuada de resolver un problema?»—, volvimos al salón para tomar coñac de albaricoque, bombones, chocolatinas de menta, nueces y pastel de nuez pecana.

—Es hora de jugar —anunció la tía Theda, que nos entregó unas tarjetas con el nombre de un invitado escrito en la esquina superior izquierda—. Quiero que estudiéis a la persona cuyo nombre aparece en vuestra tarjeta y escribáis la verdura a la que más se parece.

Al principio, el juego provocó carcajadas, pero, cuando nos pusimos manos a la obra, el salón quedó en silencio mientras nos mirábamos furtivamente unos a otros. A mí me había tocado Florence. Cerré los ojos y me imaginé en un mercado de París mirando coloridas cestas de tomates, calabazas y judías verdes entre albahaca aromática y ramos de flores silvestres. Al principio elegí una zanahoria, pero luego me decanté por los espárragos porque son sutiles y poseen una elegancia natural.

—De acuerdo —dijo la tía Theda extendiendo el brazo—. Pasadme todos la tarjeta. —Cuando las hubo recogido todas, se puso las gafas —. La primera es para Richard —añadió—. Su vegetal es una patata, porque es «terrenal y huele a polvo».

La descripción hizo reír a los invitados.

—Hay olores peores que los del polvo —dijo Richard—. ¡Al menos el bribón que lo escribió no dijo que era un repollo!

La tía Theda contuvo una sonrisa y leyó en voz alta mi descripción de Florence como espárrago antes de pasar a la siguiente.

—Ah, esta es para mí. —Frunció los labios—. Vaya, al parecer soy una alcachofa porque me «encanta estar rodeada y ser el centro de atención».

—¡Muy cierto! —exclamó Edgar—. Este juego es muy perspicaz.

Edgar fue descrito como un puerro porque «se aferra a sus principios como un puerro a la sartén». Constance era un pimiento, y Violeta, una coliflor.

—¡Una coliflor! —dijo sorprendida—. ¿En qué sentido soy una coliflor?

La tía Theda leyó la tarjeta lenta y teatralmente.

—Porque «tiene un corazón de oro».

Todos suspiramos al unísono y sirvieron otra ronda de coñac de albaricoque. Luego llegó el momento de leer la tarjeta de Cecilia.

—Cecilia es una cebolla porque «puede hacerte reír o llorar. Genera opiniones divididas y su efecto permanece mucho después de que se haya ido».

Cecilia parecía satisfecha.

—Eso es muy perceptivo. Por eso sé que lo ha escrito Florence.

Florence se alisó el pelo y se volvió hacia la tía Theda.

—Queda una tarjeta. ¿Qué es Emma?

La tía Theda entrecerró los ojos como si tuviera problemas para entender la letra.

—Una berenjena, porque es «encantadora pero misteriosa».

—¡Parece que lo haya escrito alguien que está enamorado de Emma! —dijo Edgar—. ¿Quién ha sido?

En aquel momento sonó el timbre y Florence fue a ver quién era. No tardó en volver.

—Emma, tu carruaje está aquí.

—Dios mío —dije—. ¿Ya son las once? ¡Tengo que irme!

—Como Cenicienta yéndose del baile —dijo Richard, que alzó el vaso en dirección a mí.

—No te dejes nada —añadió Violet—, o tendremos que ir a buscarte.

Cecilia se levantó a estrecharme la mano.

—Yo fui la que te describió como una berenjena —confesó. Le olía el aliento a coñac dulce—. Te encuentro fascinante, Emma. Tengo la impresión de que me ocultas algo, cosa que aún te hace más interesante, por supuesto. No hay nada que nos guste más a los periodistas que desentrañar un misterio.

Bajo su mirada, me ardía el rostro.

—Soy francesa; somos más reservados que los estadounidenses. No hay nada misterioso en mí más allá de que me siento más cómoda pensando en filosofía que en las triquiñuelas de la vida.

—Deja en paz a Emma —le dijo Florence mientras me ayudaba a ponerme el abrigo—. La pobre chica lleva muy poco tiempo en Nueva York. No necesita que la incordies.

Cecilia dibujó una pequeña sonrisa y pude oír sus pensamientos igual que si los hubiera gritado a voz en cuello: «Florence, ¿por qué siempre rescatas a Emma? ¿De qué la proteges?».

—Adiós, Cecilia —dije, y le estreché la mano con firmeza con la esperanza de que no mirara por la ventana y viera el carruaje con el escudo de la familia Hopper en la puerta—. Espero que volvamos a vernos pronto.

—¡Estoy segura de que sí! —respondió.

16

A instancias de Caroline, Lucy había concertado una fecha con Douglas Hardenbergh para que viéramos su colección de arte.

—Augusta se pondrá furiosa cuando se entere —dijo Caroline regodeándose—. Será la primera vez que visito a alguien relacionado con ella.

—Será una ocasión aristocrática —coincidió Lucy—. Como la visita de Cleopatra a César.

Medité las palabras de Caroline y Lucy mientras me ponía el conjunto para visitas que me había confeccionado *madame* Bertin: una americana de lana rosa y una falda decorada con trenzas y borlas de color crema. En París había elegido asociarme con gente que me caía bien y no me mezclaba con personas que me disgustaran, pero en la alta sociedad neoyorquina, que te gustara o no te gustara una persona no significaba nada. Las relaciones y los actos sociales eran una cuestión de poder: conseguirlo o protegerlo.

Me detuve a admirar mi imagen en el espejo. Era emocionante llevar un traje que se ceñía tan bien a mis hombros, que se ajustaba a mis brazos y me envolvía elegantemente las caderas. Examiné el anillo de esmeralda y perlas que me había prestado Caroline, en su día propiedad de Catalina la Grande. ¡Solo en el mundo de Caroline era posible que yo luciera un anillo que había pertenecido a una emperatriz rusa!

Pensé en Isadora cuando dijo que envidiaba mi estilo de vida y mi aparente libertad. Ella nunca entendería la capacidad del lujo para transformar a alguien porque había nacido en aquel mundo extravagante. ¿Podría ser feliz algún día llevando una vida modesta en París, como yo? Entonces se me pasó otra idea por la cabeza: ¿podría sentirme satisfecha con aquella vida cuando volviera?

Caroline asintió en un gesto de aprobación al ver lo bien que me sentaba el traje.

—Al final has sido una buena inversión. Ahora entiendo por qué

nos ha invitado Douglas Hardenbergh.

En lugar de sentirme halagada por el infrecuente cumplido de Caroline, se me encogió el estómago. ¿A qué se refería con que yo era el motivo por el que nos había invitado Douglas Hardenbergh? Aunque sintiera el menor atisbo de atracción por él, que no era así, no me interesaría. Mi corazón pertenecía a Claude.

La casa de estilo neogriego que tenía Douglas en Lafayette Street, con sus ventanales en la planta baja y su puerta monumental, me recordó a las fotografías que había visto de casas elegantes de Nueva Orleans. En la escalera aparecieron un mayordomo y un criado, pero Douglas pasó junto a ellos y nos abrió él mismo la puerta del carruaje.

—Qué encantadora delegación —dijo—. Los niños tienen muchas ganas de conocerlas.

Dentro, las paredes estaban pintadas con guirnaldas, urnas y bustos bordeados por un motivo geométrico griego. Una gran escalinata de secuoya llevaba al primer piso y en sus pilares habían tallado intrincadas ramas de olivo. El efecto de la decoración del salón era como estar en un jardín.

Douglas pasó la mano por el inusual revestimiento de madera satinada.

—Con todas las obras que están haciendo en esta zona de la ciudad, me he resignado a que algún día tendré que mudarme a la parte alta como mi tía. Pero, mientras pueda, me resistiré. Esta es la casa en la que nacieron mis hijos y guarda muchos recuerdos felices.

Era la segunda vez desde nuestra llegada que Douglas hacía referencia a sus hijos. Obviamente, ocupaban un lugar importante en su corazón.

—¿Dónde están los niños? —pregunté.

—He pensado en enseñarles la galería pictórica y luego podemos tomar el té —respondió—. Los niños se unirán a nosotros entonces.

Douglas nos llevó a una sala situada más allá de la escalera. Antes de entrar, se me acercó y dijo:

—Creo que mis hijos están trabajando en un cuadro de la Torre Eiffel especialmente para usted, señorita Lacasse.

Caroline oyó el comentario y se le formó una sonrisa en las comisuras de los labios. Yo me sonrojé y me alejé un poco de Douglas.

—¡Qué adorables!

Por los techos altos y lo espaciosa que era tuve la impresión de que la galería pictórica había sido un salón de baile en algún momento. No tenía ventanas, pero la claraboya abovedada proporcionaba una iluminación sublime.

—¡Menuda colección! —exclamó Isadora mirando a su alrededor —. Qué suerte tener una habitación dedicada especialmente a ella.

En la galería había al menos doscientos cuadros tan apiñados que

no se veía la pared. En el centro de la sala había varias esculturas clásicas a tamaño natural: Perséfone y su madre, Deméter; Flora con una guirnalda de flores en la cabeza; y Eva siendo tentada por la serpiente. Me volví hacia los cuadros y reconocí algunas obras de Jean-Léon Gérôme en las que aparecían mujeres en baños turcos y varios desnudos de William-Adolphe Bouguereau. Busqué en las paredes alguna representación masculina, pero la colección estaba dominada por mujeres: Venus, odaliscas y mujeres en su tocador.

Isadora expresó en voz alta lo que yo estaba pensando.

—Esta colección está dedicada a mujeres hermosas.

—Exacto —dijo Douglas con una sonrisa—. Pero no porque las mujeres sean mucho más agradables a la vista. Mi abuelo materno creía que las mujeres representaban la cúspide de la civilización y que los hombres debían adorarlas. Yo he intentado seguir con la temática de la colección.

Después de un rato admirando los cuadros, Douglas nos llevó a la sala de música, iluminada por cortinas afelpadas de color dorado y sillas tapizadas con seda floreada y un fondo amarillo limón. Habían preparado el té en una mesa redonda. La pieza central era un pastel de naranja glaseada que desprendía un aroma delicioso. A su alrededor había platos con bocadillos de huevo y pepinillo, galletas de mantequilla y bollos con grosella negra.

—Me gusta su uso del amarillo —dijo Caroline tocando una de las sillas—. Me da la sensación de que estoy en un campo de ranúnculos.

Douglas nos pidió que nos sentáramos a la mesa.

—El amarillo era el color preferido de Nancy. Esta sala me hace feliz, como si estuviera vigilándonos.

—Oh, claro —dijo Caroline con una sonrisa, pero noté que no le había gustado la referencia de Douglas a su difunta esposa.

Entonces se abrió la puerta y aparecieron un niño y una niña, que aparentaban cinco y siete años aproximadamente, seguidos de una institutriz. El niño fue corriendo hacia su padre, que se lo subió al regazo, y la niña se me acercó y me puso en los brazos una muñeca encerada.

—Qué muñeca más bonita —dije—. ¿Tiene nombre?

—Arabella —respondió la niña.

Douglas se echó a reír.

—Es usted una privilegiada, señorita Lacasse. No suele ofrecer a Arabella a la gente, ni siquiera a mí.

La niña lo miró con ojos desorbitados y luego se puso a reír.

—Eso es porque haces tonterías con ella. La haces bailar y a Arabella no le gusta.

—¿Y tú tienes nombre? —le preguntó Isadora.

La niña respondió con seriedad.

—Me llamo Mabel, y mi hermano, Auberon.

—¿Dónde está el cuadro de la Torre Eiffel que me prometisteis? —preguntó Douglas a sus hijos.

—Está arriba, en su habitación —dijo la institutriz—. He pensado que sería mejor dejarlo secar primero.

Era una mujer de mediana edad con acento alemán e iba pulcramente ataviada con un vestido negro y un delantal y cofia de encaje blanco. Nos miró a todas, se detuvo en mí un momento y luego se volvió hacia Douglas.

—¿Eso es todo, señor? ¿Quiere que dé de comer a los niños?

—No, gracias, Minna. Nos las arreglaremos.

La institutriz asintió y se fue.

—Me temo que a Minna no le gusta mucho la compañía de los adultos —nos dijo Douglas—. A veces es muy rara, pero es maravillosa con los niños. No sé qué habría hecho sin ella después de la muerte de Nancy.

—Se portan muy bien, desde luego —comentó Lucy—. Mis dos niños son terroríficos.

Era la primera vez que Lucy mencionaba a sus hijos, y me sorprendió. ¿Estaban con ella en Nueva York o en Inglaterra con su padre? De ser así, ¿cómo podía soportar estar tan lejos de ellos?

—Estoy segura de que su institutriz hace un trabajo excelente, pero no puede sustituir el tacto de una madre —dijo Caroline mirándome —. A lo mejor vuelve a casarse dentro de un tiempo, señor Hardenbergh.

El comentario de Caroline fue tan directo que incluso Lucy pareció sorprenderse. Miré a mi hermana a los ojos y negué con la cabeza, pero se limitó a encogerse de hombros. Afortunadamente, Auberon distrajo a Douglas señalando los bollos de grosella y no pareció que lo hubiera oído.

Cuando terminamos el té, Minna volvió a buscar a los niños, pero Douglas parecía reacio a que se fueran. Les dio un beso en la mejilla y los miró cuando se iban.

—La «hora de los niños» es mi momento favorito del día —dijo—. Nunca me la pierdo, aunque esté muy ocupado. —Nos invitó a sentarnos en unas sillas más cómodas y luego señaló un arpa situada al lado de la ventana—. ¿Podría deleitarnos tocando algo, señorita Lacasse?

—Por supuesto —dijo Caroline antes de que yo pudiera contestar.

Isadora se tapó la boca con la mano para contener una risita. Al parecer, todavía no generaba confianza suficiente para hablar por mí misma.

Douglas movió el arpa al centro de la sala y puso una silla detrás. Pasé los dedos por las cuerdas y me sorprendí al descubrir que el

instrumento estaba perfectamente afinado. Obviamente, quería que mi recital formara parte de la velada.

Toqué el mismo *étude* de Chopin que había interpretado en el concierto para los amigos de Caroline.

—Veo que las historias que he oído no eran exageraciones —dijo Douglas cuando acabé—. Posee usted un gran talento, señorita Lacasse. —Sacó una flauta de la funda y la montó—. Llevo estudiando flauta desde que era niño, pero es un instrumento demasiado melancólico para tocarlo solo. ¿Me concedería el honor de tocar algo conmigo?

No me atrevía a mirar a las demás, pero observé de soslayo a Caroline. Su cara estaba luminosa como una hoguera.

Douglas propuso *Romance Op. 27*, de Saint-Saëns, que por suerte conocía bien. Tocaba con elegancia y claridad, su fraseo era perfecto y, a diferencia de otros flautistas con los que había actuado, no intentaba imponerse al arpa. Nuestro dúo fue una bonita interacción entre dos músicos con empatía; sin embargo, cuando su mirada se clavó en mí más tiempo del que me resultaba cómodo, volví la cabeza.

Al final de la velada, Douglas nos dio las gracias por haber venido y me entregó dos libros. El primero era *El retrato de Dorian Gray*, una novela de Oscar Wilde. El segundo era mi colección de relatos en francés. ¿Cómo la había conseguido tan rápido? Debió de encargarla a Francia el día después de la cena de Augusta.

—El primero es para que lo lea y el segundo para que lo firme —me explicó—. Sus historias me han mantenido despierto muchas noches.

Cogí la pluma que me ofrecía y firmé el libro: «Un placer, Emma Lacasse». Mientras escribía, noté que Caroline estaba observándolo todo como un águila que vigila a su presa.

* * *

Querida Emma:

Me gustó muchísimo la historia del oso que se da a la fuga. Estás en tu salsa cuando escribes fantasía. ¿Cómo avanza tu novela? ¿Te has planteado que el personaje del detective sea una mujer? Aunque no son reclutadas de manera oficial por la policía francesa, históricamente han sido utilizadas como agentes de incógnito. Un personaje femenino crearía una preciosa combinación de subterfugio y deducción lógica.

Por favor, mándame el borrador completo cuando lo acabes. La última vez solo me enviaste la primera mitad de una de tus historias de misterio y me desvelaba pensando en quién había matado a la sirvienta.

He estado ocupado pintando, pero yo también añoro nuestras charlas a la hora de cenar…, entre otras cosas.

Con todo mi amor,

Tu CLAUDE

P.D.: tengo noticias interesantes. Maignat está hablando de organizar una exposición de artistas franceses en Nueva York. ¡Si lo hace, ha prometido que me incluirá, así que podremos explorar juntos la ciudad!

La carta de Claude me complació sobremanera. Me alegraba de que me echara de menos, y sería maravilloso explorar Nueva York con él. Estaba segura de que la ciudad que descubriéramos él y yo sería muy diferente de la que había visto con Caroline y sus amigos.

En el mismo correo también había recibido una nota de Florence invitándome a acompañarla a un acto en Greenwich Village, que, según dijo, era conocido como «el Montmartre de Nueva York». Me picaba la curiosidad, y cuando estuvimos solas en su estudio, le pregunté a Isadora si creía que Caroline lo aprobaría.

—Pues claro que tienes que ir —dijo—. Mamá estará en su noche de *bridge* y papá no se dará cuenta de que te has ido. Y, si lo hace, no dirá nada. Además, si vas, yo puedo vivirlo indirectamente a través de ti. He oído que se junta mucha gente interesante en el Village. El señor Gadley y sus alumnos de la Liga suelen ir.

Por un momento sentí la tentación de pedirle a Isadora que me acompañara, pero ambas sabíamos que, si Woodford lo descubría y se lo decía a Caroline, las consecuencias serían devastadoras.

—Gracias, Isadora. Ya te contaré.

Mi sobrina sonrió.

—Ten cuidado con mamá, por cierto. Desde que visitamos la casa de Douglas Hardenbergh ha estado urdiendo planes para casarte con él. No me importaría que te quedaras para siempre en Nueva York, y el señor Hardenbergh no es un mal hombre, pero no sería una buena vida para ti.

Sospechaba que Caroline estaba tramando algo. Le había encargado a *madame* Bertin más ropa para mí y había empezado a presentarme a sus amigos cuando la visitaban o venían a almorzar. Aunque me halagaba que estuviera prestándome atención, sabía que era por interés propio y no por amor fraterno. ¡Menuda venganza sería que su hermana se casara con el sobrino predilecto de Augusta van der Heyden!

—Esto no se lo he contado a tu madre —dije a Isadora—, pero tengo a una persona en París. Se llama Claude y es artista.

Isadora puso unos ojos como platos y soltó una carcajada.

—Pues ¡tendrás que contármelo todo sobre él! —dijo.

Después soltó un trozo de arcilla y se sentó delante de mí en un taburete. Le hablé de Claude, su estudio y su familia, y también de nuestro pequeño grupo de la cafetería. Con cada detalle, a Isadora se le iluminaba un poco más el rostro. Era agradable poder hablar con libertad sobre Claude. Me hacía sentir cerca de él, aunque estuviéramos tan lejos. Lo único que no le conté era que no quería

casarse conmigo. Aún me dolía demasiado.

Cuando terminé, Isadora negó con la cabeza, maravillada.

—Parece el hombre perfecto para ti. Si tuviera que casarme con alguien, solo me imagino siendo feliz si nos entendemos como hacéis tú y Claude. ¡No sabes cuánto os envidio a ti y a tu libertad, tía Emma! Mi vida es muy aburrida, e irá a peor después de la puesta de largo, una tediosa cena formal detrás de otra, visitas, meriendas, bailes y más visitas. Eso no es vivir, ¿no te parece? Nunca puedo experimentar nada importante en primera persona, ni siquiera la vida.

Le di un apretón en la muñeca.

—Yo tengo fe en ti, Isadora. Donde te lleve la vida, siempre te harás un hueco, igual que has hecho aquí. Eres mucho más fuerte de lo que crees.

Aquella noche le pedí a Teddy que me dejara delante de una majestuosa casa georgiana de Washington Square, tal como había sugerido Florence en el mapa hecho a mano que adjuntó a la nota. No era donde se encontraba el apartamento de Cecilia, pero Washington Square era una parte respetable del Village en la que los herederos de los viejos ricos vivían en residencias que sus abuelos habían construido antes de la guerra de Secesión. Probablemente, Florence había intuido cómo reaccionaría Caroline si se enteraba de que iba a una zona «desagradable» de la ciudad. La otra ventaja de que Teddy me dejara en la plaza era que los ojos entrometidos de Cecilia no me verían llegar en un carruaje de la familia Hopper.

Recorrí la corta distancia hasta el edificio de apartamentos de Cecilia, situado cerca de Waverly Place. Cuando llamé a la puerta, abrió Violet, la artista a la que conocí el día de Acción de Gracias en casa de la tía Theda.

—Hola —dijo riéndose—. ¡Así que Cenicienta ha vuelto!

Florence ya estaba allí, apoltronada en el sofá en un salón ovalado y charlando con Cecilia. Las paredes del apartamento eran de color verde trébol y, junto con el calor de la estufa de hierro y los abundantes helechos, palmeras y heliotropos que poblaban las ventanas saledizas, tuve la impresión de haberme adentrado en una jungla tropical. Una mujer esbelta a la que Violet presentó como Edna estaba interpretando una canción tradicional al piano con un cigarrillo colgándole de los labios.

—Llegas justo a tiempo —dijo Cecilia, que me tendió un vaso de vermut dulce—. Florence y yo estábamos comentando que, en las novelas escritas por hombres, las mujeres que viven independientemente siempre acaban mal y necesitan a un hombre que las rescate de su locura. Lo que necesitamos son escritoras que creen

un nuevo tipo de heroína para que la emulen las jóvenes generaciones.

—Yo también estaba pensando en eso —le dije—. Estoy trabajando en una historia sobre una mujer detective y no quiero que sea la típica entrometida. Quiero que sea intelectualmente rigurosa, disciplinada y eficiente.

—¡Perfecto! —exclamó Florence—. Estoy harta de mujeres frívolas en la ficción.

Mientras hablábamos llegaron más mujeres. Eran Jane, asistente editorial en *The Outlook*; dos correctoras de Scribner llamadas Myrna y Theresa; otra periodista llamada Edith; y una mujer tímida llamada Mary que trabajaba en el Servicio Postal de Estados Unidos y escribía poesía en su tiempo libre. Todas llevaban los mismos trajes a medida que solían lucir Florence y Cecilia. Me sentía como una rosa marchita abierta con mi traje de seda púrpura, pero era el más sencillo que tenía en aquel momento. Después de que *madame* Bertin me hiciera un ropero nuevo, Caroline le pidió a Jennie que se deshiciera de la ropa que había traído de París sin pedirme permiso. De ahí que no tuviera nada que no me hiciera parecer de la Quinta Avenida.

Cuando todas tuvimos una bebida en la mano, Cecilia alzó el vaso.

—La noche del Club de las Solteras Empedernidas acaba de empezar.

—De acuerdo, señoritas —dijo Florence—, disfrutemos de la comida.

En lugar de ir al comedor, como esperaba, las mujeres se desabrocharon las americanas y se quitaron la blusa. ¿Qué era aquello? Me acordé de cierto club nocturno de Montmartre. ¿Acaso «soltera» significaba otra cosa en Nueva York?

Las mujeres se quitaron los corsés y los tiraron en el sofá antes de volver a vestirse.

—Vamos, Emma —dijo Cecilia—, quítate esa prenda opresora.

Al mostrarme dubitativa, todas las miradas se posaron en mí. No quería quitarme el corsé delante de unas desconocidas, pero no parecía tener alternativa. Me desabroché lentamente la blusa con la esperanza de que las demás encontraran algo con que ocuparse, pero siguieron observándome. Para empeorar las cosas, mi corsé no se parecía a las funcionales prendas beis y blancas de las que se habían desprendido ellas. El mío era de un magnífico azul pavo real con detalles verdes y rosas bordadas, y lo había cosido a mano la mejor *corsetière* de *madame* Bertin.

—Por Dios, Emma —dijo Florence, que me ayudó a deshacer los nudos—, ¿cómo puedes respirar con eso?

Lo cierto era que no muy bien. Desde que empecé a llevar aquel elaborado corsé me costaba hacer esfuerzos, y cuando me sentaba tenía que hacerlo al borde de la silla, de lo contrario, me mareaba y

acababa desmayándome.

Cuando Florence me desabrochó el corsé y lo tiró al montón con los demás, el alivio que me procuró el aire moviéndose con libertad por mis pulmones y la agradable sensación de la sangre circulando adecuadamente me dejó atolondrada. Al mismo tiempo, era como perder una armadura y quedar completamente desnuda, así que me abroché deprisa la blusa y el canesú.

Salimos del apartamento y bajamos las escaleras.

—¿Por qué nos hemos quitado todas el corsé? —pregunté a Florence cuando llegamos a la calle.

—Porque vamos a darnos un festín y mañana no queremos sufrir una indigestión y estreñimiento. Además, si siempre llevas corsé, los músculos de la espalda y el abdomen se atrofian y tus órganos internos quedan comprimidos y probablemente deformados. Esas prendas afectan de forma negativa a la salud de las mujeres, pero si no las llevamos cuando vamos a trabajar, nos acosan hombres y mujeres por igual. Ya es bastante difícil moverse en un mundo de hombres sin que te acusen de ser una mujer de moral distraída.

El Village era distinto de cualquier otro lugar que hubiera visto en Nueva York. El sistema de cuadrículas no había llegado allí y el laberinto de calles tortuosas y callejones estrechos bordeados de salones de té, bares y restaurantes me recordaba a Montmartre.

Llegamos a una casa de piedra rojiza que había sido dividida en apartamentos y bajamos al sótano. Cuando Florence nos abrió la puerta percibí un delicioso aroma a ajo y a mantequilla. El restaurante era un lugar sobrio con paredes sin enyesar, ventanas sin cortinas y suelos de madera sin pulir, pero estaba abarrotado de gente de toda índole. Un atildado empresario conversaba con un hombre que lucía una barba descuidada y tenía acento ruso; un actor que aún llevaba maquillaje estaba contándole un chiste a un compañero cuya nariz chata y cuerpo musculoso recordaban a los de un boxeador profesional. Cuando este echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír, vi que tenía la dentadura de oro. Obreros se codeaban con artistas y bailarines, y por todas partes había mujeres sin acompañante masculino.

Nos dirigimos a una larga mesa de madera cuyo extremo estaba ocupado por lo que parecía el equivalente masculino del Club de las Solteras Empedernidas: jóvenes pulcros con traje e insignias de periodistas. Uno de ellos era negro. Por lo que había leído acerca de Estados Unidos, aquel restaurante debía de ser uno de los pocos lugares que hacían del cosmopolitismo una virtud. Los clubes de estudiantes y los artistas de París procuraban ser incluyentes, así que la mezcla racial no era algo nuevo para mí, pero Caroline se habría sentido horrorizada.

Minutos después de que nos sentáramos, una italiana nos puso delante un cuenco de *minestrone* y una gruesa rebanada de pan. Para el primer plato podías elegir entre espaguetis boloñesa o pasta con aceite de oliva, ajo y perejil fresco. La comida era aromática, sabrosa e increíblemente barata. Me alegré de haberme quitado el corsé y poder disfrutarla plenamente.

Nuestro grupo hizo un brindis con un vino tinto almibarado que sabía a cerezas negras, y mis oídos sintonizaron las conversaciones que se desarrollaban a mi alrededor. Aquel lugar era un hervidero de ideas, a menudo sobre temas tabú: anarquismo, socialismo, amor libre y métodos anticonceptivos. «La supervivencia de las mujeres depende demasiado de los hombres —oí que le decía una mujer a otra—. El sexo debería ser tan placentero para ellas como para ellos.»

Una mujer mayor que llevaba un turbante se sentó a mi lado. Tenía una cara triangular como de gato siamés y me miró inquisitivamente.

—Tú eres nueva —dijo, imponiéndose al estruendo—. No te había visto con las Solteras Empedernidas.

—Es que no soy soltera —respondí—. Tengo novio.

La mujer soltó una risotada ronca.

—Y supongo que creerás que tu novio te querrá para siempre, aunque a tu alrededor todo apunta a que esa felicidad conyugal no durará mucho. Piensas que tú y él sois diferentes, ¿verdad?

Sus palabras me atravesaron la mente y entumecieron mis pensamientos. Lo que dijo era justo lo que yo creía: Claude y yo nos amaríamos para siempre.

Sus palabras fluían incansablemente, a pesar de que yo no respondía.

—Esos primeros días embriagadores no durarán. Si es lo único en lo que crees, anhelarás esos tiempos el resto de tu vida e inventarás maneras de rescatarlos. Pero, cuando se han ido, se han ido. Tu novio será libre de gastarse tu herencia y tú estarás atrapada por unos recursos limitados, unos intereses limitados y unas oportunidades limitadas porque entregaste tu destino a un hombre.

No me gustaba que una desconocida cuestionara mis preciadas creencias.

—¿Y qué alternativa hay? —pregunté, intentando desviar la conversación de mi persona—. ¿Cuál es su filosofía?

Entonces me di cuenta de que me había manipulado en todo momento para poder hablar de lo que ella quería.

—¿Mi filosofía? —Me miró entrecerrando los ojos—. Bueno, estoy experimentando con un tipo de feminidad totalmente distinto. Yo no pertenezco a un hombre como su mujer o su amante, y desde luego no soy la madre de una criatura aterradora. Disfruto de una vida vivida

solo por y para mí.

La observé con una mezcla de inquietud y asombro. No podía imaginarme una vida en la que no perteneciera a alguien. Pertenecer a un marido y una familia era lo que más deseaba en el mundo.

—Pero ¿y la soledad? —le pregunté—. ¿No es un alto precio que pagar por la libertad? ¿Y los instintos maternos naturales? ¿No los tiene?

La mujer me miró como haría alguien con un niño poco despabilado.

—¿Crees que la soledad es un precio alto que pagar por la libertad? Yo te explicaré lo que es la verdadera soledad: es verse atrapada en un matrimonio con un hombre que siempre te encuentra defectos, que siempre te exige y que se siente superior a ti. —Sabedora de que mi silencio denotaba incomodidad, añadió—: El problema de las jóvenes como tú es que sois demasiado serias. Despréndete de tu seriedad y esfuérzate en ser fantástica. Vive tu vida fuera de una jaula.

Cuando dijo la última palabra sobre el tema, se fue a hablar con otra persona y me hizo sentir como una botella de leche que alguien ha agitado violentamente. Notaba calor en la piel, y la cabeza, ligera y llena de burbujas.

Florence me tocó el brazo.

—Veo que has estado hablando con Berenice. Tiene un don: sea cual sea tu mayor inseguridad, apunta hacia ella y agita un nido de avispas en tu mente. Con el tiempo te acostumbras y empiezas a agradecerlo. A veces es bueno que te cuestionen. Previene la complacencia.

—Supongo —respondí—. A lo mejor, si viniera aquí cada noche, no volvería a estar segura de nada nunca más.

Más tarde, cuando salimos a dar un paseo para bajar la comida, Florence se situó a mi lado.

—Entonces, ¿Claude vendrá a Nueva York? Qué emocionante. Te necesitará, no cabe duda. No habla ni una palabra de inglés, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No, pero Claude es Claude. Siempre se las arregla solo.

—A los hombres los animan a ser autosuficientes —dijo Florence —. Pero, en cuanto una niña aprende a hablar, le enseñan a verse siempre en relación con los demás: lo que piensa, lo que siente y lo que necesita. Nos enseñan a ser sirvientas desde la cuna.

¿Era eso cierto en mi caso? Yo creía que *grand-maman* me había enseñado a ser autosuficiente, pero también cariñosa y buena. Sin embargo, a veces me cuestionaba por qué cedía ante las opiniones de Claude sobre el matrimonio cuando chocaban tanto con las mías.

Aunque era tarde, la calle estaba llena de vendedores que ofrecían botones, telas, aceitunas y quesos. Los acentos eran

predominantemente italianos.

—En Nueva York hay más italianos que en Roma —dijo Cecilia cuando nos dio alcance—. Hay el doble de irlandeses que en Dublín y alberga a la comunidad judía más numerosa del mundo. En el Village somos una mezcla de todas esas culturas, además de un gran número de negros de clase obrera y media que vinieron después de la guerra.

—Hasta esta noche, la mayoría de la gente a la que había conocido en Nueva York era de origen holandés o británico —dije.

Cecilia me miró con curiosidad y me recordé a mí misma que no debía contarle demasiado.

—En los últimos treinta años, la población de Nueva York ha aumentado un doscientos cincuenta por ciento, sobre todo por la inmigración —explicó Florence—. Los estadounidenses de toda la vida no están muy contentos. El director del *Saturday Evening Post* afirma que Nueva York se ha convertido en una ciudad extranjera con «un barrio estadounidense».

Doblamos por una calle en la que las viejas casas habían sido reemplazadas por fábricas que producían desde flores artificiales hasta chocolate en lata.

—A muy pocos nos gusta el cambio —dije—. Cuando las cosas han sido de cierta manera durante mucho tiempo, nos sentimos seguros. Normalmente solo cambiamos cuando nos obligan a ello o cuando es demasiado doloroso no hacerlo.

Cecilia sonrió.

—Muy cierto, Emma. Y explicado sucintamente. Eres una incorporación perfecta al Club de las Solteras Empedernidas.

Yo no era una «soltera empedernida». Pero, más tarde, al volver a casa en el lujoso interior del carruaje de Caroline, reflexioné sobre las conversaciones que había mantenido aquella noche. Me habían cuestionado, informado y agitado, y las ideas se arremolinaban en mi cabeza. Por primera vez tuve la sensación de estar participando en el mundo que me rodeaba, en lugar de estar trazando un rumbo.

Metí la mano en el gran bolsillo de la capa y toqué el material sedoso. No había vuelto a ponerme el corsé cuando fuimos al apartamento de Cecilia. Me hizo gracia que algo tan simple como no llevar una prenda de ropa cobrara las proporciones de un delicioso secreto.

17

Desde que le había respondido a Claude expresándole mi entusiasmo ante la posibilidad de que viniera a Nueva York, no había recibido más noticias. Cada día le preguntaba a Woodford, pero no llegaba ninguna carta. ¿Estaba pintando frenéticamente para la exposición? Aunque así fuera, era impropio de él no escribir.

Le envié una elaborada tarjeta dorada de Navidad con una doble puerta en la parte delantera que al abrirse mostraba a unos conejos cantando junto a una chimenea. Creí que le resultaría lo bastante divertida para responder con una tarjeta similar, pero la única correspondencia que recibí de París fue una carta de Paulette.

> Querida Emma:
>
> En tu última carta me preguntabas si la señora Nettleton y su hija eran buenas inquilinas. Debo decir que tu pregunta me hizo reír. Cuando la señora Nettleton no estaba hostigando a su hija, se dedicaba a regañarme y criticarme. Una semana tuvo unos dolores de cabeza tan terribles que estaba convencida de que había contraído la peste por lavarse la cara con agua parisina. Llamamos al doctor Sourzac, que examinó a la señora Nettleton y luego nos miró a mí y a su pobre y agobiada hija. «Tiene que beber como mínimo una botella de champán francés cada día, *madame* Nettleton —le dijo—. Es lo único que la curará.» ¡Después de eso, la hija se lo pasó maravillosamente en París y la señora Nettleton y yo nos llevábamos bien!

Me eché a reír con la historia de Paulette y la receta francesa para todos los males que le extendió el doctor Sourzac. Le escribí diciéndole que esperaba que las nuevas inquilinas, dos jóvenes de San Francisco, fueran una compañía agradable para ella. Me imaginé a Paulette preparando una deliciosa cena a base de *salade niçoise* y *gratin dauphinois* para las estadounidenses, y esperaba que apreciaran su amabilidad y calidez.

Tuve la tentación de preguntarle si sabía algo de Claude, ya que

había prometido asegurarse de que Paulette estaba bien mientras yo me encontrara en Nueva York, pero no quería preocuparla.

Cuando acabé la carta para Paulette, le escribí otra a Claude.

> Querido Claude:
>
> Hace tiempo que no sé de ti. Por favor, envíame al menos una breve nota para saber que estás bien.
>
> Espero impacientemente noticias de cuándo vienes a Nueva York…

No podía imaginar qué habrían pensado las Solteras Empedernidas de cómo pasé las semanas previas a la Navidad. Mis días se vieron consumidos por una sucesión de cenas formales, fiestas y paseos vespertinos por Central Park, que consistían más en dejarse ver que en respirar aire fresco. Un cochero nos llevaba a Caroline, a Lucy, a Isadora y a mí en un carruaje abierto y recorríamos el camino saludando —o no, dependiendo de los pasajeros— a los que pasaban en sus calesas, faetones y landós. Una tarde nos cruzamos varias veces con Augusta van der Heyden y sus nietas, y siempre mirábamos en otra dirección.

—Cuando empiece a nevar, iremos en un trineo con campanas y tirado por caballos con penachos rojos en la cabeza —explicó Caroline —. ¡Cómo me gusta la Navidad!

Una tarde nos adelantó algo a gran velocidad levantando trozos de tierra que nos mancharon la cara y los abrigos. Los caballos empezaron a relinchar y retrocedieron. El vehículo era una troica rusa con tres caballos blancos que se detuvo y esperó a que le diéramos alcance. No había cochero en la troica y, al acercarnos, vi que la conducía una mujer con un abrigo de armiño blanco y un gorro a juego con cuentas y plumas de avestruz bajo el cual asomaban unos rizos rubios.

Se dio la vuelta y nos sonrió. Era muy hermosa, con los ojos azul claro y una barbilla afilada con hoyuelo.

—¿Qué está haciendo aquí? —protestó Caroline.

La mujer sacudió las riendas y los caballos echaron a andar.

—¡Qué cara más dura! —dijo Lucy—. ¿Cómo se atreve esa advenediza a adelantarnos?

Nuestro paseo vespertino terminó abruptamente cuando Caroline ordenó al cochero que nos llevara a casa. Ella y Lucy se fueron a la biblioteca y nos dijeron a Isadora y a mí que nos entretuviéramos solas. Fuimos al salón de Isadora y le pedimos a Jennie que nos llevara té caliente y una jarra de lanolina para las grietas de las mejillas y los labios.

—No cabe duda de que arriba están trazando planes de batalla —dijo Isadora hundiendo el dedo en la lanolina.

—¿Quién era esa mujer? ¿Una actriz?

Isadora negó con la cabeza.

—No, pero podría serlo. Se llama Permelia Frances y está casada con el máximo competidor de papá. Recientemente estafó a papá en un negocio de diez millones de dólares, así que Permelia quería fanfarronear.

—Ah —dije.

Ahora entendía la indignación de Caroline.

—Por lo visto, es una mujer vulgar —añadió Isadora—. La tía de Rebecca oyó que Permelia tiene una lámpara de oro en su dormitorio y cada vez que tira de un cordel libera perfume de rosas por valor de veinticinco mil dólares.

Se me cayó la lanolina que tenía en la yema del dedo. Era una suma de dinero demasiado grande para imaginármela. Con una ráfaga de la lámpara de Permelia no solo saldaría mi deuda con Roche & Associates, sino que habría podido comprar dos apartamentos más.

El siguiente lunes por la noche fuimos a la ópera. Me extrañó que nos acompañara Oliver, y aún más que se sentara a mi lado en el palco privado, en vez de sentarse con Caroline. Tenía la impresión de que no le gustaban las actividades sociales.

Mientras todos charlaban, Oliver estudió el programa con sumo interés, no solo el reparto principal, sino también los miembros de la orquesta. Luego sacó una pluma estilográfica del bolsillo e hizo anotaciones al lado de varios nombres.

—¿Eres aficionado a la ópera? —pregunté sorprendida.

Oliver se encogió de hombros.

—Soy uno de los pocos que prefieren quedarse hasta el final de la actuación en lugar de salir corriendo a una cena o un baile.

Aunque llevaba casi tres meses en Nueva York, aún no sabía qué pensar de Oliver. No podía quitarme de la cabeza su mal humor con Caroline ni la sala en la que exponía los animales que había matado. Sin embargo, la preocupación que mostraba por Isadora y su amabilidad conmigo me hacían imposible rechazarlo por completo. Aquel hombre era un rompecabezas.

—¿Conoces la historia de Fausto? —me preguntó.

—Sí. Un viejo erudito vende su alma al diablo a cambio de juventud y una segunda oportunidad.

Oliver asintió y me observó unos instantes.

—¿Por qué venderías tu alma, Emma? Yo por una segunda oportunidad. Lo haría todo de otra manera si pudiera volver a ser el hombre al que conociste en París, pero es demasiado tarde. Mi suerte está echada y no puedo hacer nada al respecto.

¿Qué inquietaba tanto a Oliver? ¿Una mala decisión empresarial? ¿Perder a su madre y a su hermana? ¿Su matrimonio con Caroline?

Me miró a la cara esperando una respuesta y fruncí el ceño.

—¿Por qué vendería mi alma? ¡Por nada! Creo que no hay nada por lo que merezca la pena arder en el infierno.

Su expresión compasiva me recordó a la mirada de Berenice en el restaurante italiano del Village, como diciendo que, algún día, mi ingenuo optimismo me abandonaría y vería la vida como era en realidad.

Antes de que pudiéramos seguir hablando, empezó a tocar la orquesta y se levantó el telón. Normalmente me habría perdido en la música exuberante y refinada y en el sentimentalismo de la historia, pero la pregunta de Oliver y mi respuesta me perseguían. ¿Y *grand-maman*? ¿No habría vendido mi alma para ahorrarle la agonía de sus últimos meses o encontrar una cura para su cáncer? El recuerdo de aquellos días me atravesó el corazón como un cuchillo frío. Había hipotecado nuestra casa para intentar ayudarla. Sí, probablemente también habría vendido mi alma si hubiera podido. Contuve las lágrimas y miré a Oliver con compasión. Quizá todos teníamos un precio.

Durante el intermedio, Caroline llevó a Oliver y a Isadora a visitar el palco de los Harper, y Grace vino a sentarse conmigo.

—Así que Caroline te ha traído por fin —dijo, abanicándose para combatir el calor sofocante.

Ahora que las luces estaban encendidas, pude ver a Augusta van der Heyden sentada en el palco situado frente al nuestro. Estaba mirándonos fijamente e ignorando a la señora Williamson, que intentaba captar su atención como fuera.

—Augusta está observándonos —le dije a Grace.

—No me sorprende. Toda la ciudad habla del baile que está organizando tu hermana. ¿Verdaderamente lo está planeando para el tercer jueves de enero?

—Eso creo.

Grace chasqueó la lengua y señaló hacia el auditorio.

—Toda esa gente tendrá un buen dilema si recibe una invitación. ¿Deben asistir al emocionante baile de los Hopper o ser fieles a Augusta y aguantar otra de sus aburridas cenas? —Esbozó una sonrisa —. Pero el dilema será aún peor para los que no sean invitados al baile de Isadora. ¿Cómo afrontarán la humillación de verse excluidos del acontecimiento más importante del nuevo siglo? Tendrán que fingir que recibieron una invitación, pero no pudieron asistir por algún asunto de urgencia. ¡Imagínate cuántas enfermedades misteriosas, tías enfermas y abuelas moribundas habrá que inventar!

—Entonces, ¿Caroline ha metido un gato en el gallinero? —dije,

imaginando lo satisfecha que se sentiría mi hermana.

Ahora, la vieja élite tendría que elegirla a ella. Era tan despiadada en sus tácticas como Napoleón.

En Nochebuena, Caroline, Isadora y yo decoramos el árbol del comedor con la ayuda de dos criados. El día anterior fueron necesarios diez sirvientes para levantar el árbol de seis metros, y ahora el aroma a bálsamo inundaba la sala. Mientras los demás colocaban luces y adornos de cristal con filigranas, yo decoré la mesa y la repisa de la chimenea con guirnaldas de pino y bolas aromáticas que despedían una deliciosa fragancia a cítricos, clavo y canela.

A la mañana siguiente, cuando nos montamos en el carruaje para ir a la iglesia, pensé en Claude y su familia. Ya debían de haber asistido a la misa del gallo y ahora estarían reunidos para *le réveillon* de ganso relleno. Aún no había obtenido respuesta de Claude a mis cartas recientes. ¿Entendía que estaría preocupada hasta que tuviera noticias suyas? También era extraño no haber recibido correo de *madame* Tremblay. La madre de Claude había convertido en una tradición el enviarme cada Navidad un marcapáginas con flores pintadas a mano que incluía al dorso un verso de uno de sus poemas favoritos. Si lo hacía cuando estaba en París, debía de saber lo mucho que apreciaría ese regalo ahora que me encontraba en Nueva York.

La merienda ligera consistió en ostras asadas y *consommé royal* antes de una cena más abundante por la noche. Grace y Harland vinieron a las siete con los Graham, los Harper, los Potter y los Bishop. Era la primera vez que conocía a los maridos de las amigas de Caroline y me costaba tanto distinguirlos como me había ocurrido con sus mujeres. Todos eran hombres encorvados con barba gris, frac y zapatos caros de charol, y parecían cansados de la vida. Harland, con su piel brillante, su vitalidad y aquella mirada alegre, destacaba entre ellos como la estrella encima del árbol de Navidad.

—¿Os habéis enterado de que los Miller se divorcian? —preguntó cuando sirvieron la sopa. Lo dijo tan alegremente como si estuviera hablando de las rebajas posnavideñas.

—¡No! —exclamó Bessie Graham, que dejó la copa de vino en la mesa—. ¿Por qué?

—Al parecer, Buford quiere que su yegua preferida duerma en la cama con ellos —respondió Harland.

Franklin Harper estuvo a punto de atragantarse con el pan.

—¿He oído bien? ¿Que quiere que su hembra preferida duerma con ellos?

Su error arrancó las carcajadas de los demás, pero yo no me reí, ni tampoco Isadora y Grace, que agacharon la cabeza.

—Otra mujer sería mejor —dijo Caroline, secándose los ojos con la servilleta—. ¡Un caballo, por el amor de Dios! Ese hombre está loco. Le gustan más esos purasangres que su mujer y sus hijos.

—Después de conocer a su mujer y sus hijos, lo entiendo perfectamente —terció Newton Graham—. Natica está bastante obsesionada con la filosofía oriental. ¡Obliga a los niños a meditar y practicar yoga!

Su comentario provocó más risas.

—Parece que Buford se ha hartado definitivamente de la compañía de la gente —continuó Harland—. Me ha contactado para que le construya un castillo en Carolina del Norte, donde, en lugar de una recepción y salas de estar, tendrá establos lujosos para sus caballos, con techos con molduras de yeso y chimeneas Luis XVI para que no pasen frío en invierno.

Isadora intervino.

—Yo entiendo que haya personas que prefieren la compañía de los animales. En mi caso, prefiero esculpirlos a ellos.

—¡No seas ridícula! —protestó Caroline.

Isadora se puso pálida y miró el plato. Me habría gustado que mi hermana no fuera tan dura. No le hacía ningún bien a la confianza de Isadora.

—Si nos guiamos por las lápidas de Le Cimetière des Chiens en París, Isadora tiene razón —dije—. A veces, el vínculo de una persona con un animal es mucho más fuerte que con cualquier humano.

Caroline ignoró mi comentario.

—Pues si Natica va a pedir el divorcio, no tendré más opción que borrarla de mis listas de invitados —afirmó—. E imagino que otros harán lo mismo.

A Grace le centelleaban los ojos.

—¿Por qué a ella y no a él? Parece que el causante del problema ha sido Buford. Natica probablemente ganará el caso por locura o crueldad mental.

—El divorcio es malo para todo el mundo —dijo Elsie Bishop con un suspiro—. Pero el deber de una mujer es mantener el matrimonio y la casa unidos pase lo que pase. Los hombres siguen a lo suyo, pero toda mujer casada sospechará que Natica anda detrás de su marido. Las cosas funcionan así.

Charlotte asintió.

—El divorcio de Natica la condenará al ostracismo, desde luego. Es una lástima, porque siempre me ha parecido bastante interesante.

—No podría estar más de acuerdo —añadió Harland mirando a Grace. Estaba sonriendo, pero vi malicia en sus ojos—. El divorcio siempre da una mala imagen de la mujer.

Un repiqueteo metálico puso fin a la conversación. Grace había

tirado los cubiertos al suelo sin querer y un criado acudió rápidamente a recogerlos.

—Lo lamento mucho —dijo cuando Woodford le trajo cubiertos nuevos.

—Siempre le digo a Grace que no mueva las manos como los italianos —comentó Harland con una extraña nota de triunfo en la voz —. Pero, cuando se emociona con algo, no hay quien la pare.

—Sí —dijo Grace con una naturalidad que intuí falsa—, a veces soy torpe.

Algo la había molestado e intenté cruzar una mirada con ella, pero volvió la cabeza como si todo lo que Bessie le estaba contando fuera de lo más interesante. Fuera lo que fuera que inquietaba a Grace, no quería que yo lo supiera.

En aquel momento llegó el segundo plato, consistente en caballa y ensalada de pepino, y la conversación se centró en la Navidad.

—Qué maravilloso es pasar esta noche con todos vosotros —dijo Helen—. Llevamos todo el día con la familia, y creedme si os digo que mis hijas son las mujeres más desagradecidas que he conocido en mi vida. Este año, Gideon les ha regalado doscientos dólares a cada una y ¿sabéis que han dicho?: «¿Y ya está? ¡Los Perry les han regalado un millón a cada hijo!».

—Cuando yo era pequeña —intervino Bessie—, teníamos suerte si nos regalaban dulces por Navidad. Vi lo mucho que trabajaban mis padres por todo. Nuestros hijos no conocen esa lucha.

—La política de mi padre era que, por próspero que fuera nuestro negocio familiar, cada uno de sus hijos y nietos tendría que trabajar un mes en la fábrica cuando cumpliera la mayoría de edad, o lo desheredaría —dijo Franklin Harper—. Es una buena política, y Charlotte y yo la hemos mantenido. Es lo mejor para impedir que los jóvenes estén malcriados, mejor que cualquier otro método que yo conozca.

—Es una idea maravillosa —dijo Caroline mirando a Isadora—. A veces, nuestros hijos no tienen ni idea de lo afortunados que son.

—Nosotros hemos tenido mucha suerte con nuestra hija —dijo Oliver—. Es poco caprichosa por naturaleza. Estoy muy orgulloso de ella.

A Isadora se le iluminó la cara por el cumplido de su padre. Intercambiaron una fugaz mirada de comprensión mutua que afortunadamente Caroline no vio; sentí un placer secreto en mi corazón. ¿Por fin Oliver había empezado a defender a su hija?

Al día siguiente, después del desayuno, Oliver me pidió que fuera a su estudio.

—Espero que tu primera Navidad en Nueva York haya sido placentera —dijo.

—Sí —respondí, pero estaba mintiendo.

La cena había sido decepcionante. La celebración familiar íntima que yo esperaba había sido compartida con un grupo de amigos de Caroline que no tenían nada mejor que hacer que chismorrear.

El titubeo en mi voz hizo que Oliver adoptara una expresión compasiva y no mencionó más la velada. A continuación, miró el papel de carta y la pluma que tenía encima de la mesa.

—Te agradecería que me hicieras un favor —dijo—. Mi madre y mi hermana eran mujeres sencillas. No les gustaba el ajetreo navideño y se pasaban las vacaciones como voluntarias en la cena de Navidad del Ejército de Salvación y visitando hospitales para pobres. Desde la muerte de Anne, lamento no haber seguido con las donaciones a esas organizaciones, en su memoria. —Soltó un suspiro—. Pero el problema es que, con los periodistas acosándome constantemente, si lo hago, mal, y si no lo hago, también. Si hago una donación yo mismo, siempre insinúan que tengo motivaciones ocultas.

Escribió en un trozo de papel, lo releyó y me lo tendió.

—Me gustaría que mañana le llevaras esto a mi banquero, el señor Howell. Él se encargará de hacer los pagos anónimamente.

Miré el papel. Cada organización benéfica recibiría cien mil dólares. Era increíblemente generoso. Pero ¿por qué no le confiaba a Caroline esa tarea?

Debió de intuir lo que estaba pensando, porque al momento añadió:

—Te agradecería que esto fuera un secreto entre nosotros. Caroline… no es especialmente altruista.

Aunque estaba pidiéndome que engañara a mi hermana, la seriedad de Oliver me convenció de que lo ayudara.

—Será un honor —respondí.

Creía que nuestra conversación terminaría ahí, pero Oliver se levantó, abrió un armario y sacó un rollo largo de papel, que extendió sobre la mesa. Luego me pidió que me situara junto a él.

—Mira esto —dijo.

El papel era un plano de una casa colosal. ¡Había cuarenta y cinco dormitorios, treinta cuartos de baño y más de ochenta chimeneas! También tenía una piscina interior y una pista de bolos en el sótano. Todas las habitaciones eran el doble de grandes que las de la casa de la Quinta Avenida.

—¿Es un hotel o algo parecido? —pregunté, sabedora de que Oliver tenía intereses en propiedades comerciales.

Oliver soltó una carcajada seca.

—Podría serlo. ¡Son casi dos hectáreas! Es la casa que han

diseñado Harland Hunter y Caroline para Newport.

Yo aún seguía conmocionada. Nadie, ni siquiera Caroline, necesitaba una casa tan grande como la del plano.

—A veces admiro la incesante ambición de Caroline —prosiguió Oliver—. Y a veces creo que debería refrenarla, protegernos de la tiranía del exceso. ¿Tú qué opinas, Emma?

Me parecía una locura y creía que había que contener a Caroline. Pero era mi hermana y no Oliver quien pagaría mis deudas con Roche & Associates. Por ese motivo, no podía ponerme de parte de él. Recordé cuando Oliver me preguntó en la ópera por qué vendería mi alma, y me di cuenta de que había transigido en todo desde mi llegada a Nueva York. Pero ¿qué alternativa tenía?

—Caroline entiende las normas sociales de aquí mucho mejor que yo —respondí diplomáticamente—. A lo mejor quiere agrandar tu prestigio como hombre de negocios.

Oliver me miró a los ojos y sonrió amargamente.

—Tienes razón. He cosechado muchos éxitos con Caroline a mi lado. Por eso nunca he dudado en darle lo que quiere. Incluso hasta el punto de… —Calló y miró hacia otra parte—. Pero ¿esto? —Señaló el plano y negó con la cabeza—. Llamar demasiado la atención es peligroso. Esta Navidad, todos los titulares han estado dedicados a la creciente brecha entre ricos y pobres. De momento, el Gobierno ha dado vía libre a los empresarios más ricos de Nueva York, pero este tipo de artículos ponen a la opinión pública en contra nuestra.

Tenía la impresión de que Oliver estaba haciéndome una pregunta más profunda, como si quisiera que lo librara de una carga que llevaba sobre los hombros. Pero, por supuesto, yo no podía hacer tal cosa. Nadie podía, salvo su propia conciencia. O Dios.

18

En Nochevieja asistimos a un rutilante baile en la mansión de los Graham. El comedor dorado y la sala de baile estaban iluminados con luces eléctricas. Pero, aunque nos hallábamos en los albores de una época en la que se vaticinaba que los edificios llegarían hasta el cielo y las mujeres podrían votar, las conversaciones de los invitados cuando nos sentamos a degustar los ocho platos del menú no giraban en torno a los fascinantes avances que traería el nuevo siglo, sino al baile de puesta de largo de Isadora.

Helen Potter se me acercó.

—Emma, creo que esta semana se enviarán mil doscientas invitaciones. Caroline se acordará de sus viejas amigas, ¿no?

—¿Es cierto que traerán seis mil orquídeas del sur? —preguntó otra mujer.

Después del postre empezó el baile, pero las preguntas no cesaban.

—¿Es cierto que los recuerdos de la fiesta serán perlas negras y pitilleras de oro? —me dijo un hombre.

—¿Es verdad que llevará usted un collar de rubíes que perteneció a María Antonieta? —preguntó su pareja de baile mientras ella me observaba inquisitivamente.

Si creía que los interrogatorios sobre el baile de Isadora acabarían a medianoche, me equivocaba. Tradicionalmente, Año Nuevo era el día para hacer visitas, y Caroline me pidió que me preparara para «unos invitados» que vendrían a la jornada de puertas abiertas entre las once de la mañana y las cinco de la tarde.

Por la casa desfiló una procesión de visitantes. Cuando nos despedíamos de uno, llegaba otro. Y no eran los amigos de siempre, sino también miembros de la vieja élite.

La señora Schorer, una viuda vestida de negro con unos ojos penetrantes y bastón, llegó al mismo tiempo que Helen Potter, que llevaba un precioso vestido azul metálico adornado con escarapelas y lazos. En la corona del sombrero había tantas flores que parecía que

llevara un jardín en miniatura en la cabeza. En comparación, el tocado de la señora Schorer era muy sencillo.

Aunque Woodford llevó té a ambas, la señora Schorer se negó a reconocer la presencia de Helen. Ello dejó a Caroline en una posición difícil, e hizo lo que pudo por ser cordial con ambas invitadas a la vez que entablaba una conversación que la hacía parecer más una mujer espiritual que una anfitriona de sociedad.

—Señora Schorer, tengo entendido que posee usted unos invernaderos espléndidos que la abastecen de verduras y flores todo el año. Mi amiga, la señora Helen Potter, ha creado un bonito huerto italiano en su casa de Newport, e incluso tiene plantas raras que se utilizaban en la medicina medieval. ¿Puedo presentársela?

La anciana viuda bebió un sorbo de té y frunció los labios con determinación.

—Señora Hopper, no puedo acceder a su petición por muy amablemente que la exprese. En nuestro mundo, las presentaciones no pueden hacerse nunca en una jornada de puertas abiertas. Y, aunque entiendo que preferiría que sus conocidos se conozcan también entre sí, por desgracia aquí hay gente a la que no recibiría jamás en mi casa. Por tanto, presentármelos me impone un deber que sencillamente no puedo cumplir.

Helen se sonrojó al oír su respuesta. Puso los labios rígidos y parecía estar a punto de expresarle su opinión a la señora Schorer, pero Caroline agitó ligeramente la mano para indicar que ella se ocuparía del tema.

—Pero, mi querida señora Schorer —dijo dulce pero firmemente—, a nosotras no nos habían presentado hasta que ha venido usted esta tarde a la jornada de puertas abiertas. Por tanto, en la práctica hemos roto la convención. Me alegro mucho de haberla conocido, porque ahora podré invitarla al baile de Isadora. Sin embargo, me temo que habrá muchos invitados a los que no podría recibir en su casa. Si prefiere que no la ponga en tan difícil situación invitándola al baile, lo entiendo perfectamente.

La señora Schorer puso cara de circunstancias, igual que un jugador de ajedrez al que acaban de hacerle un jaque mate, y miró a izquierda y derecha intentando encontrar una escapatoria. Al ver que no la había, suspiró en señal de rendición.

—Tiene usted razón, señora Hopper. Si quiere traer a su amiga a mi casa mañana por la tarde, será un placer que haga las presentaciones.

Cuando la señora Schorer se fue, Helen cogió a Caroline de las manos y dijo asombrada:

—¿He entendido bien? ¿Mañana iré contigo a la residencia Schorer? ¿No tienen un nieto en edad de casarse que sería perfecto

para mi Louise?

—No te entusiasmes —dijo Caroline, que se sentó en el sofá y sonrió con aire triunfal—. Espero que la señora Schorer no pretenda que le presente a todas mis amigas «*parvenues*» antes del baile —añadió—. ¡No habrá tiempo!

—¿A quién llamas «*parvenues*»? —dijo Helen entre risas mientras se miraba el elaborado sombrero en el espejo que había encima de la repisa de la chimenea.

Media hora después tuvimos otra visita: la señora Warburg, a la que había conocido en la cena formal de Augusta y que no me había caído bien. Recordaba su insulto a mi familia, pero ahora era todo sonrisas.

—Oh, señorita Lacasse —dijo como si fuéramos íntimas—, perdóneme por no haberla invitado después de haber tenido la fortuna de conocerla en la cena de la señora Van der Heyden. Por desgracia, algunos asuntos familiares me lo han impedido.

Me dedicó una mirada de súplica que no quería que viera Caroline, pero mi hermana se percató y sonrió forzadamente.

—El baile de los Blumenthal fue el primero al que asistí —dijo la señora Warburg, a quien se le llenaron los ojos de lágrimas al recordarlo—. Fui de princesa veneciana, con un vestido precioso con bordados y un sombrero con incrustaciones de joyas. Mi hermana, que siempre ha sido más atrevida que yo, iba de abejorro. Llevaba un vestido de rayas amarillas y negras, unas alas de gasa y antenas con diamantes incrustados. Lo que daría por ser joven otra vez. —Isadora y yo nos miramos antes de que la señora Warburg fuera al grano—. Un baile tan magnífico como ese es la noche más mágica de la primera temporada de una debutante, señora Hopper. Quedar excluida podría rebajar el prestigio de una joven y dejarla fuera de otros actos importantes.

—Desde luego —respondió Caroline—. Es lo que siempre me ha preocupado con Isadora.

La señora Warburg dudó.

—Entonces, ¿comprende la situación? Tengo un asunto bastante delicado.

—Continúe —dijo Caroline, que ladeó la cabeza y arqueó las cejas.

—La señora Van der Heyden… Bueno, el caso es que tiene dos nietas muy bellas, Georgia y Minerva. Son gemelas. Augusta ha sido como una madre para ellas desde que falleció su madre.

—Sí, las he visto paseando por el parque con su abuela —dijo Caroline—. Parecen unas chicas encantadoras. Nunca nos han presentado, claro está.

—Ambas han celebrado ya su puesta de largo —prosiguió la señora Warburg.

—¿Ah, sí? —dijo Caroline, que bebió un sorbo de té—. No tenía ni idea.

La señora Warburg tragó saliva y parecía estar a punto de flaquear, pero reunió coraje.

—Dado que esta es su primera temporada, sería terriblemente… Bueno, sería humillante que no fueran invitadas a su baile.

Caroline dejó la taza y se volvió hacia mí como si finalmente hubiera entendido a qué se refería la señora Warburg.

—Ah, mi querida señora Warburg, ahora comprendo.

Nuestra invitada se relajó y soltó una pequeña carcajada.

—Estoy segura de que Georgia y Minerva serían muy buenas amigas para Isadora. Quizá podríamos presentárselas antes del baile, y todas las jóvenes podrían practicar sus movimientos.

—Isadora estaría encantada de conocerlas, estoy convencida —repuso Caroline, que miró a la señora Warburg con simpatía—. Pero me temo que invitarlas es imposible.

La señora Warburg se puso pálida como un fantasma.

—¿Imposible?

—El problema es el siguiente —dijo Caroline con una voz llena de falso pesar—: tal como me ha recordado muy amablemente la señora Schorer, uno no puede invitar a gente a su casa cuando no han sido presentados como es debido. Y ni un solo miembro de la familia Van der Heyden me ha invitado nunca, ni siquiera me ha recibido.

La señora Walburg bajó los hombros como si hubiera sido condenada a la horca. Imaginé lo furiosa que se pondría Augusta van der Heyden cuando se enterara de que Caroline había despreciado a sus nietas.

—Se me parte el corazón, de verdad —dijo Caroline negando con la cabeza cuando acompañábamos a la señora Warburg a la puerta—. Pero Augusta van der Heyden conoce las reglas. De hecho, creo que las inventó ella.

—¿Y ahora qué? —pregunté a Caroline cuando la señora Warburg se hubo marchado.

—Esperaremos —respondió con una sonrisa astuta—. El dinero pisotea los viejos valores continuamente. Pero ¿sabes qué pisotea al dinero? —Negué con la cabeza—. La vanidad. Es la locura que nos pone de rodillas a todos, incluso a los más éticos.

Al día siguiente di a Isadora la clase de arpa, como era habitual, pero estábamos todos alerta. Caroline nos indicó que nos pusiéramos vestidos de recepción.

—¿Crees que Augusta van der Heyden vendrá a visitarnos hoy? —preguntó Isadora, que añadió—: Mira, empieza a nevar.

Desde la sala de música se veía la calle. Fui con ella a la ventana a ver los copos que caían del cielo y cubrían los árboles del parque con un manto blanco. Caroline tenía un sexto sentido para esas cosas, pensé. Sabía que Oliver iría a nuestro apartamento de París para pedirle matrimonio. Si creía que Augusta vendría, estaba segura de que lo haría.

Como por arte de magia, a través del velo blanco apareció una elegante berlina negra. Cuando se detuvo delante de casa, un criado con un uniforme verde oliva con ribetes dorados subió las escaleras con porte majestuoso a pesar de la nieve.

—¿Irá Augusta en el carruaje? —pregunté—. A lo mejor el criado simplemente viene a entregar un mensaje.

La respuesta llegó un minuto después, cuando apareció Jennie con instrucciones de Caroline para que fuéramos a la sala de recepción.

—La señora Augusta van der Heyden ha venido de visita.

Volví a mirar fuera. El criado y el cochero sostenían una marquesina de tela por encima de la puerta del carruaje y Woodford extendió una alfombra para que Augusta pudiera llegar a la entrada sin ensuciarse los zapatos. ¡Menuda producción! Recordé todas las veces que la lluvia me había calado hasta los huesos en París y había tenido que vivir con ello.

Caroline llevaba un traje de lana bermellón. La americana ajustada tenía el cuello alto y trenzas negras en el pecho y los hombros, y le daba la apariencia de un general.

Cuando Woodford anunció la llegada de Augusta, nos pusimos todas en pie.

Iba enfundada en seda negra de la cabeza a los pies; de no ser por el encaje dorado de los puños y el cuello, parecería que iba a un funeral. El simbolismo no me pasó desapercibido. Augusta sabía que sus subordinados, a quienes había gobernado durante décadas, estaban abandonándola por Caroline y su espectacular baile. Augusta había mantenido a mi hermana fuera de la vieja élite de Nueva York a lo largo de casi veinte años, y ahora Caroline la había obligado a hincar la rodilla.

Mi hermana tuvo el acierto de no alardear.

—Señora Van der Heyden, cuánto me alegro de verla. Ya conoce a mi hermana, la señorita Lacasse, y esta es mi hija, Isadora.

Augusta asintió en dirección a ambas.

—Siéntese, por favor —dijo Caroline señalando una butaca Luis XV dorada que parecía un trono. Ahora que estaba convencida de su victoria, podía permitirse ser generosa—. Es muy amable que haya desafiado a la nieve para venir a vernos.

Augusta relajó su pose desafiante.

—Imaginé que debía venir, ya que mi sobrino, Douglas

Hardenbergh, habla maravillas de todas ustedes.

—Desde luego, posee una espléndida colección de arte y es un gran músico —comentó Caroline.

—Sí, su difunta esposa era una excelente pianista —respondió Augusta mirándome fijamente—. Nos entretenían con sus hermosos dúos de flauta y piano. —No sabía si era una pulla para mí, pero entonces añadió amablemente—: Douglas alabó la habilidad de la señorita Lacasse con el arpa, lo cual es un gran elogio. Es muy maniático en lo referente a la música.

—Nuestros abuelos eran músicos con talento —dijo Caroline—. Creo que mi hermana heredó el suyo de ellos. Yo me parezco más a mi madre, consumida por las cuestiones prácticas de la vida.

—Las cuestiones prácticas también son importantes —zanjó Augusta.

La conversación mantuvo aquel tono extraño y educado, y abarcó temas tan dispares como el escaparate de Macy's en Navidad, la guerra de los Bóeres y el debate sobre si ya había empezado el nuevo siglo o no lo haría hasta enero de 1901.

Cuando transcurrió el tradicional cuarto de hora para una visita, llamaron a Woodford para que tendiera de nuevo la alfombra en la escalera y Augusta pudiera regresar a su carruaje.

—Esta tarde haré que envíen a sus nietas invitaciones para la puesta de largo de Isadora —le dijo Caroline a Augusta para tranquilizarla—. Espero que usted también nos deleite con su presencia.

Augusta soltó una risita.

—Me temo que hace años que no asisto a un baile de disfraces.

—Pero habrá muchas amigas suyas. Quedarán decepcionadas si no viene.

Augusta miró a Caroline unos instantes. Tenía los ojos húmedos y le temblaban los labios, pero recuperó la seriedad y asintió.

—Esperaré su invitación.

En la puerta, se detuvo y volvió a mirar a Caroline.

—Yo no vivo en el país de las hadas. Sé que, algún día, otras mujeres ocuparán mi lugar para liderar la sociedad que he construido con tanto esmero. He dedicado mi vida entera a crear belleza, elegancia, refinamiento y cultura, pero ahora veo que no debería haber excluido a gente de calidad cuyos maridos han estado ocupados levantando este gran país nuestro. Fui demasiado dura con usted, señora Hopper.

Caroline se quedó boquiabierta y tuvo que hacer un rápido esfuerzo para recomponerse.

—Es hora de que dejemos las armas y sellemos una alianza, señora Van der Heyden —dijo—. Hay mujeres mucho peores que yo, que

Helen Potter o que Bessie Graham, mujeres vulgares que nos pondrían a todas en ridículo.

Augusta entrecerró los ojos y se volvió hacia Central Park.

—Estoy de acuerdo, señora Hopper. He visto a Permelia Frances en esa ridícula troica. —Se estremeció—. No sé adónde está yendo este mundo.

Caroline estaba animada tras su triunfo con Augusta van der Heyden y aproveché la ocasión para decirle que iría a visitar a Grace, pero cuando le pedí a Woodford que preparara un carruaje, mi hermana dijo:

—¡Ya te llevo yo! Ponte un vestido de tarde y coge una bufanda.

Supuse que daríamos un rodeo para pasear por Central Park, y me sorprendió que Caroline me llevara a la cochera, donde Teddy estaba puliendo un coche motorizado blanco con asientos de piel roja y neumáticos. Se puso firme cuando nos acercamos.

—¿Te gusta? —me preguntó Caroline mientras admiraba los guardabarros cromados—. Es un regalo que me hice a mí misma por Navidad. ¡Tiene volante, capota y marcha atrás!

El automóvil era más grande y robusto que el que había visto la última vez, con dos asientos en la parte delantera y uno largo en la trasera.

—Pero tú no conduces, ¿verdad? —pregunté observando a Teddy, que cambió de postura—. Teniendo a un chófer tan capacitado…

—Que te lleven siempre a todas partes no tiene gracia, Emma —respondió Caroline abruptamente—. Si Permelia Frances puede conducir su troica, yo puedo conducir mi coche motorizado.

Ahora entendía el motivo para comprar el vehículo con motor: superar la atrevida demostración de Permelia Frances.

—Señora Hopper, disculpe que exprese mi opinión, pero ha nevado —dijo Teddy con cierto nerviosismo—. Las carreteras están mojadas y resbaladizas. No es el mejor día para probar el nuevo coche motorizado.

A mí tampoco me gustaba la idea, sobre todo porque Caroline no conocía el vehículo.

—Quizá deberías esperar a que mejore el tiempo —propuse.

—¡Vamos, Emma, no seas tan aburrida! —protestó Caroline—. Y no me des sermones sobre algo de lo que no sabes nada. El verano pasado participé en una carrera con mi otro coche motorizado en la propiedad de Bessie Graham en Newport y quedé primera, y ese automóvil tiene timón y es mucho más difícil de conducir que este.

Me mordí el labio inferior, intimidada por las palabras de Caroline. Recordé la noche que las Solteras Empedernidas se quitaron el corsé y

lo avergonzada que me sentí. A lo mejor sí que era una aburrida.

Dejé que Teddy me ayudara a subir al asiento del acompañante detrás de Caroline, que también se montó en el coche y sacó un espejo redondo de debajo del asiento.

—La hija de Bessie me enseñó este truco —dijo, sosteniendo el espejo en alto—. Lo utilizas para mirar hacia atrás mientras conduces.

Un mozo de cuadra abrió las puertas de la cochera y Teddy preparó el motor antes de arrancarlo con una manivela. El ruido era ensordecedor e hizo relinchar a los caballos de los establos.

Mientras Caroline toqueteaba los mandos, Teddy bordeó el vehículo y me habló al oído.

—El límite de velocidad es de doce kilómetros por hora, seis al doblar una esquina, pero este coche puede alcanzar los sesenta kilómetros por hora. Asegúrese de que la señora Hopper no corre mucho.

Caroline soltó el freno y el coche motorizado inició su avance. En la acera esperaba un mozo para asegurarse de que no había peatones cuando Caroline saliera a la calle. La vibración, el ruido y los humos de la gasolina me daban dolor de cabeza. ¿Cómo podía preferir alguien un coche motorizado al que el elegante chacoloteo de un carruaje tirado por caballos? Pero seguía dolida por el reproche de Caroline, así que me senté erguida y fingí disfrutar del paseo.

Cuando circulábamos por la Quinta Avenida en aquella máquina ruidosa y hedionda, los espectadores se apiñaban en las aceras para mirarnos con una expresión mezcla de asombro, adulación y horror.

—¡Mira esas dos damas en un coche motorizado! —gritó un repartidor de periódicos.

Los tenderos salían al umbral y los niños miraban por las ventanas. Éramos una atracción más llamativa que si hubieran sido dos hombres, y a Caroline le encantaba ser el centro de atención. Guiñó el ojo a algunos niños y saludó a la gente que se asomaba a la ventana para vernos de cerca. Incluso yo empecé a relajarme y disfrutar cuando vi que solo quedaban pequeños montones de nieve a ambos lados de la calle. Dejé de agarrarme al asiento y reuní valor suficiente para saludar a la gente.

Caroline volvió hacia el parque y siguió la ruta que habríamos utilizado para el paseo en carruaje. Muchos de nuestros conocidos habituales estaban allí y contemplaron boquiabiertos nuestro medio de transporte.

Helen Potter gritó desde su carruaje, olvidándose del decoro y agitando los brazos alocadamente. Incluso las mujeres de la vieja élite que normalmente nos habrían despreciado aplaudieron como si aquello les resultara muy divertido.

—¡Qué velocidad! —exclamó la señora Warburg, aunque el caballo

que tiraba de su victoria se puso nervioso por el ruido cuando pasamos junto a él. El pobre animal parecía estar a punto de encabritarse.

—¡He marcado tendencia! —me dijo Caroline con expresión triunfal—. Ya lo verás, ahora todas las mujeres se apuntarán a clases de conducción.

Dimos varias vueltas y cada vez parecíamos ir más rápido. Miré los marcadores, pero no entendía nada. Teddy me dijo que no permitiera que Caroline superara los doce kilómetros por hora, pero ¿cómo de rápido era eso?

La euforia de Caroline había trocado en decepción.

—Pasemos por delante de su casa —dijo, y puso rumbo a la Quinta Avenida.

—¿De Grace?

—No, de Permelia France. Ha construido una mansión con un terreno considerable en el West Side —dijo Caroline con desdén—. Dice que se niega a seguir a la «vieja» multitud, y que, en el futuro, el West Side será más «cosmopolita» que el East Side. ¡Como si eso fuera bueno!

Cuanto más hablaba de Permelia, con más fuerza asía el volante y más rápido parecíamos ir.

—¿A qué velocidad vamos ahora? —le pregunté.

Caroline me ignoró y, con voz chillona, dijo imitando a Permelia:

—¡Necesito árboles, cariño! ¡No puedo vivir en un bloque de cemento sin árboles y flores! En el West Side puedes tener jardín. ¡Puedes tener una vía ferroviaria debajo de casa para que te traigan carbón, e incluso tu propia capilla!

Había olvidado lo mucho que Caroline se alteraba con las personas que veía como competidoras. Si hubiera sido un dragón, habría escupido fuego.

¡Bum! Ocurrió muy rápido. Un hombre bajó de la acera distraído, leyendo un trozo de papel. Sentí el golpe cuando desapareció debajo del coche motorizado.

Solté un grito y Caroline frenó y volvió la cabeza. Yo también lo hice. El hombre estaba tendido en medio de la calle.

—¿De dónde ha salido? —preguntó Caroline—. ¡No hay nadie por aquí!

Por un aterrador momento pensé que iba a continuar y dejarlo allí.

—¡Tenemos que volver a ayudarlo! —grité.

Estaba a punto de bajarme del coche e ir corriendo hacia el hombre cuando Caroline dio marcha atrás. El hombre estaba levantándose justo cuando lo golpeamos de nuevo. Milagrosamente, las ruedas no le habían pasado por encima y, aunque tenía el abrigo roto y sucio, no parecía haber sufrido heridas graves. Se puso en pie,

tambaleándose por la conmoción.

—¡Madre mía! —gritó Caroline—. ¡Lo siento mucho!

Pensé que se ofrecería a llevarlo a un médico o pagarle un abrigo nuevo, pero puso primera y salió de allí a toda prisa.

—¡Podríamos haberlo matado! —dije. Me costaba hablar. Tenía la garganta tan tensa como una cuerda de arpa.

—Si la gente es tan estúpida como para pasar por delante de nosotras, no me hago responsable de una muerte prematura —dijo Caroline despreocupadamente.

Su frialdad me provocó escalofríos. Siempre había sabido que formaba parte de ella, pero había decidido olvidarlo.

—Caroline, déjame en casa de Grace, por favor. Ya encontraré el camino a casa.

Me miró con disgusto.

—En serio, Emma. Tendría que habernos oído llegar. Y no podíamos ir muy rápido o lo habríamos matado.

No obstante, se detuvo delante de casa de Grace. Me bajé del coche con piernas temblorosas y la vi alejarse, tocando la bocina a transeúntes y ciclistas. Intenté borrar de mi mente la imagen del peatón al que habíamos atropellado, pero no podía. De repente sentí vértigo y me apoyé en una farola. Cuando Caroline se obsesionaba con algo, era aterradora.

Me vino a la cabeza un pensamiento inquietante y me estremecí. ¿Y si Isadora rechazaba al pretendiente que Caroline eligiera para ella? ¿Qué ocurriría entonces?

19

Las invitaciones al baile las escribió una mujer de semblante serio llamada María de Amaragi. Pese a su aire de austeridad, su caligrafía era hermosa. Las líneas eran totalmente rectas, las letras espaciadas y sus adornos complejos y bien ejecutados. Entendí que Caroline se lo hubiera encargado a ella.

Cuando Isadora y yo estábamos en su estudio, me sorprendió al decir:

—¿Sabías que *madame* de Amaragi pasó una temporada en la cárcel?

—¿En serio? ¿Por qué?

—Falsificación. Al parecer firmaba cuadros para que pareciera que eran de artistas famosos y falsificaba cheques. Incluso escribió una falsa confesión para condenar a alguien que casi con total seguridad era inocente.

—¿Por qué ha utilizado tu madre a alguien así para las invitaciones a tu baile? —pregunté asombrada.

Isadora se puso a reír.

—Porque es la mejor, claro. Y a la gente le gustan las intrigas. En Argentina era aristócrata, pero ahora vive en una refinada pobreza. Además, nunca se atrevería a engañar a mamá. Nadie sería tan tonto como para hacer eso.

Cuando se enviaron las invitaciones, nuestros días estuvieron consagrados a planificar el «baile del nuevo siglo», como lo bautizó la prensa. Después de consultar libros de historia, Caroline confeccionó una lista de personalidades notables de la época de Versalles y nos la enseñó un día que Harland había venido a tomar el té. Caroline decidió ser Catalina la Grande y Harland sería Napoleón, «un conquistador victorioso». A Isadora y a mí nos asignaron a *madame* Du Barry y a María Antonieta, las cuales fueron a la guillotina durante la Revolución francesa, la primera llorando y protestando, la segunda, tranquila y fatalista.

Pensé en la Conciergerie de París y me estremecí. Disfrazarme de una persona cuya vida había acabado de manera tan brutal me parecía repugnante. Todos los escritores a los que conocía eran muy supersticiosos con algo, y yo no era una excepción. Rara vez escribía en primera persona a menos que se basara en algo que me había sucedido o que no me importaría que sucediera. De lo contrario, me daba miedo manifestar unos hechos terribles.

—Si no te importa, preferiría disfrazarme de otro personaje —dije —. No quiero ser alguien a quien ejecutaron en la guillotina.

—¡No seas criatura! —exclamó Caroline con el mismo tono que utilizó cuando sugerí que era Teddy quien debía conducir el coche motorizado y no ella—. ¿Prefieres ser una subordinada tonta de la corte? ¡Mientras vivió, María Antonieta lo hizo brillantemente! ¿A quién le importa cómo murió?

Harland puso los ojos en blanco.

—La muerte nunca es bonita, Emma, aunque mueras en la cama. En lugar de pensar en cómo murió María Antonieta, deberías aspirar a vivir como ella. ¡Como unos fuegos artificiales!

Miré a Isadora, que tenía los puños cerrados encima del regazo. Era su puesta de largo y Caroline le había asignado un personaje como *madame* Du Barry. Que mi hermana me subestimara no estaba bien, pero yo tenía motivos para mantener la boca cerrada y no desviarme del rumbo. Imaginaba mi apartamento en París y a Paulette a salvo, caliente y bien alimentada en su vejez. Pero ahora que sabía lo mucho que se despreciaba Isadora a sí misma, la actitud condescendiente de su madre era más difícil de tolerar.

Le cogí la mano a mi sobrina para mostrarle mi solidaridad y dije:

—De acuerdo. Simbólicamente, ambas perderemos la cabeza esa noche.

Isadora me dedicó una sonrisa de agradecimiento y relajó los hombros.

—¿Y yo quién seré? —preguntó Oliver, que se detuvo un momento en el umbral camino del gran salón.

—Iván el Terrible —dijo Harland, que volvió la cabeza para que Oliver no viera su sonrisa de suficiencia.

Oliver captó el sarcasmo, pero no reaccionó.

—Muy bien. Encárgate de mi disfraz, Caroline. Imagino que necesitaré una espada.

—Iván el Terrible no llevaba espada —le dijo—. No la necesitaba. Era el zar, y otros cargaban con sus espadas.

Oliver inspiró lentamente y respondió:

—Vuelvo a la oficina. No llegaré a tiempo para la cena.

Pero ni Caroline ni Harland parecieron oírle. Siguieron hojeando libros y admirando las imágenes como si Oliver no hubiera dicho

nada.

¿Qué había sido del Oliver al que conocí en París? Aquel hombre osado y desenvuelto no habría tolerado insolencias de nadie, y menos aún de su mujer y de alguien cuyos ingresos dependían de él. Los habría puesto a ambos en su sitio.

Me preguntaba qué opinaba ahora de su apresurada petición de mano a Caroline. A lo mejor desearía haber escuchado a *grand-maman* y haber conocido mejor a mi hermana.

Si Oliver había aprendido algo de sus errores, esperaba que lo recordara cuando a Isadora le llegara el momento de elegir marido.

El baile había revolucionado a la alta sociedad neoyorquina. Según el *New York Times*, todos los fabricantes de disfraces y peluquines, costureras, maestros de danza, sombrereros y joyeros estaban trabajando veinticuatro horas al día para que los atuendos estuvieran listos para el baile.

> Los que han gozado del privilegio de recibir una invitación están decididos a eclipsar a los otros invitados. Las cajas fuertes de los bancos se vaciarán cuando las joyas familiares que no han visto la luz del día durante décadas sean exhibidas. La señora Herman Fishburn lucirá joyas por valor de doscientos mil dólares, y la señora Floyd Dumonceau tiene intención de llevar una tiara de diamantes que antaño perteneció a la emperatriz francesa María Luisa. El señor Gilbert Chaser, por su parte, tiene ocupados a los empleados de Tiffany & Co. tras encargar una espada con rubíes de ocho mil dólares para acompañar su disfraz…

Una tarde, Caroline vino a verme mientras ensayaba con el arpa en la sala de música.

—Te he comprado una cosa —dijo, y me tendió una cajita roja con una insignia real.

La cogí y le levanté el cierre. Al abrir la caja vi un reluciente conjunto de diamantes y rubíes: una tiara, un collar, unos pendientes y un broche. Su belleza me dejó atónita.

—Son para que los lleves en el baile —me dijo—. Formaban parte de la colección personal de María Antonieta.

Pasé los dedos por encima de las piezas; parecían demasiado valiosas para tocarlas. La tiara tenía siete puntas, la más grande en el centro, cada una de ellas compuesta por un rubí ovalado rodeado de diamantes con forma de rosa. La franja semicircular inferior era una hilera de diamantes sobre una capa de perlas esféricas. Las otras piezas eran igual de magníficas. No podía ni imaginar cuánto había pagado Caroline por la colección, pero su valor histórico era incalculable.

—¿Para que las lleve yo? Pero no puedo…

—Emma, no me estarás diciendo que son demasiado buenas para ti… —respondió Caroline con irritación—. ¡Eres mi hermana! ¿No crees que te mereces cosas gloriosas?

Me miró fijamente como si estuviera desafiándome. Rememoré mi infancia, cuando Caroline siempre creía que merecía las cosas bonitas que veíamos en los escaparates de la Rue de la Paix. Para mí, en cambio, eran fantasías, algo con lo que solo podía soñar.

Darme cuenta de que tenía una opinión inferior de mí misma era desafiante y bajé la mirada.

—Disfrutaré luciéndolas en el baile, gracias. Serán una parte alegre de mis días en Nueva York, algo que recordar cuando me vaya a casa.

—No estarás pensando en marcharte, ¿verdad?

Levanté la cabeza y la miré.

—Cuando Isadora haya encontrado un marido adecuado, tal como acordamos.

Noté un cambio en Isadora por cómo reposicionó sutilmente los hombros y apartó la mirada.

—Emma, la familia Hardenbergh tiene tantas propiedades que la vida de Douglas Hardenbergh es extremadamente cómoda. Creo que pasa gran parte del tiempo cultivando la mente: leyendo, tocando música y viajando. Piénsalo, estarías cerca de nosotros en Nueva York y serías una parte permanente de nuestra familia. Nadie es tan maniático con los segundos matrimonios como con los primeros.

Me desconcertó su insinuación, pero conseguí recomponerme.

—Caroline, Douglas Hardenbergh es muy simpático y educado, pero tengo a alguien en París. Estoy comprometida con él.

La mentira me aceleró el pulso, pero ¿cómo podía explicarle mi relación con Claude?

Caroline agitó la mano como si le hubiera contado algo que ya sabía.

—¡No será el artista! Son gente muy voluble que salta de un amor a otro. No me extraña que no tengas dinero para el apartamento. Un buen hombre habría saldado tus deudas. No habrías tenido que venir a suplicarme.

Me llevé la mano al pecho. No fue el desprecio lo que me sorprendió, sino que supiera de la existencia de Claude. ¿Cómo lo había averiguado? Debió de contárselo Isadora. Mi sobrina nunca habría desvelado mi secreto por venganza, pero en el futuro debería tener cuidado con qué le contaba.

—Evidentemente, eres adulta y tú decides lo que haces con tu vida —prosiguió Caroline—, pero parece que Douglas Hardenbergh quiere conocerte mejor. Imagínate ser la señora de una buena casa, Emma, tener un marido rico y respetable y ser la madrastra de esos niños

encantadores, e incluso puede que madre de uno o dos propios. ¿No es lo que siempre quisiste, una familia?

Me latía tan rápido el corazón que creía que iba a desmayarme. Por supuesto, mi hermana estaba manipulándome, pero lo había hecho con una inteligencia diabólica. Me aterraba que conociera tan bien mis deseos cuando yo nunca le había confiado nada.

Su voz continuó hipnóticamente.

—Con Douglas podrías tener una casa y una familia. Un artista nunca te ofrecerá algo tan estable.

Me levanté y me alejé de ella como si intentara romper el hechizo que me estaba lanzando.

—Te olvidas de una cosa —dije—. Douglas Hardenbergh sigue muy enamorado de su difunta esposa. No me ha pedido que me case con él.

Caroline sonrió misteriosamente.

—Nada dura para siempre, ni siquiera la tristeza. No es cierto que el amor sea eterno. Puedes hacerlo aparecer y desaparecer cuando quieras. Ya lo verás.

Al día siguiente recibí por correo la edición francesa de *Historia de una casa solitaria* y una nota de *monsieur* Plamondon en la que me decía que se la había remitido a un editor estadounidense que aseguraba estar muy interesado en los derechos de traducción.

Reflexioné sobre la premisa de una novelita mientras supervisaba la clase de Isadora con el señor Gadley. Originalmente la había escrito en tercera persona, pero *monsieur* Plamondon me convenció de que tendría más fuerza e inmediatez en primera persona y cedí a su lógica. En la historia, Genevieve, una solterona rica, se casaba con un hombre a quien consideraba un buen compañero, y vivía en una casa aislada en una colina. Pero él la apartaba de sus amigos y poco a poco se hacía con el control de su vida. Genevieve contraía una enfermedad cada vez más grave y a la postre se daba cuenta de que el marido al que adoraba y en el cual confiaba estaba envenenándola.

Una carcajada del señor Gadley me devolvió al presente.

—¡Qué resultado tan espléndido, señorita Hopper! Cabría decir que es terapéutico.

—Desde luego —dijo Isadora con una sonrisa.

—¿De qué estáis hablando? —pregunté.

Isadora se volvió hacia mí.

—Llevas un rato en tu mundo, tía Emma. ¿Estabas pensando en una nueva historia?

—A menudo se desaconseja y se ridiculiza el soñar despierto —dijo el señor Gadley—, pero para un artista es tan vital como el aire y el

agua. ¡Menudas glorias cosechamos en el reino invisible de las ideas!

—No podría estar más de acuerdo, señor Gadley. —Me acerqué al banco de trabajo para ver qué había estado esculpiendo Isadora. Era una cabeza de mujer con ojos de color endrina y una sonrisa encantadora, y tenía el cabello ondulado—. ¿Qué os parece tan divertido?

Isadora sonrió.

—Es la cabeza cercenada de *madame* Du Barry. En el baile llevaré esto en las manos, en lugar de un ramo de flores. Será mi venganza por no poder decidir nunca nada, ni siquiera mi propia puesta de largo.

Yo también me eché a reír.

—Me gusta, pero sabes que no puedes hacer algo así.

Isadora se cubrió la cabeza con una tela.

—Pues claro que puedo. Pero ¿por qué tenemos que disfrazarnos de personajes que no queremos ser? ¡María Antonieta y *madame* Du Barry ni siquiera se caían bien! Además, la pobre *madame* Du Barry no se convirtió en cortesana por decisión propia.

—No creo que tu madre esté pensando mucho en ello, y la mayoría de los invitados tampoco lo harán —le dije—. Es más por el suntuoso disfraz y la peluca que llevarás.

El señor Gadley se puso de puntillas y sonrió de oreja a oreja.

—Comparte usted algunas cualidades positivas de *madame* Du Barry, señorita Hopper. Llevaba una vida extravagante en Versalles, pero, a decir de todos, no perdió su naturaleza bondadosa. Era generosa, divertida y, sobre todo, amable.

Isadora se sonrojó.

—Gracias, señor Gadley. Usted también es muy amable.

Abrió el cajón del banco y le dio el sobre con su paga; él a su vez le entregó un sobre con el recibo.

—Hasta la próxima semana —nos dijo antes de irse.

Isadora se acercó a la ventana que daba al patio como si quisiera ver todo lo posible a su querido profesor.

—Antes de que vinieras, tía Emma, el señor Gadley y Rebecca eran las únicas personas con las que podía hablar. Pero cuando me case…

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Cuando te cases, ¿qué? —dije con preocupación.

—Mamá me dijo que te quedarás en Nueva York hasta que me case. ¿Sabes que eso podría significar que tengas que quedarte para siempre?

Intentaba bromear, pero estaba claro que la inquietaba.

—¿Por qué dices eso?

—Incluso antes de su puesta de largo oficial, un joven u otro le pedía a Rebecca que jugara con él a tenis o la acompañaba a casa al

salir de la iglesia. Aunque todavía no le han pedido la mano, hay gente interesada en ella. En la alta sociedad, nadie quiere estar conmigo porque me consideran rara. Excepto vosotros tres.

—Tonterías, Isadora. Eres tímida, eso es todo. Por desgracia, la timidez a menudo se confunde con desinterés. Después del baile encontrarás a muchos jóvenes que te elegirán. Quizá por eso tu madre quería que tu puesta de largo fuera un baile de disfraces, en lugar de un *bal blanc*. Te quitará un poco de presión.

Isadora me miró fijamente unos instantes y me di cuenta de que había pasado por alto algo importante que intentaba decirme.

Se dio la vuelta y negó con la cabeza.

—¡Ese estúpido baile! Mamá se gastará medio millón de dólares en él, pero lo hace por ella, para poder alardear delante de todos. ¡A mí solo me servirá para atraer a hombres que me quieren por mi dote! —Cogió su cuaderno y lo hojeó distraídamente—. Mi vida habría podido ser muy diferente. ¡Ojalá mi hermano estuviera vivo! Mamá habría depositado todas sus esperanzas y ambiciones en él, y quizá yo habría podido vivir como quisiera.

El mundo se balanceó a mi alrededor como si estuviera en un barco que había sido elevado por una ola y había vuelto a descender.

—¿Tu hermano?

—¿No sabes nada de William? —Isidora dejó el cuaderno en el banco—. No, por supuesto que no. Mamá nos prohíbe que hablemos de él y no hay una sola fotografía suya en casa. Es como si un día existiera y al siguiente se hubiera desvanecido. Es la manera que tiene mamá de sobrellevar la tristeza.

Bajo mis pies se abrió un abismo.

—Me has dejado de piedra —dije, apoyándome en el banco.

Nunca habría imaginado que Caroline tuvo otro hijo. ¿Por qué no nos lo había mencionado nunca a *grand-maman* y a mí? Pero recordé que había descubierto a Isadora por accidente, así que era inverosímil pensar que Caroline hubiera podido hablarnos de su hijo.

—Yo tenía ocho años cuando murió —dijo Isadora—. William era un niño muy deseado y nada era demasiado bueno para él. Mamá pasaba todo el tiempo con él y, mientras tanto, yo quedaba al cuidado de una niñera. Pocos días después de su segundo cumpleaños contrajo fiebre. Mamá estaba junto a su cama día y noche; cuando murió, no se apartaba de él ni permitía que nadie lo viera. Papá tuvo que administrarle un somnífero a escondidas para que el director de la funeraria pudiera llevarse el cuerpo. —Isadora se sacó un pañuelo de la manga y se secó las lágrimas—. Pero desde el funeral no ha ido a visitar el mausoleo familiar ni una sola vez, aunque papá y yo vamos varias veces al año. Mamá odia los cementerios de cualquier tipo.

Ahora entendía aquella expresión de Caroline cuando en París dijo

que no le gustaban los cementerios. No entendía por qué mi hermana no había compartido su tristeza conmigo. La cercanía que esperaba haber desarrollado durante mi estancia en Nueva York era una ilusión.

—Soy una desconocida para tu madre —le dije a Isadora—. A veces pienso que empezamos a conocernos un poco más, pero entonces me doy cuenta de que apenas sé quién es.

—Mamá es así con todo el mundo, tía Emma. Es un libro cerrado. Nunca sabes qué piensa o qué siente, o si siente algo en absoluto.

Aquella noche, durante la cena, miré a mi hermana como si estuviera viéndola por primera vez. Mientras hablaba animadamente de sus planes para el baile, me la imaginaba al lado de su hijo moribundo. ¿Cómo era posible que no mostrara señal alguna de esa terrible tristeza?

Observé a Oliver, que tenía la cabeza agachada mientras cortaba la comida. ¿Fue la muerte de William la que destruyó la buena voluntad en su matrimonio? Eso habría bastado para llenar de tensión a cualquier pareja.

Cuando terminó la jornada y subimos al piso de arriba, Caroline me detuvo y me observó con su mirada penetrante.

—Emma, llevas toda la noche mirándome con cara rara. ¿Qué demonios te pasa? Ya tengo bastante con el sentimentalismo de Isadora. No empieces tú también. No necesito a dos artistas con cara mustia mientras tengo un baile que planear.

Se me saltaban las lágrimas, pero no sabía qué responder. Caroline no toleraría que sintiera lástima por ella, así que le di un apretón en el brazo y me prometí a mí misma que no la juzgaría tanto. ¿Quién sabía qué agonía secreta anidaba en su corazón? Quizá sus constantes llamadas de atención eran una manifestación de esa tristeza.

20

El baile tenía que comenzar a las once y media de la noche, pero los espectadores empezaron a congregarse antes para ocupar su puesto detrás de la cuerda de terciopelo y ver la llegada de los invitados. La policía acudió para tenerlo todo bajo control y pronto había también un grupo de periodistas esperando para describir a sus lectores las celebridades de la ciudad y sus disfraces.

A las diez y media, mientras Jennie me ayudaba con los últimos retoques de mi disfraz, Woodford me pidió que me uniera al resto de la familia para la recepción.

—Algunos invitados han llegado antes de lo que esperábamos —dijo.

Intuía por qué. Querían ver tantas partes de la casa como pudieran antes de que empezara oficialmente el baile.

—Respeto a la gente puntual —me susurró Lucy cuando bajábamos las escaleras a toda prisa—, pero no soporto a la que llega antes de tiempo.

Era difícil tomarse en serio a Lucy disfrazada de la famosa marquesa de Sévigné, con el pelo recogido en bucles a ambos lados de la cabeza. Al parecer, a los hombres de Versalles aquel peinado les resultaba hilarante cuando sus mujeres empezaron a llevarlo.

A Oliver le costó mantener la compostura al verla.

—Parece que lleves dos calabazas en la cabeza.

—No te rías de mí —dijo, fingiendo estar enojada—. Este pelo es mío y ayer tuve que dormir con cien rulos que casi me matan. Además, ¿tú te has visto?

Oliver estaba ridículo con su barba postiza puntiaguda, su sombrero de pelo y su abrigo de estilo boyardo. Pero los demás también. Mi vestido de seda dorada era suntuoso, con su cuello en forma de U y medias mangas con volantes, pero el miriñaque me hacía unas caderas tan enormes que tenía que entrar por las puertas de costado. Me salieron pequeños moratones en los muslos al chocar

contra la balaustrada cuando bajaba las escaleras.

Isadora había desechado muy inteligentemente el vestido de cortesana, y su *madame* Du Barry llevaba un traje de equitación consistente en una americana de seda gris con un abrigo y un sombrero con plumas. Aunque la falda era acolchada, era infinitamente más práctica que la mía.

Nuestros invitados tampoco habían reparado en gastos para sus disfraces. Llegaron vestidos de pintores y compositores famosos de la época, exploradores e incluso estadounidenses muy conocidos como Benjamin Franklin y Thomas Jefferson. Había generales legendarios, reyes indios y emperadores chinos. Helen Potter iba de Thisbe, el leal spaniel de María Antonieta, y no dejaba de ladrar a mi alrededor. Harland y Grace eran Napoleón y la emperatriz Josefina, mientras que los Graham, con un toque de humor negro, eran el verdugo real y una de las costureras que veían rodar cabezas durante la Revolución. Los sirvientes, que habían sido contratados especialmente para la velada, iban vestidos de cortesanos, con pantalones bombachos, camisas con volantes y pelucas empolvadas, y las mujeres iban de criadas francesas.

Sin embargo, Caroline nos eclipsó a todos. Luciendo una copia del vestido de coronación de Catalina la Grande, tejido con seda plateada, águilas doradas bordadas en la falda y una faja alrededor del torso, iba sentada en un trono también dorado. En la mano izquierda llevaba una esfera dorada, y en la derecha, un cetro, y la corona eran dos medios círculos unidos por sartas de perlas y una guirnalda de hojas de roble y bellotas, con diamantes incrustados y un rubí gigantesco en la parte superior. Era bueno que Caroline tuviera el cuello corto y robusto. Mantener la cabeza erguida con mi peluca de estilo *pouf* ya me estaba provocando un dolor punzante en el hombro.

Se hizo el silencio cuando Augusta van der Heyden llegó como María Teresa de Austria y dos de las mujeres más poderosas de la historia se situaron frente a frente, pero Caroline sonrió al verla y fue a saludar.

—Mi querida archiduquesa —dijo, cogiéndola del brazo—, ¿de qué rival nos desharemos hoy?

Seguí con la mirada a Augusta para ver si ella y Harland se saludaban, pero ambos volvieron la cabeza fingiendo que el otro no existía. ¿Qué se sentía cuando veías a alguien a quien habías amado y sabías que no volveríais a estar juntos nunca más? No me imaginaba sentirme así con Claude, y me atenazó un dolor que me resultaba familiar. ¿Por qué no me había escrito?

Douglas Hardenbergh llegó luciendo una levita de seda a rayas grises y azules con un chaleco de color marfil, pantalones bombachos de seda negra y una peluca blanca con rizos. Cuando fue anunciado

como el conde sueco Hans Axel von Fersen, me quedé inmóvil. Von Fersen había sido amante de María Antonieta y el supuesto padre de sus hijos. ¿Su disfraz era una coincidencia o Caroline había intervenido?

Hardenbergh me hizo una reverencia y señaló los jarrones con rosas blancas y rosas, orquídeas, lilas y azucenas que las floristas habían colocado por toda la casa.

—Las flores son espectaculares, su alteza. ¿Son del jardín de palacio?

—Así es, conde —respondí para añadir humor a una situación tensa—. Pero las violetas de las mesas son de un lugar exótico llamado valle del Hudson.

Douglas asintió con complicidad.

—Un lugar misterioso, su alteza. Según creo, todavía está por explorar.

Lucy me cogió del brazo cuando las sirvientas indicaron a las invitadas que subieran al piso superior.

—Excúsanos, Douglas —dijo—. Esto será divertido y estoy segura de que Emma no quiere perdérselo.

Caroline había planeado que su dormitorio y su tocador estuvieran disponibles para que las damas dejaran sus abrigos y chales, y acabaran de maquillarse. De esa forma, las señoras de la vieja élite podrían admirar su magnífica cama rococó y su cuarto de baño con objetos de oro, espejos y una bañera de mármol.

—Ni me imagino cuánto habrá costado esta escalera —susurró una invitada a la señora Schorer.

Cuando Lucy y yo llegamos arriba, casi tropezamos con la señora Warburg, que se había parado a observar el techo ornamentado.

Algunas de las mujeres más longevas actuaban como si las sedas francesas que decoraban el dormitorio de Caroline no fueran nada nuevo para ellas, pero las más jóvenes quedaban boquiabiertas ante las columnas doradas que rodeaban la cama con dosel.

—¿Para qué creéis que es eso? —preguntó una de ellas señalando el pasamanos ceremonial que rodeaba la cama—. ¿Es para mantener a su marido fuera o dentro?

Después de ajustarse los disfraces y arreglarse el pelo en el tocador de Caroline, con su friso, que representaba el triunfo de Cupido, y sus armarios con incrustaciones de oro y marfil, las mujeres se reunieron con los caballeros para un desfile de disfraces hasta la tercera planta y la sala de baile.

Esta había sido espectacularmente decorada para simular la Galería de los Espejos del Palacio de Versalles. En lo alto de las paredes colgaban cascadas de orquídeas y rosas, que también flanqueaban las puertas. Los invitados contemplaron maravillados los

arcos con espejos que reflejaban las ventanas en trampantojo, que representaban parterres. Las esculturas de gueridones dorados que sostenían lámparas de cristal demostraban los esfuerzos de Caroline por darle autenticidad, mientras que el techo abovedado con pinturas que ensalzaban el reino de Luis XIV tenían a todo el mundo mirando hacia arriba. Lámparas de plata maciza grandes y pequeñas daban a todo un efecto resplandeciente.

Una orquesta de cuarenta miembros contratada en la Ópera Metropolitana interpretó la obertura de *Le magnifique*, de André Ernest Modeste Grétry. La música era tan elegante que me provocó escalofríos. Las melodías espectaculares siempre despertaban emociones profundas en mí. Una armonía inesperada, un cambio de ritmo repentino o el momento en que un solista entraba en una pieza me dejaba en un estado de euforia.

—¿Sabías que María Antonieta se enamoró de la música de Grétry? —me preguntó Grace—. Lo nombró su director musical personal. Incluso el nuevo régimen estaba cautivado con él. Cuando murió, Napoleón le dedicó el funeral más opulento jamás celebrado para un artista creativo. Cuentan que la mitad de París asistió al cortejo fúnebre.

—No sabía qué esperar cuando Caroline planeó este baile —dije—. Me imaginaba algo ostentoso…, pero esto…, esto es hermoso.

El baile empezó con una *quadrille d'honneur*: Oliver condujo a Isadora por todo el suelo de parqué, que los sirvientes habían abrillantado con leche el día antes. Me alegré de ver a padre e hija bailando juntos, y me habría gustado que Oliver dedicara más tiempo a Isadora. Entonces recordé cuando me contó que Isadora era dominio de Caroline. Podía imaginar que era mi hermana quien los mantenía distanciados.

Otras debutantes de la temporada y sus parejas se unieron a Isadora y a Oliver en el baile cortesano. Vi que Lucy se sacaba un trozo de papel de la manga y lo leía detenidamente. Había recopilado una lista de caballeros conocidos por ser buenos bailarines y que acudirían al rescate de cualquier joven que no tuviera pareja.

—En este baile no habrá lágrimas —me confesó Lucy—. Me aseguraré de ello.

Después de varias *quadrilles* más, se exhortó al resto de los invitados a que salieran a bailar. Douglas, como pareja para la cena, me sacó a la pista.

—¿Sabía que el conde Von Fersen quiso rescatar a María Antonieta? —me preguntó—. Quería ir a París con varios oficiales de caballería.

Ahora estaba segura de que Caroline estaba metiéndole ideas en la cabeza. Por suerte, me salvé de responder gracias a unas carcajadas

que llegaban desde la mesa del ponche y ambos nos volvimos a mirar. Augusta estaba manteniendo una animada conversación con Franklin y Charlotte Harper. Aunque Caroline y Harland pasaron bailando por delante de ellos varias veces, no miró a su antiguo amante en ningún momento.

—No me imagino a su tía enamorada de Harland Hunter —le dije a Douglas—. Ella tiene dignidad y orgullo, mientras que él es vulgar y egoísta.

—Me alegro de que no haya sucumbido a los encantos de ese hombre, señorita Lacasse. Por instinto, sabe lo que la gente quiere oír y cómo manipularla por medio de sus vulnerabilidades. Cuanto más querida y respetable es la mujer, más disfruta rompiéndole el corazón.

—¡Parece un villano! Aun así, su tía parece estar tratándolo de la mejor manera: ignorándolo.

Douglas arqueó las cejas.

—No crea que mi tía le dará una sola pista de lo que piensa realmente. Desde que aprende a caminar, a una mujer de la alta sociedad le enseñan a sonreír, aunque quiera asesinar a la persona que tiene delante.

—Lo tendré en cuenta. Yo estoy acostumbrada a artistas que van con la verdad por delante.

—¿Ah, sí? —Me miró con fascinación—. Sí, supongo que tienen que ser así para crear arte. Pero en la alta sociedad nunca se dice la verdad. Todo se expresa por signos y tienes que ser capaz de leerlos.

—No sé si llegaré a dominarlos —dije—. Soy como una extranjera que hablará siempre inglés con su acento nativo.

Douglas se echó a reír.

—Creo que lo hará muy bien, señorita Lacasse. Y me complace saber que no se deja engañar por hombres como Harland Hunter.

—Todos tenemos nuestros puntos ciegos —le dije—, aunque a nadie le guste reconocerlo.

Newton Graham me pidió que le concediera el siguiente baile, un vals. El programa continuó con galops, más valses y una briosa mazurca de la cual tuve que retirarme después de que mi falda derribara a Gideon Potter.

Finalmente, un criado hizo sonar una trompeta y Oliver anunció que en un cuarto de hora servirían la cena en el comedor.

Las mujeres se retiraron al tocador de Caroline para que las sirvientas pudieran secarles el sudor de la cara, recolocarles las pelucas y subirles las medias. La escena me recordó al camerino del Théâtre de l'Oe uvre durante el intermedio. El parloteo tintineaba como mil campanas.

—¡Este baile es un sueño! —le dijo la señora Warburg a la señora Schorer—. Un acontecimiento que solo se da una vez por generación.

Una vez retocadas, las demás se unieron a sus parejas para una majestuosa procesión hacia el comedor, que Harland y sus ayudantes habían convertido en el Jardín de Versalles. Las puertas interiores del salón, la biblioteca y la sala de música estaban abiertas para ampliar el comedor y crear un espacio enorme, y las paredes eran una masa compacta de rosas, lirios del valle y ramas de árboles de hoja perenne. Los espejos estaban enmarcados con guirnaldas de hiedra y luces eléctricas. Por toda la sala había macetas con naranjos, y en el centro, una fuente con agua perfumada. El efecto evocaba tan fielmente un jardín de primavera que casi podía oír el trino de los pájaros y ver mariposas revoloteando entre las hojas.

—¡Esto es increíble! —dijo la señora Dumonceau, una invitada de la vieja élite.

Además de la larga mesa, que estaba cubierta con manteles blancos, coronas de lilas atadas con lazos dorados y cuencos de violetas de dulce olor, se habían añadido veinte mesas más pequeñas hermosamente decoradas.

—Las lilas son mis flores preferidas —le dije a Grace inhalando el intenso aroma—. Evocan un jardín cubierto de rocío y lleno de ninfas y hadas.

El chef francés de Caroline había traído diez cocineros de París para que lo ayudaran con el menú de aquella noche, que incluía sopa de castaña con trufas, ostras rellenas de caviar, langosta, pato de lomo blanco y lechón.

—¿Es verdad que Caroline se ha gastado treinta mil dólares solo en flores? —me preguntó Bessie Graham—. Desde luego, le ha lanzado el guante a Permelia Frances por atreverse a adelantarla.

—He oído que Permelia intentó sobornar a la duquesa de Dorset con veinte mil dólares para que le consiguiera una invitación —comentó Charlotte Harper.

—Eso era imposible —respondió Helen Potter mientras masticaba un bocado de cerdo imitando a un perrito para hacerme reír.

—Esa era la otra cara de Versalles —me susurró Grace—. Intrigas, habladurías, excesos y excentricidades.

—A lo mejor los humanos no pueden soportar demasiada belleza y sienten el impulso de contaminarla —repuse.

Ella asintió.

—Puede que tengas razón.

Después de consumir tres mil botellas de champán Moët et Chandon, enviadas especialmente desde Francia para la ocasión, y de un postre consistente en *bombe glacée*, mousse de chocolate, *petits fours* y fruta, los invitados volvieron muy animados al salón de baile. La fiesta empezó con un cotillón que debería haber sido majestuoso, pero se oyeron gritos cuando algunos bailarines poco avezados pisaron

algún que otro pie.

Después, Lucy supervisó la entrega de recuerdos de la fiesta. En lugar de las habituales monedas antiguas, alfileres y tarjeteros, se regaló a los invitados gemelos de oro, broches de perlas, pendientes de zafiro, juegos de despacho de plata y relojes de sobremesa con joyas.

Isadora, ruborizada por toda la atención que estaba recibiendo, me tocó el brazo.

—Por favor, ¿podrías ir a buscar a papá, tía Emma? No he parado de bailar y me gustaría que en la gavota me acompañara alguien que no me aterre.

—¿Dónde está tu madre? —pregunté—. ¿Y Harland, ahora que lo pienso?

—Mamá está durmiendo para estar fresca cuando despida a los invitados. No sé dónde anda Harland.

—La entiendo, ha trabajado mucho. Voy a buscar a tu padre.

La sala de fumadores de Oliver se había convertido en un almacén de capas de hombre, así que estaba sentado con algunos invitados en la columnata adyacente al salón de baile. A través de la puerta de cristal vi que estaba repartiendo billetes de cien dólares para que los hombres liaran el tabaco con ellos.

—A pesar del pesimismo de la prensa, todo ha sido espléndido —dijo con su voz atronadora—. ¡Es hora de celebrarlo!

Estaba a punto de golpear el cristal para llamar su atención cuando vi a uno de los sirvientes disfrazados de cortesano comportándose de manera extraña al otro lado de la columnata. Se hallaba escondido detrás de una palmera para poder observar a los hombres sin que se percataran. Les hice gestos y llamé a la puerta, pero estaban enfrascados en su conversación y no me oían debido a la música que llegaba del salón de baile. Habría sido indecoroso que me acercara a un grupo de hombres que estaban fumando, así que fui a buscar a Woodford.

—¿Qué pasa? —me preguntó Grace cuando volví al salón de baile.

Le expliqué lo que había visto.

—Estoy buscando a Woodford para que pueda informar a Oliver.

—Mejor busquemos a uno de los agentes —propuso—. Caroline dijo que llevarían *boutonnières* de color púrpura.

—¿Agentes? —dije sorprendida—. ¿Caroline preveía que entre el personal externo habría ladrones?

—No le preocupan los empleados. La agencia los investiga cuidadosamente. Es por los invitados. Que sean la gente más rica de Nueva York no significa que no puedan llevarse… *souvenirs* a casa. Por ejemplo, se sabe que la señora Sommer es cleptómana. En el cuarto de baño de Caroline ha habido una agente de policía toda la noche para asegurarse de que no desaparecía nada.

—¡No hablarás en serio, Grace! ¿Me tomas el pelo?

Grace me miró divertida.

—Mi querida María Antonieta, he leído en los libros de historia que eras bastante inocente, y veo que es cierto. En mi baile de puesta de largo no quedó una sola pitillera, jabón de baño o cucharita de plata cuando se fueron los invitados, y todos tenían una fortuna de al menos diez millones.

Encontramos a uno de los agentes y lo avisamos de lo que había visto, pero, cuando volvimos a la columnata, el misterioso cortesano había desaparecido. Oliver salió a preguntar qué ocurría. Cuando se lo expliqué, dio orden al agente de que registrara toda la casa y nos envió a Grace y a mí al baile.

La fiesta se prolongó hasta las seis de la mañana, momento en que sirvieron salchichas, huevos, jamón y croquetas de pescado para desayunar. Pero, después de todo el champán y la mousse de chocolate que había tomado hacía solo unas horas, aquel olor grasiento me revolvió el estómago.

Caroline y Harland entraron en el comedor con aspecto renovado. Caroline se había peinado de nuevo y le habían planchado el vestido, mientras que todos los demás parecían supervivientes de un naufragio con las pelucas torcidas y el maquillaje hundiéndose en sus caras arrugadas. Oliver, Isadora, Lucy y yo nos situamos junto a Caroline y a Harland en el gran salón para despedir a los invitados.

—¡Este ha sido el baile más estupendo, hermoso y entretenido al que he asistido nunca! —exclamó la señora Warburg cogiendo a Caroline de la mano. Luego, al ver que Augusta podía oírla, se apresuró a añadir—: Excepto por los bailes anuales de Augusta, claro. También son muy elegantes.

Me alegré de que al menos una devota de Augusta mantuviera su lealtad.

Entonces vi que esta hablaba con Grace.

—He echado de menos nuestras conversaciones —la oí decir—. Por favor, ven a visitarme, Grace.

Parecía que estaban recuperando su amistad y me preguntaba qué habría hecho cambiar de parecer a Augusta.

Los demás invitados expresaron opiniones parecidas —«¡Mágico!», «¡Incomparable!», «¡Nunca lo olvidaré!»— cuando los despedimos, y sus criados, ayudas de cámara y damas de compañía los escoltaron por la alfombra roja hasta sus carruajes.

La luz del alba teñía la nieve de un brillo dorado. Pronto, la ciudad cobraría vida: se alzarían las persianas de las tiendas, los trabajadores se dirigirían a sus oficinas y los vendedores callejeros anunciarían sus productos a voces. Pero estaba segura de que todos los invitados del baile irían directos a la cama.

—Esta es mi hora favorita del día —me dijo Douglas al despedirse —. Está llena de nuevas posibilidades. —Después de un breve titubeo, añadió—: Me voy unos días a California para atender unos negocios allí. Me gustaría hacerles una visita a mi regreso.

—Estaremos encantadas de verle —dijo Caroline antes de que yo pudiera responder—. En esta casa siempre es bienvenido.

Douglas hizo una reverencia al estilo de la corte francesa antes de montarse en el carruaje.

—Sinceramente, Caroline —dije—, le estás creando una situación incómoda a ese hombre. Ya te dije que estoy prometida.

—¿De veras? —Me levantó la mano izquierda—. ¿Y dónde está el anillo? ¿No puede permitírselo?

A pesar de estar rodeadas de invitados, sentí la tentación de decirle a Caroline que se metiera en sus asuntos y dejara los míos en paz, pero entonces recordé mi promesa de ser más paciente con ella.

Cuando se hubo marchado el último invitado, Isadora, Caroline, Oliver y Lucy se retiraron a sus habitaciones. Isadora se tambaleaba de cansancio, pero yo estaba demasiado llena de música y comida como para acostarme. Me senté en la biblioteca y observé a los criados retirar los adornos y poner los muebles en su sitio y a las sirvientas empezar a limpiar la casa. ¿Cuándo podrían descansar?

Tras sucumbir finalmente a un bostezo, fui al gran salón para subir al primer piso. Entonces se abrió el despacho de Oliver y el cortesano sospechoso al que había visto antes salió y se metió en la sala de recepción de las damas y cerró la puerta.

Mi mente se puso en guardia.

—¡Detente, ladrón! —grité, y, sin pensar, salí corriendo detrás de él. Entré en la sala de recepción a tiempo para verlo abrir la ventana y apoyar el pie en el alféizar—. ¡Detente! —grité de nuevo, esta vez con mucho más vigor.

El cortesano dudó y se dio la vuelta con cara de sorpresa.

—¡Emma! —dijo con una voz femenina—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Di un paso atrás. De repente reconocí los rasgos que se ocultaban bajo el maquillaje blanco.

—¡Cecilia! ¡Vivo aquí! ¿Qué estás haciendo tú?

Fuera del gran salón se oyeron pasos atronadores. Algunos sirvientes habían oído mis gritos y acudían en mi ayuda.

Cecilia me miró confusa, saltó por la ventana y cayó a la acera. No podía creerme lo que había ocurrido. Fui corriendo a la ventana y miré hacia fuera, pero se había desatado una tormenta de nieve y Cecilia había desaparecido en medio de aquella blancura.

Woodford irrumpió en la habitación acompañado de dos criados y una sirvienta.

—¿Dónde está el ladrón, señorita Lacasse? ¿Dónde ha ido?

Señalé la ventana, pero no atraparían nunca a Cecilia.

—¿Le vio la cara a ese sinvergüenza? —preguntó Woodford.

Hice una pausa y negué con la cabeza.

—No, era demasiado rápido.

Hubiera hecho lo que hubiera hecho Cecilia, no saldría nada bueno de ello, de eso estaba segura. También estaba segura de que mi asociación con ella haría que lo que descubriera fuese diez veces peor.

21

*M*ientras Caroline disfrutaba del éxito de su magnífico baile al día siguiente e Isadora recibía ramos de rosas American Beauty de posibles pretendientes, yo volteaba el anillo de esmeraldas que llevaba en el dedo, preocupada por que algo pudiera salir terriblemente mal. ¿Qué hacía Cecilia en el baile? Era una cazadora de escándalos. Por tanto, ¿qué oscuro secreto aspiraba a desvelar? Mientras rumiaba sobre los posibles escenarios, me di cuenta de lo terrible que sería si salía a la luz nuestro vínculo. Caroline me vería como una traidora, y las consecuencias eran demasiado espantosas como para imaginarlas.

Después de merendar, Caroline nos llamó a Isadora, a Lucy y a mí para que pudiéramos revisar juntas las reseñas de los periódicos. Cada vez que una descubría otro artículo, me entraba el miedo.

—Mira, hay un comentario en el *New York Times* —dijo Caroline, que sonrió al leerlo en voz alta—: «Sin duda, la señora Hopper es la nueva líder de la alta sociedad neoyorquina, como debe ser. Su gusto es intachable. Solo hace falta ver los fastuosos detalles de su casa de la Quina Avenida para darse cuenta».

—¡Maravilloso! —exclamó Lucy, que leyó parte de un artículo del *New York World*—: «El baile de la señora Hopper en honor a su hija fue un acontecimiento sin par en los anales de esta ciudad. No escatimó en gastos para crear un resplandor de atuendo y decoración que supera con creces todo lo anterior».

Caroline y el baile también fueron elogiados por el *New York Herald* y otras publicaciones más pequeñas. Me devané los sesos intentando recordar para quién escribía Cecilia. *¿McClure's Magazine?* Nunca había visto un ejemplar en casa, así que era difícil que Caroline la leyera, pero, si publicaba un artículo escandaloso, los periódicos probablemente también se harían eco. Cecilia había mencionado que estaba escribiendo una denuncia contra hombres adinerados que explotaban a la mano de obra extranjera. Recordé la reacción de Florence cuando descubrió que estaba emparentada con la familia

Hopper. ¿Había alguna fechoría que yo desconociera? De ser así, ¿cómo afectaría a Isadora que saliera a la luz? Caroline me había advertido de que mi sobrina ya había sufrido dos crisis nerviosas.

Mis temores solo hicieron que empeorar cuando recibí una nota de Florence en el correo de última hora: «Por favor, ven a verme mañana a las diez. Es urgente. Cuenta con que tendrás que dedicarle todo el día».

A la mañana siguiente llegué angustiada a casa de la tía Theda a la hora convenida. Mis temores no se vieron aliviados por la expresión de Florence cuando salió a recibirme en lugar de Nora.

—Pasa, Emma —dijo con voz cansada—. Cecilia te está esperando.

¿Cecilia? No la esperaba. ¿Iba a interrogarme? Podía responder que había entrado sin permiso en casa de mi familia y que, si le decía a Oliver quién era, presentaría una denuncia.

Cecilia también debía de ser consciente de ello por cómo me miró cuando entré con Florence en la sala de estar. Qué distinto era el ambiente en comparación con aquella salida nocturna de las Solteras Empedernidas.

—Bueno, Emma, me has sorprendido, desde luego —dijo—. Sabía que tú y Florence ocultabais algo, pero no imaginé ni por un segundo que era tu relación con la familia Hopper.

No respondí. Cuando llegué a Nueva York podría haber explicado que Caroline y yo habíamos estado distanciadas durante años. Ahora había invertido demasiado en el bienestar de Isadora como para disociarme de Caroline y Oliver.

Cecilia insistió.

—Como sabes, he estado escribiendo artículos sobre los barones del robo en Nueva York. Oliver Hopper, que es uno de los más ricos, resulta especialmente fascinante para nuestros lectores. He recabado bastante información sobre la familia Hopper, y me temo que ninguna es buena. Sin embargo, por respeto a Florence y su amistad contigo, he aceptado no mencionarte. Pero con una condición: que pases el día conmigo y con Florence y seas abierta de mente con las circunstancias que te planteemos.

No me gustaba que me arrinconaran, pero tenía que actuar con cautela. Mi máxima prioridad era que Cecilia no escribiera nada que pudiera perjudicar a Isadora o arruinar sus posibilidades de un matrimonio feliz. Caroline y Oliver eran fuertes, pero mi sobrina era sensible.

—Tendrás que ponerte algo más sencillo —me dijo Florence—. Te he dejado ropa adecuada en mi dormitorio. Por favor, dale las joyas a Nora. Le diré a tu cochero que al final del día nosotras mismas te

llevaremos a casa y que puede marcharse.

Encima de la cama de Florence encontré una falda y una americana de lana gris, un abrigo negro, una bufanda y unas botas con puntilla. ¿Adónde demonios íbamos?

Me había acostumbrado tanto a las hermosas prendas que me había comprado Caroline que ponerme la falda y la americana grises me hizo sentir como si fuera a entrar en prisión. Pero yo no había hecho nada malo. Me quité los pendientes de esmeraldas y el anillo, y los guardé en la caja que me habían dejado allí.

A pesar del frío y la nieve, que estaba endureciéndose y era cada vez más resbaladiza, no fuimos en carruaje o trineo, y caminamos un rato en silencio hasta llegar a un nudo del tren elevado. Tuve que taparme las orejas por el ruido ensordecedor que emitía un convoy que pasó por encima de nosotras. Florence compró los billetes y subimos los resbaladizos escalones hasta el andén. Un revisor envuelto en un abrigo y una bufanda que solo le dejaba a la vista los ojos comprobó los billetes y pasamos por el rígido torniquete. El viento se me clavaba como si fueran témpanos y me alegré cuando el tren se detuvo frente a nosotras.

En el vagón olía a ropa húmeda y a hollín, y el suelo estaba lleno de billetes que la gente había tirado. Me alivió no llevar el abrigo bueno cuando nos sentamos en el mugriento banco de madera. Miré por las ventanas manchadas de grasa, pero solo se veían los apartamentos que bordeaban las vías. Después de ver a demasiados hombres en ropa interior y a mujeres preparando la comida en cocinas diminutas, me rendí y me miré las manos.

—Hoy al menos no hay hombres enseñando sus partes o mujeres practicando actividades amorosas —dijo Florence, intentando dar un toque de humor.

Al apearnos del tren, bajamos a la calle por unas escaleras resbaladizas. Me agarré al pasamanos, pero hacía tanto frío que temía quedarme pegada a él. Pasamos junto a un carnicero con un delantal ensangrentado que estaba despellejando una cabra, un prestamista y un panadero que colocaba el pan con las uñas sucias.

—Es el único panadero que no añade serrín a la harina —me dijo Florence—. Todos hacen eso o aguan la leche. Por eso muchos niños pasan hambre les den lo que les den sus padres para comer.

Entramos en una tienda alemana en la que Cecilia compró unos bocadillos de *leberwurst*, verduras encurtidas y salchichas hervidas. No pretendería que nos comiéramos aquello, ¿verdad? Doblamos por un callejón en el que el hedor a orina y a heces era tan penetrante que tuve que parar.

—En verano es peor —dijo Cecilia, que soltó una bocanada de aire que se convirtió en vaho.

Algo me rozó la pierna, y al mirar hacia abajo vi un montón de harapos moviéndose. Entonces apareció una tez cetrina y el montón se convirtió en una mujer.

—¿Un penique para salvar a una hambrienta? —preguntó, extendiendo una mano ennegrecida.

Florence se metió la mano en el bolsillo y le dio unas monedas antes de que reanudáramos la marcha.

La calle estaba bordeada de casas desvencijadas. Puede que, antaño, una de ellas fuera tan bella como la cautivadora mansión georgiana de Douglas Hardenbergh, pero ahora los escalones estaban desgastados y rotos, había desaparecido la carpintería metálica y las ventanas estaban cubiertas por una capa marrón. Las viviendas adyacentes eran casas de madera destartaladas. Dos de ellas no eran más que esqueletos quemados a punto de derrumbarse. Unas ratas enormes correteaban entre la basura putrefacta que se acumulaba en las alcantarillas sin visos de que alguien fuera a recogerla.

—Esas casas se construyeron para una sola familia —explicó Florence—, pero cuando los ricos empezaron a trasladarse a la zona alta, se dividieron en apartamentos cada vez más pequeños. Ahora puede haber hasta veinte personas viviendo en cada uno, a veces más. —Señaló con la cabeza uno de los edificios calcinados—. Se quemaron el año pasado y murieron cien adultos y ochenta niños.

Todas guardamos silencio imaginando aquella terrible catástrofe. Recordé las espeluznantes crónicas del incendio del Bazar de la Charité en París años antes, en el que habían perecido ciento veintiséis personas, algunas de ellas niños. No se me ocurría una forma más aterradora de morir que verse atrapado en un edificio en llamas.

—En París hay muchas zonas pobres, por supuesto —dije—, pero, desde la remodelación de Haussmann, no hay barrios de chabolas en tan malas condiciones como este.

Cecilia soltó un gruñido.

—Dos tercios de la población de Nueva York viven en bloques de viviendas. Eso son casi dos millones y medio de personas, Emma.

—¿Dos tercios? ¿Cómo es posible?

Ni Cecilia ni Florence respondieron, y comprobé horrorizada que empezaban a subir las escaleras de la casa georgiana y me indicaban que las siguiera. ¡No pretenderían entrar!

Me armé de valor. Tenía que hacerlo por Isadora.

El recibidor estaba oscuro y hacía un frío terrible que me calaba los huesos. Atacaron mis fosas nasales olores humanos de todo tipo —heces, orina, vómito, sangre, sudor— mezclados con el hedor de la comida putrefacta y el barro. En la oscuridad vi bolsas de basura por todas partes, como si hubiéramos entrado en casa de un ropavejero. Junto a nosotros pasó corriendo una rata con un trozo de carne

ensangrentada en la boca y contuve un grito.

Al final del pasillo había una escalera a la que le faltaban algunos peldaños.

—Tened cuidado —advirtió Cecilia cuando subíamos—. La última vez que vine cedió la barandilla y salieron cientos de insectos.

Nos detuvimos en el descansillo del tercer piso y Cecilia llamó a la primera puerta que encontramos.

—Señora Dempsy, somos Cecilia West y Florence Garrett. Traemos comida para usted y los niños.

Una mujer con un vestido andrajoso y un delantal roto nos abrió la puerta. No podía tener más de veinticinco años, pero tenía la cara arrugada como una anciana y las manos rojas e irritadas. Nos invitó a entrar en un sórdido apartamento que no era más grande que la habitación de planchar de la mansión de Caroline. Dentro había dos niños pequeños tumbados en un montón de paja sucia. Solo había una ventana y la parte del techo situada encima de la estufa de carbón estaba ennegrecida. El olor a repollo y a cebolla frita parecía haber impregnado el papel de la pared, que estaba medio despegado.

—Ella es la señorita Emma Lacasse, una amiga —dijo Cecilia mientras le ofrecía el paquete de comida a la señora Dempsy—. Hoy voy a enseñarle las normas. Es cadete.

—Gracias —dijo la señora Dempsy al coger el paquete—. No sabía cómo hacer durar las cosas. En casa de la señora O'Brien están con el sarampión y no podía dejar a los pequeños con ella para ir a trabajar. Tengo que pagar el alquiler mañana, y el cobrador dice que el mes que viene subirá a nueve dólares. Cuando le dije que era demasiado y que no habían arreglado las juntas de las ventanas y la tubería de la estufa, contestó que hay otras diez personas esperando ocupar el apartamento si yo no lo quiero.

El tono de la señora Dempsy era el de una mujer resignada a la mala suerte y las frustraciones. Cecilia sacó un lápiz y una libreta y anotó lo que había dicho.

Uno de los niños emitía un silbido al respirar que no parecía nada saludable. Florence se agachó y le tocó la frente.

—Tiene fiebre —dijo—. Mande llamar al doctor Johnson y dígale que yo pagaré la factura.

—Gracias, señorita Garrett —respondió la señora Dempsy, que me miró como pidiendo perdón—. Siento no tener nada que ofrecerle. Las cosas se han puesto mucho más difíciles desde que mataron a Angus. Debe de ser emocionante ser cadete. Tiene que ser usted inteligente.

No sabía qué decirle a aquella mujer, que estaba siendo amable conmigo a la vez que se veía atrapada en una pesadilla.

—No tan inteligente como me gustaría, señora Dempsy —dije al final—. Pero siempre estoy aprendiendo.

Visitamos otros apartamentos del edificio. En uno de ellos, un anciano estaba agachado delante de una estufa para intentar entrar en calor. Bebía agua caliente de una lata vacía y le miré las manos, dolorosamente inflamadas a causa del reumatismo.

—Díganos cuánta gente vive aquí, señor Sauer —le dijo Cecilia.

—Por las noches, cuando vuelve todo el mundo de la fábrica, somos catorce. Mi hijo, su mujer y sus dos hermanas, seis niños y tres huéspedes.

—¿Dónde duermen? —preguntó Florence.

Yo estaba pensando lo mismo. La habitación apenas medía tres metros de ancho.

El anciano señaló un montón de harapos sucios.

—Los extendemos para que todo el mundo tenga algo.

—¿Qué edad tienen los niños? —pregunté—. ¿Van al colegio?

El hombre negó con la cabeza.

—Cuando todo el mundo tiene hambre, no hay tiempo para preocuparse por el colegio. Los niños solo traen unos centavos haciendo flores artificiales, pero ya es algo.

Al salir, Cecilia le dio un poco de dinero a una madre que solo tenía un periódico para envolver a su recién nacido.

—Gracias, señorita —dijo con lágrimas en los ojos—, pero no creo que vaya a durar mucho. Vi esa mirada en los ojos de mis últimos dos hijos. Echaron un vistazo a su alrededor y decidieron no quedarse.

Cuando estábamos en la calle, el aire que me había parecido tan hediondo resultaba mucho más fresco que dentro de la casa. No veía el momento de quitarme de la piel el olor a harapos y a paja nauseabunda, pero dudaba que nada pudiera borrar aquellas imágenes de pobreza.

—Te ha impactado, ¿verdad, Emma? —dijo Florence—. ¿Nunca habías visto algo así?

Negué con la cabeza, avergonzada de lo que le pareceríamos yo y el resto de mi familia a una mujer en la situación de la señora Dempsy, o al señor Sauer, o a la madre cuyo recién nacido probablemente moriría. Uno de aquellos billetes de cien dólares que Oliver repartió en el baile para que los hombres se liaran cigarrillos habría pagado la vivienda de esas familias durante un año. Lo que Caroline se había gastado en mi disfraz y mis joyas habría sustentado una vida entera. Si Lucy hubiera entregado los recuerdos de la fiesta a esta gente, habría podido cambiar el rumbo de la historia de un barrio entero.

—¿Cómo han acabado viviendo así? —pregunté—. No lo entiendo.

Cecilia me observó un momento y señaló la casa de enfrente.

—Los inquilinos de ese edificio le pagan el alquiler a un cobrador, pero ¿sabes quién es el propietario? ¿Sabes quién es el que se niega a

gastar dinero en reparaciones y ordena al cobrador que consiga el máximo alquiler posible?

—¿Un delincuente tal vez? —dije.

—Esa casa pertenece a Augusta van der Heyden, y las dos de al lado también. Las de más allá son propiedad de la familia Schorer desde hace años. Las dos que ardieron eran de los Warburg.

Estaba boquiabierta y solo pude mirarla fijamente. Pensé en la elegante cena de Augusta, en la noche en la ópera y en los ostentosos paseos por Central Park. Aquella gente actuaba de manera muy civilizada, culta y superior, pero su dinero provenía de aquí. Me sentía confusa.

—Dos calles más adelante, toda la zona pertenece a Douglas Hardenbergh —apostilló Cecilia.

Noté un zumbido en la cabeza. Tenía la sensación de estar contemplando un túnel oscuro.

—Reconozco que es uno de los mejores propietarios —continuó Cecilia—. Él al menos ha cumplido con las regulaciones para ofrecer ventilación, tuberías y salidas de incendio adecuadas, pero los edificios siguen siendo su sustento. Las demás familias de la supuesta élite se han negado de plano a hacer mejoras que puedan costarles dinero.

—Cada día llegan más inmigrantes a Nueva York desde Irlanda, Alemania, Italia, Rusia, China e incluso desde el sur —dijo Florence—. Todos aspiran a una vida mejor, pero se encuentran con esto. —Hizo una mueca y miró a su alrededor—. Y esas cifras tan elevadas significan que los propietarios pueden explotarlos.

—Mi familia no tiene edificios de viviendas, ¿verdad? —dije—. Solo he oído que Oliver invierte en propiedades comerciales.

Florence negó con la cabeza.

—Pero tiene vías ferroviarias y fábricas, y en ese sentido contribuye enormemente a la terrible posición en la que se encuentra esta gente. Los bajos salarios que paga significan que esas familias nunca pueden salir del círculo de la pobreza. Ya has oído lo que ha dicho el señor Sauer: los sueldos de los adultos son tan bajos que los niños también tienen que trabajar. Nunca aprenderán a leer.

Cecilia entrecerró los ojos.

—Lo que más me fastidia es la arrogancia de Oliver Hopper —afirmó—. ¿Te gustaría saber cómo murió el marido de la señora Dempsy?

Me estremecí, sabiendo que iba a contarme algo terrible. Por un momento, nadie dijo nada, y entonces Cecilia empezó a hablar lenta y deliberadamente.

—A Oliver Hopper le gusta tanto su automóvil europeo que se toma como un juego ir a toda velocidad por la Quinta Avenida y

obligar a los transeúntes a apartarse. Los vendedores le lanzan fruta para intentar que aminore. Una tarde a última hora, atropelló a Angus Dempsy cuando se bajaba de un tranvía. Le aplastó la cabeza como a un melón. Acudió la policía, pero Oliver no fue denunciado por ser quien es. Después, ni siquiera ofreció compensación a la señora Dempsy. El entierro se pagó con lo que pudieron juntar los otros inquilinos del edificio. Está enterrado en la fosa común de la isla de Hart.

Sus palabras me atravesaron como un relámpago y trastabillé al recordar a Teddy limpiando sangre de la rueda del automóvil de Oliver. ¿Mi cuñado había matado a un hombre? Quería decirle a Cecilia que tenía que estar equivocada, pero no me quedaba aire en los pulmones. Empecé a verlo todo blanco y me fallaron las piernas.

Florence me agarró del brazo.

—De acuerdo, Emma, vamos a algún sitio donde no haga frío.

La tía Theda sirvió sopa de guisantes y me puso un cuenco delante. La chimenea del comedor estaba encendida, pero nada podía aliviar el frío que notaba en los huesos. Las lágrimas me ardían en los ojos al recordar a la desamparada señora Dempsy en su apartamento infestado de ratas intentando mantener a sus hijos hambrientos.

—Eso no es posible —repetí—. Oliver es egoísta y ambicioso, pero no carece por completo de ética. Hace donaciones anónimas a organizaciones benéficas…

—Carece por completo de ética —me espetó Cecilia—. Todos son iguales.

Me invadieron la ira y la confusión. Yo pensaba que la actitud distante y a veces brusca de Oliver era por su matrimonio infeliz, pero debería haber visto que era un bruto insensible cuando entré en su sala de trofeos, llena de animales sacrificados. Entonces me vino otra idea a la mente: ¿lo sabía Caroline? Recordé la noche del accidente y que ella y Oliver habían tenido una fuerte discusión. Por los espantosos descubrimientos que había hecho aquel día, al menos me consolaba que mi hermana no aprobara el comportamiento atroz de Oliver.

—¿Qué se siente ahora al formar parte de la familia Hopper? —preguntó Cecilia.

Era incapaz de mirarla, avergonzada de la imagen que probablemente tenía de mí. Pero la conducta de Oliver no cambiaba mi amor por Isadora. Para mí era intachable. Nacer en el seno de la familia Hopper no era algo que ella hubiera elegido.

—¿Detendrán a mi cuñado? —pregunté—. No entiendo cómo ha podido salir indemne después de matar a alguien, intencionadamente

o no.

La tía Theda suspiró.

—Por desgracia, Nueva York es corrupta, desde la policía hasta los políticos. Los que tienen dinero pueden hacer prácticamente lo que quieran, incluido matar a un hombre inocente y dejar a su mujer e hijos sin sustento.

Negué con la cabeza.

—Si pudiera ayudar, lo haría, pero no soy rica. He venido a Nueva York a ayudar con la puesta de largo de mi sobrina a cambio de que mi hermana me pague unas deudas en París. A lo mejor puedo convencer a mi cuñado de que pague a la señora Dempsy una compensación… Bueno, nunca podrá compensarla de verdad, pero ayudará a sus hijos.

—No aceptará —dijo Cecilia—. Eso equivaldría a reconocer su culpabilidad.

Florence me tocó el brazo.

—No pretendemos que repares tú el daño. Solo queríamos que supieras cómo son en realidad los Hopper y la gente con la que te codeas en Nueva York.

—Mi sobrina no es así —dije, volviéndome hacia Cecilia con un tono de súplica—. Sé que tienes que escribir la verdad, pero, por favor, no metas a Isadora en esto. Si pudiera, sería el miembro más entusiasta del Club de las Solteras Empedernidas, y creo que intenta hacer una aportación positiva al mundo a través de su arte.

Cecilia soltó un suspiro.

—Solo mencionaré que era el baile de su puesta de largo, pero a cambio tienes que hacer una cosa por nosotras.

—¿Qué? —pregunté.

Las tres se miraron.

—Ven a mi apartamento la semana que viene a esta misma hora y te lo enseñaré —respondió Cecilia.

El artículo de Cecilia que describía los edificios de viviendas del Lower East Side y cómo los «barones ladrones» estaban explotando a los pobres inmigrantes apareció en el siguiente número de *McClure's Magazine*. En él mencionaba que Oliver había repartido billetes de cien dólares entre los otros empresarios que asistieron al baile:

> Esos hombres son conocidos adeptos a la teoría del «darwinismo social», que solo permite que sobrevivan los más fuertes y mejor adaptados. Ellos, y otros como ellos, se han opuesto a las prestaciones sociales, la recogida de basuras obligatoria y las escuelas gratuitas argumentando que la sociedad solo puede progresar, y la prosperidad y la libertad personal aflorar, cuando la competencia tiene vía libre. La oferta y la demanda deben determinar los precios y los

salarios, y no otros factores. Pero ¿su despiadada filosofía no los sitúa solo un escalafón por encima de los delincuentes comunes?

Los periódicos no tardaron en hacerse eco de los argumentos de Cecilia, y las publicaciones que habían elogiado el baile de Isadora no hacía tanto ahora condenaban a los Hopper.

«¡Tres mil botellas de champán francés! Un derroche así de gratuito cuando tantos ciudadanos están sufriendo es sencillamente escandaloso», afirmaba el *New York Times*.

El *New York World* seguía su ejemplo: «Igual que la realeza de Versalles, esa gente se ha rebajado al nivel de unos parásitos libertinos y deberían ser condenados a muerte. ¡Que rueden cabezas!».

Incluso políticos y sacerdotes nos denunciaron. Caroline recibió amenazas de muerte y Oliver contrató a detectives privados para que custodiaran la casa. Ambos dejaron de utilizar sus coches motorizados; por su parte, siempre que Caroline salía en el carruaje, iba acompañada de un guardaespaldas.

Desde que presencié los horrores del Lower East Side era incapaz de mirar a Oliver a los ojos. Intentaba controlarme, pero necesitaba toda mi fuerza de voluntad para no encogerme cada vez que se acercaba a mí. Había matado a Angus Dempsy, cosa que recordaba a diario. Si no hubiera estado tan preocupada por Isadora, habría regresado a París, aunque eso supusiera no saldar mis deudas.

Isadora estaba conmocionada por lo que habían escrito sobre su baile.

—A lo mejor es cierto que no somos más que parásitos —me dijo —. ¡Mamá se gastó medio millón de dólares en esa farsa! Todos los invitados se gastaron miles de dólares en sus disfraces. Imagínate cómo habría cambiado ese dinero la vida de la gente de los bloques de viviendas.

Una tarde que estábamos en la sala de música, Caroline vino a hablar con nosotras.

—Sé que esos artículos de prensa os han molestado a las dos — dijo, sentándose en la banqueta del piano y pasando la mano sobre el teclado con aire ausente—. Pero vuestra reacción es exagerada. Hace unos años, Oliver y yo vivimos algo parecido durante la huelga de Pullman. La gente nos condena y luego nos olvida y la vida sigue.

—Pero hay mucha gente viviendo en unas condiciones terribles — dije. No le había contado a nadie que había visto los bloques y a sus desgraciados habitantes, pero tenía aquellas imágenes grabadas a fuego—. No imaginaba que existieran esas zonas pobres en Nueva York. Tal vez en un lugar como Calcuta…

—Esa cazadora de escándalos exageró la situación en beneficio propio —respondió Caroline con rotundidad—. Por supuesto, no todo

el mundo vive de manera tan esplendorosa como nosotros, pero la mayoría de la gente tiene un bonito apartamento y vive cómodamente. ¡Al fin y al cabo, esta es la capital de la riqueza estadounidense! Cecilia quiere hacerse un nombre aprovechándose de la envidia que la gente les tiene a los ricos. Lo que no mencionó es que esa gente no tendría trabajo si no fuera por hombres como Oliver, Franklin Harper o Newton Graham. Ellos son los que corren riesgos al fundar una empresa, los que pasan noches en vela cuando se lo juegan todo. Oliver empezó sin nada, pero era trabajador, diligente e ingenioso. La vida simplemente lo ha recompensado por esas cualidades.

—Pero, mamá —protestó Isadora—, el coste de mi puesta de largo fue excesivo. Podríamos haber organizado algo bonito por mucho menos y haber donado el resto a la beneficencia.

Caroline se enfureció visiblemente al oír la palabra «beneficencia».

—Yo no creo que la gente deba recibir cosas a cambio de nada —sentenció—. Tu baile generó mucho dinero para las costureras que hicieron los disfraces, y también para los peluqueros, fabricantes de pelucas, proveedores de comida y floristas.

Isadora parecía estar a punto de añadir algo, pero frunció los labios. Las dos sabíamos que jamás ganaríamos aquella discusión con su madre.

—En cuanto a las condiciones de las viviendas del Lower East Side, los propios inquilinos tienen la culpa —prosiguió Caroline—. La señora Warburg me dijo que siempre está pagando reparaciones por la vida descuidada que lleva esa gente. —Debí de mirarla con escepticismo, porque se puso insistente—. Es una elección, Emma, créeme. Te daré un ejemplo. Anne, la hermana de Oliver, era una de esas mujeres que siempre tratan de hacer el bien. Se enteró de que uno de los trabajadores de la fábrica textil padecía una gota tan dolorosa que ya no podía mantenerse en pie y varios de sus hijos tenían raquitismo, así que decidió buscarles una casa en el campo donde los padres pudieran realizar trabajos livianos en una granja y disponer de abundante comida saludable y aire limpio para sus hijos. Al cabo de tres semanas habían vuelto a su cuchitril del Bowery. Cuando Anne le preguntó a la mujer, dijo: «El campo era demasiado tranquilo para nosotros. Nos gusta estar donde hay actividad». —Caroline levantó los brazos—. ¡No puedes ayudar a esa gente aunque quieras! ¡Están acostumbrados a vivir en chabolas y guetos!

La actitud arrogante de Caroline me irritaba y no pude resistirme a cuestionarla.

—¿Y qué hay de Douglas Hardenbergh? Según la prensa, tiene cientos de edificios en Nueva York.

Caroline puso los ojos en blanco.

—Meter a Douglas Hardenbergh en eso solo demuestra lo poco que han investigado. Precisamente él ha sido de lo más generoso con sus inquilinos, y acabó descubriendo que las salidas de incendios que había instalado en todas sus propiedades con un alto coste están tan llenas de basura que no servirían de nada en caso de emergencia.

—No puedo evitar sentir lástima por los niños que viven en los bloques —terció Isadora—. No es culpa suya lo que hagan o dejen de hacer sus padres.

Caroline se puso en pie para zanjar la conversación.

—Todos elegimos nuestro destino. Ahora id a vestiros para la cena. Vamos con los Harper a Delmonico's. Llevaremos la cabeza bien alta y le demostraremos al mundo que la familia Hopper no se deja amedrentar.

22

Me reuní con Cecilia en su apartamento de Greenwich Village tal como me había pedido la semana anterior. Desde allí fuimos hacia Bleecker Street atravesando un barrio en el que se mezclaban tantos acentos en las tiendas, carromatos y cervecerías que, si todo el mundo hubiera llevado traje en lugar de mono o delantal, podríamos haber estado en la Convención de La Haya. Doblamos una esquina y pasamos por delante de una barbería y una cafetería en la que las mesas y sillas estaban hechas con barriles puestos boca abajo, y enfilamos una calle en la que los bloques de viviendas eran tan desoladores como los que había visto en el Lower East Side. Con menos de un metro de espacio entre ellos, los edificios tenían entre cinco y siete pisos de altura y muchos de ellos tenían construcciones de madera improvisadas al lado en las que vivían los más pobres entre los pobres. Pero lo excepcional de aquella calle era que en medio de aquella escuálida manzana se erigía una elegante mansión con impolutas contraventanas negras y relucientes columnas blancas. Bajo la luz de última hora de la tarde vi que las ventanas estaban limpias y el tejado en buen estado.

Cecilia me llevó hacia la puerta de entrada.

—Bienvenida a la Charles Garrett House —dijo—. Lleva el nombre del padre de Florence, que compró este edificio para nosotras.

En la entrada había hermosos muebles, papel de pared con estampado floral y suelo de madera. Una chimenea proporcionaba un ambiente agradable y encima de la repisa había un cuadro de dos mujeres tocando la guitarra. Me acerqué para verlo bien. Según la firma, era un original de Marguerite Gérard. A través de una doble puerta, vi una sala de estar en la que había sillas con tapizado de damasco y más obras de arte. La casa era un elegante oasis en medio del mundo lóbrego que la rodeaba, y no habría desentonado en la Quinta Avenida, aunque no era tan espaciosa. Cuando hube observado aquel bello lugar, fui consciente de los pasos ligeros que retumbaban

en el piso de arriba.

—¿Hay una escuela de danza? —pregunté a Cecilia, que se echó a reír.

—Los sábados por la tarde organizamos bailes sociales en el salón, pero eso no es lo que estás oyendo. —Miró el reloj de pie que había en una esquina del recibidor—. Espera un momento y verás.

Al poco, llegó un rumor de voces femeninas desde fuera. Eran mayoritariamente acentos italianos, pero también húngaros y rusos. Entonces se abrió la puerta y entró un grupo de mujeres con abrigos de lana y sombreros de fieltro. Al mismo tiempo, los pasos que oíamos arriba se intensificaron y aparecieron unos niños pequeños, que bajaron por parejas con Violet y Edna, del Club de las Solteras Empedernidas.

—Agarraos a la barandilla —les dijo Violet—. Despacio. Mirad dónde pisáis.

Pero era imposible contener la emoción de los niños ahora que habían visto a sus madres. Fueron corriendo hacia ellas con ganas de contarles lo que había ocurrido aquel día.

—Entonces, ¿esta casa es una guardería? —le pregunté a Cecilia.

—De día sí —dijo, guiándome por la escalera ya vacía—. Creamos el programa para que las madres trabajadoras pudieran evitar la situación que viste con la señora Dempsy la semana pasada: no tener un lugar seguro donde dejar a sus hijos cuando van a trabajar. Con esto pueden estar tranquilas, sabiendo que recibirán alimento y buenos cuidados, y un baño si es necesario. A los otros niños les enseñan lectura y aritmética básicas.

Al llegar al descansillo del primer piso, Cecilia abrió una puerta y vi una habitación repleta de estanterías en la que varias personas estaban leyendo sentadas a unas mesas con lámparas.

—También tenemos esta biblioteca para adultos y una galería de arte. En el tercer piso hay un estudio donde enseñamos dibujo y escultura.

—¿Qué es este sitio? —pregunté mientras Cecilia me hacía entrar en una habitación llena de armarios con objetos de plata y porcelana fina. Me senté en la butaca de piel que me ofreció.

—Es un centro comunitario. ¿Sabes lo que es? —preguntó antes de sentarse delante de mí en otra butaca, y yo negué con la cabeza—. Es un experimento social que se ha probado con gran éxito en el Reino Unido y en algunas ciudades de Estados Unidos. Hemos abierto varios en Nueva York. Gente joven con carrera universitaria o, en el caso de la Charles Garrett House, mujeres jóvenes con carrera universitaria, dejan sus cómodos hogares para venir a vivir con las clases obreras. En este país, la brecha entre ricos y pobres es tan grande que muchos miembros de la clase alta han dejado de ver a los menos adinerados

como seres humanos. Por eso no muestran reparos en tratarlos espantosamente.

Cecilia había descrito a mi hermana a la perfección. Dudaba que Caroline creyera realmente todo lo que nos había dicho a Isadora y a mí sobre los pobres y que ellos mismos habían provocado su situación. Pero quizás había contado tantas veces aquella historia para justificarse que había acabado creyéndosela.

—En esta casa podemos reunirnos para entendernos mejor unos a otros —añadió Cecilia—. Los domingos por la tarde celebramos un club social en el que se debaten los problemas más acuciantes de la comunidad. Eso permite a los vecinos del barrio buscar soluciones por sí mismos. Después, el resto de los voluntarios, Florence y yo utilizamos esa información para escribir artículos, presionar a los políticos y promover el cambio de otras maneras.

—¿Es una organización benéfica?

Cecilia negó con la cabeza.

—No como tal, aunque sí tenemos algunos suministros de emergencia, como sopa y mantas, y dos veces por semana damos espaguetis gratis para cenar. Pero nuestra principal función es devolver a la gente su humanidad. Por eso ofrecemos clases de arte y danza, y solemos organizar veladas de teatro o música.

Me llamó la atención una tetera Asprey de plata y marfil guardada en un armario. Debió de costar una pequeña fortuna. Teniendo en cuenta las condiciones de vida en el barrio, ¿Cecilia y Florence no temían que entraran a robar en la casa?

—Sé lo que estás pensando —dijo Cecilia—. Te preguntas por qué no vendemos todo eso para ayudar a los pobres.

Me sonrojé, avergonzada por no haber pensado algo tan generoso.

Cecilia se levantó y sacó la lujosa tetera del armario y me la ofreció como si quisiera subrayar su argumento.

—Muchos inmigrantes que viven en la miseria en Nueva York eran intelectuales y profesionales en sus países de origen, pero las circunstancias políticas o económicas los obligaron a huir. En lugar de pagarles lo que es justo, los dueños de las fábricas aprovechan que son muchos para empeorar sus salarios y condiciones.

Le devolví la tetera y la dejó encima de una mesita situada al lado de la butaca.

—La semana pasada mencionaste que querías que hiciera una cosa. ¿De qué se trata? —dije.

—Bueno, está en tus manos, Emma. Siempre necesitamos voluntarios bien preparados. Tenemos boletines informativos que necesitan que alguien los corrija y una persona que dé clases de conversación en inglés. Serías de mucha utilidad. Pero, sobre todo, he pensado que a lo mejor te gustaría tocar el arpa o hacer lecturas de tus

historias.

Su petición me dejó confusa.

—Me encantaría, pero ¿esta gente no tiene necesidades más apremiantes que escuchar música o una historia de misterio?

Cecilia juntó las manos.

—La necesidad más urgente que tiene esa gente es la esperanza. La música, la belleza, la bondad y la comprensión son una fuente de esperanza.

—Por supuesto que os ayudaré —le dije—. Estaría encantada.

—Bien —respondió, y se levantó a guardar la tetera en el armario.

Bajamos juntas la escalera y nos dirigimos a la puerta.

—Me pondré en contacto contigo muy pronto —dijo—. ¿Sabes volver a Washington Square o necesitas que te acompañe?

Se le iluminaron los ojos y me di cuenta de que la pregunta era un desafío: quería saber si me daba miedo ir sola por el barrio.

—Sabré llegar —respondí. Luego respiré hondo y la miré a los ojos —. No soy tan egoísta o frívola como crees.

Al parecer, mi acusación le resultó divertida y me cogió la mano y la agitó.

—Lo que yo piense de ti no importa, Emma. Lo que importa es lo que pienses tú de ti misma.

Antes de reunirme con Teddy en Washington Square a la hora convenida, cené en un restaurante rumano. Me entusiasmaba la idea de ayudar en la Charles Garrett House, pero al mismo tiempo me incomodaba. Intuía que mi compromiso no contaría con la aprobación de Caroline, y puede que incluso me lo prohibiera. Al volver en carruaje a la Quinta Avenida deliberé sobre si debía explicarle la verdad, aunque sería difícil salir de casa discretamente cargando con el arpa. Tal vez podía decirle que estaba ensayando un dúo con Grace o que me habían pedido que ofreciera varios recitales para grupos selectos en la Biblioteca Pública de Nueva York.

Entonces recordé las palabras de despedida de Cecilia: «Lo que yo piense de ti no importa, Emma. Lo que importa es lo que pienses tú de ti misma». No podía hacer otra cosa que decirle la verdad a Caroline. Aunque necesitaba que pagara mis deudas, no podía permitir que controlara cada decisión que tomara en Nueva York.

Cuando Teddy detuvo el carruaje delante de casa, ya había decidido qué le diría a Caroline. Me lo tomé con valentía hasta que Woodford me abrió la puerta.

—¿Ya ha llegado mi hermana? —pregunté con el corazón a mil—. Me gustaría hablar con ella.

Woodford apartó la mirada de una manera que me hizo sentir

incómoda.

—La señora Hopper ha vuelto hace un rato, pero se ha retirado a su habitación. No quiere que la molesten. ¿Es urgente?

Me sentí a la vez aliviada y decepcionada por no poder hablar con mi hermana hasta la mañana siguiente.

—No, puede esperar. Gracias, Woodford. Imagino que mi sobrina también se habrá acostado. Si me presta una lámpara de aceite, puedo ir a mi habitación sin tener que encender todas las luces otra vez.

Woodford encendió una lámpara minúscula y me la dio.

—Gracias, señorita Lacasse. Buenas noches.

La lámpara creaba un reconfortante halo de luz a mi alrededor cuando subía las escaleras. Los dolores musculares que me provocaba el pánico desaparecieron y logré acompasar la respiración. ¿Por qué me aterraba tanto la posibilidad de que Caroline se enfadara? Un disgusto suyo tampoco me mataría. Con suerte, después de descansar toda la noche podría hablar con ella racionalmente. Pero cuando llegué al rellano, escuché una risa proveniente de la zona donde estaba el dormitorio de Carolina y su tocador. Quizá no se había ido a la cama y estaba atendiendo a un invitado en el salón. Ya lo había hecho con Lucy cuando se quedaba a dormir después de una cena o un baile.

Todo quedó en silencio otra vez y fui a mi dormitorio, pero entonces se abrió la puerta de Caroline, así que entré en una habitación y apagué la lámpara como si fuera una ladrona a punto de ser descubierta. La silueta de Caroline, vestida con un camisón de encaje, apareció en el umbral con otra figura, pero no era Lucy. Era un hombre. Y tampoco era Oliver.

El desconocido se acercó a Caroline y la besó apasionadamente. Retrocedí un poco más y contuve un grito. Se dijeron algo, pero no entendí qué, y entonces el hombre fue hacia las escaleras. En la franja de luz que salía de la habitación de Caroline pude reconocerlo. ¡Era Harland!

Caroline cerró la puerta y el pasillo volvió a quedar a oscuras. Me quedé donde estaba, demasiado aturdida para moverme. Mi corazón, que había recuperado su ritmo normal hacía solo unos minutos, volvía a latir con furia. Lo que había visto no podía ser real. Tenía que ser un sueño.

Finalmente tuve el instinto de que debía moverme por si me descubría algún sirviente. Perpleja y sin pensar en encender la lámpara, puse un pie tembloroso delante del otro y volví a mi habitación, cerré la puerta y contemplé la oscuridad hasta que me dolían los ojos. Se apoderó de mí un mal presagio y me desplomé en la cama.

A la mañana siguiente, mientras me vestía para desayunar, intenté

convencerme de que el encuentro amoroso entre Caroline y Harland eran imaginaciones mías. Pero al final tuve que afrontar la angustiante realidad de que mi hermana tenía una aventura con su arquitecto.

Cuando llegué al comedor, Isadora ya estaba sentada a la mesa.

—Pareces cansada, tía Emma —dijo, frunciendo el ceño—. ¿Va todo bien?

¡Pobre Isadora! Estaba segura de que desconocía la aventura de su madre. Le puse la mano en el brazo y me sentí más protectora con ella que nunca. Estaba a punto de convertirse en una mujer y en la señora de su casa, pero, en lugar de apoyarla, Caroline estaba por ahí con Harland.

—Me quedé escribiendo hasta tarde, eso es todo —respondí.

—Qué interesante —dijo, y volvió a centrar su atención en la tortilla—. Las mejores noches son cuando despierto con una idea y puedo escribirla en un cuaderno y trabajar en ella al día siguiente. A pesar de la falta de sueño, son los días en que me siento más viva.

—Desde luego —dije, esforzándome para que no se me notaran el hartazgo y el enfado.

Llevé lo mejor que pude las clases de aquel día, pero no dejaba de pensar en Grace. Mi hermana no solo había traicionado a su marido, sino también a su amiga. Le había cogido cariño a Grace, pero ¿cómo podía seguir viéndola cuando existía una mentira tan terrible entre nosotras? No obstante, si le contaba la verdad, temía que Caroline me echara de casa.

El nuevo dilema superaba con creces mi preocupación por decirle a mi hermana que tenía intención de trabajar de voluntaria en el centro comunitario. Se reprodujo una y otra vez en mi mente hasta que no pude soportarlo más. Después de la clase de arpa, le dije a Isadora que quería visitar a Grace, ya que me había prestado un libro y quería comentarlo con ella. En realidad, no tenía ni idea de qué le diría a Grace cuando la viera.

—Por supuesto —respondió Isadora—. Me alegro mucho de que os hayáis hecho amigas. Yo aprovecharé para visitar a Rebecca.

Aston, el mayordomo, me acompañó a la sala de recepción de los Hunter y me detuve en seco cuando vi a Augusta van der Heyden sentada con Grace. Estaban tomando té y hablando.

—Siento interrumpir —dije con una tímida sonrisa—. Me apetecía tocarle a Grace una pieza de arpa complicada que he aprendido.

—No interrumpes en absoluto —dijo Grace, que se levantó para saludarme—. Estábamos comentando la ópera de anoche. El vestuario y los escenarios para la *Aida* de esta temporada son espléndidos. La escenografía es impresionante, sobre todo el retorno triunfal de Radamès. Tienes que ir a verla en cuanto puedas.

Grace me cogió la mano afectuosamente, pero tenía la piel de

alrededor de los ojos contraída y percibí tensión en su tono de voz. Me quedé mirando a Augusta, que esbozó una sonrisa forzada y se alisó los pliegues de la falda con aire ausente. No me pareció que estuvieran hablando de ópera.

En aquel momento llegó una sirvienta con más té; cuando se fue, Augusta se volvió hacia mí.

—El acompañamiento de arpa en la escena de la consagración fue de lo más efectivo. Me gustaría conocer tu opinión cuando lo hayas oído.

Miré el ejemplar de *Laelius de Amicitia* que Grace tenía en una mesita: «Un verdadero amigo es honesto, sincero y afectuoso». Cuando cogí la taza me temblaba la mano y, por más que intenté controlarme, se me llenaron los ojos de lágrimas.

Grace me miró.

—Lo sabes, ¿verdad, Emma? ¿Has descubierto lo de Caroline y Harland y has venido a contármelo?

Al oír su tono pausado, alguien que hubiera presenciado la escena creería que era mi marido el que estaba siéndome infiel y que Grace quería reconfortarme.

—¿Ya lo sabías? —le pregunté.

Frunció ligeramente el ceño y desvió la mirada.

Augusta chasqueó la lengua.

—Te dije que estaban volviéndose imprudentes, Grace. Hasta ahora solo conocían su aventura unos pocos, pero anoche incluso May Satterfield me preguntó si los rumores eran ciertos. ¿Y quién puede decirle algo?

Grace asintió.

—Oliver también se ha percatado de su falta de discreción. Le preocupan las consecuencias que pueda tener para Isadora. En lugar de admirar su entrada en la alta sociedad, todo el mundo estará chismorreando sobre el comportamiento de su madre.

—¿Oliver lo sabe? —pregunté.

Me sentía cada vez más estúpida. Pensaba que había descubierto un terrible secreto, pero al parecer había sido una de las últimas en enterarse de la aventura de mi hermana.

Augusta arqueó las cejas.

—Pues claro que lo sabe. Esas aventuras son aceptables siempre que se lleven con discreción y nadie incumpla las normas del buen gusto. Me temo que Caroline está perdiendo la cabeza.

Parecía que estuviera citando un reglamento, tal vez redactado por ella misma. Recordé los desoladores bloques de apartamentos que tenía en el Lower East Side y me preguntaba cómo podía conciliar su actitud santurrona con la explotación de gente desesperada.

Grace me cogió de la mano.

—Eres una buena amiga, Emma. Has corrido un riesgo viniendo aquí a contármelo.

Me miré el regazo.

—No sé qué decir —susurré—. Me siento muy avergonzada por Caroline.

—Yo la entiendo —dijo Grace encogiéndose de hombros—. Es víctima del encanto diabólico de Harland, igual que nos ocurrió a mí y a las otras mujeres a las que ha destrozado en estos años. Y, créeme, ha habido muchas.

—¿Muchas? —repetí horrorizada.

La expresión de Grace era fatalista.

—Emma, mi matrimonio con Harland fue una farsa desde el principio. Era el pretendiente más adorable al que podía aspirar una mujer, pero en la noche de bodas, cuando se marcharon los invitados, se convirtió en una persona diferente. Me dijo que yo no era su tipo y que nunca me había querido. Luego, sin esperar a que me recuperara siquiera de la conmoción, añadió que, aunque estaba dispuesto a interpretar en público el papel de marido cariñoso, seguiría viendo a quien le apeteciera.

Grace era bella y elegante. ¿A qué se refería Harland con que no era su tipo? Aunque, bien mirado, era muy culta, bondadosa y ética, así que tal vez era una afirmación cierta.

—¿Por qué se casó contigo? —le pregunté.

—Por su apellido y su dinero —respondió Augusta por ella—. Ambas cosas podían abrirle puertas. Hizo lo mismo conmigo. Utiliza a la gente.

—Estoy viviendo con un desconocido —terció Grace—. El hombre con el que creía haberme casado no existió nunca. Era una fachada creada por Harland para cazarme.

—Entonces, ¿por qué no te divorcias? —pregunté.

Grace negó con la cabeza.

—Mi madre se moriría. Ya está frágil de salud. También es una católica estricta y rechazó a su propia hermana y a sus dos jóvenes sobrinas cuando se divorció de un hombre violento. Mi madre se sentiría obligada a renegar de mí, y soy lo único que le queda. Me da igual lo que hagan Harland y Caroline mientras los rumores no lleguen a oídos de mi madre. Considera a Harland el yerno perfecto.

Me lo imaginé echando mano de sus encantos con la anciana, llevándole flores y libros y fingiendo que le era fiel a Grace.

—Cuando conocí a Harland, yo era joven y deseable —continuó—, y tenía muchos pretendientes más ricos. Pero él me pareció divertido y despreocupado, y que la vida con él sería alegre. Qué equivocada estaba.

—La vida aún puede ser alegre —respondí en voz baja—. No es

demasiado tarde. Seguro que tu madre acabaría entendiéndolo.

—La única manera de deshacerme de Harland —dijo Grace mirándome a los ojos— es que se muera. Si intento imaginarme el futuro, no veo nada. Me ha destrozado por dentro.

—Harland es como un vampiro que te chupa la sangre y te tira cuando ha terminado —añadió Augusta—. Pero seguimos adelante como muertos vivientes.

—Ambas sois mujeres con educación y cultura y una buena posición en la sociedad —protesté—. ¿Cómo vais a ser muertos vivientes? El problema es que Harland os ha convencido de ello. Al menos Caroline es lo bastante fuerte para plantarle cara. Lo destruirá antes de permitir que él la destruya.

—Nadie puede aventajar a Harland —repuso Augusta—. Pasa mucho tiempo estudiando a la gente. Créeme, conocerá el talón de Aquiles de Caroline, sea cual sea. La gente daba por hecho que, cuando descubriera que Harland era un trepa, lo ahuyentaría como si fuera un mosquito engorroso, pero fue él quien me ahuyentó a mí.

—¿Por qué le gusta tanto destruir a la gente? —pregunté—. Una cosa es ser un canalla despreocupado, y otra, ser un depredador.

—Cuando su padre perdió la fortuna familiar, Harland era despreciado por la alta sociedad —explicó Grace—. Tuvo que ponerse a trabajar en una tienda de trajes de hombre para llevar comida a la mesa y se sintió enormemente humillado. Ha querido vengarse desde entonces.

—En gran parte es culpa mía —dijo Augusta—. Yo lo levanté del suelo. Debería haberlo dejado allí.

—Si no hubieras sido tú, habría encontrado a otra que lo hiciera —le dijo Grace—. Pero me preocupa Caroline. Podría ser su objetivo más ambicioso. Le gusta la idea de ponerle los cuernos a una de las mujeres más poderosas del país.

Pero yo no temía por Caroline. Mi hermana era indomable. Atacarla sería como enfrentarse a un acorazado. Pero su «talón de Aquiles» podía ser su dulce y sensible hija.

23

Cuando me preocupaba algo, leer con una concentración intensa solía ser una buena manera de tranquilizarme. Mientras Isadora y el señor Gadley trabajaban en una escultura, yo me vi absorbida por un artículo de *New York City Magazine* sobre Newport, Rhode Island, la ciudad costera en la que veraneaban los neoyorquinos ricos para huir de la opresiva humedad.

> En verano, la atmósfera es suave y agradable y está cargada de refrescantes tintes de sal. La mayoría de las brisas provienen del sur y traen con ellas un aire enfriado por leguas de agua. La belleza natural de la ciudad da paso al artificio cuando uno recorre Bellevue Avenue. Los muros de piedra y las puertas altas conducen a caminos serpenteantes jalonados de hayas y pinos que enmarcan artísticamente las mansiones. Es la Quinta Avenida a orillas del mar, con toda una serie de palacios, castillos y casas señoriales de estilo europeo.
>
> Seacliff, la «casa de vacaciones» de la familia Hopper, es la más asombrosa por su majestuosidad. El palacio blanco de estilo italianizante tiene cinco hectáreas de césped con las aguas color zafiro del Atlántico como telón de fondo, y se halla en el punto más elevado de Bellevue Avenue. Las colinas que rodean los céspedes inmaculados se precipitan peligrosamente hacia el océano. Los jardines están bordeados de ligustros cuidadosamente podados y de árboles y arbustos exóticos, y el aire desprende la dulce fragancia de los centenares de rosas que hay en el camino.
>
> Tras franquear una gran *porte-cochère* y las puertas de cristal y hierro forjado del gran salón, uno se siente inmediatamente cautivado por las paredes de mármol y las columnas jónicas adornadas con relieves de sirenas y peces. Una escalera de piedra de Caen conduce a un descansillo en el que un gran ventanal arqueado ofrece vistas al océano.
>
> Desde allí, la mirada se desplaza a la inmensa lámpara de bronce y cristal, y el artesonado blanco, salpicado de estrellas plateadas. El efecto es liviano y uno casi puede oír el tañido de arpas celestiales…

Respiré hondo. La casa parecía magnífica. ¿Realmente Caroline pretendía abandonarla por una aún más grande? ¿Dónde acabarían sus excesos y su ambición?

Me vinieron a la mente los hedores y horrores que había presenciado en los bloques del Lower East Side. La gloriosa Seacliff se había construido gracias al sufrimiento de los pobres.

Woodford entró en el estudio y me sacó de mi ensimismamiento.

—Señorita Lacasse, su excelencia la duquesa de Dorset ha venido de visita. La señora Hopper pide que se una a ellas.

Lucy venía a casa con frecuencia, y Caroline solo me pedía que participara en sus conversaciones cuando quería algo de mí. ¿De qué se trataba ahora? ¿O me hacía llamar porque sabía que había ido a ver a Grace para contarle lo de Harland?

Ambas sonrieron cuando entré en el salón; no habían reclamado mi presencia por esa razón.

—Estamos tomando un té inglés —dijo Caroline, señalando la mesa—. Lucy lo ha traído todo.

Había varias bandejas de plata con bocadillos, galletas de mantequilla, merengues diminutos y jengibre en conserva. Lucy cogió ella misma las hojas de té necesarias y las tiró a la tetera. Al cabo de unos minutos, indicó a Woodford que vertiera el té en unas tazas con estampado de capullos de rosa tan finas que parecían casi transparentes.

Caroline observó fascinada la operación.

—Me gusta cómo hacen las cosas los ingleses. Es como si todo fuera un ritual que ha sido practicado hasta la perfección.

Yo cambié de postura en la silla. ¿Qué había provocado aquella repentina fascinación con Inglaterra? Ahora que había descubierto que mi hermana tenía una aventura, cuestionaba todo lo que decía.

Caroline me sonrió.

—¡Las cosas han dado un vuelco emocionante! Se ha presentado una oportunidad extraordinaria para la felicidad de Isadora.

Asintió para que Lucy me lo explicara.

—El duque de Bridgewater está en Nueva York —dijo Lucy—. Le tengo el ojo echado desde hace tiempo y, ahora que está llorando la muerte de su padre y ha heredado el título, me ha escrito para que lo ayude a buscar una mujer estadounidense adecuada. Se alegró mucho cuando le escribí hablándole de Isadora. Durante mucho tiempo se creía que acabaría casado con lady Mariam, hija del conde de Essex y amiga de la infancia, pero ahora que el duque es responsable de sus varias fincas y el hermoso palacio de Lyndale, estará presionado económicamente. Lyndale se halla en restricción de herencia, lo cual significa que no puede venderla o hipotecarla, ni siquiera parcialmente, así que tendrá que casarse con alguien con una dote considerable. Además, por supuesto, tiene muchas ganas de engendrar a un hijo y heredero.

Esperé a que Lucy explicara por qué aquel joven sería apropiado

para Isadora en cuanto a temperamento o intereses, pero había dejado de hablar. Miré a Caroline esperando que se opusiera a la idea de una persona cuyo único interés por Isadora fuese el dinero, pero mi hermana asintió entusiasmada.

—Es comprensible. El legado de su familia está en juego. —Se volvió hacia mí—. El duque vendrá a cenar mañana por la noche. Antes de que se corra la voz de su visita, debemos asegurarnos de que queda impresionado con Isadora. La sentaré a su lado, pero te necesito cerca supervisando, Emma. No quiero que diga ninguna tontería, y en tu presencia se siente más cómoda.

La miré inexpresivamente, irritada por su comentario. En los últimos meses, Isadora había madurado mucho. Solo había necesitado poder expresarse y tener a alguien que mostrara interés por ella.

—No creo que exista ese riesgo —dije—. Su desenvoltura en la puesta de largo fue objeto de gran admiración.

Lucy agitó la mano como despreciando mi comentario.

—Eso es cierto, pero aún puede ser un poco… rara. Las herederas estadounidenses que consiguen entrar en la alta sociedad inglesa son las que pueden adaptarse con rapidez al estilo de vida británico. No queremos que Isadora haga nada que la deje sin opciones.

—El pretendiente adecuado reconocerá las buenas cualidades de Isadora —protesté—. Es honesta, bondadosa, inteligente y ocurrente.

Caroline miró hacia arriba.

—¡Ah, Emma! No podemos dejar pasar esta oportunidad. La temporada londinense es muy reñida, mucho más que la de Nueva York. Isadora no podría competir en ese ambiente. Aquí tenemos la oportunidad de que el duque la conozca antes de que las otras madres descubran que está disponible. La noche de mañana es de gran importancia para la felicidad futura de Isadora. ¡No puede haber un solo error!

—Pero vinieron muchos jóvenes simpáticos al baile de Isadora —dije—. Si no es del gusto del duque, estoy convencida de que habrá alguno más adecuado para ella.

Caroline arqueó una ceja.

—¿A quién te refieres? —preguntó con irritación—. ¿A uno de esos muchachos frívolos de los Potter o los Graham? Ningún miembro de las familias importantes de la vieja sociedad ha mostrado interés en ella. El duque tiene título, nombre e historia. En Nueva York, nadie puede ofrecerle eso.

Sospechaba que la razón por la cual ninguna de las viejas familias de Nueva York quería que sus hijos cortejaran a Isadora guardaba más relación con el comportamiento de Caroline que con la personalidad de mi sobrina.

—Solo quedan veintisiete duques en todo el Reino Unido —añadió

Lucy—. A Isadora le iría mucho mejor que un simple vizconde o lord.

—Un título y una gran casa de campo en Inglaterra es un sueño —dijo Caroline—, y necesitamos que ayudes a Isadora a prepararse para desempeñar su papel de duquesa.

Tal vez sería un sueño para Caroline, pero no para mi sobrina. Recordé cuando Isadora me dijo que las puertas que se le habían cerrado a Lucy por su pasado se abrieron de par en par cuando se convirtió en duquesa. ¿Aquella evaluación del duque tenía algo que ver con la felicidad conyugal de Isadora o con la ambición de mi hermana?

La noche siguiente, mientras me vestía para la cena, intenté aplacar mis temores por que Isadora pudiera verse obligada a casarse con alguien que no era adecuado para ella, y también decidí reservarme mis opiniones sobre el duque hasta que lo conociera. A lo mejor era un hombre amigable, y los dolores de cabeza, las náuseas y la ansiedad que había sufrido todo el día habían sido en vano.

A Isadora solo le habían dicho que vendría un aristócrata a cenar. No quería ponerla nerviosa desvelando el auténtico propósito de la velada. Cuando la vi en el umbral de su habitación, me henchí de orgullo: estaba más guapa que nunca. Llevaba un vestido de *crêpe* blanco al estilo del Imperio chino y el pelo recogido en elegantes bucles y decorado con una diadema de perlas. Caroline y Lucy habían insinuado que Isadora era rara y desmañada, pero, si aquella noche salía algo mal, no sería por culpa suya.

Al llegar al salón, encontramos, además de a Caroline, a Lucy y a Oliver, a tres hombres jóvenes y una chica delgada con el pelo castaño rojizo. Esperaba que el caballero rubio con los cálidos ojos marrones fuera el duque de Bridgewater, o tal vez el joven distinguido con los pómulos altos y un hoyuelo en la barbilla, pero, desgraciadamente, el propietario del título era el más flaco y pálido de los tres. El rubio era lord Randolph, el hermano menor del duque, y el otro su amigo Charles Whitlock. La joven de dieciséis años era lady Clara, la hermana del duque.

Este tenía la nariz larga y recta, llevaba un bigote ralo y sus labios delgados formaron una sonrisa casi inapreciable cuando Lucy nos lo presentó a Isadora y a mí.

—Bienvenido a Nueva York —dijo mi sobrina animadamente—. ¿Qué les trae por la ciudad en esta época del año? Aquí debe de hacer tanto frío como en Inglaterra, y debe de haber la misma niebla.

—Hemos venido a la feria automovilística del Madison Square Garden —respondió lord Randolph—. Somos todos entusiastas de los coches de motor, incluida lady Clara.

—De momento solo he conducido un coche pequeño con motor de gasolina, pero estoy aprendiendo —dijo la joven, que sonrió tímidamente a Isadora.

Aunque Clara era guapa, no llevaba un vestido caro de Worth como mi sobrina. Su atuendo de gasa no estaba de moda y el cuello de encaje se veía un poco desgastado, pero a Isadora no le interesaban esas cosas. Por el contrario, se sentó al lado de lady Clara y dijo:

—Me gustaría mucho aprender a conducir un coche motorizado. ¿Es difícil?

—En absoluto —repuso lady Clara.

Por cómo hablaban, intuí que había nacido una amistad entre ellas.

Después de un jerez previo a la cena, durante el cual lord Randolph y el señor Whitlock observaron a Isadora con admiración mientras el duque la estudiaba con una mirada más fría e inquisitiva, nos trasladamos al comedor. Nos sirvieron doce platos consistentes en sopa de liebre, huevos de chorlito, carne asada, pavo en gelatina, tarta de pichón, urogallo, escolopácido, perdiz, faisán y becada. Eran todos platos ingleses, y me preguntaba por qué Caroline no había ofrecido sopa de tortuga y langosta como era habitual en las cenas de la alta sociedad de Manhattan. ¿El duque era uno de esos que se negaban a probar «comida extranjera»?

Lo observé, desesperada por encontrar algo admirable en él que me indicara que sería una buena pareja para Isadora. ¿Le latía el corazón de manera regular bajo aquel exterior frío? ¿Era culto? ¿Le gustaban el arte y, sobre todo, la escultura? ¿Era un terrateniente modélico conocido por su bondad con los arrendatarios? Pero, por más que me empeñara, no veía nada destacable o carismático en él. Lo único que podía discernir era un marcado talante de privilegiado.

Era lord Randolph quien animaba la conversación.

—Los tres tenemos un De Dion-Bouton —dijo, señalando a su hermano y al señor Whitlock—, pero esperamos adquirir un coche de carreras estadounidense mientras estemos aquí.

—El sector automovilístico estadounidense está cobrando impulso —le dijo Oliver—, pero la poca gente que conduce aquí tiene un coche europeo. Mi mujer y yo ahora mismo tenemos un Daimler. En mi opinión, son los mejores que se han fabricado hasta la fecha.

Pensé en Angus Dempsy y me estremecí. ¿Cómo podía hablar Oliver tan tranquilamente de coches motorizados después de lo que había hecho? ¿De verdad no sentía remordimientos por haber matado a un hombre?

—El año pasado participamos en la carrera de obstáculos del valle del Hudson y lo pasamos en grande —les explicó Caroline a los invitados—. Los Daimler son más fáciles de manejar que los De Dion-

Bouton.

—¿Lo ves, Charles? —dijo lord Randolph guiñando un ojo al señor Whitlock—. ¡Este es un país civilizado y moderno! —Volviéndose hacia nosotros, añadió—: Mi querido amigo se imaginaba que todos los estadounidenses vivían en plantaciones y se pasaban el día peleándose con pieles rojas y búfalos en estampida.

El señor Whitlock bebió un sorbo de vino.

—A lo mejor era por el cuadro aterrador que tenía mi tía en su librería. En él aparecía el comandante Patrick Ferguson cayendo de su caballo durante la Revolución de las Trece Colonias.

Lucy echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír.

—Bueno, puedo asegurarle que no somos salvajes, señor Whitlock.

—Por la compañía, eso resulta obvio —respondió mirando a Isadora—. Pero es increíble las ideas que nos formamos de pequeños.

—Mis antepasados lucharon contra los franceses, pero no por eso dejo de disfrutar del champán —dijo el duque mientras cortaba el pastel de perdiz.

Podría haber sido un comentario divertido, pero lo dijo con un tono de irritación que acabó instantáneamente con el buen humor de lord Randolph y el señor Whitlock, lo cual, intuí, era la intención.

Mirando a Isadora, el duque le preguntó en francés si sabía mucho acerca de los conflictos entre Inglaterra y Francia. Aunque no hablaba tan bien francés como italiano, respondió que había leído algunos libros interesantes sobre la conquista normanda y las guerras anglofrancesas, pero sabía mucho más de arte inglés y admiraba enormemente a Gainsborough.

Era un tema bastante complejo y sonreí orgullosa por lo mucho que había mejorado el francés de Isadora gracias a nuestras clases. Era casi perfecto, pero no lo suficiente para el duque.

—Tiene muy buena pronunciación —le dijo en inglés—, pero su vocabulario es bastante básico. Debería leer más libros en francés. Le vendría bien.

Isadora miró el plato, decaída, y a mí me entraron ganas de propinarle una patada al duque por debajo de la mesa. No era mejor que Caroline y Lucy en su condescendencia hacia ella.

—Nunca se me han dado bien las lenguas extranjeras —le dijo lord Randolph animadamente—. Soy malísimo. Esa pequeña conversación me ha parecido impresionante.

—Randolph es muy modesto —dijo Clara sonriendo a su hermano —. Destacó en sus estudios de Derecho en Oxford, en lugar de perder el tiempo como hacen muchos otros jóvenes. —Volviéndose hacia mí, preguntó—: ¿Es cierto que es usted escritora, señorita Lacasse? Parece realmente interesante.

—Escribo sobre todo historias de misterio y fantasía —le dije—.

Actualmente estoy trabajando en una novela.

Lord Randolph dejó el tenedor encima de la mesa.

—Me gustaría mucho leer sus historias, señorita Lacasse. ¿Las han publicado en inglés?

Era imposible que no te cayera bien lord Randolph, pensé mientras respondía a su pregunta. Me habría encantado que Caroline y Lucy intentaran emparejarlo a él con Isadora, en lugar de con su taciturno hermano, pero, como segundo hijo, lord Randolph no tenía título ni lo tendría mientras su hermano viviera. Y un título era el mayor deseo de Caroline.

Cuando los invitados se fueron y Oliver e Isadora se acostaron, Caroline y Lucy me pidieron que fuera a la biblioteca.

—¿Qué impresión te ha causado el duque? —me preguntó mi hermana con un brillo en la mirada.

Estaba segura de que ya había tomado una decisión, pero me sentí obligada a expresar mi opinión por Isadora.

—Sus hermanos son simpáticos, pero el duque es bastante arisco.

—¿Arisco? —repitió Caroline tirándose del lóbulo—. No, yo creo que simplemente es serio. Y un poco de seriedad en un joven no es un gran defecto.

—Lleva mucha responsabilidad sobre los hombros —apostilló Lucy —. Solo tiene veinticinco años y ya ha heredado uno de los ducados más grandes del Reino Unido. Lord Randolph puede ser despreocupado porque no soporta ninguna de las cargas de su hermano.

Caroline asintió como si la observación de Lucy debiera mitigar mis recelos respecto a la personalidad del duque.

—También hay que recordar que los ingleses no necesitan tanto a las mujeres como los estadounidenses —continuó Lucy—. Son autosuficientes y a menudo no expresan sus emociones. Es mejor compararlos con una roca, una persona en la que puedes confiar.

Caroline juntó las manos.

—El duque parece más adecuado para Isadora a cada minuto que pasa.

Yo, en cambio, temía más por Isadora a cada minuto que pasaba. Más tarde, cuando Caroline y yo subíamos a las habitaciones, lo intenté de nuevo.

—Caroline, ¿le has consultado todo esto a Isadora? ¿Sabes lo que quiere de un matrimonio?

Mi hermana se detuvo y me miró fijamente.

—Isadora es demasiado joven para saber lo que quiere. ¡Si le preguntara, respondería que pasarse el día haciendo esculturas con el señor Gadley! —Negó con la cabeza—. El papel de una madre es tomar esas decisiones por su hija. Tú no lo sabes porque no tienes una

hija de la cual responsabilizarte.

Me dio un beso de buenas noches, enfiló el pasillo hacia su dormitorio y me dejó boquiabierta en lo alto de la escalera. ¿La intención de Caroline era que el comentario me doliera tanto como lo había hecho?

Pensé en su hijo William y en lo mucho que había llorado su muerte. Isadora era su única hija. ¿No quería que ella y sus futuros nietos estuvieran cerca? Una vez más, era incapaz de entender a mi hermana.

Al día siguiente le confié mis preocupaciones a Grace mientras paseábamos por Central Park.

—Bueno, a menos que Caroline anuncie pronto ese matrimonio, al duque podría llevárselo otra —dijo con una sonrisa burlona—. Las jóvenes herederas estadounidenses andan locas por un título europeo, cosa que no ocurría en mi generación. Si te preocupa la personalidad del duque, quizá te reconforte saber que podría llevárselo una chica más ambiciosa que Isadora.

—Caroline es ambiciosa por las dos.

—Eso es cierto —dijo—, pero muchos matrimonios transatlánticos son organizados por mediadores habilidosos de Londres. Uno de ellos podría tener a alguien en mente para el duque.

Nos detuvimos a observar a dos ardillas que correteaban por la nieve y treparon a un árbol.

—Dudo que a las madres inglesas les guste que todas esas estadounidenses vengan a robarles a los hombres con títulos que habían elegido para sus hijas desde su nacimiento —comenté.

—Imagino que no les gusta nada, pero ¿qué van a hacer? El declive de la economía rural inglesa ha dejado a gran parte de la aristocracia terrateniente al borde de la ruina. Allí ven a las herederas estadounidenses con dinero y ansiosas por el estatus de un título británico como una oportunidad para salvar sus amadas fincas y preservar el apellido familiar. —Grace entrelazó su brazo con el mío para apartarme de la trayectoria de dos niños que se deslizaban en trineo por una pendiente—. Puede que el duque sea arisco, pero al menos no corren rumores de que sea un degenerado, a diferencia del príncipe de Gales y la gente de Marlborough. —Miró hacia abajo—. Además, suele decirse que los matrimonios concertados a largo plazo funcionan mejor que los enlaces por amor. La pareja tiene expectativas mucho más realistas del otro.

Sabía que se refería a su matrimonio, y le puse una mano en el hombro para consolarla.

Grace exhaló mesuradamente y continuó.

—Podrías considerarlo una oportunidad para Isadora: en París, estaría más cerca de ti y más lejos del control de Caroline. Y las inglesas no son tan ociosas como las de aquí. Deben participar en actividades filantrópicas y ayudar en las responsabilidades políticas de sus maridos. Isadora podría hacerse una mujer.

Tal vez Inglaterra brindaría a Isadora la posibilidad de ser independiente, pero no podía desterrar el miedo a que el duque la hiciera desdichada.

—Tengo la impresión de que es una de esas personas a las que no puedes cuestionar —le dije a Grace—. De esas que, si discrepas con él, se levantan y se van.

Su buen humor regresó y me guiñó un ojo.

—¡Eso podría venirle bien a Isadora cuando le apetezca librarse un rato de él!

La idea de que Isadora manipulara al duque de esa manera me resultaba divertida.

—Es inteligente, pero no es tan despiadada.

Grace volvió a ponerse seria.

—Nadie lo es a esa edad. La crueldad es algo que nos enseña el matrimonio.

24

*M*i primer recital de arpa en la Charles Garrett House fue ante un grupo de mujeres abandonadas. Cuando Florence me facilitó una silla y Cecilia me presentó, empecé con *Rêverie*, de Debussy. Mientras tocaba, miraba de vez en cuando las caras de preocupación de mi público. Algunas mujeres tenían ampollas en las manos de trabajar en las fábricas y como limpiadoras. Parecía que una tenía la nariz rota por dos sitios. ¿Un regalo de despedida de su marido, quizá? Me conmovió ver cómo la música iba cambiando su semblante: relajaron los hombros y empezaron a sonreír. Ahora entendía lo que había intentado explicarme Cecilia, que aquella gente oprimida necesitaba belleza para sentirse viva otra vez después de que su espíritu quedara adormecido por la monotonía y el horror de su entorno.

Pensé en el último artículo de Cecilia sobre la explotación de los trabajadores de Nueva York, que había leído de camino del recital:

> Después del sacrificio de la guerra de Secesión, parece que lo único que se ha conseguido es un nuevo tipo de esclavitud. La hostilidad de los sindicatos hacia las trabajadoras agrava aún más su carga y las deja a merced de hombres como Oliver Hopper, el hombre más rico de Estados Unidos…

Que mi familia estuviera contribuyendo al sufrimiento de las mujeres que tenía delante me avergonzaba. ¿Cómo era posible que Caroline no sintiera remordimientos sobre su obscena riqueza y su origen? ¿Por qué no podía ver más allá y mostrar empatía con los demás?

—Ha sido sublime —dijo Florence cuando terminé—. A menudo pasamos por alto que un simple acto de bondad puede cambiar la vida de una persona necesitada. No he visto alegría en los ojos de estas mujeres desde hace meses, y tú se la has devuelto, Emma.

Me conmovieron las amables palabras de Florence, pero aun así consideraba que mi aportación había sido inadecuada. Era Caroline

quien de verdad podía cambiar la vida de aquellas mujeres, pero nunca lo haría.

Mientras Florence y Cecilia servían pastel de frutas y natillas para cenar, hablé con varias de las mujeres.

—Habría sido mejor que se divorciara de mí —me dijo una madre con un bebé en brazos—. Al menos sería libre para buscar a otro hombre. Las organizaciones benéficas no me ayudan. Demasiada gente se aprovecha de ellas; muchas mujeres se inventan que su marido las ha abandonado, cuando en realidad sigue en casa.

Aunque era deshonesto, entendía que lo hicieran cuando estaban desesperados y no ganaban dinero suficiente para alimentarse ellos y sus hijos.

Las otras mujeres me contaron historias similares, pero la situación que más me perturbó fue la de Hadassah. Era más joven que yo, pero tenía el pelo gris y la piel tan arrugada como una nuez. De día trabajaba en una fábrica; cuando volvía a casa por la noche, terminaba blusas para otra. Sorprendentemente, su marido aún vivía con ella. Lo reconocía abiertamente y nadie la criticó por afirmar que había sido abandonada. Me preguntaba por qué.

—El marido de Hadassah es un vago —me explicó Florence más tarde—. Le parece bien que ella trabaje hasta el agotamiento mientras él se sienta en una cafetería a leer la prensa. Dice que fue decisión de ella venir a Estados Unidos y que fue un error, así que ella es la que tiene que mejorar su situación.

—Pero son judíos rusos, ¿no? —dije—. Tuvieron que huir para salvar su vida. No tenían más opción.

Cecilia se encogió de hombros.

—Los argumentos de un marido maltratador carecen de toda lógica.

—¿No puede echarlo?

—Por desgracia, no. La ley matrimonial judía juega a favor del marido.

Al final de la velada, mientras Florence, Cecilia y yo fregábamos los platos, Florence me preguntó qué opinaba de las mujeres a las que había conocido.

—Me ayuda a apreciar la suerte que tengo de estar con Claude —les dije—. No me imagino lo que es verse atrapada con un hombre que abusa de ti y luego te abandona.

—Por cierto, debes de estar orgullosa de Claude —respondió Florence, dándome un plato para secarlo—. Todavía no he ido a la exposición porque he estado preparando la mía, pero dile que lo veré a principios de la semana que viene. La reseña del *New York Times* era muy entusiasta.

Me quedé mirando el plato que tenía en la mano. Notaba un

extraño entumecimiento en los dedos de los pies que se extendió por las pantorrillas y me impedía moverme. ¿Claude estaba en Nueva York y no me lo había dicho? Florence debía de estar equivocada. Tenía que estarlo. No podía imaginarme que Claude hubiera venido a Nueva York y no me hubiera escrito.

—¿Estás bien, Emma?

Miré a Florence a los ojos. Ella tampoco creía que fuera posible. Por eso supuso que yo lo sabía.

—Claude no me ha dicho nada —dije.

—¿De la reseña? —preguntó con una sonrisa—. No es típico de él ser tan tímido. —Fue a la despensa y salió con un periódico—. Tengo un ejemplar. Toma.

Tenía palpitaciones cuando me acerqué a la galería de arte de Lexington Avenue donde se celebraba la exposición. A través de las puertas de cristal vi docenas de cuadros colgados en unas paredes de color ocre.

Cuando entré sonó una campanilla, y un hombre con el pelo blanco salió de detrás de un mostrador a recibirme. Era estadounidense, no Maignat, el marchante de Claude.

—¿Le interesa la pintura francesa? —preguntó—. Es una exposición especial de los artistas más jóvenes y progresistas de Francia.

—Soy amiga de Claude Tremblay —le dije.

Reconocí de inmediato algunos cuadros de Claude y me acerqué a ellos. Los paisajes abiertos, las escenas sociales y los detallados retratos con sus interesantes rasgos faciales, todo rezumaba vida.

—Hay más aquí —dijo el marchante, que me llevó hacia otra pared.

¡Claude había sido prolífico! Ahora tenía una explicación para su silencio, pues semejante cantidad de trabajo debió de requerir una intensa concentración.

Miré un cuadro de dos hombres en una barca y después otro de una joven con los ojos azul claro, unas cejas oscuras y rectas y una barbilla bien definida. El retrato era excepcional por la impresión inmediata de frescura y la pureza de sus colores, pero lo más cautivador era la luminosidad del sujeto. La chica miraba al espectador. Era una persona que sabía lo que quería.

—¿Quién es? —pregunté al propietario de la galería—. Es muy guapa.

—Es una sombrerera que quiere ser pintora. Se llama Lise y posa como modelo a cambio de clases.

Asentí.

—¿Han venido algunos artistas a Nueva York para la exposición?

Su respuesta me provocó un intenso dolor.

—Sí, están todos aquí. Llegaron hace quince días. —Señaló una escalera situada al fondo de la galería—. ¿Le gustaría conocer a unos cuantos?

Al principio no entendí lo que había dicho. ¿Hacía quince días? ¿Por qué no me había dicho Claude que venía a Nueva York? ¿Por qué no me había invitado a la inauguración? ¿Quería que fuera una sorpresa?

Subí, pero no reconocí a ninguno de los artistas que estaban sentados a una mesa tomando café. Tenían muchas ganas de hablar de Nueva York con otra francesa.

—Los coleccionistas estadounidenses son diferentes de los europeos —dijo un artista de cabello oscuro con un fino bigote—. Los estadounidenses compran porque algo les gusta, no porque esperan que el valor del cuadro aumente.

—No les importa comprar algo y considerarlo una pérdida —coincidió uno de sus colegas—. Me gusta esa actitud. Aprecian el arte por lo que es.

Intenté seguir su animada conversación, pero me sentía aturdida.

—¿Saben dónde está Claude esta tarde? —pregunté finalmente.

—Él y otros han ido al Museo Metropolitano de Arte —respondió el artista con bigote.

—¿A qué hora volverá?

—Todos estarán aquí para la exposición de esta noche, que empieza a las ocho. Puede volver entonces o dejarle un mensaje.

—Volveré —respondí.

Cuando salí, las soleadas calles estaban llenas de neoyorquinos caminando a toda prisa, pero mi mundo se había ralentizado. Me planteé ir al Museo Metropolitano de Arte a buscar a Claude.

En aquel momento oí su risa.

—¡Algún día, nuestro arte también estará en ese museo! —dijo.

Al darme la vuelta, lo vi acercándose a la galería y nos miramos. La belleza de aquellos ojos me resultaba sumamente familiar, pero algo en su expresión había cambiado. Me puse rígida, como si mi cuerpo estuviera preparándose para alguna enfermedad.

Miré a la chica que llevaba cogida del brazo, no como amiga, sino como amante. Era Lise, la chica del cuadro.

—¡Emma! —exclamó Claude—. ¿Qué estás haciendo aquí? No esperaba verte.

Su voz era aguda y tensa, no la voz cálida que me provocaba cosquilleos en la columna. Era la voz de un hombre que le hablaba a una conocida, no a su amada.

Mi voz también parecía venir de muy lejos.

—No me dijiste que estabas en Nueva York. Me enteré de la exposición por el periódico.

Me sudaban las manos y tenía los guantes empapados. Todos los planes, esperanzas y sueños que abrigué durante años se me escapaban por los poros de la piel.

—Me llamo Lise —dijo la chica con una sonrisa vivaracha.

Era aún más hermosa que en el cuadro. Todo en ella era alegre, desde sus ojos brillantes hasta el gran lazo rojo que llevaba en el cuello. Y era joven; no tendría más de dieciocho años.

—Tú debes de ser la Emma de la que hablan en la cafetería de Montmartre —continuó—. Llevas una temporada en Nueva York, ¿verdad? Debe de gustarte mucho. ¡Es emocionante!

«Dejaste de escribir, Claude. ¿Por qué dejaste de escribir?» Quería pronunciar aquellas palabras, pero mis labios no se abrían. Me había quedado muda. Tenía la respuesta delante de mí, con un lazo rojo y hablando sin parar.

En *Historia de una casa solitaria*, cuando mi personaje, Genevieve, sucumbe al veneno que le ha administrado su marido, ve cómo se lleva su cuerpo el enterrador y se sorprende al descubrirse sentada aún en una butaca junto al fuego. Aquella era la sensación que estaba experimentando: estaba observando una escena de la que ya no formaba parte.

—Tus cuadros son excepcionales, Claude —conseguí decir, como si fuéramos vecinos manteniendo una conversación amigable en la calle.

Lise lo besó en la mejilla.

—Estoy muy orgullosa de él. Ha trabajado mucho.

Mis pensamientos se dispararon en todas direcciones. Pasé de intentar interpretar el significado de aquel beso a pensar en *Historia de una casa solitaria*. No debería haber escrito nunca aquella historia en primera persona. Genevieve había acogido a Theron en su vida y no se había guardado nada, ni su corazón, ni su hogar ni su fortuna. Y había pagado ese error con su vida. No se podía confiar en Theron, pero ¿cómo podía saberlo? Era tan cariñosa, tan buena, tan perfecta…

Claude tragó saliva.

—¿Y tú, Emma? ¿Todo bien? ¿Va todo según lo planeado en Nueva York?

Me miró como si esperara respuesta a una pregunta que yo no entendía. No sabía qué contestar. Nada iba según lo planeado. Todo era un caos. Mi cuñado era más o menos un asesino; mi hermana, una adúltera; y mi sobrina, un peón en una terrible partida. Y la única persona a la que consideraba una roca a la que asirme se había convertido en arena.

El mundo se me vino encima como una ola enorme. Me di la vuelta y me fui corriendo. Claude me llamó, pero no podía oír lo que

decía porque la sangre se me acumulaba en los oídos.

Había escrito muchas veces sobre la traición, pero nunca había podido describirla con tanta precisión como estaba sintiéndola ahora. ¿Una niebla de desesperanza? ¿Un río de lágrimas? ¿Unas manos agarrándose desesperadamente a la tierra para intentar no caer por un precipicio? Ninguna de esas metáforas podían evocarlo. Solo sabía que la traición era algo que no esperaba sentir jamás con Claude. Le había sido fiel durante cinco años y ahora él había encontrado a otra persona.

Tuve que reunir todo mi valor para incorporarme en la cama a la mañana siguiente. Lo único que veía ante mí era un vacío.

Si hubiera podido, me habría quedado en la habitación todo el día intentando averiguar cuándo había terminado mi relación con Claude y por qué. No había habido reproches en nuestras cartas ni malos sentimientos entre nosotros. Era cierto que no nos poníamos de acuerdo en la cuestión del matrimonio, pero, si ese era el motivo, imaginaba que Claude habría tenido la decencia de escribir para explicarme que había cambiado de parecer.

A lo mejor era así como un hombre abandonaba a una mujer por otra, pensé. Cogía el abrigo y el sombrero y salía por la puerta, sin explicaciones, sin cartas, sin nada.

Me volví hacia la fotografía de *grand-maman* que tenía encima del escritorio.

—¿Qué voy a hacer? —le pregunté—. Algo en mi interior ha muerto.

Tenía el corazón roto, pero no podía decepcionar a mi abuela. Ella no querría que cediera a la desesperación. Ella siempre había dicho: «A Dios le interesa más nuestro carácter que nuestra comodidad». Sabía que querría que aprovechara mi dolor para mejorar de alguna manera.

Cuando Jennie entró en la habitación media hora después para ayudarme a ponerme mi primer conjunto glorioso del día, puse buena cara y sonreí. La sirvienta no conocería mi absoluta desesperación. Estaba viva y respiraba, pero me sentía destrozada. Sin embargo, estaba decidida a que nadie se enterara.

Dos días después, Caroline y Lucy me llamaron de nuevo a la sala de estar. Mi hermana irradiaba entusiasmo.

—¡Lucy, cuéntale a Emma lo que ha pasado!

—Tengo una noticia de lo más gratificante —dijo Lucy juntando las manos—. Lady Clara ha venido a verme para anunciar que el

duque nos ha invitado a todos a Lyndale. Por lo visto, Isadora lo ha cautivado.

—El duque está muy orgulloso de su hogar —me explicó Caroline—. Probablemente quiere saber si Isadora encajará allí. —Se levantó y caminó por la sala, y su alegría devino en ambición—. La temporada de Londres debe de ser la más espectacular de todas. Escribiré inmediatamente a Worth, en París, y pediré que le tomen medidas. Isadora tiene que estar gloriosa.

Luego se detuvo delante de mí.

—Tienes que acompañarnos, Emma. Al duque no le impresionó mucho el francés de Isadora. Tienes que conseguir que se esfuerce más. Hablar francés fluidamente es importante para la aristocracia inglesa.

Yo sospechaba que el duque habría encontrado defectos al francés de Isadora aunque hubiera sido su lengua materna. Aun así, quería saber cómo era la vida en una gran finca inglesa y ayudar a mi sobrina en todo lo que pudiera. Y ver Inglaterra por primera vez quizá me ayudaría a olvidar lo ocurrido con Claude. Tenía que seguir adelante. Cada pausa, cada momento de reflexión, era una cuchilla que se hundía en mi corazón.

Lucy negó con la cabeza.

—No podemos esperar a la temporada de Londres, Caroline. El duque y sus compañeros zarparán mañana hacia Inglaterra. Debemos ir lo antes posible. No olvides que hay solo dos duques en el Reino Unido que actualmente puedan contraer matrimonio, ¡y el otro tiene sesenta años!

—Pero la temporada aquí no ha terminado y debemos tener tiempo para prepararnos —dijo Caroline, volteando con ansia los anillos que llevaba puestos—. Isadora solo tiene los conjuntos del año pasado. Necesita un vestidor totalmente nuevo.

—Yo no me preocuparía por la ropa —respondió Lucy—. Un padre inglés nunca se gastaría miles de dólares en Worth o Paquin por su hija. No tenemos que pensar en las chicas inglesas, sino en Permelia Frances.

Caroline frunció el ceño.

—¿Y qué tiene que ver ella con todo esto?

—Una amiga mía de Londres me ha informado de que Permelia Frances ha estado preguntando por el duque a través de un famoso casamentero de la alta sociedad. Al parecer, Vivien, su hermana pequeña, es excepcionalmente hermosa y encima inteligente. Cariño, puede que Isadora no sea capaz de eclipsarla.

Caroline se puso rígida.

—Entonces llamaré ahora mismo a Woodford y le diré que compre los billetes.

25

*E*l barco de vapor en el que fuimos a Europa estaba lujosamente decorado. Había una cafetería de estilo vienés en la cubierta, en la que comíamos *apfelstrudel* y bebíamos café negro servido en tazas con crema de leche. En el salón para damas, nos sentábamos en divanes de terciopelo bajo un enorme retrato al óleo de la princesa Margarita de Prusia. Mi camarote estaba decorado con motivos de hojas en madera de nogal, y era lo bastante grande como para que mi arpa pudiera viajar conmigo.

Cuando llegamos a Londres, me sorprendió que fuese tan distinto de París o Nueva York. El aire estaba sucio, lleno de humo, con casas grises que bordeaban las vías del tren, pero cuando llegamos a la estación Victoria, no había duda de que estábamos en el corazón del mayor imperio del mundo. Por todas partes se veían personas ajetreadas procedentes de todo el globo: Australia y Nueva Zelanda, Canadá, África, la India y China.

Poco después de que nuestro tren se detuviese junto al andén y los pasajeros empezaran a desembarcar hizo su entrada otro tren. Uno privado. De él salió un marajá hindú tocado con un turbante adornado con perlas y zafiros. Cinco esposas salieron tras él, ataviadas con saris de gasa y *tikas* con joyas en forma de lágrima. Un pequeño ejército de sirvientes se afanaba en descargar al menos un centenar de maletas de Louis Vuitton.

Un majestuoso carruaje con un cochero, un lacayo y una pareja de caballos de Cleveland Bay nos estaba esperando a la entrada de la estación. El lacayo cogió nuestro equipaje y nos ayudó a montar en el carruaje. El resto de nuestras cosas llegaría más tarde con las sirvientas de Caroline y Lucy.

De camino a Mayfair pasamos junto al palacio de Buckingham y sus jardines. Me impresionó la grandeza de aquella edificación neoclásica y la magnificencia georgiana de Apsley House, que, según nos había contado Lucy, había sido el hogar del primer duque de

Wellington. Los edificios y las calles parecían recubiertos de una capa tras otra de historia y tradición, como si fuesen seres vivos. París era una ciudad más bella y femenina, concluí, mientras que Londres era señorial, imponente y masculina.

El sombrío exterior marrón de la residencia de Lucy contrastaba con la lujosa decoración interior. Un mayordomo nos hizo pasar a un inmenso vestíbulo que debía de medir más de treinta metros de altura. Una grandiosa escalinata de piedra ocupaba el centro del vestíbulo y se abría a una galería en el primer piso. Admiré las paredes cubiertas de terciopelo, los tapices de Bruselas y Flandes, así como la magnífica pintura del siglo XVIII de una mujer tocando el arpa.

Una sirvienta me acompañó a mi habitación, deshizo mi equipaje y me informó de que el té se serviría a las cinco de la tarde en el salón. Haciendo una breve reverencia, salió de la habitación, que quedó en un inquietante silencio.

Observé la cama de nogal, su elaborado dosel, sus adornos en espiral y sus remates en forma de llama.

—Esto es Inglaterra, sin duda —me dije mientras me sentaba en una silla tapizada.

Debería haber sido un momento emocionante para una escritora, pero, por algún motivo, lo que yo sentía era terror.

Aquella noche nos encontramos para tomar un aperitivo antes de cenar en un salón en forma de L, con un aparador con fotografías en marcos de plata con coronas en la parte superior. Reconocí los retratos del príncipe y la princesa de Gales.

Un anciano entró tambaleándose, y Lucy lo presentó como su esposo, el duque de Dorset. Con su postura encorvada y la coronilla calva, no era en absoluto como me lo había imaginado. Yo me había figurado a Lucy cautivada por un atractivo aristócrata similar a las figuras románticas que pintaba Adriaen Hanneman. El duque de Dorset era al menos veinte años mayor que su esposa, y sus ojos ribeteados de rojo y sus mejillas caídas le conferían un asombroso parecido a un sabueso basset. Agradecí a Dios que, al menos, el duque de Bridgewater tuviera una edad mucho más similar a la de Isadora que en el caso de Lucy y su marido.

—Es un placer conocerla, *miss* Lacasse —dijo el duque, cubriéndome con su aliento rancio—. En caso de que caiga dormido durante la cena, espero que sea tan amable de darme un suave codazo. Los encuentros preliminares de hoy en el Parlamento han sido especialmente tediosos.

—¿Dónde crees que se han metido los hijos de Lucy? —me susurró Isadora mientras subíamos las escaleras detrás de Caroline y Lucy de

camino a nuestros aposentos—. Esperaba poder conocerlos.

Yo me había estado preguntando lo mismo.

—Quizá los ingleses creen realmente que a los niños hay que verlos, pero no oírlos —respondí, también susurrando.

Isadora miró hacia el techo.

—Pero, en este caso, ni siquiera los hemos visto. ¿Has oído el refrán que dice: «Un heredero y un recambio»? Al parecer, estos nobles ingleses quieren a sus esposas para eso: para engendrar un heredero y otro hijo por si acaso el primero muere. Después, dejan a sus esposas en paz.

Nuestros ojos se encontraron; en ese momento, supe con certeza que Isadora había adivinado cuál era el motivo de este viaje.

Caroline se volvió hacia nosotras, suspicaz por nuestros cuchicheos. Cuando entré en mi habitación, me siguió, deambulando y examinando la cama y las sillas como si estuviera allí solo para admirar la decoración.

Finalmente dijo:

—No te has olvidado de nuestro acuerdo, ¿verdad, Emma? —Sonreía, pero el tono amenazador era inequívoco—. Cuando Isadora se case, pagaré todas tus deudas y podrás quedarte el apartamento de *grand-maman* y cuidar de Paulette. No dejes que nada vaya mal ahora. No podremos controlar a los acreedores indefinidamente.

Caroline no se mordía la lengua, y supe que su amenaza era real. Había logrado olvidarme de mis problemas monetarios mientras vivía en su mundo, pero, a menos que obedeciera los deseos de mi hermana, esos problemas estarían esperándome justo donde los había dejado.

Sentí un escalofrío al pensar en *monsieur* Ferat, tan caballeroso, tan correcto… y tan aterrador. Un matón no me habría provocado tanto miedo.

El duque de Bridgewater envió un carruaje cuando llegamos en tren desde Londres y fuimos a su finca. Había oído que la campiña inglesa era pintoresca y, en efecto, lo era. El singular pueblecito, con sus casas con tejado de paja y la posada de estilo Tudor, que se presentó ante nosotros en la primera curva parecía salido de un cuento de hadas. Desde la plaza del mercado hasta la vieja iglesia de piedra, era como si nada hubiera cambiado durante siglos en aquel rincón del mundo.

Pasamos junto a un río serpenteante bordeado de sauces y atravesamos un bosque en el que las ramas de los robles, los fresnos y los avellanos estaban cargadas de nieve antes de detenernos a las puertas de la finca Lyndale. El cochero llamó a un conserje, que salió de una casita para abrirnos las puertas. Iba vestido con librea y

llevaba un bastón con puño de plata.

El largo camino surcaba un inmenso terreno con un lago en el centro. Los cisnes se deslizaban por la superficie plateada y las orillas estaban repletas de aves que no habían volado hacia el sur para pasar el invierno: faisanes, cormoranes y gansos blancos. A nuestro lado pasó un rebaño de ciervos pisando silenciosamente la espesa capa de nieve.

—Me encantan los ciervos —dijo Isadora—. Los encuentro tan místicos como el legendario unicornio. Son mensajeros del cielo, ángeles camuflados.

—Un buen presagio para nuestra visita, pues —repuso Lucy.

El cochero captó nuestra conversación y alzó la voz para que pudiéramos oírlo dentro del carruaje.

—Su excelencia va a liberar rebaños enteros de ciervos esta primavera, junto con miles de faisanes y otras aves, a tiempo para las partidas de caza en otoño. La caza siempre es buena en Lyndale.

Isadora se echó hacia atrás y se tapó la boca con la mano.

—No entiendo a los hombres que cazan. Me alegro de que mi padre…

Caroline la hizo callar de una patada y preguntó en voz alta:

—Imagino que las damas también participan a veces, ¿no es así?

—Algunas lo hacen —respondió el cochero—. A lady Clara le da miedo montar a caballo porque tuvo una grave caída cuando era una niña, pero su madre era conocida por su gran destreza en las batidas. Si había una cacería, ella participaba, eso seguro.

El carruaje se acercó a un puente de piedra desde donde se avistaba Lyndale, tentándonos con visiones de torretas y alminares entre los árboles. Luego, al cruzarlo, disfrutamos de una vista completa del esplendor barroco del edificio. El bloque y las alas centrales eran de estilo corintio, y las columnas del pórtico y las pilastras a ambos flancos lo asemejaban a la entrada de un panteón, mientras que las torres esquineras sugerían los pilares de un templo egipcio. Era mucho más espectacular e imponente que el palacio de Buckingham, y quizás incluso que Versalles. Estaba segura de que Caroline se había quedado sin respiración.

—Solo el edificio del palacio y los patios cubren una extensión de casi tres hectáreas —nos indicó el cochero—. Lo diseñó el arquitecto sir Christopher Wren, famoso por la catedral de San Pablo.

—Me gustaría que Harland estuviera con nosotras —susurró Caroline a Lucy.

Sospeché que, de pronto, la nueva casa de Newport podía pasar a ser de estilo barroco inglés en lugar de francés. La admiración de Caroline fue en aumento cuando pasamos bajo un arco de piedra con una estatua de un león coronado que se ensañaba con un gallo.

—Aquí hay un poder extraordinario —observó—. Se puede sentir el dominio que ejerce.

El carruaje se detuvo en un patio porticado en el que nos esperaba el duque con un mayordomo, un ama de llaves, tres criados y cuatro doncellas de aspecto cabizbajo.

—Bienvenidas a Lyndale —dijo con una sonrisa.

Parecía más relajado que en Nueva York, e incluso tuvo un comentario amable para cada una de nosotras. A mí me dijo que esperaba que el viaje en tren me hubiera permitido idear nuevas historias.

—Opino que el paisaje y el ritmo constante de las ruedas en las vías ayudan a resolver una miríada de problemas que exigen el uso de la imaginación.

A Isadora le comentó que esperaba que la belleza de los parques fuera de su agrado.

—A pesar de que no puede ser más distinto del ajetreo y las prisas de Nueva York o, en ese sentido, incluso de Londres.

—El aire es muy fresco —respondió ella—. Incluso en invierno, cobra vida con la fragancia de los pinos y la frescura gélida del lago.

El duque entrecerró los ojos como si le divirtieran las observaciones de Isadora.

Luego nos presentó a las sirvientas que nos atenderían. La que me asignaron a mí era una chica joven y delgada llamada Patsy.

Entramos en el inmenso vestíbulo que, más que un espacio de bienvenida, parecía una sala de guardia. El elevado techo se sostenía sobre unas columnas corintias estriadas, mientras que otras más pequeñas creaban un pasillo abovedado que albergaba una balconada interior. En la clave había grabado un escudo de armas. Largos pasillos abovedados conducían a las alas norte y sur. Las paredes estaban cubiertas de cuadros con escenas de caza y de batalla, y el revestimiento estaba decorado con pistolas y bayonetas. En cada esquina había una armadura. El vestíbulo había sido claramente diseñado para impresionar —y someter— a los invitados, no para complacerlos.

Se sirvió el té en la biblioteca, que, según nos informó el duque, medía cincuenta y cinco metros de longitud. Aunque el estucado del techo era muy hermoso, el tamaño y la altura de la sala hacían que fuese aún más fría. Lucy meneó discretamente los dedos de los pies para calentarlos. Rodeé la taza de té con las manos para dar alivio a mis dedos helados, pero el calor ya había desaparecido de la bebida. El duque parecía no darse cuenta de nuestro malestar. Probablemente estaba acostumbrado al frío. Los retratos de los duques anteriores nos miraban mientras mordisqueábamos unos bocadillos de mermelada de frambuesa del tamaño de un penique y unos dulces de miel.

—Todo lo que comemos viene del huerto o de las granjas cercanas —explicó el duque—. No es fácil encontrar comida así de fresca en Londres. En Lyndale se come bien.

Las ventanas de la biblioteca daban a un inmenso terreno salpicado de muros bajos de piedra. En el centro había una estatua de una sirena rodeada de peces.

—Antes, esto era un jardín con fuentes —explicó el duque—. Mi padre soñaba con restablecer su antigua gloria, pero en su época había otras prioridades, como reparar el tejado y el puente.

Restaurar un jardín con fuentes de aquel tamaño habría supuesto un considerable esfuerzo financiero. De hecho, debía de costar una cantidad de dinero colosal mantener aquella casa en marcha. Eché un vistazo a mi alrededor. Aunque el mobiliario de la biblioteca era glorioso, el tapizado estaba raído, las paredes mostraban señales de humedad y el suelo de piedra estaba algo agrietado. Ahora entendía por qué el duque renunciaba a su amor de juventud para casarse con una acaudalada heredera. Solo esperaba que pudiera ofrecer a Isadora algo más que su linaje y aquella casa, que parecía un museo.

Cuando hubimos terminado el té, el duque nos mostró los salones de gala que, irónicamente, pensé yo, estaban decorados con dorados al estilo Luis XVI. En cada uno de ellos colgaban tapices con las victorias del primer duque sobre los franceses.

Cuando el duque se dio cuenta de la intensidad con que Isadora los examinaba, le dijo:

—Los ingleses y los franceses con frecuencia han sido enemigos crueles, pero con el tiempo hemos llegado a apreciarnos mutuamente.

Pasábamos de una habitación a otra siguiendo un camino definido por una alfombra carmesí.

—Las estancias principales están abiertas a visitas públicas los martes y los jueves —explicó el duque. Mirando a Caroline, añadió—: No solo deseo restaurar Lyndale para mí, sino para todo el mundo. Creo que Lyndale podría convertirse en la finca más magnífica de toda Inglaterra.

Me pareció curioso que dirigiera tantos comentarios a Caroline y no a Isadora. Debía de haber entendido a quién tenía que conquistar realmente.

El palacio tenía más de trescientas habitaciones, y no íbamos a recorrerlas todas en una tarde. Después de mostrarnos el salón, con sus bustos romanos de mármol, y la capilla, el duque le pidió al mayordomo que llamase a las cuatro sirvientas para que nos acompañaran a nuestros aposentos.

—Estoy seguro de que querrán descansar antes de la cena —nos dijo.

A pesar de la magnificencia de los salones públicos del palacio, el

dormitorio que me asignaron tenía el techo bajo y, como únicos muebles, una sencilla cama de hierro forjado y un armario ropero grande y destartalado. Las paredes estaban cubiertas de un descolorido papel rosado que se estaba desprendiendo en las uniones. El aire apestaba a agua estancada y a moho, a pesar de que parecían haber limpiado la habitación.

Me había acostumbrado tanto a la fontanería moderna de la casa de Caroline en Nueva York que fue una sorpresa cuando Patsy y tres sirvientas trajeron una bañera de cobre, que procedieron a llenar con cubos de agua que, a juzgar por el tiempo que tardaron, debían de venir de la cocina.

—Será mejor que se meta en el agua antes de que se enfríe, señora —aconsejó Patsy, escurriendo su delantal empapado antes de ayudarme a desvestirme.

Me había lavado así en mi apartamento de París, pero el origen del agua era mucho más próximo a la bañera, y no había tenido un pequeño público de mujeres a la espera para pasarme jabón, paños y cepillos.

Después del baño, las sirvientas se llevaron la bañera y me dejaron sola. Me envolví en varias mantas, tratando de entrar de nuevo en calor. Si la casa era así de fría en la antesala de la primavera, ¿cómo sería en lo más crudo del invierno? Me preguntaba si el ama de llaves me había asignado una habitación con corrientes de aire porque el duque consideraba que mi estatus era inferior al de las demás.

Sin embargo, cuando fui a ver a Isadora después de que Patsy me ayudara a vestirme para la cena, vi que su habitación estaba tan desgastada y descolorida como la mía. Isadora estaba acostumbrada a lo mejor de lo mejor, y había crecido rodeada de alfombras mullidas, camas lujosas y aseos con cisterna. ¿Se consumiría si se veía obligada a vivir permanentemente en aquella casa fría y húmeda?

—No voy a poder dormir aquí —me susurró después de que su sirvienta acabara de peinarla y abandonara la habitación—. Parece una casa embrujada. No me extraña que lady Clara y lord Randolph pasaran todo el tiempo posible en Londres. —Señaló con la cabeza hacia la chimenea. Encima había un lucio disecado con una carpa en la boca—. Mira esa cosa espantosa. ¿Por qué son tan macabros los ingleses?

El amor de Isadora por los animales no casaba con la vida en una hacienda inglesa. Los cuadros de hombres y mujeres cazando zorros me habían provocado escalofríos. Había leído que, con frecuencia, los zorros eran destrozados cuando aún estaban vivos, y los sabuesos, sacrificados cuando dejaban de considerarlos válidos para cazar. Pero no era mi función animar a mi sobrina a rechazar la posibilidad de casarse con un aristócrata inglés; al menos, no mientras ella no

expresara una total repugnancia por la idea. La advertencia que me había hecho Caroline resonó en mi mente: «No dejes que ahora nada salga mal».

—El salón de trofeos de tu padre también es macabro —le recordé.

Se tocó el cuello y me miró con recelo.

—¿Mi padre? Odia la caza. Solo le interesan los negocios, sus coches y jugar a las cartas en el club. Fue mi madre la que mató a esos pobres animales. Los puso en el ala de mi padre para burlarse de él.

—¿Tu madre? Nunca había oído de una mujer que se dedicara a la caza mayor.

—La caza mayor es el único tipo de animal que mamá está interesada en matar —contestó Isadora—. Cree que las mujeres que solo disparan a aves son patéticas. Es lo mismo que siento yo por las personas que disparan a cualquier cosa.

Sentí un extraño cosquilleo en el estómago, como si me hubieran dado la primera pieza de un rompecabezas y aún no supiera qué hacer con ella.

Puse la mano sobre la de Isadora.

—¿Qué opinas del duque? En serio.

Mi sobrina bajó la mirada.

—¿Qué importa lo que yo piense? Mi madre está decidida a que me case con él.

Sus palabras resonaron en mi cabeza.

—¿Cómo que qué importa? ¡Importa, y mucho! Si te opones, debes decírselo a tu madre. Lo que yo piense no la hará cambiar de opinión. Debe salir de ti.

Isadora volvió la cabeza. Le temblaban los hombros, pero no sabía si estaba riendo o llorando.

—Lo lógico es que, si le dices a alguien que supuestamente te quiere que te está haciendo daño, deje de hacerlo, ¿verdad?

—¡Desde luego! Nadie quiere hacer daño de forma deliberada a una persona a la que quiere.

Isadora meneó la cabeza.

—Todas las veces que he intentado contradecir a mi madre, me ha destruido. No le importa. Conoce nuestros peores temores y cómo utilizarlos contra nosotros. Lo hace con mi padre, conmigo y también contigo, tía Emma. Una vez, cuando le pedí un gatito, me atacó, ridiculizando todo lo que yo amaba, desde la tía Anne hasta mi arte, pasando por mi amistad con Rebecca. Me retorció la mente hasta tal punto que sostuve un cuchillo contra mi corazón y amenacé con matarme. Pero ¿crees que eso la detuvo? No. Me miró con una sonrisa que nunca olvidaré, porque sabía que ejercía un poder absoluto sobre mí. Así que no me pidas que me enfrente a mi madre.

Aun siendo escritora, nunca podría expresar el horror que me

inspiró la historia de Isadora. Ahora sabía cuál era la verdadera razón de aquellas «crisis nerviosas». Era la propia Caroline la que se las había provocado a su hija.

Rodeé a Isadora con el brazo y la atraje hacia mí.

—Ahora estoy aquí contigo. No permitiré que vuelva a hacerte daño de esa manera.

Me miró con la tez pálida.

—Mi madre me dijo que solo estás aquí porque necesitas que ella te dé dinero. Que no te tomara demasiado cariño.

Cualquier rastro de consideración que aún me quedara por Caroline desapareció. La forma en que manipulaba a las personas para enfrentarlas entre sí era horrible. Su lema parecía ser «divide y vencerás».

—¡Isadora! Es cierto que tu madre aceptó pagar mis deudas a cambio de que fuera tu tutora, pero yo habría venido de todos modos. Cuando te conocí en París, quedé prendada de ti.

Ella sonrió.

—Y yo de ti. Me parece que nunca me creí sus mentiras sobre ti. Calumnia a cualquier persona a la que amo, pero solo surte efecto cuando me ataca directamente a mí. Conmigo has sido siempre amable, tía Emma. Por eso quiero pedirte que hagas algo por mí.

—Desde luego. ¿Qué quieres que haga?

—No te opongas a mi madre en lo del duque. Te destruirá si tratas de oponerte a algo que ella quiere. Acepta este compromiso, por favor; hazlo por mí. Podrás ayudarme mucho más si sigues de una pieza y mi madre no me prohíbe verte. Cuando esté en Inglaterra, ya no tendré al señor Gadley o a Rebecca para que me consuelen, pero quizá se me permita visitarte en París e invitarte a que vengas aquí. Es lo más que puedo esperar.

Me invadió un sentimiento de impotencia, la sensación de que Isadora y yo nos enfrentábamos a obstáculos insalvables, todo ello por culpa de la ambición implacable de mi hermana. Pero, por el bien de Isadora, tenía que mantener la calma.

Abracé a mi sobrina, apretándola contra el pecho, y le besé la cabeza.

—Haré cualquier cosa por ti, mi dulce Isadora. ¡Lo que sea!

Cenamos en el comedor, bajo un techo con frescos de cupidos. Por el éxtasis en el rostro de Caroline cuando el duque informó de que las pinturas barrocas de las paredes eran de Rubens y Caravaggio, resultaba evidente que ni siquiera un lóbrego dormitorio y un baño frío podían atenuar su entusiasmo por la aristocracia inglesa.

—Imagino que la instalación de fontanería y electricidad está entre

sus prioridades —le dijo al duque mientras cortaba una chuleta de cordero que se había vuelto gomosa por el frío—. Y trasladar la cocina más cerca del comedor.

El duque arqueó las cejas, sorprendido.

—Pero es mucho más digno que los sirvientes te asistan en tu baño que hacer salir el agua de un grifo. Y la electricidad puede ser aceptable para una casa de Londres, pero es demasiado chillona para el ambiente de Lyndale. En cuanto a la cocina, se construyó tan lejos del comedor para evitar olores desagradables.

Caroline arrugó el rostro, pero respondió como si los comentarios del duque fueran una broma.

—¡Fantástico!

La historia que Isadora me había contado sobre que Caroline casi le había empujado a quitarse la vida me había puesto tan furiosa que durante la cena me costó lo indecible fingir que todo era normal. En cuanto al duque, me consolaba pensar que, si el matrimonio salía adelante, al menos me satisfaría que Caroline le amargara la vida. No iba a soportar un palacio inglés en el que no se encontrara cómoda.

La noche concluyó con un recital del organista residente de Lyndale en la biblioteca. Me alegré de haber traído un chal, porque la temperatura descendía por momentos. Pero me olvidé de la incomodidad a medida que la majestuosa música de Wagner emanaba desbordante del magnífico órgano de tubos e inundaba la sala. La acústica de la biblioteca era prácticamente perfecta. Quizás hubiera cosas que podían hacer que la vida en Lyndale fuera, si no dichosa, sí al menos soportable. Me prometí que vendría siempre que me invitaran a ayudar a Isadora y que le escribiría cada día. Sería una vía de escape.

A la mañana siguiente, el duque nos dio un paseo por los jardines de la finca, incluida la rosaleda, donde empezaban a formarse pequeños brotes en los arbustos desnudos.

—El jardín contiene mil seiscientas variedades de rosas —nos dijo —. Pero aún no posee la belleza estadounidense.

—Eso puede dejarlo de nuestra cuenta —me susurró Lucy.

Los terrenos eran espectaculares, pero la pérgola de la rosaleda necesitaba un arreglo, y el templo de Diana junto al lago estaba ruinoso. En verano serían necesarias docenas de jardineros para segar los vastos prados. El coste de mantener todo aquello debía de ser tan alto como el de mantener la casa, pensé.

Por la tarde fuimos al pueblo en un carruaje descubierto; la gente nos miraba con curiosidad. Nos observaban desde las ventanas, los tenderos salían de sus comercios a toda prisa, los hombres inclinaban el sombrero y las mujeres hacían reverencias. Un grupo de niños salió de una casa para darnos a cada una de nosotras un ramillete hecho a

toda prisa con las flores y las hojas que habían podido recoger en el helado jardín.

A mí me pareció pintoresca la reverencia de los lugareños por el duque, pero, a juzgar por el brillo en la mirada de Caroline y su sonrisa de satisfacción, era obvio que aquella atención apelaba a su sentido de la vanidad. Mientras miraba alrededor, me pregunté si se imaginaba a sí misma, y no a su hija, como duquesa de Bridgewater.

En nuestra última noche en Lyndale, Caroline y el duque mantuvieron una prolongada conversación en su estudio después de la cena. Más tarde, cuando Isadora se acostó, mi hermana me llamó para que me reuniera con ella en el dormitorio de Lucy.

—¿Y bien? —preguntó esta en cuanto nos sentamos.

—Está encantado con los modales de Isadora —dijo Caroline, incapaz de ocultar su satisfacción—. Cree que, con el tiempo, llegará a entender el funcionamiento de Lyndale y está dispuesto a ayudarla. Su abogado entablará negociaciones con el abogado de Oliver en Londres. Si todo está conforme, pedirá la mano de Isadora antes de que nos vayamos de Inglaterra.

—¿Ha aceptado casarse en Nueva York? —preguntó Lucy.

—Por supuesto. La boda se celebrará en Saint Thomas. ¡Todo el mundo se maravillará del distinguido duque que hemos cazado para Isadora!

—¡Entonces, has triunfado! —dijo Lucy, juntando las manos con fuerza—. ¡Todo ha salido a pedir de boca!

Ninguna de las dos me dijo nada. Era demasiado insignificante como para que se preocuparan por mí.

26

De vuelta en Londres, Caroline cedió a todas las peticiones de Isadora, incluida la de asistir a *Macbeth,* de Shakespeare, en el Teatro del Liceo y visitar la exposición de figuras de cera de *madame* Tussaud. Yo no sabía qué era peor, si la falsa generosidad de Caroline surgida de su júbilo por haber conseguido lo que quería del duque o la forma en que Isadora hallaba formas de distraerse de su tristeza, como si fuera algo habitual.

Durante una visita al museo Victoria and Albert, Isadora quedó cautivada por un busto de mármol de Tucídides.

—El secreto de la felicidad es la libertad…, y el secreto de la libertad es el coraje —dijo, citando al filósofo griego—. El señor Gadley siempre lo dice. Quizá no haya optado por la libertad con la fuerza suficiente.

Aquella noche, Caroline nos reunió a todas en el salón para «una charla». Temblé ante la perspectiva, a pesar de que estaba preparada para ello e Isadora parecía resignada a casarse con el duque.

—Isadora, cuando visitamos el palacio de Lyndale, notarías que el duque de Bridgewater no te quitaba el ojo de encima —dijo Caroline, observando con atención a su hija—. Ha pedido tu mano en matrimonio.

Apreté las palmas de las manos, sintiendo la angustia y la impotencia de alguien que acababa de escuchar que un ser querido ha sido condenado a muerte. Lo que ocurrió a continuación me cogió desprevenida.

Isadora frunció los labios y levantó la vista para mirar a su madre.

—Sé que has concertado esta petición con la mejor de las intenciones, mamá, pero no me voy a casar con el duque.

Al principio pensé que no había oído bien. Me incliné hacia delante en el asiento, intrigada por aquel giro repentino de los acontecimientos. ¿Qué había hecho que Isadora cambiase de opinión y decidiera hacerse valer?

La boca de Caroline se contrajo, nerviosa, y frunció el ceño.

—Pero apenas has podido conocerlo —dijo, con una alegre sonrisa que se contradecía con la rígida expresión de sus ojos—. ¿Cómo has podido tomar esa decisión?

—Es cierto que no hemos pasado mucho tiempo juntos —respondió Isadora con tranquilidad—, pero me basta para saber que no somos compatibles.

Los dedos de Caroline amasaron el brazo de su sillón.

—¿Qué sabrás tú de compatibilidad? No eres más que una niña. La compatibilidad es algo más que la cháchara tonta de los jóvenes de estos tiempos. Es una comprensión y una compasión profundas entre las personas.

Los ojos de Isadora brillaron al oír la palabra «niña», pero prosiguió con voz firme y equilibrada.

—Bueno, no creo que haya tampoco nada de eso. No me escucha cuando hablo, así que ¿cómo íbamos a poder alcanzar comprensión alguna?

—Lo que dices es absurdo, Isadora —dijo Lucy. Parecía tan perturbada como Caroline por la forma en que se estaba desarrollando la conversación. En general, mi hermana y ella formaban un equipo extraordinario cuando querían algo—. No sabes nada de la vida. Tu madre solo quiere lo mejor para ti. Tienes que confiar en las decisiones que toma.

—¿Y cómo puede ser beneficioso para mí casarme con un hombre que solo me quiere por mi dinero? —dijo Isadora—. El duque no tiene fortuna alguna que ofrecerme. Según tu lógica, debería casarme con alguno de los ricos herederos de Nueva York; al menos entonces sabría que mi esposo se casa conmigo por mí, no por mi dinero.

—El duque tiene un título, una posición en el Parlamento y una historia —dijo Caroline—. En Nueva York, nadie puede ofrecerte algo así.

Su voz era cada vez más alta y agitada. Se me aceleró el pulso, pero Isadora siguió decidida.

—Un título significa algo para ti, madre. Para mí, no significa nada. Respeto que un título podría haber ayudado a Lucy, pero desde mi puesta de largo se me acepta allá donde voy.

Caroline entornó los ojos.

—Eres una ignorante, Isadora. Me dan ganas de abofetearte. Un título es algo que nunca te pueden arrebatar. ¿Por qué crees que, en la sociedad de Londres, los nobles no se sienten amenazados por los nuevos ricos como les pasa a los Van der Heyden, los Schorer o los Warburg en Nueva York? Porque en Inglaterra tienen posiciones de las que nadie puede despojarlos jamás. Si un hombre es duque o conde, lo será hasta el día de su muerte. —Le temblaba la voz de emoción y se

le llenaron los ojos de lágrimas—. Sé lo que significa luchar, y lo terrible que es ser pobre. Tu tía Emma y yo nacimos en una de las familias más destacadas de Luisiana. Teníamos una gran plantación en el Misisipi. Pero lo perdimos todo en la guerra. ¡Puedes tener dinero y perderlo, pero nunca puedes perder un título!

Isadora pestañeó, desconcertada por la aflicción de su madre. Yo también estaba agitada. Las únicas emociones intensas que había visto mostrar a Caroline antes eran la ira y el triunfo.

—No era mi intención disgustarte —dijo Isadora.

Fue su primer traspié. Deseé que siguiera adelante, que no dejara de ser fuerte, pero ya era demasiado tarde.

—Pues ¡lo has hecho! —gritó Caroline con voz ronca—. Si continúas con esa actitud, me veré obligada a tomar medidas que no quiero tomar. Si te niegas a casarte con el duque, ya no te consideraré hija mía.

Isadora se estremeció como si su madre la hubiera golpeado.

Se me encogió el estómago. Me volví hacia Lucy con la esperanza de que interviniera, pero se limitó a agachar la cabeza.

—¿Estás diciendo que vas a desheredarme si no me caso con el duque? —preguntó Isadora clavando la mirada en el rostro de su madre.

Caroline alzó la barbilla sin mirar a Isadora.

—Tengo que actuar con firmeza para impedir que mi hija desperdicie tontamente una oportunidad de cuyo valor no es consciente.

Isadora se levantó de la silla con expresión de incredulidad.

—¿Tan grande es tu ambición que estás dispuesta a sacrificar mi felicidad? ¿Te parece bien que viva en un lugar frío, deprimente y aislado para que tu hija pueda ser duquesa?

Finalmente, Lucy intervino.

—¡Desde luego que no! Mi esposo comprende que necesito visitar a mis amigos y a mi familia en Estados Unidos y viajar por Europa para esparcirme. Y tu madre te visitará en Londres cada temporada.

A Isadora se le congeló la sonrisa, que formó una delgada línea.

—Entonces te parece bien que viva un matrimonio sin amor.

Caroline le lanzó una mirada asesina.

—¿Cómo te atreves a insinuar que solo pienso en mí misma? —siseó—. Cuando recuerdo lo que me costó traer a este mundo a una niña malcriada y desagradecida, maldigo a Dios por dejar que fuera William quien muriera y no…

Se detuvo, pero no antes de que Isadora hubiese retrocedido al tiempo que lanzaba un grito ahogado.

—¿Yo? —dijo.

Se tambaleó como si la hubieran apuñalado.

La compasión me hizo llevarme la mano a la garganta. Era tal como Isadora lo había descrito: Caroline sabía cuáles eran nuestros temores más profundos y los convertía en armas contra nosotras.

Me puse en pie de un salto y rodeé a Isadora con los brazos.

—¡Ya basta, Caroline! ¡Cálmate!

Mi hermana nos miró gélidamente.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡Fuera las dos!

—Estamos todas cansadas —dije, tratando de mantener la compostura, pero temblando de pies a cabeza—. Mañana podemos hablar de esto racionalmente.

Cogí a Isadora de la mano y la saqué de la habitación. No se resistió. Subimos a su dormitorio y, con la asistencia de una sirvienta, la ayudé a quitarse el vestido y meterse en la cama.

—La señorita Hopper debe de haberse resfriado —dijo la sirvienta con amabilidad. Le agradecí por dentro su discreción. Ella y los demás criados sin duda habían oído a Caroline alzar la voz—. ¿Quiere que le traiga algo, señorita Hopper? —preguntó.

Isadora no respondió; se limitó a apoyar la cabeza en la almohada y a cerrar los ojos como si se hubiera vaciado de energía. La doncella salió y yo me senté en la cama, acariciándole el brazo.

—Eres valiente y osada —le dije—. Eres una superviviente. Sobrevivirás a esto.

Finalmente, su respiración se acompasó y cayó dormida. Yo fui a mi habitación y me puse un camisón antes de volver al dormitorio de Isadora y meterme en la cama junto a ella.

Era cierto que creía que Isadora era una persona fuerte, pero también conocía por experiencia los efectos devastadores de las malas intenciones de Caroline. Me quedé mirando la oscuridad. ¿Cómo podía decirle Caroline cosas tan terribles a su propia hija?

Airada, pensé en Oliver. ¿Por qué no defendía a Isadora, en lugar de merodear por su casa como el espectro del hombre que había sido?

Poco antes del amanecer, yo también me quedé dormida, acurrucada sobre la colcha junto a Isadora. Me despertaron unos golpes en la puerta justo cuando la luz empezaba a filtrarse por las cortinas y salí de la cama para responder.

Allí estaba Lucy, aún con el vestido que llevaba en la cena de la noche anterior, el cabello sobre el rostro en rizos alborotados.

—No te he encontrado en tu habitación —dijo—, y pensé que quizás estarías aquí. Su voz temblorosa tenía un deje de histeria.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Isadora se movió y Lucy le lanzó una mirada antes de volverse de nuevo hacia mí.

—Esta noche he tenido que llamar al doctor Ashby. Caroline ha sufrido un ataque al corazón.

La falta de sueño hacía que mi mente se moviera con lentitud.

—¿Estás segura? ¿No será simplemente cansancio o una indigestión?

Lucy me miró con desdén.

—Desde luego que el doctor Ashby está seguro. ¡Estuvo a punto de morir!

—¿Mamá? —dijo Isadora, saliendo de la cama tan rápido que tumbó la lámpara de mesa que tenía al lado—. ¿Se pondrá bien?

Lucy no le hizo caso.

—Te llama a ti, Emma.

Isadora cogió su bata y buscó las zapatillas debajo de la cama.

—Tenemos que ir a verla —dijo con la voz tensa por el miedo.

—El doctor Ashby ha dado instrucciones estrictas de que no te acerques a ella —le dijo Lucy a Isadora—. Tú has sido la que ha desencadenado esta crisis. Ayer estaba fuerte como un roble.

El rostro de Isadora perdió el color que había ganado durante la noche. Tragó saliva y agachó la cabeza.

—Eso no es justo, Lucy —intervine yo.

—Tengo órdenes estrictas de que Isadora no venga —repitió.

Viendo que no iba a poder persuadirla, toqué el brazo de Isadora.

—Deja que vaya a verla yo primero —le dije.

Seguí a Lucy al otro extremo de la casa, donde se encontraba la habitación de Caroline. La situación parecía irreal. Mi hermana era la última persona del mundo que pensaba que podía sufrir un infarto. Al tiempo que sentía aprensión por su salud, tenía la persistente sospecha de que podía estar fingiendo aquella repentina enfermedad para manipular a Isadora. Pero mi hermana no podía llegar tan lejos, ¿no?

Lucy llamó a la puerta del dormitorio de Caroline. Nos abrió una enfermera. Un hombre con barba gris que supuse que era el doctor Ashby estaba metiendo frascos de medicamentos en un maletín de cuero.

—La señora Hopper necesita reposo absoluto —indicó, mirándonos —. No digan nada que pueda angustiarla aún más.

En cuanto vi a Caroline yaciendo en la cama, la tez cenicienta y el cabello húmedo de sudor, me avergoncé de haber sospechado que fingía estar enferma. Sus párpados se agitaron como si estuviera flotando de la vigilia a la inconsciencia y de vuelta.

—Oh, Caroline —dije mientras me sentaba a su lado y la cogía de la mano.

La frialdad de su piel me sorprendió. Toda la vitalidad que asociaba con ella se había desvanecido. Con su cabello casi gris extendido sobre la almohada y los labios de un alarmante tono

azulado, se había convertido en una frágil anciana de un día para otro. Se me llenaron los ojos de lágrimas y volví a sentir la ternura que pensaba que había desaparecido cuando supe cómo había abusado de Isadora.

—Caroline, por favor, no te alteres. Todo irá bien, ya verás.

Abrió los ojos y me miró. Sus labios se movieron, pero no emitió sonido alguno.

En aquel momento sentí verdadero pánico. Si Caroline moría, Isadora se culparía a sí misma. Por el bien de mi sobrina, tenía que permanecer tranquila y hacer todo lo posible para ayudar a mi hermana.

—Haga lo que le indique la enfermera Derby —instruyó el doctor Ashby a Lucy—. Volveré por la tarde. —Y agregó de forma inquietante —: A menos que me hagan llamar antes.

Lucy y yo nos sentamos una hora con Caroline mientras ella dormitaba. Cuando la propia Lucy empezó a dar cabezadas, le dije que fuera a su habitación y descansara un poco.

—A Caroline no le conviene que tú también caigas enferma. Si te necesito, mandaré una sirvienta.

Más tarde, una de las chicas me trajo una bandeja de té y huevos con beicon, pero la rechacé. No tenía apetito, pero también me preocupaba que el olor grasiento molestara a Caroline. Cuando despertaba, mi hermana estaba perdida en sus pensamientos y no quería perturbarla.

El doctor Ashby volvió por la tarde, y Lucy bajó conmigo para escuchar su diagnóstico.

—La señora Hopper no está completamente fuera de peligro, pero muestra leves signos de mejora.

Solté un gran suspiro y di gracias a Dios. El rostro de Lucy se iluminó con una sonrisa de alivio.

—Gracias, doctor Ashby. Si no hubiera venido tan deprisa, podríamos haberla perdido.

Acompañamos al médico a la puerta, donde el mayordomo le entregó el sombrero.

—Es necesario que no sufra más sobresaltos ni alteraciones —nos advirtió el doctor Ashby antes de irse—. El próximo ataque podría ser mortal.

Al entrar encontramos a Isadora esperando al pie de la escalera, con los hombros encorvados y la cabeza gacha.

—¿Mamá está bien? —preguntó—. ¿Puedo verla ya?

Lucy la miró con desprecio.

—Debes de haber oído al médico ahora mismo: nada de sobresaltos ni alteraciones, o el próximo ataque podría ser mortal.

Isadora miró hacia arriba, parpadeando para contener las lágrimas.

—Tengo una noticia que podría animarla. Un criado del duque de Bridgewater ha entregado una nota informándome de que el duque va a visitarnos mañana por la tarde. Supongo que su intención es pedir mi mano. —Flaqueó por un momento, reunió fuerzas y agregó—: Dile a mamá que voy a aceptarla. Dile que aceptaré ser la duquesa de Bridgewater.

Me estremecí. Después de ser testigo del valeroso intento de Isadora por forjarse su propio destino, ese consentimiento forzado era aún más devastador. Era como si hubiera oído los barrotes de una prisión cerrarse con un chasquido alrededor de mi sobrina. Era una prisionera y yo no podía liberarla.

27

Nos quedamos en Londres unas semanas después de la petición de mano del duque, mientras Caroline decidía que el vestido de novia de Isadora lo harían los mismos modistos que creaban vestidos para la familia real británica. Sin duda, el duque quedaría impresionado por el vestido, porque costaría quince mil dólares, pero yo habría preferido que apreciara a la bella mujer que iba a llevarlo.

La tarde de la última prueba del vestido de Isadora rompí a llorar. El vestido era de satén de seda blanco, con hilos de oro entretejidos que hacían que centelleara. Estaba bordeado de flores de seda de color naranja y rematado con una cola de moaré plateada que precisaría de ocho damas de honor para llevarla. Isadora estaba muy bella, pero mis lágrimas eran de dolor, no de alegría. Qué feliz habría sido si Isadora se hubiera casado con alguien a quien amase y que la amase a ella.

—Me siento como si fuera dos personas distintas —le dije aquella noche, cuando estábamos solas—. Una de ellas ayuda a tu madre para que caigas en la trampa; la otra ansía dejarte libre.

Isadora me miró fijamente.

—Debes seguirle la corriente, tía Emma. Si te pierdo a ti, será como morir.

Volvimos a Nueva York cuando una primavera temprana empezaba a acariciar la ciudad. El aire era aún gélido, pero la nieve había desaparecido y las ráfagas de viento invernal se habían transformado en suaves brisas. Los árboles de Central Park brotaban, y las currucas, las golondrinas y los zorzales habían reaparecido.

En cuanto Caroline volvió a ocupar su posición como reina de la alta sociedad de Nueva York, se aseguró de que todos se enteraran de su cercano contacto con la muerte. Cada tarde se sentaba en el salón con los pies apoyados en un taburete, lista para que las mujeres que la visitaban armaran alboroto hablando de ella.

—¡Dios mío! —exclamó Bessie Graham, que llegó con un inmenso ramo de lirios—. Cuando me enteré, no podía creerlo, Caroline. ¡Un

ataque al corazón!

Caroline bajó la mirada.

—Lo sé. Estuve a punto de morir, Bessie. Incluso pude vislumbrar el Cielo; los ángeles tocando las trompetas y san Pedro dándome la bienvenida a las puertas. ¡Y qué puertas! Oro puro con incrustaciones de perlas y diamantes. Pero no era mi hora.

Si mi hermana llegaba algún día al Cielo, a Dios le iba a costar conservar su trono, pensé. Luego me reprendí a mí misma. Caroline había estado a punto de morir y no debía tomármelo a broma.

Charlotte Harper trajo una tintura de bayas de espino.

—Esto ayudó a mi hermana cuando tuvo problemas de corazón —le dijo a Caroline—. Ella jura que le salvó la vida. Pero no dejes que lo toque nadie que no tenga problemas de corazón; puede provocar palpitaciones. Tómalo. Solo necesitas dos gotas en un vaso de agua.

Charlotte le sirvió a Caroline agua de la jarra de cristal que había en la mesa, pero mi hermana rehusó con un gesto.

—Ahora no, querida. Tomo todas mis medicinas antes de irme a la cama. Son instrucciones del médico.

—De acuerdo —dijo Charlotte, que volvió a dejar la jarra encima de la mesa.

A continuación llegó Helen Potter. Llevaba un libro, que puso en el regazo de Caroline. El título era *Ciencia y salud*, de Mary Baker Eddy.

—Es un libro maravilloso —dijo Helen con entusiasmo—. Explica que la enfermedad es una ilusión que puede curarse únicamente con la oración. Debes leerlo y seguir las instrucciones a rajatabla.

Caroline abrió el libro y hojeó unas cuantas páginas como si le hubieran hecho un regalo espléndido.

—Ten por seguro que lo haré, Helen. Empezaré esta misma noche.

Más tarde, cuando sus invitados se hubieron marchado y Woodford se llevó las tazas de té, Caroline volvió a abrir el libro y echó un vistazo a la guarda, donde Helen había escrito una nota deseándole buena salud.

—Menuda sarta de estupideces. Como si la oración pudiera curar algo…

Después arrojó el libro al fuego.

Mirar a mi hermana, con sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillantes, recibiendo la adoración de sus súbditos, me hizo preguntarme de nuevo si su infarto había sido real. Pero ¿acaso no la había visto yo misma enferma en la cama y con la tez grisácea? Además, aunque Lucy era la mejor amiga de Caroline, dudaba de que hubiera conspirado para fingir un ataque al corazón, así que me quité la duda de la cabeza.

Daba gracias de que Caroline se mantuviera distraída por el flujo constante de visitantes, porque eso dejaba a Isadora libre para trabajar

en sus esculturas por las tardes y calmar la mente antes de tener que escuchar la charla incesante de su madre sobre la boda a la hora de la cena.

El señor Gadley debió de percibir el abatimiento de Isadora, porque fue especialmente amable y alentador con ella.

—He decidido que ya está a punto para trabajar en bronce —le dijo—. Es el material perfecto para su tema.

Habían decidido crear una serie de animales de los que Isadora había hecho esbozos en el zoo. Ella se lanzó con entusiasmo a trabajar, pero un día los nervios le pudieron y se le cayó una de las piezas de arcilla.

El señor Gadley la recogió y volvió a moldearla.

—Intente no pensar en toda la imagen al mismo tiempo, señorita Hopper —comentó con amabilidad—. Quiero que cierre los ojos y se imagine cada pieza por separado. Cuando haya captado bien las partes, empiece a unirlas lentamente una a una.

La respiración y el cuerpo de Isadora se tranquilizaron. Incluso el color que raramente visitaba su rostro en aquellos días volvió a sus mejillas.

—¿Mejor? —le preguntó el señor Gadley.

Isadora abrió los ojos.

—Mucho mejor, gracias.

El señor Gadley le dio la pieza.

—A veces, cuando uno se entrega a su tema, vienen a la mente toda clase de respuestas y posibilidades. La vida siempre está llena de posibilidades, y los artistas deben estar siempre atentos para captarlas.

Isadora sonrió por primera vez desde hacía mucho tiempo. Yo también sonreí, convencida de que el señor Gadley era el último hombre decente sobre la faz de la Tierra. El duque aún tardaría un par de semanas en llegar a Nueva York, lo cual me daba tiempo para infundir fuerzas a Isadora para que se preparara para la vida solitaria que la esperaba. Y quizá para mi propia vida solitaria, pensé yo, sin Claude.

Rebecca visitaba a Isadora regularmente. Antes evitaba venir a casa, pero ahora sentía que su amiga la necesitaba. Le dije a Caroline que les estaba dando a las dos jóvenes clases de francés. En realidad, me sentaba en un sillón a escribir y dejaba que Rebecca e Isadora jugaran a las cartas, dibujaran, se leyeran la una a la otra o hicieran lo que les pareciera en el breve tiempo que pasaban juntas.

—¿De verdad tiene que venir cada día esa insufrible Rebecca Clark? —me preguntó Caroline una mañana—. Estoy segura de que se ha enterado de que Isadora está comprometida con un hombre muy importante y espera ser una de las damas de honor. Una chica rechoncha como ella, ¡ni hablar! Las damas de honor de Isadora

tienen que ser hermosas.

Hacía tiempo que no me sorprendía la sangre fría de Caroline y, durante las últimas semanas, yo había adoptado el papel de una diplomática consumada, negociando una paz frágil con una déspota voluble, pero esta vez tuve que inspirar profundamente antes de responder.

—El francés de Rebecca es mucho mejor que el de Isadora, y la competencia está haciendo que Isadora se esfuerce más. Tú quieres que Isadora esté por encima de las chicas inglesas con las que se relacionará después de casarse, ¿no? Me dijiste que querías que brillara más que las demás en todos los aspectos.

La competencia era algo que Caroline entendía y valoraba.

—De acuerdo —dijo—. Pero solo hasta que llegue el duque. Luego no quiero volver a verla. Lleva una temporada en sociedad y nadie le ha pedido la mano. No quiero que su fracaso arrastre a Isadora por asociación.

La preocupación de Caroline con la boda y el baile en el que se anunciaría el compromiso de Isadora me dejaba un poco de tiempo libre, que aproveché para visitar a Florence mientras trabajaba en el mural que le habían encargado para un colegio de chicas. La institución la habían fundado mujeres filántropas para que las hijas de familias pobres pudieran acceder a una educación superior.

Entré en el gran vestíbulo y me detuve un momento a disfrutar de la escena. Florence, que llevaba un guardapolvo, estaba subida a una escalera, dando los últimos toques a las hojas de un árbol. Su pintura ocupaba toda la longitud de la pared, y en ella aparecían mujeres en un exuberante huerto, con montañas y ríos en segundo plano. Algunas de ellas recogían manzanas de los árboles y se las pasaban a otras. Dispersos alrededor de las mujeres había perros, gatos, ovejas, pollos y cerdos. En la paleta de colores predominaban los azules y los verdes con toques de rosado, y las pinceladas eran amplias y fluidas. Mi corazón se llenó de gozo al verlo.

—¡Florence, ya casi lo has terminado! ¡Es magnífico!

—¡Has vuelto de Inglaterra! —gritó ella, bajándose de la escalera para abrazarme. Luego señaló la obra con la cabeza—. ¿Te gusta?

—Ya lo creo. ¡Está llena de vida!

—Probablemente cause un escándalo —me dijo, guiñando un ojo —. Las mujeres están recogiendo la fruta del conocimiento por sí mismas.

—Ese es uno de tus temas —repuse con una sonrisa—. Antes de dejar París, recuerdo que me dijiste que, durante siglos, a los hombres les aterraba pensar lo que sucedería si las mujeres ganaban el

conocimiento que acompaña a la libertad.

Florence limpió el pincel y se secó las manos.

—Cuéntame qué pasó con Claude —dijo, ofreciéndome un taburete mientras ella se dejaba caer en el suelo con las piernas cruzadas.

—Fui a ver su exposición y estaba con una chica, Lise. —Se me llenaron los ojos de lágrimas. No le había dicho a nadie lo que había sucedido, ni siquiera a Isadora o a Grace. Meneé la cabeza—. Me siento tan tonta…

No quería continuar, pero la expresión de seriedad en el rostro de Florence hizo que dejara salir todo el dolor de mi corazón, como una gran riada.

Cuando paré de llorar, ella me tocó el labio con el dedo.

—Pero, Emma, yo le pregunté directamente y él me dijo que habías sido tú quien había roto con él.

Me la quedé mirando estupefacta.

—Eso no es cierto. Le escribí constantemente durante semanas, pero no recibí ni una sola respuesta. Cuando lo vi con Lise en la exposición, comprendí por qué no me había respondido.

—Pero eso no parece propio de Claude. No puedo creer que te tratara de esa forma.

—¡Tampoco yo! Fue eso lo que me rompió el corazón. Si me hubiera escrito, me habría disgustado, pero lo habría comprendido. La forma en que me enteré fue humillante.

Florence se frotó la mejilla, reflexionando sobre lo que le había dicho.

—No, eso fue muy desconsiderado. No hay nada más angustioso que sufrir la traición de alguien en quien has confiado. Es como si se hubiera quitado una máscara y la persona a la que tú querías no existiese. Probablemente, Claude me contó que habías roto tú con él para evitar que le dijera lo que pensaba.

Sus palabras me quemaban. Si eso era lo que Claude había hecho, significaba que no lo conocía en absoluto. Pensaba que lo habíamos compartido todo, incluso nuestras opiniones más sinceras sobre el matrimonio. Pero quizá Lise tenía los mismos puntos de vista sobre la vida que él, y Claude sentía menos presión por su parte. Sin embargo, eso no explicaba por qué no había tenido la decencia de decírmelo. Nunca habría pensado que fuera capaz de tal crueldad si no la hubiera experimentado en mis propias carnes.

De camino a casa pasé a visitar a Grace. Aston, el imperturbable mayordomo de los Hunter, parecía agitado cuando me dio la bienvenida en la puerta. Le temblaba un músculo de la cara y evitó mi mirada mientras me acompañaba a la sala de recepción.

—Informaré a la señora Hunter de que ha venido, señorita Lacasse —dijo, mirando por encima de su hombro como si estuviera nervioso por algún motivo.

Oí como se cerraba una puerta y pude ver a Harland corriendo escaleras abajo hacia el gran salón. Un sirviente corría tras él.

—Su reloj, señor —le dijo.

Harland le arrebató el reloj al hombre sin mediar palabra, y luego miró hacia el salón y llamó al mayordomo a gritos.

—¡Aston! ¿Dónde está el maldito carruaje?

El mayordomo me miró, claramente humillado por que un invitado estuviera siendo testigo de semejante escena.

—Ya voy, señor —respondió—. El carruaje está en la esquina. Tuvimos que moverlo para que pasaran los barrenderos.

Harland salió a toda prisa por la puerta sin decir nada más. Aston volvió a la sala de recepción, se aclaró la garganta para llamar la atención y prometió de nuevo informar a Grace de que la estaba esperando. Su frente había adquirido un brillo de sudor y no dejaba de tocarse el bolsillo y menear la cabeza, como si se hubiera olvidado de algo. Pobre hombre, tener de patrón a Harland. Eso acabaría con los nervios de cualquiera.

Desapareció y minutos más tarde llegó Grace. Temblaba como una hoja y en su mejilla mostraba un verdugón enrojecido.

—¡Grace! —grité mientras me ponía de pie.

Grace se echó en mis brazos.

—Emma, menos mal que estás aquí.

Nos sentamos juntas y tomé sus temblorosas manos en las mías.

—Cuéntame qué ha pasado. ¿A qué venía todo eso? —Le toqué la mejilla con los dedos. La piel estaba caliente como una brasa—. ¿Quieres que le pida a Aston que traiga hielo?

Me agarró la mano con fuerza y rompió a llorar.

—No sé si voy a poder soportar esto por más tiempo. Durante años he evitado el mal humor de Harland no haciendo nada que pudiera molestarlo. He dejado que llevara su vida, y yo he llevado la mía hasta donde he podido. Pero esta mañana ha entrado en el dormitorio, le ha dicho a la sirvienta que se fuera, ha cerrado todas las puertas y ha descargado su cólera contra mí durante una hora, enumerando mis defectos uno por uno. Yo esperaba que, si me quedaba callada y lo dejaba despotricar, acabaría por cansarse. Pero, al ver que no le respondía, me ha cruzado la cara de un bofetón. —Hizo una pausa para tomar aire—. Nunca me había puesto la mano encima, Emma. Sus maltratos siempre habían sido verbales. Las cosas van de mal en peor. Aston, bendito sea, ha llamado a la puerta para decirle que el carruaje ya estaba listo, pero en realidad lo ha hecho para alejar a Harland de mí. Pobre Aston. Antes era el mayordomo de mi difunto

esposo. Debe de estar horrorizado de ver lo que ha sido de mí.

Notaba palpitaciones en la cabeza y ardía de furia por que Harland hubiera golpeado a Grace, pero me controlé. Echar más leña al fuego no habría servido de nada.

—¿Qué es lo que lo puso furioso? —pregunté.

Grace se secó los ojos con un pañuelo y suspiró.

—Un artículo del *Boletín de arquitectura americana*. Lo acusaba de convertir Nueva York en una réplica de Europa, y alababa a los jóvenes arquitectos que están creando edificios originales que reflejan una ciudad moderna.

—¿Y tú tuviste la mala fortuna de estar cerca de él, de ser un objeto en el que Harland pudiese descargar su ira, en vez de hacerlo con una de las personas en las que realmente querría hacerlo? —pregunté.

Grace bajó la vista y asintió.

—Caroline también está cada vez peor —añadí—. Me pregunto si las personas como mi hermana y Harland experimentan una regresión con la edad. Quizá se dan cuenta de que están perdiendo el carisma de la juventud y recurren a la intimidación.

Grace pensó en lo que acababa de decir y afirmó con la cabeza.

—Esa observación es muy aguda. Y, quizás ahora que tu hermana ha vuelto, ella y Harland puedan pasar el tiempo intimidándose entre ellos y nos dejen a los demás en paz.

Vi que Grace estaba utilizando su característico sarcasmo para aplacar el miedo que sentía, pero me preocupaba que las cosas fueran de mal en peor entre ella y Harland. Decidí que le presentaría a las mujeres de la Charles Garrett House. Era inteligente y tenía buen fondo, y estaba segura de que les gustaría a Florence y a Cecilia. Grace necesitaba amigas como ellas, y yo no iba a estar mucho tiempo más en Nueva York.

Mientras volvía a casa después de tomar el té con Grace, me pregunté qué sucedería si Caroline y Harland se volvían el uno contra el otro. La ira de mi hermana era como un pozo sin fondo. Isadora ya me había avisado de ello. Probablemente, Harland era igual. Sería una batalla salvaje.

A la mañana siguiente, recibí por correo la primera buena noticia desde hacía semanas. *American Literary Journal* había aceptado mi relato sobre el oso que se escapaba del zoo del Bronx. El editor se deshacía en elogios: «Creo que la historia es una rara combinación de fantasía y fuerza, y estoy seguro de que a nuestros lectores les encantará. Esperamos recibir más relatos suyos».

El pago se haría cuando se publicara. Miré la hoja de cuentas

adjunta a la carta y vi que iba a ser de treinta dólares. ¡No esperaba más de diez, si es que lo publicaban siquiera!

Más tarde, cuando Rebecca llegó para la supuesta clase de francés con Isadora, les dije a las jóvenes que, en vez de la clase, las iba a llevar al zoo.

—¡Tendremos aire fresco e inspiración! —exclamé.

Cuando llegamos al recinto de los osos, dejé a las dos amigas solas para que hicieran bocetos y charlaran, y fui a dar una vuelta por los otros recintos. Al menos Isadora estaba más segura de sí misma y le sería más fácil hacer amigos en Inglaterra…, si es que el duque no la mantenía aislada en Lyndale.

De camino al aviario escuché una voz que me llamaba:

—¡Señorita Lacasse! ¿Qué hace aquí sola?

Me volví y vi a Douglas Hardenbergh con sus hijos. Auberon estaba comiendo algodón de azúcar y Mabel montaba un caballo de cartón.

—¡Buenas tardes! —respondí—. No estoy sola, he venido con mi sobrina y su amiga, pero las he dejado un rato a solas.

Douglas irguió los hombros.

—Entonces permítame que la acompañe. Por desgracia, el zoo a veces atrae a personas desagradables. No me quiero imaginar lo que pasará cuando el metro llegue hasta aquí; entonces habrá una multitud de gente de todas clases.

Por «gente de todas clases» entendí que se refería al tipo de gente que eran inquilinos en los edificios de su propiedad. Quise decir algo, pero decidí no alterar a sus hijos. Auberon me cogió la mano, y noté que la suya estaba pringosa.

—Mi prima Edwina tiene un caballo balancín que se convierte en un poni de verdad por la noche —me contó.

Mabel lo miró de soslayo; pensé que estaba a punto de reñirlo por decir tonterías, pero lo que hizo fue añadir detalles a la historia.

—Creo que lo que dijo Edwina es que se convertía en unicornio. De hecho, estoy casi segura de que era un unicornio.

Douglas y yo nos miramos sonriendo.

—Cuando escribo historias fantásticas, se despierta la niña que llevo dentro. Es una pena que, cuando nos hacemos adultos, perdamos la magia.

—Yo creo que la magia no es más que una comprensión superior de la vida —respondió él.

Un artista con una libreta de bocetos nos abordó.

—¡Qué familia tan bien parecida! Dejen que les haga un bosquejo. ¡Solo un dólar por un bonito recuerdo del día!

Douglas fingió no haberlo oído. Por la forma en que mantenía la atención justo al frente, podía decir que se sentía tan incómodo como

yo. Cuando Mabel y Auberon salieron corriendo para mirar un perezoso, Douglas se aclaró la garganta.

—Cuando me casé con Nancy, esperaba que envejeciéramos juntos. —Miró con cariño a sus hijos—. No tendría que ser así. Mabel y Auberon no deberían tener que crecer sin su madre.

—Debía de ser una mujer excepcional —dije, incómoda por el giro íntimo que había dado la conversación.

Se me ocurrió que Caroline quizá le había hablado de mí otra vez y él me estaba comunicando que había grandes expectativas a las que responder.

—Eso es lo que me reconforta, que exprimimos lo mejor de cada día. Nunca hubo resentimientos. Nos lo perdonábamos todo.

—Tuvo suerte de haber amado de esa forma —le dije—. No son muchas las personas que experimentan esa clase de amor.

Asintió, como si estuviera satisfecho de haber podido transmitir claramente lo que quería decir.

—¿Cómo le está yendo con su escritura? —preguntó.

—Me acaban de aceptar un relato en *American Literary Journal*.

—¡Es una revista muy prestigiosa! ¡Enhorabuena!

Mabel y Auberon se reunieron de nuevo con nosotros y volvimos dando toda la vuelta hacia el recinto de los osos. Rebecca levantó a Auberon.

—Por Dios, qué robusto está este pequeño. ¡Pesa como un saco de patatas!

—Tiene razón —dijo Douglas entre risas.

—Yo también soy robusta —apuntó Mabel, poniéndose de puntillas.

—Has crecido desde la última vez que te vi —le contestó Isadora —. ¡Pronto serás más alta que yo!

El zoo estaba a punto de cerrar, así que nos dirigimos a la salida y nos despedimos, antes de tomar carruajes separados. Douglas ayudó a sus niños a subir a la berlina y dijo adiós con la mano mientras se alejaba. Me di cuenta de cuánto había cambiado mi percepción sobre él. Era, sin duda, un hombre caballeroso y agradable. Sin embargo, me preguntaba cómo podía tener unos sentimientos tan profundos por su difunta esposa y por sus hijos y, al mismo tiempo, mostrar tan poca compasión por los inquilinos de sus edificios. Esposas que morían, niños huérfanos y hambre eran el día a día en el Lower East Side. Aunque Cecilia había dicho que Douglas era uno de los mejores caseros, seguía exprimiendo a las personas para sacarles todo el alquiler que podía.

Me vinieron a la memoria las palabras de Michel de Montaigne: «Escribo para evitar volverme loco por las contradicciones de la raza humana, y para resolver algunas de las mías propias». Que Caroline

considerara siquiera que yo podía ser feliz casándome con alguien como Douglas solo demostraba lo poco que me conocía. Pero, en fin, el principal criterio de mi hermana en lo que al matrimonio se refería no era la felicidad.

Notaba un peso en el corazón cuando me senté en el carruaje junto a Isadora. Habría deseado ser como el oso de mi relato y poder llevármela lejos de allí en un vagón de tren privado. Pero eso era una fantasía demasiado descabellada incluso para mí.

28

El coraje que el señor Gadley, Rebecca y yo habíamos tratado de infundir a Isadora se esfumó en cuanto el duque llegó a Nueva York. ¿Quién podía culparla? Cuando lo vi en el gran salón con sus veinticinco baúles de ropa y atuendos deportivos que Caroline había pagado, noté un escalofrío. El duque era un nubarrón oscuro en un día por lo demás hermoso.

—Buenos días, Isadora —dijo, cogiéndola de la mano.

Sus fríos ojos estimaban el valor de la decoración y las pinturas con un ávido interés que no mostró hacia su futura cónyuge, que estaba pálida y temblorosa.

El nombre de pila del duque era Mervyn, y ahora que estaba comprometido con Isadora, nosotros, al ser familia de ella, podíamos utilizarlo libremente. Pero yo no podía pensar en él de otra forma que no fuera «el duque». Había venido con el señor Whitlock, pero su hermano y su hermana no llegarían hasta unos días antes de la boda, así que ni siquiera teníamos a esos espíritus alegres para levantar los ánimos.

—Dios mío —me dijo Grace en un susurro después de vernos con él aquella tarde—, es como un enterrador. ¿Es que no tiene ningún sentido del humor?

El baile en honor del duque en el que se iba a anunciar su compromiso con Isadora se había organizado para la semana después de Pascua. Para aumentar las expectativas, Caroline se aseguró de que todos los miembros de la alta sociedad tuvieran ocasión de verlo. Lo paseó con Isadora en un carruaje por Central Park, Isadora luciendo un romántico vestido de organza, y el duque, un sombrero de copa y un bastón que no necesitaba. Podrían haber sido figuras de cera coronando un pastel de bodas: vestidos con elegancia, atractivos y totalmente desprovistos de expresividad.

—Por Dios, Caroline, los haces parecer anticuados —le dijo Harland a mi hermana un día, montados en un carruaje, con él y

Grace detrás de Isadora, el duque y Lucy—. ¿Por qué no haces algo más moderno, como un paseo en automóvil?

No era el tono que Harland solía emplear cuando hablaba con Caroline, pero esta reaccionó con tal entusiasmo a la idea del paseo en coche que no lo notó. Yo, en cambio, sí lo hice. ¿Aún estaba alterado por el artículo en la revista de arquitectura? Eché un vistazo a Grace, pero ella tenía la mirada perdida. Tenía facilidad para recluirse en su propio mundo cuando las circunstancias la forzaban a estar con Harland y Caroline.

—Es una idea brillante, Harland —dijo Caroline—. Así, la ciudad entera podrá admirar al duque. Lo organizaré con Lucy para el Domingo de Ramos, antes de que todo el mundo esté pendiente del Desfile de Pascua.

—¿No crees que la conmemoración de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén es una fecha extraña para un desfile en coche? —le dije a Grace después, cuando tomábamos el té vespertino—. ¿Es que Caroline espera que la gente agite hojas de palma al paso del duque?

La idea le pareció divertida, según su sentido del humor.

—¡Bueno, si tenemos suerte, lo crucificarán a la semana siguiente!

Más tarde, mientras me dirigía a mi habitación para cambiarme para la cena, me sorprendió oír a Oliver hablando en voz alta con Caroline en el salón.

—¡No quiero que ningún noble engreído con aversión al trabajo duro se case con Isadora! Si estás tan decidida a que se case con un inglés, ¿por qué no con el afable lord Randolph? Estudió Derecho, ¿no? Podría montarle su propio negocio en Nueva York. ¡Eso sería preferible que mandar a nuestra única hija a vivir al otro lado del Atlántico!

Oliver estaba defendiendo a su hija por fin.

Yo me quedé quieta, con el cuerpo en tensión, esperando la respuesta de Caroline. No la oí, pero fuera la que fuese debió de ser la última palabra. Al día siguiente, los preparativos para el baile y la boda prosiguieron sin cambios. La postura de Oliver no había supuesto diferencia alguna.

El día del desfile en coche, los participantes se reunieron en Central Park después de la misa matinal. Teddy supervisaba a un ejército de sirvientas con delantales blancos que daban los últimos retoques a los automóviles de la familia Hopper. El coche de Oliver estaba tan decorado con hortensias azules, acianos y clemátides que apenas se lo reconocía como vehículo. Caroline también le había comprado un Daimler al duque, y las sirvientas lo habían adornado con rosas rojas, como correspondía a una joven pareja «enamorada».

Pero la *pièce de résistance* era el turismo de Caroline. En los costados se habían fijado dos alas de mariposa de metal y tul. Del parabrisas salían dos antenas de alambre ornadas con pequeñas luces, y dos cuencos puestos del revés hacían el papel de los ojos de la mariposa.

Los otros participantes llegaron en sus coches De Dion-Bouton, Renault, Panhard y Fiat, todos ellos suntuosamente decorados con guirnaldas de flores y enredaderas retorcidas alrededor de las capotas. Juntos, parecían una postal que había visto una vez del desfile de Mardi Gras en Nueva Orleans.

Los que no vinieron en sus automóviles lo hicieron en sus elegantes carruajes. Para muchos miembros de la alta sociedad, los vehículos motorizados eran una novedad que no sustituiría jamás a los caballos. Entre los que vinieron en carruaje se hallaban Harland y Grace, aunque el primero iba a montar con Caroline en su automóvil, mientras que Grace iría con Oliver en el de él.

—¿Crees que esto es buena idea? —oí que preguntaba Lucy a Caroline—. No querrás el menor escándalo ahora que el duque está aquí. La atención debe recaer en él e Isadora.

—En Estados Unidos está muy de moda que las parejas organicen estos acontecimientos —le aseguró Caroline—. Nadie pensará nada raro.

Los ojos de Lucy mostraban un brillo de alarma, pero ocultó enseguida su inquietud con una sonrisa.

—Sí, seguro que tienes razón —repuso, aunque no sonaba muy convencida de su propia afirmación.

Me preguntaba si Caroline creía que las normas de la alta sociedad ya no iban con ella.

Newton y Bessie Graham llegaron en un automóvil cubierto de margaritas amarillas. Lucy viajaría con ellos, y a mí me habían asignado al vehículo de Douglas Hardenbergh. El corazón me dio un vuelco al ver que el coche estaba decorado con lilas.

—¡Oh, fíjate! —dijo Caroline—. Ha elegido tus flores favoritas, Emma. Debe de ser una señal. —Me guiño el ojo y añadió—: ¡A lo mejor tenemos que organizar otra boda de sociedad cuando se casen Isadora y el duque!

Sabía perfectamente que Caroline le había dicho a Douglas que las lilas eran mi flor preferida. Era el hecho de que él le hubiera seguido la corriente lo que me preocupaba. Hasta entonces, Douglas había estado coqueteando conmigo, pero mantenía las distancias. Sin embargo, mientras me ayudaba a montar en el asiento del acompañante, el destello de sus ojos confirmaba un cambio en su actitud hacia mí. Se me encogió el estómago al darme cuenta de que el anillo de casado que siempre llevaba en la mano derecha para señalar su viudez había desaparecido.

Cuando todo el mundo hubo llegado, tomamos la Quinta Avenida en dirección a Bryant Park según las instrucciones de Teddy, que Caroline le había indicado la noche anterior. Aquello no era un acto informal, y el orden era claramente jerárquico. Solo habían sido invitadas las cincuenta personas más importantes de la alta sociedad.

Docenas de policías habían sido asignados a la ruta para impedir que las personas cruzaran la calle delante de los automóviles, pero los niños se colaban por entre las piernas de los adultos y saltaban enfrente de nosotros para saludarnos con la mano. Aunque avanzábamos con lentitud, me venía a la mente la imagen de Angus Dempsy aplastado bajo las ruedas del coche de Oliver.

—¡Cuidado con los niños! —le dije a Douglas—. ¿No podemos ir más lento?

Douglas aprovechó la ocasión para mostrar su calma viril.

—Le aseguro que está segura en mis manos, señorita Lacasse. No vamos a más de ocho kilómetros por hora.

El ruido de los motores, el humo de la gasolina y la multitud estaban poniendo nerviosos a los caballos. Algunos de ellos retrocedían, tratando de darse la vuelta y salir galopando. Traté de no imaginarme la matanza que supondría una estampida, o qué sucedería si uno de los conductores ponía una marcha incorrecta y embestía a la muchedumbre.

Para inquietarme aún más, Douglas aprovechó la oportunidad para soltar una perorata sobre su filosofía de los hombres, las mujeres y el matrimonio.

—Está bien que una mujer tenga una carrera cuando es joven y libre —dijo, lanzándome una mirada significativa—. Pero el matrimonio es la dulce renuncia del cuerpo y la mente de una mujer a alguien que, con su mayor conocimiento y sabiduría, está mejor adaptado para determinar lo que es mejor para ella. ¿No cree?

No estaba segura de cuál de mis respuestas favoritas me hundiría aún más en el hoyo que Caroline había cavado para mí, si rebatirlo o ignorarlo. Así que me limité a sonreír y cambiar de tema.

—Sin duda, hay un aire de primavera en el ambiente. La suave transición entre estaciones es mi época favorita del año.

El desfile concluyó con un pícnic en Central Park. Fue un alivio cuando la reunión se disolvió y pude volver a casa. Iba a necesitar una intensa tarde de escritura para quitarme de la cabeza a Douglas y sus trivialidades.

Cuando me senté al escritorio de mi habitación, descubrí con horror que el retrato de *grand-maman* ya no estaba. Busqué detrás del escritorio y en todos los rincones del cuarto, pero no pude encontrarlo.

¿Dónde podía estar?

Era el día libre de Jennie, pero se me ocurrió que quizás el marco se había roto cuando las sirvientas limpiaban y se lo habían dado al ama de llaves para que lo reparase, así que bajé a toda prisa para preguntárselo.

—No lo he visto —dijo la señora Green—. ¿Ha buscado bien en su habitación, señorita Lacasse?

—Por todas partes. Ayer estaba en mi escritorio.

—¿Y esta mañana?

—No me di cuenta, porque estaba ajetreada con los preparativos para el desfile de coches.

—Bueno, tendremos que preguntar a Jennie cuando vuelva mañana.

No entendía cómo podía haberse desvanecido el retrato de *grand-maman*, a menos que alguien se lo hubiera llevado. Pero ¿por qué? El marco era de plata, pero en la casa había objetos mucho más valiosos, si es que alguno de los sirvientes era un ladrón. Entonces pensé en Caroline. Aquella mañana había ido a hablar con ella en el salón de café, antes del desfile, y había cerrado de golpe el cajón de su escritorio, como si hubiera algo en él que no quería que viese. No se me ocurría por qué perverso motivo se habría llevado el retrato, y desde luego no podía preguntárselo directamente. Iba a tener que mirar en el cajón de su escritorio cuando ella no estuviera en casa.

Había perdido las ganas de escribir, así que me dirigí a la biblioteca para buscar consuelo en un libro. No hacía ni un minuto que estaba en la habitación cuando Caroline irrumpió en ella, seguida de Oliver, que cerró dando un portazo, el rostro rubicundo como su cabello y los ojos entrecerrados de furia.

Caroline se volvió hacia él.

—¿Qué significa este comportamiento, Oliver? —le preguntó con tono autoritario. Al darse cuenta de mi presencia, añadió—: Emma, será mejor que te vayas.

—¡Quédate donde estás, Emma! —dijo Oliver, interponiéndose entre mi persona y la puerta—. Quiero que tú también oigas esto. Quiero que sepas la verdad acerca de tu hermana.

Notaba la sangre bombeando en mis orejas. Nunca había visto a Oliver tan furioso.

—Dile a ese gusano que has terminado con él —le gritó a Caroline —. ¡Y busca a otro arquitecto para construir la casa de Newport, o no la construyas en absoluto! ¡No pienso pagarle a alguien para que me haga quedar por estúpido!

—No sé de qué estás hablando —replicó Caroline.

—¡Ya, claro que no! Explícame entonces por qué el coronel Mann se me acercó hoy durante la merienda para decirme que lo sabía todo

sobre Harland y tú.

—Si alguno de los sirvientes ha estado chismorreando, lo despediré de inmediato —dijo Caroline, alzando la voz en tono indignado.

Me quedé pasmada al ver que no mostraba remordimiento alguno por la aventura ni miedo a quedar públicamente al descubierto.

—Mann quiere diez mil dólares para que la historia no llegue a *Town Topics* —dijo Oliver—. Sabe Dios lo que hace que te comportes de una forma tan tonta por ese majadero, Caroline. Hasta ahora he hecho oídos sordos, pero parece que tú no has tenido el buen criterio de mantener la discreción. ¡Si no fuera por Isadora y Grace, le diría a Mann que publicara la maldita historia si le placía!

—Bueno, ¿qué se supone que tenía que hacer? —dijo Caroline con frialdad—. Tú estás siempre trabajando. No tienes ningún interés en la casa nueva. No tienes ningún interés en mí. Y tú tampoco eres perfecto que digamos. ¿Qué hay de Cora Branson? Yo no me puse hecha una furia por ella.

Era espantoso ver a Caroline culpando a Oliver y convirtiéndose en la parte ofendida. Oliver se desplomó en un sillón con una expresión torturada en el rostro y un gesto de aflicción, como si estuviera recordando algo doloroso.

—Eso fue hace años —dijo—. Después de que William… Y yo nunca la llevé a nuestra casa. No hubo nunca el menor cotilleo.

Caroline enderezó su postura, feliz de haber asestado un golpe efectivo.

—Si tanto te preocupa el cotilleo, no puedo despedir ahora a Harland y contratar a otro arquitecto. Tendrá que seguir actuando como si todo fuera normal. El duque está aquí y tenemos que pensar en Isadora.

Oliver entrecerró los ojos.

—¿Piensas en Isadora?

—¿A qué te refieres? —replicó Caroline—. ¿Cómo te atreves a insinuar que no pienso en mi hija? ¡A veces me parece que soy la única que lo hace! A ti, Isadora te importa tan poco como te importaba William. Tú trajiste esas fiebres de la fábrica, el médico estaba seguro de ello. ¿Y dónde estabas cuando nuestro hijo se moría? Yo era la única que estaba a su lado.

Oliver se sintió herido.

—¡Sabes que estaba en San Francisco cuando me enteré de que estaba enfermo! ¡Tomé un tren de inmediato!

—Pero llegaste demasiado tarde —repuso Caroline—. Nunca has estado a nuestro lado. ¡Nunca!

Oliver hundió la cabeza en las manos. Aún estaba tenso. Esperaba que respondiera, pero no dijo nada. Me di cuenta de hasta qué punto Isadora había sido certera al hablar de la habilidad de su madre para

atacar a las personas donde más les dolía.

—¿Así que me convertirás en cornudo por un hombre que revoloteará hacia otra persona a la primera ocasión? —dijo Oliver en voz baja—. ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

—¿Todo lo que has hecho por mí? —dijo Caroline, contemplándolo con desprecio—. Si no hubiera sido por mí, tú aún estarías dando vueltas como un paleto. ¡He sido yo quien te ha hecho grande!

Oliver levantó la cabeza y le lanzó una mirada pétrea, como si por fin estuviera viendo a la persona con la que se había casado.

—Cuando dejaste al desgraciado de Dempsy cruelmente tirado en la calle, fui yo quien asumió las culpas. Yo pagué a los testigos para que dijeran que era yo el que conducía el automóvil aquel día, y luego pagué aún más dinero a la prensa para que no se hiciera eco de su muerte.

Estaba conmocionada. ¿Había sido Caroline quien había matado a Angus Dempsy y no Oliver? Me vino a la memoria una imagen de la señora Dempsy y sus hijos en aquella miserable habitación. ¡Fue mi hermana la que lo había hecho! Quise ponerme de pie y salir del cuarto después del horror abrumador de aquella revelación. Pero no pude moverme. Me había quedado petrificada.

—Lo hiciste porque tener a tu esposa en prisión habría sido malo para tus negocios —repuso Caroline sin un ápice de remordimiento—. Un hombre puede eludir las consecuencias de algo así; una mujer no.

Oliver le clavó la mirada.

—Si sigues con esa ridícula aventura con Harland, me veré obligado a matarlo. Me colgarán por ello, y llevarás mi muerte en la conciencia.

Debería haber sonado como una apasionada amenaza, pero el tono calmado de Oliver no hizo más que acentuar el matiz amenazador de la advertencia.

—No seas exagerado —dijo Caroline—. Siempre exageras.

Sin embargo, antes de que pudiera terminar, Oliver había salido de la habitación. Le oímos pedir a gritos a Woodford que trajera el carruaje, y se fue. Caroline se volvió hacia mí, esperando unas palabras de apoyo, pero yo no podía hablar. Me contempló con una curiosa expresión, como si pensara cuánto tenía que contarme.

—El hombre al que atropellé era un conocido borracho. Se cruzó en mi camino.

—Tenía familia, Caroline. Esposa e hijos.

No pude continuar.

Ella arqueó las cejas, sin duda preguntándose cómo es que yo sabía algo acerca de Angus Dempsy.

—Si ese hombre tenía una familia que lo necesitaba, ¿por qué

estaba gastando su dinero en bebida? Hazte esa pregunta antes de mirarme de esa forma. Y recuerda: aún tienes deudas. Puedo escribir enseguida a *monsieur* Depaul para decirles a Roche & Associates que he retirado mi apoyo. Paulette se verá en la calle antes de que puedas volver siquiera a París.

Debería haberme esperado aquella amenaza, pero aun así me cogió por sorpresa. Estaba bajo el dominio de mi hermana, y ella no solo lo sabía, sino que se regodeaba en ello. No tenía más opción que someterme a ella si quería proteger a Paulette.

Me puse de pie, miré fijamente a Caroline por un instante y salí de la biblioteca, furiosa por la impotencia.

Cuando llegó mi cheque por las tres historias que se habían publicado en *New York City Magazine*, se lo remití a Cecilia acompañado de una nota: «Por favor, asegúrate de que este dinero llega a la señora Dempsy y a sus hijos».

La cantidad los ayudaría un par de meses, pero no cambiaría la vida de aquella familia. No era más que mi patético intento de desagravio por el hecho de que mi hermana fuera un monstruo.

29

*L*ucy nos trajo noticias de Oliver al día siguiente. Caroline me había ordenado que la acompañara al salón, pero yo no podía mirarla a la cara después de enterarme de que había sido ella quien había matado a Angus Dempsy.

—Oliver está alojado en el hotel Chelsea —le dijo Lucy a Caroline —. Por suerte, es el mismo hotel en el que tienen habitaciones el duque y el señor Whitlock, así que simplemente da la impresión de que has echado a todos los hombres de la casa para poder concentrarte en los preparativos de la boda. —Hizo una pausa, insegura de sí misma por primera vez desde que la conocí—. Pero, dado el cotilleo que circulaba durante el desfile de coches, será mejor que invites esta tarde a los Hunter a tomar el té para dar una imagen de unidad. Es un momento muy delicado como para que se insinúe que hay poca armonía en la familia Hopper.

Aquella tarde, cuando llegaron Grace y Harland, Grace estaba tan bella como siempre, con un vestido azul pastel de gasa y encaje. Con su cabello oscuro y sus rasgos delicados, parecía una bonita flor de campanilla. Pero sus ojos irradiaban una falta absoluta de esperanza.

Me pregunté cómo esa mujer, que podía hacer lo que quisiera con su vida, seguía atrapada en un matrimonio vacío en el que se la maltrataba.

Entonces recordé las amenazas de Caroline la noche anterior. «Nos tiene atrapadas a todas», pensé, mientras veía cómo les servía té a Harland y a Grace, y compartía con Lucy una broma privada. «Nos tiene justo donde quiere. Estamos atrapadas en su red, y somos incapaces de liberarnos.»

Cuando Isadora irrumpió en la habitación, fue un alivio recibido con agrado. Parecía ruborizada y emocionada.

—Mis esculturas han vuelto del taller de fundición. Quiero que vengáis a verlas.

Seguimos a Isadora a su estudio, donde esperaba el señor Gadley.

Se había vestido para la ocasión con un traje gris con pajarita y una camisa con cuello alado, y tenía el pelo, en general rebelde, pulcramente peinado a un costado.

—Buenas tardes, damas y caballeros —dijo, guiándonos hacia un banco en el que se habían dispuesto varias esculturas de algo más de un metro de altura. Había ciervos, zorros, osos y diversas especies de aves—. ¡Les presento las magníficas obras de la señorita Isadora Hopper!

Contemplé las esculturas asombrada. Habían sido modeladas en bronce de color marrón oscuro, y su composición y elaboración eran tan hermosas que parecía que los animales estuviesen vivos. Una hembra de ciervo acariciaba con ternura a su cría con el morro. Dos caballos se tocaban la cabeza en señal de amistad. Un oso se sentaba sobre los cuartos traseros y olfateaba el aire en busca de signos de peligro.

—Isadora —dijo Grace con admiración—, ¡tienes un don excepcional!

—La pátina y la textura son perfectas para las formas —comenté yo—. Mucho mejor incluso que el mármol.

Isadora miró con gratitud a su maestro.

—El taller de fundición donde las llevó el señor Gadley emplea a los mejores artesanos para hacer los moldes, fundir las figuras y cubrirlas de pátina.

Harland estaba mirando las esculturas con la mano en la barbilla. ¿Por qué no había dicho nada? Él trabajaba continuamente con escultores. Estaba claro que sabía reconocer el talento cuando lo veía.

Caroline se acercó al banco y observó el trabajo de Isadora. Entendía lo suficiente de arte como para saber que no se trataba de piezas ordinarias. Vi cómo su mente daba vueltas, y conocía lo bastante a mi hermana para saber que estaba tratando de calibrar lo que aquello significaba para ella. ¿Cómo podía favorecerla tener por hija a una artista brillante?

El señor Gadley también vio su expresión y aprovechó la oportunidad.

—Señora Hopper, le aseguro que su hija es una escultora de primer orden. En la ciudad, el mercado para la escultura privada ha crecido vertiginosamente, y podría vender sus obras fácilmente entre doscientos cincuenta y trescientos dólares la pieza a través de Tiffany & Co. o del imperio de Shreve, Crump & Low. Pero, como es una artista que no tiene necesidad de ingresos, podría concentrarse en encargos importantes. Estados Unidos quiere establecer su imagen, y están surgiendo comités de escultura por toda la ciudad. Al Museo Metropolitano de Arte le interesarían las obras de un artista estadounidense, por ejemplo, si son de calidad.

—En Nueva York no hay ningún monumento público creado por una mujer —dijo Lucy con desdén.

—Aún no —repuse yo. Todos se volvieron a mirarme, pero yo mantuve la vista en Caroline, tratando de evaluar su reacción. Era consciente de lo que trataban de hacer el señor Gadley e Isadora, y quería apoyarlos—. No hay estatuas heroicas de mujeres en la ciudad. ¿Quién mejor para esculpirlas que una mujer?

Los ojos de Caroline brillaron, y supe que había dado en el blanco. ¿De quién se imaginaría hacer de modelo? ¿De Juana de Arco?

—Pero antes… —dijo Isadora.

Caroline despertó de su ensueño y se volvió hacia su hija.

—Pero antes… ¿qué?

El señor Gadley se aclaró la garganta.

—Pero antes la señorita Hopper debe estudiar en París, al menos un año, con un maestro de la École des Beaux-Arts. Eso le dará un tremendo prestigio. Luego debe presentar una cantidad significativa de trabajos en el Salón de París. Le sobra capacidad para lograrlo. Se lo voy a decir de nuevo, señora Hopper: su hija es excepcional.

Grace me agarró los dedos y apretó con fuerza. Esperábamos la respuesta de Caroline.

—¿París? —Caroline negó con la cabeza—. Pero Isadora va a casarse con el duque. Él no querría que su joven esposa se pasara un año en París.

A él le daría igual, pensé yo. Mientras engendrara un heredero y se exhibiera cuando la ocasión lo requiriera, tanto le daría que viviera en el Polo Norte si tenía su dote para gastarla.

—Podría estar conmigo en París —dije yo—. La acompañaría a sus clases cada día. Eso no tendría nada de indecoroso.

Isadora me miró y me dio las gracias en silencio.

Caroline estaba siempre tan segura de sus propias opiniones que pensaba que daría su veredicto de inmediato. Pero, para mi sorpresa, se dio la vuelta y miró a Harland.

—¿Tú qué opinas? —le preguntó—. Esto es muy arriesgado. Pero si Isadora es excepcional…

Harland se apartó la mano de la barbilla.

—¿Que qué opino? ¡En mi vida he oído tamaña sarta de tonterías! Estas esculturas están bien para unos grandes almacenes, pero no son brillantes.

La expresión se congeló en el rostro de Caroline y el resto nos quedamos en silencio, estupefactos.

—Ese maestro te está tomando el pelo —prosiguió Harland—. Quiere hacerse un nombre y para ello necesita el dinero de Isadora.

Gadley se puso pálido.

—¿Por qué iba a acusarme de una cosa así, caballero? Soy maestro

de la reconocida Liga de Estudiantes de Arte de Nueva York. ¡Sé reconocer la genialidad cuando la veo!

—¿Ah, sí? —dijo Harland con expresión risueña—. ¿Más que yo? Eche un vistazo a esta casa, Gadley. La diseñé yo, y también otras casas y edificios monumentales por toda la ciudad de Nueva York. ¿Dónde están sus obras? ¿Tiene alguna recóndita pieza en un parque de Louisville cubierta de mierda de paloma?

Pobre señor Gadley. Con sus modales corteses y educados, no podía competir con Harland. Ahora comprendía lo que tenía que soportar Grace un día tras otro.

Harland se volvió hacia Isadora.

—Y aunque tuvieras tanto talento, y no es así, es casi imposible que una mujer tenga éxito como artista. ¡Ten un poco de sentido común, tonta! Cásate con el duque y serás duquesa. Produce niños, no arte. Esa es la vida que te conviene.

Todo el cuerpo de Isadora se había puesto rígido. Parecía que hubiera dejado de respirar.

—¡Basta ya, Harland! —gritó Grace. Era la primera vez que la oía levantar la voz—. ¡Para!

Harland le lanzó una mirada llena de violencia, y Grace se replegó en sí misma.

—Lo dejo en tus manos, Caroline —dijo—. Isadora es tu hija. Pero Lucy lo ha dejado todo preparado con el duque. Debes medir las consecuencias con cuidado. Isadora fracasará en su empeño de ser artista, y entonces, ¿dónde quedarás tú? La hermana de Permelia se casará con el duque y tú serás el hazmerreír de todo Nueva York.

El señor Gadley se recompuso.

—Si no me cree, señora Hopper, traeré aquí al gran Augustus Saint-Gaudens en persona para que vea las obras. Por favor, no acabe con el espíritu de Isadora…, de la señorita Hopper.

Al darse cuenta del desliz, Caroline fulminó con la mirada al señor Gadley. Yo también me di cuenta de algo que no había percibido antes. El intercambio de sobres al terminar cada lección… ¿Qué eran? ¿Cartas? ¡Oh, pobre Isadora! Estaba enamorada del señor Gadley.

Caroline endureció el gesto y la mirada.

—Señor Gadley, me ha engañado y ha abusado de mi confianza. Le permití entrar en mi casa y ha llevado a mi hija por el mal camino. Salga de esta casa de inmediato. Si vuelve a intentar entrar en ella, haré que lo arresten.

—Écheme si quiere —dijo él con la voz ronca y quebrada—, pero en cuanto a su hija…

—Yo seré quien juzgue lo que es mejor para mi hija —respondió Caroline con brusquedad—. ¡Ahora, váyase!

El señor Gadley lanzó a Isadora una última mirada de adoración

antes de dejar la habitación y mi sobrina rompió a llorar.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —le preguntó a Harland—. ¿Qué te he hecho yo?

—¡Ya basta, Isadora! —dijo Caroline—. Nos has hecho quedar como unos idiotas. ¿Te imaginas lo que ocurriría si esto se supiera? Ya tengo bastantes preocupaciones. —Miró las esculturas con los ojos entrecerrados—. Si vuelvo a oír algo más sobre esto, haré que destruyan esos animales estúpidos y te prohibiré que utilices esta habitación.

Caroline salió del estudio con Harland y Lucy, pero yo no podía abandonar a Isadora. Grace también se quedó con nosotros.

—¿Por qué ha hecho eso Harland? —preguntó Isadora, sollozando lastimeramente—. Sabe cuánto valora mamá su opinión. ¿Es que no podía apreciar que las esculturas eran únicas?

Grace cerró los puños con fuerza.

—¡Porque mi esposo es un hombre terrible! Disfruta destruyendo a las personas. Le odio y deseo que… —Su voz se quebró y dejó de hablar, pero yo sabía lo que había estado a punto de decir, porque yo pensaba lo mismo.

Ambas deseábamos que Harland Hunter estuviera muerto.

Dejé de escribir y di unos golpecitos con la pluma. Eran las dos de la madrugada y el silencio reinaba en la casa y en la calle. El reloj de la repisa de la chimenea hacía tictac con un ritmo monótono.

Después de los acontecimientos del día, había estado demasiado agitada para dormir. Había tratado de relajarme leyendo, pero tenía una historia cociéndose en mi cabeza y la única manera de tranquilizarme era plasmándola en mi cuaderno.

> Ralph Richards era el hombre más envidiado de la ciudad de Nueva York. De origen sueco, sus dorados rasgos nórdicos y su considerable estatura eran impresionantes. Los sastres y zapateros más destacados de la Sexta Avenida le regalaban los mejores trajes y el mejor calzado. Comía gratis en Delmonico's y en Sherry's porque, llevara lo que llevara Ralph Richards, o fuera donde fuera, la alta sociedad de Nueva York lo seguiría. Estaba casado con una gran belleza, que era a un tiempo refinada y encantadora, y diseñaba casas e interiores para las familias más acaudaladas de la ciudad. Su vida era un torbellino de invitaciones a bailes fabulosos, cenas exclusivas, clubes de élite y fincas lujosas. Los hombres lo admiraban y las mujeres lo deseaban. Ralph Richards parecía predestinado a la gloria, lo cual hizo aún más terrorífica su horrenda muerte.

Traté de seguir escribiendo en tercera persona, pero era como luchar contra un cocodrilo. Apoyé la pluma en el papel y cambié a primera persona.

Una de las matronas más ricas de la alta sociedad de Nueva York, Carrie Weppler, organizó una carrera de obstáculos para automóviles en Waverly, la mansión familiar de verano. Vi llegar a los participantes en sus relucientes vehículos De Dion-Bouton, Renault, Panhard y Fiat, decorados con elaboradas guirlandas de flores y enredaderas.

Entre los invitados se encontraban Ralph y Fannie Richards. Siempre por delante de todos en cuestiones de moda, Ralph llevaba un traje ejecutivo de franela blanco con una camisa de rayas y corbata de lazo. Fannie estaba impresionante con un vestido de gasa y encaje de color azul pastel y corpiño sin escote. Llevaba un parasol a juego y, con su cabello negro y sus delicadas facciones, parecía una bonita campanilla.

Beulah y Alvin Dipple llegaron en un vehículo cubierto de margaritas amarillas y blancas; de la capota colgaban docenas de canarios disecados.

—Para este despliegue he tenido que hacer gasear todo el aviario de Beulah —dijo Alvin mientras ayudaba a su esposa a salir del coche.

—De todos modos, ya me había aburrido de sus cantos —añadió Beulah.

Estuve a punto de tachar la parte de los canarios disecados, pero entonces recordé el colibrí en el sombrero de la madre de Oliver. Era evidente que de niña me había impresionado. Además, la alta sociedad de Nueva York era terriblemente cruel con los animales y la naturaleza. Decidí dejar los canarios.

Recogí el ejemplar de *New York City Magazine* en el que había visto la descripción de la finca de Newport de Oliver y Caroline, y supe exactamente cómo iba a disponer de Ralph Richards. Una sonrisa se dibujó en mi rostro. En serio, las personas no deberían molestar a los escritores. Podemos meterlos en nuestras historias… y matarlos.

Antes de la carrera de obstáculos, los invitados merendaron en la playa, al pie del escarpado acantilado que daba fama a Waverly. Era la mayor altura de todas las propiedades de Bellevue Avenue. Luego, un poco achispados por el champán que habíamos tomado, volvimos a la pista de obstáculos por las escaleras del acantilado.

La ruta que los participantes debían seguir estaba marcada con banderines de golf. Los obstáculos eran ruedas de carro, macetas con plantas y balas de paja, pero también figuras recortadas en madera con forma de personas: policías, vendedores de periódicos, ancianos, damas con las manos llenas de paquetes, sirvientas empujando carritos de niño y vagabundos. Los artistas habían pintado cada figura con una realista expresión de terror.

A un lado del recorrido se había erigido para los espectadores una tribuna con un techo de lona de rayas. Aplaudimos mientras los concursantes se acercaban a sus automóviles, y Jake, el chófer de los Weppler, y algunos criados los ayudaban a montar en ellos.

Jake había alineado los automóviles en el orden en que el conductor iba a competir. Circularon más copas de champán, y Carrie Weppler propuso un brindis:

—¡Que gane el mejor… o la mejor!

Wallace Gartside fue el primer conductor en participar. Conducía tan lento que los invitados se burlaban alegremente de él.

—¡Es una carrera de obstáculos, no un desfile! —le gritó Unwin Langsdorf —. ¡Los peatones no son de verdad!

La esposa de Wallace, Evelyn, que ocupaba el asiento del acompañante, alternaba entre poner caras raras y lanzar besos a los espectadores.

Lester Weppler era el siguiente. Condujo su Panhard con habilidad, pero rápido, arriesgándose como lo hacía en los negocios. Aunque su tiempo fue bueno, calculó mal una curva y se fue contra una bala de paja.

Lulu Kinkle condujo de una forma tan imprudente que dio un giro brusco para evitar una figura de un vagabundo, y el guepardo que tenía por mascota saltó del automóvil y salió corriendo circuito adelante. Los criados se desperdigaron aterrorizados en todas direcciones.

—¡No os hará daño! —gritó Lulu, que detuvo el automóvil y salió a perseguir a su mascota—. ¡Zishe! ¡Zishe! ¡Vuelve con mamá!

Un criado que había crecido en Texas trató de enlazar al guepardo. El giro de la cuerda espantó a Zishe, que volvió derecho a los brazos de Lulu.

—¡Oh, mi niño! —dijo, abrazándolo—. ¿Te han asustado esos hombres?

El siguiente concursante era Ralph. Le dio su copa de champán a Jake y levantó los brazos en el aire para animar a la multitud.

Vacilé. Escribir era algo más que poner palabras en papel. Era imbuir esas palabras de emociones, deseos… ¿Debería estar vertiendo mi ira y mi sed de venganza en la historia?

Recordé una conversación que tuve una vez con Belda sobre un torero que había sido corneado y muerto por un toro en el sur de Francia.

—No podía sentir piedad alguna por ese hombre —me dijo—. Me alegré por el toro, aunque de todos modos lo mataron. Es una lucha en un solo sentido, y el toro nunca gana.

—Tú te identificas con el animal indefenso —respondí yo—. Esperas que el destino intervenga en su favor.

Volví a mi historia. Quizás era el momento de dejar de esperar que interviniese el destino.

Las alas de mariposa pegadas a los laterales del automóvil dificultaban el acceso al asiento del conductor, así que Jake había quitado el ala de ese lado. Comentó algo con Ralph, que asintió y se montó. Jake y un criado volvieron a colocar el ala en su posición.

Ralph saludaba a los espectadores al pasar, y se dirigió hacia la ligera pendiente que bajaba hacia la pista de obstáculos.

El tramo inicial era recto, pero en la primera curva Ralph se pasó los banderines, sorteando por poco unos arbustos que lo habrían hecho detenerse.

Aplaudimos, divertidos con sus payasadas. Se decía que siempre se podía confiar en Ralph Richards para amenizar la fiesta más aburrida.

Pero se alzó un grito de sorpresa cuando Ralph embistió directamente la figura recortada de un policía, derribándolo, y luego, en rápida sucesión, procedió a derribar a un vagabundo y a una dama cargada de paquetes.

A partir de ahí, la pendiente se acentuaba y Ralph siguió ganando velocidad.

—¡Más despacio, señor! —le gritó uno de los criados.

La figura de madera de un caballo con carruaje saltó hecha astillas cuando Ralph la atravesó.

Jake salió a la carrera por el circuito tras el coche, agitando los brazos.

—¡A la izquierda, señor Richards! ¡Gire a la izquierda!

La verdadera señal de que algo no iba bien surgió cuando Ralph luchaba con el ala de mariposa fijada al lado del conductor del automóvil.

—Está tratando de salir —dijo Margaret Altherr.

—¡Va cada vez más rápido! —observó su anciano esposo.

—¡Dios mío, va directo al acantilado! —gritó el duque de Surrey, poniéndose de pie.

Todo pareció ralentizarse, salvo el automóvil de Ralph, que se dirigía a toda velocidad hacia el borde del prado, donde el terreno se hacía más áspero por el suelo rocoso y los arbustos bajos.

Ahora todos se habían puesto en pie. Jake y varios criados corrieron tras el coche, librándose de sus chaquetas por el camino.

El coche de Ralph se cruzó con un bache, se hundió y salió despedido hacia arriba como una mariposa alzando el vuelo. Durante unos segundos pareció flotar en el cielo. Luego giró en el aire y se precipitó acantilado abajo. El sonido de un golpe metálico rompió el silencio.

—¡Dios mío! —gritó Beulah, llevándose las manos al rostro.

Todos salimos corriendo de inmediato hacia el borde del precipicio, tropezando y dando tumbos por la conmoción.

Sentí un vuelco en el estómago cuando vi las rocas al pie del abismo. El automóvil había aterrizado boca arriba. Una de las ruedas traseras seguía girando, mientras que las dos delanteras se habían desprendido y flotaban en el mar, subiendo y bajando con el oleaje. El chasis estaba abollado y hundido, como si el automóvil hubiera golpeado las rocas con el morro por delante y luego se hubiera dado la vuelta. La sangre goteaba en el océano, enrojeciendo el agua. Era imposible creer que, hacía solo unos momentos, aquel revoltijo sangriento había sido el apuesto Ralph Richards.

Enferma de repugnancia, incapaz de seguir mirando, mis ojos viajaron hasta Carrie Weppler. La expresión desapasionada de su rostro era aún más espeluznante que aquella carnicería.

«Carrie —pensé—, qué rápido te puedes volver en contra de alguien cuando se cruza en tu camino…»

Aún estaba avanzando a tientas en mi narrativa. Mi intención era escribir un relato corto, pero las ideas se iban expandiendo, y me pregunté si ya tendría suficiente estructura para armar una novela entera. Nunca había escrito un relato tan cercano a mi propia vida. Mis otras historias habían sido fantasías que habían llegado a mi cabeza Dios sabía de dónde. Aunque solo era un primer borrador, escribirlo me había parecido cautivador. Me permitía extraer el sentido a todo lo que había sucedido desde mi llegada a Nueva York, ver las cosas con más claridad. Al escribir sobre esos hechos, podía salir del drama y convertirme de nuevo en la observadora.

Era lo que Claude había dicho que necesitaba hacer para sobrevivir a mi hermana. Finalmente me di cuenta de lo sabias que habían sido sus palabras.

30

La mañana siguiente dormí hasta tarde y nadie me molestó. Al despertar, miré con ojos entrecerrados la brillante luz del sol por la separación entre las cortinas y me rasqué la cabeza. En mi mente flotaba la sensación de que me había olvidado de algo. Me incorporé, recordando la cena de la noche anterior con el duque y el señor Whitlock. De nuevo, había sido un rato lamentable. El rostro de Isadora estaba hinchado por el llanto después del cruel rechazo de su trabajo por parte de Harland. A pesar de su evidente angustia, el duque no tuvo un solo gesto de consuelo hacia ella. ¡Maldito sea!

Me vestí con rapidez y salí en busca de Isadora. Me pregunté por qué no había mandado a Jennie a buscarme cuando no había bajado a desayunar.

No la encontré en la salita que había junto a su dormitorio, ni en la sala de música. Me dirigía a su estudio cuando oí gritar a Caroline. Tuve una terrible visión de Isadora colgada con su velo de novia y corrí al salón, de donde procedía el grito.

Cuando entré en la habitación, Caroline tenía la mano en el pecho.

—¡No puedo creerlo! —le decía a Harland y a Lucy con voz temblorosa.

Estaba pálida, pero no tan angustiada como lo habría estado si hubiera descubierto muerta a su hija. Debía de haber sucedido otra cosa. Sentí una profunda agitación. ¿Se habría escapado Isadora? Quizás el duque había decidido que pasar a formar parte de la familia Hopper mediante el matrimonio no valía la pena a pesar del dinero.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Caroline me miró.

—¡Es espantoso, Emma! ¡Permelia Frances se ha comprado un yate!

Tardé un momento en entender si la había oído correctamente. Me costó un enorme esfuerzo no mostrar mi indignación cuando dije:

—¿Sabéis dónde está Isadora? No la encuentro.

Caroline agitó la mano en un gesto despectivo.

—Ha ido con Rebecca Clark a dar un paseo en carruaje. Ya no podía soportar sus caras largas. Lo último que necesito es que el duque la vea como una persona melancólica.

No tenía sentido expresar ante Caroline mi preocupación por Isadora. Me volví para salir de la habitación, pero ella me cogió del brazo.

—¿Es que no has oído lo que he dicho, Emma? ¡Permelia Frances se ha comprado un yate!

—Y no un yate cualquiera —añadió Harland—. Es un barco de cien metros de eslora con propulsión de vapor. Según *Town Topics*, no ha reparado en gastos: todo el buque está decorado al estilo *art nouveau*, con puertas interiores de cristal tintado y apliques en forma de flores exóticas. Al parecer, los pétalos ocultan las bombillas eléctricas.

—Suena totalmente espantoso —dijo Lucy.

Esa no era la impresión que parecía desprender Harland. Más bien parecía sentir envidia por el diseño del yate.

—Se llama The Blue Blazer —dijo Caroline—. ¿Quién puede ponerle a un barco el nombre de un cóctel? Y va a botarlo la misma noche del baile del duque e Isadora. ¡Ha invitado a mis mejores amigos a una cena exclusiva a bordo: ¡los Graham, los Potter, los Harper!

Así que ese era el verdadero problema. Permelia Frances le estaba haciendo a Caroline exactamente lo mismo que ella le había hecho a Augusta van der Heyden.

En ese momento oí a Isadora volver de su paseo en carruaje.

—Disculpaf —les dije a Caroline y a los demás, y salí corriendo a encontrarme con mi sobrina mientras subía por las escaleras.

Isadora se volvió cuando la llamé y me entristeció ver el desánimo pintado en su rostro. Ni siquiera el precioso vestido magenta que llevaba era capaz de ocultar su palidez.

—Vamos a charlar —le dije, invitándola a entrar en mi habitación.

Habría deseado poder consolarla llevándola al estudio, donde podía haber convertido una masa de arcilla en algo hermoso, pero ese placer se había esfumado. Harland y su madre lo habían destruido.

Nos sentamos junto a la ventana y nos cogimos de las manos.

—¿Te sientes bien? —le pregunté; en el momento en que las palabras salieron de mi boca me di cuenta de que había sido una pregunta necia.

Isadora parpadeó, luchando contra las lágrimas, y yo me prometí que no hablaría del asunto de las esculturas —ni del señor Gadley— mientras aún fuese demasiado reciente.

—El duque tiene jaqueca, así que no vendrá hasta más tarde —me

dijo—. Tiene más dolores de cabeza que ninguna otra persona a quien yo conozca.

—Espero que empeoren después de casarse contigo y te deje en paz.

Me miró con una media sonrisa y meneó la cabeza.

—Has cambiado, tía Emma. Nueva York te ha endurecido el carácter. Siento que haya sido así. Espero que seas feliz de nuevo cuando regreses a Francia.

Sin Claude a mi lado, dudaba de que fuera feliz en Francia o en cualquier otro sitio durante mucho tiempo. Pero Isadora ya tenía demasiadas preocupaciones propias como para que la agobiase con las mías.

—Necesitaba actuar con más firmeza —le contesté—. Ser blanda solo te convierte en un blanco para embusteros y manipuladores. Siento que hayas tenido que aprender también esta lección.

—Solo fingía ser blanda para protegerme mejor —repuso ella—. Soy más intrigante de lo que crees.

—¿Intrigante, tú? No lo creo. —Recordé la inventiva manera en la que ella y el señor Gadley habían intercambiado notas de amor en mis mismas narices—. Astuta, quizá, pero no intrigante.

Asintió con tristeza y miró hacia mi escritorio.

—¿Dónde está tu fotografía de *grand-maman* Sylvie?

—Creo que se la ha llevado tu madre. No tengo ni idea del motivo. Se lo pregunté a Jennie, y me juró que no fue ella ni ninguna de las otras sirvientas. Tengo la sospecha de que está en el escritorio de Caroline, en la sala donde da el sol por la mañana, porque, cuando fui a verla allí, cerró el cajón como si contuviera algo que no quería que yo viese. No he tenido ocasión de mirar. Cada vez que intento entrar a hurtadillas, aparece Woodford o alguno de los otros sirvientes.

—No me extraña que escribas tan buenas historias de misterio, tía Emma, porque tus sospechas son acertadas. Estará en ese cajón, junto con las fotografías que cogió de la abuela Hopper y de la tía Anne… y de William. Mamá no quiere ver fotos de miembros fallecidos de la familia en la casa.

—¿La entristecen?

—Para ella no son recordatorios —explicó Isadora—. Lo son para nosotros. Mamá no quiere que sintamos lealtad por nadie que no sea ella. El cajón, por cierto, está cerrado con llave. La llave está en la urna de mayólica, en la repisa de la chimenea.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

Ella bajó la vista.

—Cuando era más joven solía ir a mirar fotografías de William. Quería grabarlo tan claro en mi mente que no pudiera olvidar ni el más mínimo detalle. Un día, cuando esté lejos de aquí, haré una

escultura suya para que pueda acompañarme siempre.

Me maravillaba lo ingeniosa que había sido Isadora para burlar a su madre. ¡Mucho más que yo!

Al menos hasta ahora, cuando parecía que ya no había salida a su matrimonio con el duque.

El artículo del *New York Times* sobre el baile «Bajo el mar» lo describía como el acontecimiento más exquisito que había sucedido nunca en Manhattan:

> Se dispusieron cuarenta mesas en el comedor, cada una de ellas decorada con conchas de vieira grabadas, en lugar de tarjetas con nombres, y una bandeja de centro de cristal con arena en la que había velas, conchas de berberecho y una estrella de mar pintada de plata. En la arena también había escondidos pequeños regalos, brazaletes de zafiros de Tiffany's para las damas y gemelos de perlas de Cartier para los caballeros. Junto a los cubiertos había pequeñas palas, y los invitados se lo pasaron de miedo llevando a cabo sus propias búsquedas de tesoros.
>
> Los criados iban vestidos de marineros y, en el salón de baile, una red de pesca que abarcaba todo el techo estaba decorada con medusas artificiales, peces de todas las clases e incluso una ballena. Tres orquestas ponían la música, y se sirvieron tres suntuosos refrigerios. Pero quizás el momento más emocionante fue cuando el señor Oliver Hopper anunció el compromiso de su hija, la señorita Isadora Rosamund Hopper, con el duque de Bridgewater…

A primera vista, el baile fue realmente deslumbrante, pero cada uno de nosotros llevaba un peso en el corazón.

El duque hizo lo que pudo para interpretar su papel de prometido cariñoso mientras echaba miradas de soslayo a las otras mujeres hermosas que había en la sala. Oliver, que había aceptado volver a la casa en las ocasiones formales, tenía un aspecto sombrío, sin duda por la farsa en la que se había convertido su vida.

Isadora, sumisa, estaba entre sus padres y el duque, sonriendo a los invitados, pero los hombros hundidos y la apesadumbrada palidez hacían que pareciese que estuviera asistiendo a su propio funeral. Hice lo que pude para prestarle apoyo, pero me dolía el corazón al saber que pronto se iría a Inglaterra y yo volvería a París para comenzar una nueva vida sin Claude. Había venido a Nueva York para conocer a mi familia, y ahora me sentía más sola que nunca.

Caroline estaba de pie rígida, los ojos clavados en cada uno de los invitados que llegaban, ansiosa por descubrir quién seguía leal a ella y quién se había esfumado hacia la cena de Permelia en su yate. Se relajó de forma visible cuando llegaron los carruajes de los Graham y los Harper.

Sin embargo, cuando Lucy y Grace aparecieron sin Harland,

Caroline se incomodó.

—Tiene una fiebre terrible —explicó Lucy—. El termómetro ha subido por encima de los treinta y nueve grados. Hoy, después de irnos de aquí, se ha derrumbado en la cama, extenuado, y el doctor Mitford le ha ordenado reposo absoluto. Harland envía sus más sinceras disculpas.

—Es una verdadera lástima —dijo Caroline con irritación—. Ya sabéis lo admirado que es, y la decoración es toda obra suya. Pero qué remedio…

Sabía que le preocupaba cómo podía percibirse la ausencia de Harland. Ni siquiera la muerte debía de haberlo mantenido alejado esa noche de su lado, con tanto en juego.

Lucy también lo reconoció.

—Se agotó creando toda esta belleza. Estoy segura de que la gente lo comprenderá cuando lo expliquemos. Saben que Harland nunca hace nada a medias: se zambulle por completo en su trabajo.

A medida que avanzaba la velada, quedó claro que no todos los amigos de Caroline se habían mantenido fieles a ella. Cuando, llegada la medianoche, los Potter y los Bishop no habían aparecido, Woodford retiró discretamente de las mesas los lugares que se les habían asignado.

A la mañana siguiente, Caroline ordenó a su florista que enviase a Harland un enorme ramo de rosas de color púrpura y magenta complementadas con helechos y hiedra. Quizá no habría actuado con tanta precipitación si hubiera esperado a que llegase el *Town Topics* un día más tarde.

Lucy y yo estábamos con ella en el salón cuando Woodford trajo el periódico en una bandeja. Caroline leyó el anuncio del compromiso de Isadora y el duque con satisfacción, y pasó la vista al artículo de debajo. Palideció. El periódico se escurrió entre sus dedos y cayó al suelo.

—¡Imposible!

Lucy y yo intercambiamos una mirada y nos inclinamos al mismo tiempo para recoger el periódico. Juntas, leímos el artículo.

> Parece que la alta sociedad de Nueva York tiene una nueva anfitriona estrella: Permelia Frances. Lo que le falta en orígenes y educación lo suple sin duda con belleza, encanto e ingenio. Al tiempo que ignora las reglas convencionales y deja una fiesta poco después de llegar si considera que es «un aburrimiento», la chispeante cena que organizó en su yate en honor del gran duque Boris Vladimirovich de Rusia fue, sin lugar a dudas, el acontecimiento más emocionante de la temporada, eclipsando incluso el baile de disfraces de cierta joven que se presentaba en sociedad. Criados disfrazados de Cupido

sirvieron a los invitados una extraordinaria cena consistente en langosta Newburg y *omelette norvégienne*, y se bailó al ritmo de la conmovedora música de una orquesta cíngara procedente de Hungría.

Aparte de la deslumbrante plétora de opulentos invitados de todo el mundo, había también artistas, escritores y actores, una combinación que se encuentra regularmente en la sociedad de Londres, pero raras veces en Nueva York. El invitado más sorprendente fue cierto arquitecto que, al parecer, va a diseñar las nuevas casas de los Frances en Manhattan y en Newport, con un estilo moderno, muy distinto de lo que se haya visto hasta ahora entre la élite de la ciudad.

Nuestros ojos se dirigieron de inmediato al artículo siguiente para confirmar sobre quién estaba escribiendo el coronel Mann. Lucy soltó un grito ahogado al ver el dibujo de Harland llegando a la velada musical de los Potter la semana anterior.

—Pero ¡si estaba muy enfermo! —gritó—. ¡Debía de estar fingiendo! No puedo creer que pudiera simular una fiebre como aquella.

Caroline torció el gesto, mostrando su amargura.

—Es fácil fingir una fiebre. No tuvo más que meter el termómetro en té caliente cuando el médico no miraba.

—Esto es una absoluta traición —dijo Lucy—. Escribiré a todos nuestros amigos para decirles que Harland no debe volver a entrar en sus casas. Pero ¿y qué hay de Grace?

Caroline levantó la barbilla y cuadró los hombros como un general a punto de entrar en batalla.

—No lo hagas —dijo—. Es mejor no reconocer la traición. Haremos que parezca que nos da lástima. Lo convertiremos en una broma, como si nos diera igual. Contrataré a otro arquitecto para mi casa de Newport, y la gente dará por sentado que Harland tuvo que correr al encuentro de Permelia porque yo lo rechacé.

Recordé a Carrie Weppler en mi historia, mirando por el acantilado y contemplando con sangre fría los restos aplastados de Ralph Richards. Harland había sido el amante de Caroline. ¿Tan obsesionada estaba con ser superior a todos que era incapaz de sentir nada más?

Entonces me di cuenta de que la terrible sospecha que había estado agitándose en mi cerebro era cierta. Caroline había simulado su ataque al corazón, igual que Harland había fingido su fiebre. Eran personas que no se detenían ante nada para conseguir lo que querían.

El malestar en la casa me impulsó a buscar la soledad, y pasé las tardes siguientes en mi habitación, desarrollando mi historia, a la que había dado el título de *Muerte en Waverly*.

Ya no podía seguir negando la naturaleza inmoral de Caroline.

Había manipulado a Isadora hacia un matrimonio que era, a todas luces, inadecuado para ella. Me mantenía prisionera de mis deudas y hasta me había amenazado con hacer que echasen a Paulette del apartamento y la dejaran en la calle. Y, sin embargo, a pesar de todo, los lazos que nos unían eran demasiado fuertes para romperlos por completo; no podía forzarme a repudiarla emocionalmente tanto como quería. Parte de mí esperaba que Caroline mostrara algún atisbo de la buena persona que *grand-maman* había creído que podía ser.

Una tarde, mientras Isadora y el duque estaban fuera visitando a las matronas de la alta sociedad y yo estaba trabajando con ahínco en una escena en la que el chófer revelaba al narrador que alguien había manipulado los frenos del automóvil de Ralph Richards, alguien llamó con fuerza a la puerta, lo que me hizo mover la pluma involuntariamente cruzando la página.

Jennie entró como un remolino en la habitación.

—¡Señorita Lacasse, venga enseguida, por favor! El señor Hunter está aquí, y pide ver a la señora Hopper. Está borracho, y no he podido encontrar a Woodford, y ninguno de los otros sirvientes tiene la autoridad para ordenarle que se marche. Por favor, baje y dígales a los criados que tienen su permiso.

—¿Dónde está mi hermana?

—La señora Hopper está visitando a su excelencia la duquesa de Dorset. No sé cuándo volverá.

Harland estaba esperando al pie de la escalera. Tenía los ojos inyectados en sangre y se tambaleaba. Pero me di cuenta de que no estaba borracho: era pura rabia lo que lo impulsaba. Mostraba el blanco de los ojos y tenía los dientes al descubierto.

Había sido fácil acabar con él en la ficción, pero cuando me enfrenté a él, las fuerzas me flaquearon. Solo deseaba sacarlo de allí, pero no quería mandarlo a casa con Grace en aquel estado.

—Harland, no te encuentras bien —le dije—. ¿Quieres sentarte un rato en el salón? Voy a llamar a un médico.

—Me encuentro perfectamente —dijo en tono de burla—. ¿Dónde está Caroline?

En ese momento, mi hermana entró por la puerta principal. No parecía sorprendida de ver a Harland.

—Hola, Harland. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Sé lo que has hecho, Caroline —le espetó—. Todos mis contratos en Nueva York han sido cancelados.

Caroline lo miró por encima del hombro, como una maestra que tuviese que tratar con un niño insolente.

—Tenía entendido que dejaste de ser nuestro arquitecto sin avisar. He contratado a una nueva empresa, y lo mismo han hecho todos mis amigos.

Avanzó hacia ella, bamboleándose.

—¡Zorra vengativa! Sí, fui a la cena de Permelia. ¿Acaso es un crimen? ¡Fue mucho más estimulante que una de las tuyas! Para estar a la última, hay que mezclarse con personas modernas, no pasadas de moda.

A Caroline se le hincharon las venas del cuello y miró con frialdad a Harland con los puños cerrados en el costado. Yo me tensé, esperando que desatase su furia. Ella pensaba que había preparado a Harland, como al resto de nosotras, para tenerlo totalmente bajo su poder. Pero él había demostrado ser su igual.

—Eres tú el que está pasado de moda, Harland —dijo, dando un paso para acercarse a él, a pesar de que el tamaño de ella era mucho menor—. Yo siempre seré rica. Yo siempre tendré poder. Pero ¿qué vas a hacer tú cuando todas tus comisiones se esfumen? Porque lo harán. Permelia Frances no tiene mi estatus. Ahora es una novedad, como tú. Pero ninguno de los dos tenéis un poder estable. Pronto estaréis acabados, y lo único que te quedará es la humilde fortuna de Grace.

Dos criados abrieron una puerta y miraron hacia el vestíbulo. Estaba a punto de indicarles que expulsaran a Harland —más alarmada por el potencial de Caroline para la violencia que por el de Harland— cuando apareció Woodford junto a Jennie.

—¡Cómo se atreve a insultar a la señora Hopper en su propia casa! —resonó su estruendosa voz por toda la sala—. Si cree que puede venir y comportarse de forma escandalosa, está cometiendo un grave error, señor Hunter. Si no se marcha de inmediato, llamaré a la policía y haré que lo arresten.

—¿Me estás amenazando? —dijo Harland.

—Me limito a exponer los hechos —replicó el mayordomo con heroica calma.

Harland abrió y cerró las fosas nasales. Echó los hombros hacia atrás, como preparándose para una pelea, pero luego se lo pensó mejor. Salió hecho una furia de la casa, haciendo que las palomas que picoteaban en los escalones de la entrada salieran volando.

Caroline levantó la barbilla y entrecerró los ojos.

—Harland ha cometido un error al creer que podía acabar conmigo como ha hecho con otras —me dijo—. Le pueden suceder cosas mucho peores que la cancelación de sus contratos. Ya lo verá.

31

Cuando hube terminado mi historia, la reescribí en francés y se la envié a *monsieur* Plamondon con una nota.

> La historia aún necesita que trabaje en ella un poco más, desde luego, pero pensé que se la enviaría en la forma actual para que me diera su opinión y saber si valdría la pena ampliarla hasta una novela.
>
> Sería una novela de crimen y misterio. Con tantas personas que tienen algo contra Ralph Richards, será un juego de acertijos adivinar que el asesino —o asesina— es…

Necesitaba aire fresco y luz del sol, así que llevé yo misma el paquete a la oficina de Correos, en lugar de dárselo a Woodford.

Cuando regresé a la casa, Caroline salió a mi encuentro en el vestíbulo y me pidió que fuera al salón. Woodford ya estaba allí. Caroline temblaba de cólera y me pregunté si habría habido otro encuentro con Harland.

—La duquesa me ha dado una noticia alarmante —dijo, pasando la mirada de Woodford a mí—. De algún modo, las esculturas de bronce que hizo Isadora han hallado su camino a una exposición en Shreve, Crump & Low. No sé quién la ha ayudado, pero sé que no ha sido el duque. —Se volvió hacia Woodford—. Me gustaría que interrogaras al personal. Tráeme a cualquiera que tenga conocimiento del asunto. —Luego me miró a mí—. ¿Tú sabes algo de esto, Emma?

Yo no sabía nada, aunque admiraba la determinación de Isadora. Pero tenía que ser cuidadosa; no quería perder la confianza de Caroline y que me separara de mi sobrina en un momento en que me necesitaba más que nunca.

—Absolutamente nada —respondí—. Pensaba que Isadora salía por las tardes con el duque, así que he estado trabajando en mi novela.

Caroline echó una mirada a Woodford, que asintió.

Sentí un escalofrío en el cuello. Me estaban vigilando. Por eso Woodford o un sirviente aparecían siempre que me acercaba a la sala

matinal.

—Entonces ha sido Rebecca Clark, estoy segura —dijo Caroline—. Siente celos del exitoso compromiso de Isadora y está tratando de sabotearlo. Su nombre debe quedar eliminado de la lista de invitados —instruyó a Woodford—, y no podrá volver a poner los pies en esta casa. Y me aseguraré de que la galería destruya esas esculturas antes de que nadie más las vea.

A medida que se acercaba la fecha de la boda, Caroline se volvía más despótica. Puso a dos criados montando guardia día y noche a la puerta del dormitorio de Isadora, impidiéndome que la visitara para averiguar más acerca de la exposición de sus esculturas. Y un guardaespaldas los acompañaba a ella y al duque siempre que salían. Caroline hizo circular el rumor de que había habido amenazas de secuestro, pero todos sabíamos que lo que hacía era mantener prácticamente prisionera a Isadora hasta que estuviese unida en matrimonio al duque. En cuanto a mí, siempre que le preguntaba a Caroline por la organización de mi viaje de vuelta a París después de la boda, se mostraba deliberadamente imprecisa acerca de las fechas, aunque sí me dijo que había indicado a *monsieur* Depaul que hiciera un nuevo pago a Roche & Associates.

—¿Por qué no vienes con nosotras para la temporada de Newport? —me dijo—. No hace falta que te des prisa en volver a Francia después de la boda de Isadora y el duque.

Mi mente entró en un torbellino cuando me di cuenta de que Caroline estaba tratando de forzarme a que me casara con Douglas Hardenbergh.

Me alegró recibir una nota de Florence pidiéndome que la visitara en su estudio en el Village: «Pensé que te gustaría hacer una visita avanzada a mi exposición antes de que vuelvas a Francia». El padre de Florence era congresista y abogado. Quizás él podría interceder por mí para que Caroline no rompiera el contrato que había firmado conmigo antes de que abandonara Francia. Le pediría consejo a Florence enseguida.

Estaba a punto de decirle a Woodford que dispusiera un carruaje para mí cuando me quedé helada al ver el periódico de la tarde. El titular decía: «Arquitecto genial muere de forma espeluznante». Antes de terminar la primera línea, ya sabía que se refería a Harland Hunter.

En la puerta de la casa de los Hunter se había fijado un lazo de crepe negro rematado con cinta blanca. Llamé suavemente a la puerta. Aston salió a abrir con un brazalete negro y me acompañó a la sala de recepción, donde Grace estaba sentada con dos ancianas. A través de otra puerta vi un ataúd con velas alrededor.

Grace se puso de pie y me acompañó al salón.

—Me alegro mucho de que hayas venido, Emma —susurró.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, cogiéndola de las manos—. En el periódico daban muy pocos detalles, salvo que fue un accidente en unas obras de construcción.

—Harland discutió con el nuevo arquitecto del edificio Westbay en Park Row. Estaban en el tejado y Harland fue a darle un puñetazo al hombre. Resbaló en una teja y cayó directamente al asfalto. Una parte del andamio se cayó también y lo aplastó.

Noté un cosquilleo al recordar el espantoso final de Ralph Richards en mi relato. Me juré no volver a escribir nunca en primera persona.

—Hemos tenido que hacer cerrar el féretro. Sus restos no parecen siquiera humanos. —Empezó a llorar y yo posé la mano en su brazo—. Aún mantengo las apariencias, a pesar de que Harland está muerto —siguió—. He tenido que pagar a actores de un teatro de Broadway para que hagan de portadores. Ninguna de las personas a quienes se lo pedí estaban dispuestas a hacerlo. A cada actor le he contado una historia sobre cómo conoció a Harland.

—Pero si tenía muchos amigos —dije yo—. ¡Era el predilecto de la alta sociedad!

Grace me miró de soslayo.

—A la alta sociedad le encantan las sensaciones, pero tienen que ser las sensaciones correctas. Todo el mundo se está alejando porque saben de la ruptura entre él y Caroline. Hay incluso el rumor de que ella pagó a alguien para que lo empujara y silenció a los testigos.

—¿Y tú crees que es verdad?

Grace me sostuvo la mirada unos momentos y meneó la cabeza.

—No, no lo creo. Harland había sido siempre impetuoso. Ha sido justo la clase de accidente que él podía tener. —Se frotó los brazos—. La única persona de la que espero el apoyo en este funeral eres tú, Emma. Y, a decir verdad, si no fuera por nuestras madres, no pasaría en absoluto por esta farsa. Sus restos se enterrarán en el mausoleo de la familia Hunter, pero voy a especificar en mi testamento que no me entierren cerca de él. Voy a hacer construir un mausoleo para mí y para mi madre. —Su voz se estremeció—. Aún era joven cuando conocí a Harland. Me arrebató mis mejores años. Ahora debo ir vestida de negro por un hombre al que no podía soportar, que me sometía a las peores humillaciones y al aislamiento.

Recordé el retrato de Grace que había visto, el que había pintado Boldini.

—Esa joven sigue estando ahí, en tu interior —le aseguré—. Poco a poco, volverás a descubrirla.

Levantó la vista y me miró directamente.

—Si hay algo seguro —dijo con amargura— es que nunca volveré

a casarme.

El funeral de Harland fue aleccionador. Había más espectadores y reporteros de prensa fuera de la iglesia que dolientes en el interior, y la mayoría de estos habían sido contratados por la empresa de pompas fúnebres. Grace había explicado con delicadeza a su anciana y frágil madre, que asistió con una enfermera, que había pensado que sería mejor que el funeral fuese privado. Harland me había dicho antes de la puesta de largo de Isadora que María Antonieta había vivido de forma tan brillante que no importaba cómo hubiese muerto. ¿Era eso cierto? Aparte de su madre y la de Grace, no había nadie en la iglesia que lo amara de verdad.

A Caroline la dejó indiferente la noticia de la muerte de su antiguo amante. Siguió con los preparativos de la boda como si Harland no hubiese sido más que una fastidiosa mosca a la que finalmente alguien hubiera aplastado. Sin embargo, había otro problema al que no se podía dar de lado con tanta facilidad: la reputación de Caroline. Para mi hermana, nada era más importante que la forma en que la gente la veía. Había escalado hasta la posición más alta de la sociedad de Nueva York y no tenía intención de abandonar su puesto.

Aunque ya no me confiaba sus problemas, un día que pasaba junto a la sala matinal oí cómo hablaba con Lucy. No había sirvientes por allí, así que me paré junto a la puerta para escuchar.

—En todos los salones que he visitado esta semana, el tema de conversación era aceptar o no la invitación a la boda de Isadora y el duque —decía Lucy—. La alta sociedad tiene un dilema, porque muchas personas creen que tú hiciste que se encargaran de Harland.

Hubo un silencio antes de la respuesta de Caroline.

—No entiendo a qué viene tanto jaleo. Harland no era más que un ratón muerto al que ha traído el gato. Isadora es la heredera más rica de Estados Unidos, y el duque desciende de una de las familias más importantes de Inglaterra.

—Puede, Caroline, pero los Schorer y los Warburg ya tienen intención de esgrimir la excusa de que deben viajar pronto para la temporada de Londres.

Me froté la garganta. A mí me daba igual que los planes de Caroline se fueran al traste, pero ¿qué consecuencias tendría para Isadora? Aún no había tenido la ocasión de hablar a solas con ella desde el incidente de sus esculturas. La sirvienta de Caroline estaba siempre al lado de Isadora, fuera donde fuera en la casa, e incluso estaba con nosotros a la hora del desayuno. Era imposible mantener una conversación privada.

—¿Por qué tanta prisa para la temporada de Londres cuando todos

los aristócratas estarán aquí, incluidos los príncipes de Gales? —preguntó Caroline.

Lucy lanzó un grito ahogado.

—Pero, Caroline, los únicos invitados notables que vienen de Inglaterra son el hermano y la hermana del duque. Ni siquiera el resto de la familia del duque va a pasar por el inconveniente de una boda en el extranjero.

—Pero los Schorer y los Warburg no lo saben —observó Caroline —. ¿Y no puede tu marido animar a unos cuantos de sus asociados a que vengan? Necesitan dinero, ¿no? Les ofreceré sumas generosas. Y también propagaremos el rumor de que tú ejerces de casamentera oficial para que ingleses con título puedan encontrar esposas adecuadas en Nueva York. Las nietas de los Schorer son casi solteronas, pero una buena dote como incentivo para un conde o un lord empobrecidos puede arreglar esa situación.

Woodford estaba bajando por las escaleras con dos sirvientas, de manera que tuve que dejar de espiar la conversación. Me dirigí a la sala de música, cerré la puerta tras de mí y me apoyé en ella, temblorosa. La boda de Isadora iba a ser el mayor de los triunfos de Caroline, o su Waterloo.

32

Caroline abordó los preparativos finales de la boda con un celo que daba pavor. Se contrató a un ejército de sesenta trabajadores para decorar la iglesia bajo la dirección de los mejores floristas de Nueva York. El despliegue floral iba a ser espectacular, con guirnaldas de orquídeas colgando de la galería, enredaderas rodeando las columnas y portaladas de rosas de color rosa. Las paredes de la iglesia se iban a cubrir de hojas de palma, rosas y crisantemos para que el efecto general fuera el de un jardín encantado. Además del organista, el coro tenía una soprano y un tenor de la Ópera Metropolitana, y se hizo venir de Viena a una orquesta sinfónica de sesenta músicos. Aparte de tocar la marcha nupcial de *Lohengrin*, entretendrían a los invitados con conmovedoras piezas de Beethoven y Chaikovski.

Isadora escuchaba todos aquellos planes con expresión sumisa. Cada día más, se estaba convirtiendo en un fantasma, hasta temí que se desvaneciera por completo.

La tarde antes de la boda fue mi única oportunidad para visitar por fin a Florence en su estudio del Village.

—Siento no haber podido venir antes —le dije cuando abrió la puerta—. Ha muerto el esposo de una amiga muy querida, y entre eso y los preparativos de la boda, mi vida se ha convertido en un caos.

El estudio estaba abarrotado de mesas salpicadas de pintura, y una cuerda de tender cruzaba la habitación de un extremo a otro, pero no había ni una sola pintura a la vista.

—Ya están todas colgadas en la galería —explicó Florence—. La inauguración es la semana que viene.

Me quedé sin aliento.

—Lo siento mucho. Pero parece que, después de todo, aún estaré aquí para la exposición, porque…

Estaba a punto de explicarle que era prácticamente prisionera de Caroline y de pedirle consejo legal sobre el contrato relativo a mis deudas, pero, antes de que pudiera seguir hablando, ella se acercó a su

escritorio y sacó una hoja de papel del cajón.

—No te he invitado solo para que vieras las pinturas —dijo—. He recibido esta carta de Claude.

Me puse tensa a causa de la expectación. A juzgar por la expresión angustiosa de Florence, estaba claro que la carta contenía alguna cosa de una importancia trascendental.

—Cuando me dijiste que tú no habías roto con él, como él me había contado, me puse furiosa, pero también desconfíe de lo que había sucedido realmente. Ambos me estabais contando historias radicalmente distintas con absoluta sinceridad. Le escribí y le expliqué que tú parecías perdida en cuanto a la razón por la que la relación había terminado. Él me respondió y adjuntó esta carta. Es tuya, dirigida a él, Emma.

La cogí de su mano. Estaba escrita en mi papel de cartas azul.

Mi querido Claude:

He redactado esta carta para ti en mi corazón, una y otra vez, pero, ahora que me siento con una pluma en la mano, me faltan las palabras. Si no te quisiera tanto, podría explicarlo todo con tópicos y frases sucintas, pero lo único que puedo ofrecer es cruda honestidad.

Cuando vine a Nueva York, te eché de menos aún más de lo que podría haber creído. Siempre compartimos todo lo que nos pasaba por la mente; pero quizás, ahora lo veo, no lo que teníamos en lo más profundo del corazón. Me ha sucedido algo maravilloso, de forma repentina e inesperada. He conocido a una persona, un viudo con hijos jóvenes y adorables. Es un buen hombre: honrado, ingenioso, inteligente y leal. Siento que con él puedo tener lo que siempre he deseado: un hogar en el que sentirme segura, con personas a las que entregarme y que se entreguen a mí.

Me ha pedido que me case con él y he aceptado. Esta decisión me hace al mismo tiempo feliz y amargamente infeliz. Feliz porque es una buena persona a la que le importo, y amargamente infeliz porque debo decirte adiós cuando aún te aprecio y siempre lo haré. Pero tú y yo queremos cosas distintas, Claude.

De manera que te libero, y también me libero a mí misma…

Dejé caer la carta al suelo como si se tratara de algo maligno. La caligrafía era mía, no cabía duda, incluso los bucles de las eles y las pes. ¿Me había vuelto loca? ¿Había escrito esta carta durante algún estado delirante inducido por la fiebre?

—Pero ¡esto no puede ser real! ¡No puede serlo! —dije.

Florence frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? Es tu caligrafía, ¿no?

Negué con la cabeza.

—La única parte de esta carta que es cierta es que amo a Claude y siempre lo amaré. Nunca he tenido el más mínimo interés en Douglas Hardenbergh. ¡Jamás! Fue Caroline la que…

Las palabras se quedaron atoradas en mi garganta mientras una

imagen me venía a la mente: una mujer de tez morena, bellamente ataviada, pero de expresión severa, sosteniendo una pluma estilográfica de marfil. La escritura era una imitación perfecta, pero lo más perturbador era el estilo, el tono y el contenido. Sonaba exactamente como si lo hubiera escrito yo.

Me senté de inmediato para evitar desmayarme. Florence me miraba con los ojos muy abiertos.

—¡Maria de Amaragi fue quien escribió esta carta! —le dije—. ¡Y Caroline la dictó!

Entré como un huracán en el salón y me dirigí a la sala matinal, sin importarme que hubiera una sirvienta allí limpiando los espejos. Mis ojos se dirigieron al escritorio de Caroline. La sirvienta salió de forma precipitada, probablemente para avisar a Caroline o a Woodford, así que solo disponía de unos minutos para encontrar lo que buscaba.

Saqué la llave de la urna de mayólica que estaba en la repisa de la chimenea y la inserté en la cerradura del cajón. Sobre un montón de fotografías estaba mi marco de plata con el retrato de *grand-maman*.

—Entretenlos, por favor, *grand-maman* —recé, deslizando el retrato en el corpiño de mi vestido.

Aparté las fotografías y descubrí un montón de sobres debajo de ellas. Todas las cartas que le había escrito a Claude desde noviembre. Debajo estaban las que Claude me había escrito a mí.

Isadora no le había contado nada a Caroline acerca de Claude; mi hermana se había enterado de su existencia leyendo nuestras cartas. ¿Cómo iba a saber, si no, cuál era mi estilo de escritura y mi tono, la clase de palabras que yo elegiría? Dedujo incluso que yo nunca le habría dicho a Claude que Douglas Hardenbergh era muy rico.

Saqué la última de las cartas que me había escrito Claude.

> Mi querida Emma:
>
> Me has sorprendido y me has roto el corazón. También me has demostrado que fui estúpido al no casarme contigo cuando tuve ocasión de hacerlo. Pero ¿qué puedo decir ahora? Has encontrado a alguien que te dará lo que deseas. He puesto demasiada fe en el amor y en la confianza, y no la suficiente en un compromiso oficial, y he pagado el precio.
>
> Pero, dulce Emma, a pesar de las amargas lágrimas que surcan mis mejillas, solo deseo lo mejor para ti.
>
> Deseo que tengas felicidad en tu nueva vida. Tu viudo y sus hijos son muy afortunados de tenerte. Espero que siempre sepan valorar…

—¿Qué estás haciendo? —Me di la vuelta y vi a Caroline en el

umbral con la sirvienta detrás de ella—. ¿Cómo te atreves a espiar en mis objetos personales?

—¿Tus objetos personales? —Me atraganté al pronunciar aquellas palabras. Si Caroline pensaba que iba a darle la vuelta a esta situación y convertirse en la víctima, le esperaba una buena sorpresa—. Estas son mis cartas personales. Tú las has leído. Y lo que es peor: ¡has falsificado una carta y se la has enviado a Claude!

Mi voz se quebró al darme cuenta de que Caroline había destruido a propósito lo más precioso de mi vida. Pero ¿por qué iba a sorprenderme? Mi hermana no tenía límites. Quizás había tramado la muerte de Harland. En ese momento estaba dispuesta a creer cualquier cosa de mi hermana, por perversa que fuera.

—¿Sabes lo que has hecho? —le dije—. Le has roto el corazón a alguien a quien amo, y al mismo tiempo has roto también el mío.

—Bah —contestó, como si estuviera llorando por alguna cosa trivial, como una muñeca rota—. ¡Ese artista! No tienes ni idea de lo que te conviene, Emma. Nunca la has tenido. Siempre he sido yo la que ha tenido que pensar en las cosas prácticas. Tú vives con la cabeza en las nubes.

—¿Cómo te atreves a…?

Caroline elevó la voz por encima de la mía.

—¿Que cómo me atrevo? Fuiste tú la que viniste a suplicarme que te prestara dinero, Emma. Tenías deudas. —Movió el brazo, mostrando el hermoso salón—. ¿Ves alguna deuda aquí? Yo no. Veo riqueza y lujo. ¡Mi riqueza y mi lujo! Yo fui lista al elegir con quién me casaba.

—Tenía deudas porque traté de ayudar a *grand-maman*. ¡En cuanto a tu matrimonio con Oliver, no me atrevería a describiros como una pareja ideal!

Caroline no me hizo caso.

—¡Te he hecho un favor y no sabes valorarlo! Douglas Hardenbergh no te habría mirado dos veces si no fuera por mí. —Dio un golpecito a uno de los pendientes de esmeraldas que yo llevaba—. Te he vestido con ropas y joyas exquisitas, te he llevado a las mejores casas, te he cubierto solo de lo mejor. —Me acercó el rostro—. ¿Y tú qué has hecho por mí, Emma? ¿Acaso me has dado alguna vez ni una sola cosa? ¡No, nada! Pero ¡yo lo he hecho todo por ti!

Eso era lo que mejor se le daba a Caroline: tomar una pizca de verdad y retorcerla hasta que sintieras que la única forma de detener la tortura era abrir una ventana y saltar. Pero su intento, curiosamente, me llenó de calma. Alcé la mirada y la clavé en ella.

—Ya ha dejado de funcionar, Caroline. La manipulación ha perdido su poder. Me voy de esta casa. Volveré mañana para acompañar a Isadora a la iglesia, tal como he prometido. Después, no

volverás a verme jamás.

Caroline movió los labios, pero no dijo nada. Había esperado que me enfrentase con ella, pero yo sabía lo que debía hacer. La había visto derrotar a Oliver así. Él trató de combatirla para establecer su postura o llegar a un acuerdo, pero Caroline nunca discutía con ese propósito. Tratar de razonar con mi hermana era como tirarse contra una red. Y cuanto más te atacara ella y más te opusieses tú, más te enredarías en la malla. Yo no pensaba jugar a ese juego con ella.

Pasé a su lado y corrí hacia la escalera. Mi corazón palpitaba cuando llegué a mi habitación. No tenía ninguno de mis antiguos vestidos de París, pero aún conservaba el baúl en el fondo del guardarropa. Lo arrastré fuera y lo llené de lencería; sin embargo, cuando me volví hacia los vestidos, todos me parecieron ridículamente llamativos. Florence podía prestarme algo hasta que tuviera oportunidad de comprar ropa nueva. Solo puse en el baúl mis libros, mis papeles y el retrato de *grand-maman*.

Mi arpa aún estaba en la sala de música. Me volví hacia la puerta, pero esta se cerró y oí un chasquido.

Corrí hacia ella. La llave ya no estaba en la cerradura. Giré el pomo, pero la puerta estaba cerrada por fuera.

—¡Abre la puerta ahora mismo! —grité, golpeando la madera con los puños—. ¡No puedes encerrarme en esta habitación! ¡Caroline! ¡Abre la puerta!

Pero no hubo respuesta. Me giré y me apoyé contra la puerta. Ahora sí que era, realmente, su prisionera.

Mi mente volvió a Claude y a su carta. Al menos había una cosa que sí podía hacer para remediar el mal de mi hermana.

> Mi querido Claude:
>
> Puede que el contenido de esta carta te parezca tan fantástico que no puedas creerlo. No te culparía por pensar que me he vuelto loca y que me he perdido en un mundo de ficción, pero tengo que saber, aunque solo sea para mí, que te he dicho la verdad acerca de lo que nos han hecho, que es algo terrible…

Las lágrimas resbalaban por mis mejillas mientras le explicaba lo de la carta falsificada y las maquinaciones de Caroline para casarme con Douglas Hardenbergh por su propia ambición, igual que forzaba a su hija a casarse con un duque.

También le conté lo que había sucedido en Nueva York desde la última vez que había tenido noticias mías.

> Me trastorna pensar que pudiera pasar por alto tantas cosas como Caroline hizo y dijo. Quizá no quería creer algo que siempre había sido de una claridad meridiana: mi hermana es malvada.

Ya no puedo disculpar más su conducta. Carece absolutamente de compasión por cualquier ser humano, ni siquiera por quienes, con todo su corazón, han tratado de amarla: su marido, su hija y yo. Para ella no somos más que objetos que puede utilizar. Pero todo eso ya es pasado. El daño está hecho y no puede repararse.

He descubierto la última carta que me enviaste en el cajón del escritorio de Caroline. Me ha pillado antes de que la terminase, pero he podido leer las palabras: «Deseo que solo tengas felicidad en tu nueva vida». Esas eran también las palabras que yo quería decirte a ti, mi querido Claude. Porque, a pesar de que nuestra hermosa vida en común tuvo un final abrupto e inesperado, me has dejado regalos de un valor incalculable. Uno de ellos es el regalo de ser yo misma.

Aunque parezca raro, mientras estoy aquí, encerrada en una habitación de la mansión de Caroline, he hecho las paces conmigo misma. Habrá veces en las que tendré que enfrentarme a desafíos yo sola y confiar en mi propia inventiva.

Me despido de ti con amor, Claude, y te deseo toda la felicidad con Lise. Quizás un día conozca a alguien tan maravilloso como tú, aunque en verdad lo dudo. Pero, si sucediera, espero que sonrías al saber que no estaré dándole la lata para que se case conmigo. Lo que deseo ahora, más que nada en el mundo, es ser libre. ¡Quizá me he dado cuenta de ello al estar encerrada en un cuarto!

Sin esta congoja que hemos sufrido, quizá nunca habría descubierto ese deseo. Me habría aferrado a ti y nunca habría ganado la claridad de la independencia. Quiero ser libre, Claude: no poseer a nadie y que nadie me posea.

Tu sincera amiga

EMMA

33

Al día siguiente me desperté con el temor de alguien que va a asistir a un funeral, no a una boda. Miré hacia la calle; las aceras y el parque se estaban llenando de espectadores. Desde el compromiso, Caroline había estado nutriendo de información a la prensa para llevar a la ciudad a un estado de excitación.

Jennie llegó con mi desayuno en una bandeja, y fue entonces cuando me di cuenta de que dos criados habían estado toda la noche haciendo guardia en mi puerta. Nada de lo que hiciera Caroline volvería a sorprenderme, de eso estaba segura.

Me preparé, metí la carta a Claude en el corpiño de mi vestido y bajé al piso de abajo. Apenas podía soportar mirar a Caroline, aunque era difícil no verla con su regio vestido dorado con el cuello de estilo Medici y orlado de armiño. Quería atacarla, si no físicamente, sí con una catarata de duras palabras, pero me controlé. Aquel día podía ser mi última oportunidad para expresarle todo mi amor a Isadora antes de que nos separáramos para siempre.

Las damas de honor, bellísimas con sus vestidos de ebúrneo satén, se movían inquietas, mientras que Oliver se apoyaba en el alféizar de una ventana como si estuviera a punto de vomitar.

El primer carruaje llegó a la puerta y Caroline se hizo rodear por las damas de honor. Yo iba a viajar con Oliver e Isadora. Antes de salir, Caroline susurró unas instrucciones a Woodford, que echó un vistazo en mi dirección. Los espectadores no iban a ser los únicos que me estarían vigilando aquel día.

Cuando Caroline y las damas de honor se hubieron marchado, Oliver se volvió hacia mí.

—Será mejor que vayamos a ver a la novia.

Los criados apostados en la puerta de la habitación de Isadora se apartaron para dejarnos pasar, haciendo leves reverencias. Oliver llamó a la puerta y la sirvienta de Isadora la abrió.

—Gracias, Lizzie —dijo Oliver—. Nos gustaría estar unos

momentos a solas con mi hija.

Lizzie miró con lástima a Isadora, que estaba sentada frente a su tocador. Con su magnífico vestido y su velo, debería haber sido una bella novia, pero, cuando alzó la vista, su mirada solo mostraba aflicción. Más bien parecía una mujer condenada.

—¿Ya es la hora? —preguntó en voz tan baja que apenas se la oyó.

Era como si la Isadora que conocíamos hubiera desaparecido y solo quedara una pálida y delgada cáscara.

Sentí mi pecho hincharse de amor y abnegación. Y algo más: de ira. Empezó como un cosquilleo en las piernas que se inflamó y se convirtió en fuego en las venas. Mi sangre bombeaba furiosa. Luego prácticamente se convirtió en un rugido, como si fuera una madre osa a punto para defender a su cachorro. Todo este tiempo me había abstenido de intervenir porque estaba convencida de que al obedecer a Caroline estaba protegiendo a Isadora. Ahora veía la situación bajo una luz distinta. Caroline nos había atrapado a todos utilizando contra nosotros nuestros propios miedos. Porque ¿quién era en realidad mi hermana? No era especialmente hermosa, talentosa o lista. Nunca habría podido construir un negocio como lo había hecho Oliver, ni crear esculturas como Isadora, ni escribir libros como yo. Era un parásito que chupaba la energía vital de sus víctimas. ¿Cómo pude esperar que Grace dejara a Harland si yo no podía separarme de mi propia hermana?

Me volví hacia Oliver.

—Ya estoy harta de todo esto. ¿Y tú?

Frunció el ceño y meneó la cabeza.

—¿De todo esto?

—Hemos estado evitando las consecuencias de lo que sucedería si nos oponemos a Caroline. Pero ¿qué nos pasará realmente a nosotros si lo hacemos? ¿Sobre todo, si lo hacemos juntos?

Abrió mucho los ojos y se frotó la nuca.

—Las consecuencias serían desastrosas. La cólera de Caroline no conoce límites. Ya sabes lo que le hizo a Harland Hunter. No estará satisfecha hasta que haya destruido por completo a cualquiera que se oponga a ella. No creo que ordenara que matasen a Harland, como insinúan algunos, pero creo que podría haberlo hecho si hubiese querido.

—Pero ¿consecuencias para quién? —le pregunté—. Tú eres uno de los hombres más poderosos de Estados Unidos. ¿O es que te ha convencido de lo contrario?

—¿Yo? ¡No! Estoy pensando en Isadora. En lo que Caroline le haría a nuestra hija si esta boda no sale adelante.

Ambos nos dimos la vuelta y miramos a Isadora. Su figura demacrada y sus mejillas hundidas la hacían parecer como una

persona que llevaba días sin comer.

—¿Más de lo que ya le ha hecho? —dije yo, volviendo a mirar a Oliver.

Me sostuvo la mirada hasta que estuve segura de que nos habíamos entendido perfectamente.

Eché un vistazo hacia la puerta.

—¿Qué vamos a hacer con Woodford y los criados?

Oliver se irguió por completo.

—Yo pago su sueldo, por Dios. En esta casa, el jefe soy yo. —Luego, girándose hacia su hija, dijo—: Quítate ese vestido, Isadora. Nos vamos.

Los espectadores me vitorearon durante el recorrido de mi carruaje abierto hacia la iglesia. La mayor parte de ellos no sabían quién era, pero el emblema de los Hopper en la puerta del carruaje indicaba que debía de ser alguien importante. Todas las ventanas de todos los edificios por los que pasamos mostraban los rostros de personas que disfrutaban de sus propias fiestas privadas. Cientos de ojos me contemplaban a través de prismáticos de ópera, escrutando mi vestido de seda y el broche de zafiros y diamantes que lo decoraba. Contemplé sus expresiones de emoción con un punto de curiosidad de escritora. «Qué extraños son los seres humanos —pensé—. ¡Cómo nos gusta el espectáculo! Proyectamos todas nuestras esperanzas y sueños en personas a las que creemos perfectas, en lugar de concentrarnos en hacer que nuestras propias vidas florezcan.»

Aunque mis circunstancias no podían haber sido más distintas que las de María Antonieta, de pronto me vino a la mente una imagen suya: con un vestido sencillo de muselina y un gorro, las manos atadas atrás, de camino a la guillotina en una carreta. ¿Los gritos y las aclamaciones de los espectadores que la observaban en su camino se convirtieron únicamente en sonidos distantes mientras una sensación de sublime indiferencia la envolvía y ella se rendía a lo que debía ser? Ella había caído desde una gran altura. Yo, por otro lado, estaba ascendiendo.

A medida que nos acercábamos a la iglesia, la multitud se volvía más densa: eran sobre todo mujeres, luchando entre ellas para conseguir una mejor perspectiva de la comitiva nupcial. Los policías se las veían y se las deseaban para retenerlas. Cuando vieron mi carruaje empujaron aún más, y yo sentí vergüenza ajena al ver a los policías empujarlas y amenazarlas con la porra.

El cochero tuvo que detener el carruaje a cierta distancia de la escalinata de la iglesia, y una hilera de policías me protegió para llegar con dificultades a la puerta. Las damas de honor, que

aguardaban en el porche, miraban a la multitud con terror.

Dejé atrás a las damas de honor y entré en la iglesia. Alguien debió de hacerle una señal al campanero, porque las campanas empezaron a repicar, anticipando la llegada de la novia y de su padre.

Casi pierdo el valor cuando los invitados se pusieron de pie. Grace se volvió hacia mí y parpadeó, sorprendida, pero todos los demás se fundieron en un mar de sedas, brocados, lencería, plumas y perlas, hasta que descubrí a Caroline en el primer banco. Tenía el ceño fruncido, pensando probablemente que yo había entrado en la iglesia cuando no era mi turno por culpa de los nervios. Nunca se habría imaginado lo que estaba a punto de hacer su hermana menor.

Creyendo erróneamente que la novia estaba entrando, el organista empezó a tocar la marcha nupcial y el coro empezó a cantar. Pero los detuvo bruscamente el director de la orquesta cuando vio que yo estaba sola.

Se hizo un silencio estremecedor mientras recorría el pasillo central, y los susurros empezaron a extenderse por la concurrencia. No me atreví a mirar en dirección al duque y a sus caballeros de honor, o al obispo de Nueva York y a sus clérigos, que estaban esperando en sus lugares asignados en el presbiterio. Podría haber maldecido a Oliver por dejar que me adentrara sola en territorio enemigo, pero habíamos tenido que actuar con rapidez, así que no hubo otra opción.

Cuando me situé frente a Caroline, fue como David enfrentándose a Goliat; se me encogió el estómago.

—Caroline, necesito hablar a solas contigo y con el obispo, en la sacristía.

Su rostro se congeló.

—¿Qué sucede? ¿Qué es lo que ha hecho Isadora?

Cuando me di cuenta de que le preocupaban más los cuchicheos que se estaban extendiendo por toda la iglesia que el bienestar de su propia hija, recuperé el coraje.

—No va a haber boda —dije.

Lucy, de pie junto a Caroline, lanzó un grito ahogado. El obispo se acercó a nosotras para averiguar qué sucedía.

—¡Iré yo misma a buscar a mi hija, si Oliver y tú no os las podéis arreglar para traerla! —contraatacó Caroline.

—Isadora no está en casa.

—Será mejor que hablemos en la sacristía —susurró el obispo, señalando con la cabeza una puerta lateral.

El volumen de los murmullos se acrecentó cuando Caroline y yo, seguidas de Lucy, nos dirigimos a la sacristía. Los invitados entendieron que había algún problema serio.

—¡Han secuestrado a la novia! —oí que decía la señora Warburg a otro de los invitados—. Seguro que es cosa de los sindicatos, que no

quieren que tal cantidad de dinero se vaya del país.

El obispo cerró la puerta de la sacristía y esperó a que yo hablara. Abrí y cerré los puños como si, de algún modo, pudiera hacer que Oliver e Isadora fueran más deprisa en el automóvil privado de mi cuñado. Isadora ya había preparado el equipaje para un largo viaje, de manera que lo único que tenían que hacer era llegar a su ubicación secreta.

—¿Dónde está Isadora? —exigió saber Caroline.

—Se ha ido. Oliver se la ha llevado. No sé adónde.

Era verdad. Puede que en el momento en que Oliver salió de la casa con Isadora no supiese adónde iban. Me había dicho que tenía una habitación reservada para mí en el Waldorf-Astoria, y había ordenado a Jennie que enviara allí mi ropa y mis objetos personales.

—Organizaré tu viaje de vuelta a París —me había asegurado—. Y un guardaespaldas, si lo necesitas.

Pensé que era una broma, pero quizá no lo fuera, a juzgar por la fiereza con la que Caroline me estaba mirando en esos momentos. Había sido una buena idea que Oliver no me dijera adónde se llevaba a Isadora. Caroline podría tratar de obtener la información mediante tortura.

—¡Esto es un ultraje! —exclamó Lucy—. ¿Cómo voy a explicárselo al duque? ¡Nos habéis convertido en el hazmerreír de la alta sociedad! ¡Y no solo aquí, también en Inglaterra! —Me miró con aquella condescendencia que conocía tan bien—. Eres una mujer ingrata y miserable. ¿Cómo has podido hacerle esto a Caroline después de todo lo que ella ha hecho por ti?

La mirada de mi hermana mostraba furia, como si la hubiera poseído un demonio. Tenía los ojos entrecerrados y me mostró los dientes al hablarme.

—Pues ¡claro que ha podido hacerlo! —dijo—. La invité a venir aquí, creyendo que podía confiar en ella. Mi hermanita rara y sus extraños libros. Pero, como no podía hacer nada con su propia vida, vino aquí a destruir la mía por celos. Debería haber sabido que no me sería fiel. ¡Es traicionera! Nació con un alma perversa.

El ataque de Caroline me hizo estremecer. ¿Nací con un alma perversa? Había sido una niña inocente que la adoraba. Y había venido a Nueva York para ayudar a mi sobrina y con la secreta esperanza de que Caroline y yo pudiésemos volver a ser hermanas.

Lucy retrocedió ante el arrebato de Caroline y lanzó una mirada al obispo, que contemplaba el intercambio boquiabierto.

—Debemos mantener la calma, Caroline —dijo Lucy, tocando a mi hermana en el brazo—. Mantener la calma y pensar en algo para decirles a los invitados. Podemos contarles que Isadora ha contraído una enfermedad terrible. O que la han envenenado. Debemos ganar

tiempo para reparar esto.

Caroline miró con dureza y frialdad a su amiga.

—¿Y por qué no les decimos que está muerta? Porque para mí lo está.

Lucy se tapó la boca con la mano. Por una vez, se quedó sin palabras. Era obvio que nunca había visto aquel aspecto de la naturaleza de Caroline.

—Señora Hopper —intervino el obispo—, estamos en la casa de Dios.

Caroline no le prestó atención. Tenía los ojos fijos en mí, la mirada cruel.

—Debería haber terminado lo que traté de hacer en la plantación.

Sus palabras me confundieron. Empecé a desenredar el embrollo y me entraron ganas de darme la vuelta y salir corriendo, pero tenía los pies pegados al suelo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué trataste de hacer en la plantación?

De pronto, un miedo cerval se adueñó de mí. Me quedé paralizada, como si alguien me hubiera dejado caer hielo por la espalda. Por una extraña razón, recordé a *monsieur* Plamondon comentando que Luisiana tenía asociada cierta oscuridad. Y, aunque era muy joven cuando salí de allí, hay cosas que quedan en el subconsciente.

—Cuando solo tenías unas semanas de edad, me colé en tu cuarto y vi tu cuerpo pálido —dijo Caroline—. Ningún ser humano podía ser tan blanco, y supe que eras un mal presagio. Cogí una almohada y traté de ahogarte, pero tu niñera me descubrió. Después de aquello, me mantuvieron alejada de ti.

—¡Caroline! ¡No sabes lo que dices! —gritó Lucy—. Has sufrido una enorme tensión. Voy a llamar al doctor Mitford, te dará algo para que te calmes. Por favor, no te preocupes. Todo esto lo arreglaremos juntas, como siempre lo hacemos.

Si Caroline oyó las súplicas de su amiga, no dio muestras de ello. Siguió con los ojos clavados en mí y pude ver un profundo vacío en ellos. Ya hacía tiempo que sospechaba que yo no era nada para mi hermana, solo alguien a quien llamar y utilizar. Lo que no había comprendido del todo era que Caroline en realidad me odiaba. Pero también vi que no era culpa mía. Caroline era una persona desprovista de amor. Quizás incluso carecía de alma.

Si me hubiera dicho aquellas palabras de niña, es posible que me hubiera arrojado al Sena. Incluso si lo hubiera hecho hacía solo unos meses, me habría dejado devastada. Ahora, lo único que sentí fue que me desprendía de lo último que me unía a ella: se rompió como una cuerda delgada y raída.

—Sí sabe lo que dice, Lucy —respondí con calma—. Y es lo que tiene intención de decir, hasta la última palabra.

Pero ya no podía destruirme, porque por fin sabía quién era yo: alguien infinitamente mejor que ella.

Me di la vuelta y salí de la sacristía, recorrí el pasillo pasando por delante de los atónitos invitados y abandoné para siempre la vida de Caroline.

34

París, 1900

Querida Grace:

Siento mucho que tu madre haya fallecido. Sé que la querías mucho y que tuvo la hija más bondadosa que es posible tener.

Sin embargo, me complace saber que pronto te unirás a nosotras en París, y también en el viaje que tenemos previsto hacer a Italia. Nuestra estancia inicial aquí, después del desastre de Nueva York, ha servido para darnos calma a todos, e Isadora y Thomas (me está costando dejar de llamarlo «señor Gadley») se casaron en Roma.

Nuestro pequeño poblado de «artistas» aquí, en la Rue Jacob, es un lugar feliz y productivo. Nos pasamos las mañanas trabajando: yo escribo, e Isadora y Thomas estudian, modelan, funden y esculpen juntos. Por las tardes visitamos los museos o paseamos por las calles en busca de inspiración. Isadora está trabajando en una escultura de gran tamaño de una madre osa defendiendo a sus cachorros. Cuando la termine, será una obra soberbia.

Oliver sigue siendo muy generoso con nosotras; se ha ofrecido a pagarnos un apartamento espacioso y la matrícula de Isadora en la École des Beaux-Arts, pero mi sobrina está decidida a salir adelante por sí misma. Me ha dicho que siente la presencia de *grand-maman* en este apartamento, que la ayuda en su trabajo y que no quiere ir a ningún otro lugar.

Apenas se parece ya a la Isadora que vimos en Nueva York. Es fuerte, tranquila y segura de sí misma, y no se deja engañar fácilmente. Ella y Paulette están muy unidas, y les gusta ir juntas al mercado. A veces, los vendedores intentan enredarla, pero nadie es capaz de tomarle el pelo a Isadora. Sabe discutir y negociar como una pescadera. Se ha convertido en una persona animada y vivaz, como siempre supe que podía ser.

He recibido anticipos muy generosos por mi novela corta *El gato misterioso* y por mi novela ambientada en Nueva York, así que ya no tengo deudas y estoy decidida a convertirme también en una mujer autosuficiente. Por eso le hemos pedido a Oliver que patrocine con generosidad la Charles Garrett House en Greenwich Village y sus proyectos secundarios, cosa que, según tengo entendido, ha estado haciendo con entusiasmo.

Me encantó que me contaras que Oliver y la señora Natica Miller han llegado a un acuerdo. Oliver nunca estuvo especialmente interesado en la alta

sociedad de Nueva York, y, como la señora Miller fue rechazada después de su divorcio de su esposo amante de los caballos, formarán una bonita pareja. Oliver fue muy generoso en las disposiciones de su divorcio de Caroline; incluso llegó a dejar que lo «pillaran» con una mujer de dudosa reputación para que las culpas cayeran sobre él. Ahora que se ha librado de las garras de mi hermana, se merece ser feliz.

Dejé de escribir y leí algunos de los artículos de prensa que Florence me había enviado. Todos ellos hablaban de cómo Caroline se había convertido en defensora de los derechos de la mujer y de los inquilinos pobres de Nueva York. Elegí uno de ellos, del *New York Times*.

Desde que la periodista Cecilia West puso al descubierto la desacertada «fiesta del vagabundo» de Permelia Frances, en la que los invitados venían vestidos con harapos y comían la cena en tapas de cubos de basura, la alta sociedad de Nueva York ha pasado a ser despreciada por la ciudadanía, que antes la veneraba. Las personas exigen ahora leyes que garanticen que los ricos aporten su parte de impuestos y que establezcan prácticas laborales mejores y más justas.

En la alta sociedad, nadie ha prestado más atención a las quejas ciudadanas que la señora Caroline Hopper. «Como líder de la alta sociedad, considero que es mi deber establecer criterios de conducta exigentes y allanar el camino para otras mujeres en posiciones menos afortunadas —declaró—. Por eso decidí divorciarme de mi marido, a pesar del riesgo de ser repudiada por ello. Creo que no se debe obligar a ninguna mujer a permanecer con un hombre cruel y negligente.»

El artículo continuaba diciendo que, después de «la valerosa decisión de la señora Hopper», otras mujeres notables se habían divorciado de sus maridos.

«Siempre he sido la primera en hacer cosas. Siempre he sido una líder nata», dijo la señora Hopper.

Moví la cabeza de un lado a otro, asombrada. ¡Era Oliver el que había querido el divorcio! Pero así era Caroline. Podía resucitar como un ave fénix de las cenizas del peor escándalo y, de algún modo, dar la vuelta a la situación y ponerla en su favor.

Sabía que a mi hermana le daban igual las mujeres trabajadoras y los pobres de Nueva York. Lo único que le importaba era ella misma y lo que otros opinasen de ella. En cuanto la reforma social dejara de estar de moda, la soltaría como una patata caliente y buscaría otra cosa que pudiera utilizar para enaltecerse, aunque no podía dejar de admirar su capacidad de supervivencia.

Suspiré y volví a mi carta a Grace.

Me preguntas si pienso alguna vez en Caroline. La respuesta es que no

hacerlo me hace sentir más en paz. Pero, durante los momentos en que mi mente vuelve a ella, intento imaginármela velando a su hijo moribundo, o como una niña aterrorizada por la destrucción de su casa durante la guerra de Secesión. Cuando lo hago, puedo verla como un ser humano. De otra forma, la historia de mi hermana y mi relación con ella sería demasiado trágica para pensar en ella.

Oliver, Isadora y yo fuimos las personas que más la quisimos. La habríamos apoyado. Pero Caroline no puede quererse a sí misma, así que nunca podría querernos a nosotros. Y, de todos modos, no quería nuestro amor; lo único que quería era nuestra obediencia ciega.

Puede que, algún día, algún brillante estudioso de la mente idee una teoría que explique personalidades como las de Caroline y Harland. En cuanto a mí, a pesar de que a menudo anhelo una explicación para lo inexplicable, he aprendido a dejar las cosas tal como están.

Cuando hube terminado la carta, saqué las páginas de prueba de mi novela, *Muerte en Waverly*, para marcar mis correcciones antes de que la versión final fuera a la imprenta. Estaba haciendo anotaciones al margen cuando oí a Isadora y a Thomas romper a reír. Sonreí. Se reían tanto juntos que no sabía cómo se las arreglaban para producir obras tan buenas; pero quizás aquel fuera su secreto.

Las risas prosiguieron durante un rato, y me pudo la curiosidad. Guiñé el ojo a la fotografía de *grand-maman* y aparté las páginas.

—Vamos a ver lo que están tramando.

Entré en el estudio de escultura, que había sido el dormitorio de *grand-maman*, esperando hallar a Isadora y a Thomas con la cabeza inclinada junto a un modelo de arcilla. En cambio, lo que encontré fue a Isadora sentada en una silla haciendo esbozos, y a Thomas reclinado en un sofá, desnudo como cuando vino al mundo. Al verme cogió un pañuelo para taparse las vergüenzas.

—¡Dios mío! —grité, tratando de retirarme deprisa, pero me enganché la manga en el cierre de la puerta.

Isadora se rio a carcajadas.

—¡Tía Emma! ¡No creía que fueras una mojigata! Thomas está posando para mí. Ven a ver los modelos de arcilla que he hecho de él. Ahora estoy trabajando en uno mayor.

—Mejor no —dije, tratando de liberar la manga con escasa pericia. Me ardía el rostro—. Tengo que terminar la revisión final de *Muerte en Waverly* hoy mismo.

Thomas se puso de pie y tiró de un batín.

—Emma —dijo, tratando de calmarme—, ya sabes que a las mujeres artistas no se les permite trabajar con modelos al natural, como sí pueden hacer los hombres. Eso las sitúa en una posición de desventaja en lo que se refiere a encargos públicos. Solo estoy ofreciendo mi humilde cuerpo para que mi esposa pueda crear el arte del que es capaz. No puede haber escándalo alguno si utiliza a su

marido para sus estudios.

Recordé la amplia colección de desnudos femeninos de Douglas Hardenbergh. Thomas tenía razón: había un motivo por el que las mujeres artistas se habían visto limitadas a pintar frutas y flores.

—Es muy cierto —respondí yo, liberando por fin la manga y saliendo por la puerta—. No os importuno más.

Estaba regresando a mi habitación cuando sonó el timbre de la puerta principal. Paulette había salido a hacer unos recados, así que fui a abrir. Mi corazón se detuvo al ver a Claude en el umbral. Llevaba bajo el brazo un cuadro cubierto con una tela y atado con cuerda. Debía de ir a ver a su marchante de arte.

La sorpresa ralentizó mis reflejos, y me quedé mirándolo un rato antes de reaccionar.

—¡Claude! ¡Entra! —dije a trompicones.

Estaba tan guapo como siempre, con su bello rostro de tez olivácea y su mata de cabello ondulado. Noté un dolor en mi interior, parecido al día en que salí en barco de Le Havre hacia Nueva York. Solo que esta vez era peor, por cómo las cosas habían cambiado tan significativamente entre nosotros.

—Supe que habías estado en Italia un tiempo —dijo él mientras me seguía hacia el salón—, pero no descubrí hasta ayer que habías vuelto a París. Me lo dijo Belda. —Me miró directamente—. ¿Por qué no has venido a vernos al café? Todos preguntan por ti.

Hice un gesto invitándolo a que se sentara y yo me senté también. Por primera vez desde su llegada, logré levantar la vista y mirarlo a los ojos. Por la perplejidad que vi en ellos, me di cuenta de que aquello estaba siendo tan difícil para él como para mí. Eso me dio valor para ser sincera.

—No estaba preparada, Claude. Para mí, habría sido demasiado difícil verte con Lise.

Se me quedó mirando sin pestañear.

—Lise y yo no estamos juntos desde que recibí tu carta de Nueva York. No era una relación seria, ni por su parte ni por la mía.

—Oh.

Me volví, mi mente funcionando a toda prisa mientras mi sentido de la realidad vacilaba. Cuando los vi juntos en Nueva York pensé que estaban enamorados, pero quizá mi profundo dolor me había hecho exagerar las cosas. Apreté una mano con la otra, tan fuerte que las noté palpitar. ¿Era posible que llevara meses guiándome por una conclusión equivocada?

Del estudio salió una carcajada. Claude volvió la mirada en aquella dirección.

—Mi sobrina y su marido —le expliqué—. Se lo pasan bien trabajando juntos… Muy bien, diría yo.

Asintió y echó un vistazo a su alrededor. Su mirada se detuvo en el busto de bronce que Isadora me había esculpido y se levantó para examinarlo.

—Es una pieza soberbia. Capta tu resplandor y tu porte naturales.

A mí también me gustaba el busto por esas mismas razones, y lo contemplaba cada vez que sentía vacilar mi coraje. Como ahora. Claude me estaba mirando, pero yo mantenía los ojos apartados.

—Hizo mucho daño, ¿verdad? Me refiero a Caroline —dijo él.

Asentí.

—Lo siento, Claude. Lo peor fue lo mucho que te hirió a ti. Nunca la perdonaré por ello.

—¿Y tú, Emma? ¿No estás furiosa por lo que te hizo a ti?

Noté las lágrimas brotar, así que cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir.

—No puedo. La cólera me conectaría con ella… y me he liberado.

Me escuchó con atención, absorbiendo cada palabra. Había olvidado lo bien que se le daba escuchar; era uno de sus muchos atractivos.

—Me gustó lo que escribiste en tu última carta —me dijo—. Admiro tu determinación y la seguridad que sientes en ti misma. He oído que tu carrera también está yendo bien, ¿verdad?

—Estoy disfrutando de más éxito que en el pasado, así es. Pero en lo que pienso ahora es en mi vida; la trato como una obra de arte que nunca estará terminada. Y he aprendido que está llena de sorpresas. Deseaba una familia, y ahora la tengo con mi sobrina y su marido. Soy muy feliz, aunque no es la familia que me había imaginado.

Claude inspiró y cogió el cuadro que había traído consigo.

—Yo también he estado pensando mucho —dijo, deshaciendo los nudos de la cuerda de un tirón—. Finalmente compré aquella propiedad en el campo con la que siempre había soñado. Está en Grez-sur-Loing; hay una gran colonia de artistas allí. He estado pasando periodos de unos cuantos días en la casa para hacer reparaciones. Un día me senté y me pregunté: ¿para quién estoy haciendo todo esto? ¿Cuál es el sentido, si no tengo a Emma? —Me miró con sus hermosos ojos grises—. Fui un estúpido. ¿Por qué rechacé la felicidad cuando me la ofrecieron? Debería haberme casado contigo y confiado en que nada cambiaría para mal. Debería haber tenido más fe en nosotros; sobre todo en ti.

Retiró la tela y dio la vuelta al cuadro para que lo viese. Era una vieja casa de madera rodeada de un huerto de melocotoneros y flores asilvestradas. Lo habían pintado con trazos gruesos y colores vivos: lila, rosa y dorado. Junto a la puerta de la casa había una mujer rubia —yo— con un niño en brazos.

—La casa ya está reparada, pero el jardín te lo he dejado a ti.

Siempre has soñado con un jardín, Emma.

Me quedé mirando el cuadro sin poder creer que algo con lo que un día había soñado se hubiera convertido en aquella bella imagen.

—Emma, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó Claude.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Llevaba años esperando oír aquellas palabras y, ahora que Claude las había pronunciado, vi lo fácil que era volver a mi yo anterior: la persona inestable e insegura que había sido. Entonces había deseado pertenecer a alguien porque no había sabido cómo pertenecer a mí misma.

Inspiré profundamente.

—Necesito más tiempo, Claude. Me he enfrentado a la persona a la que más he temido toda mi vida y he salido airosa. Pero no estoy hablando de Caroline, sino de mí misma. Estoy empezando a crecer para convertirme en la verdadera Emma Lacasse, y me gusta. Quiero llenar sus espacios vacíos yo misma. Quiero estar libre de grilletes y de inseguridades.

Claude me miró con la boca abierta. Luego, poco a poco, sonrió, y la sonrisa se convirtió en risa.

—Bueno, no ha sido el «sí» que yo esperaba, pero tampoco ha sido exactamente un «no». La situación no deja de ser irónica. Casi oigo las risas de Belda y los demás.

Lo cogí de la mano. Él cogió la mía y me miró a los ojos, una mirada amorosa.

—La casa de Grez-sur-Loing lleva mucho tiempo allí. Puede esperar un poco más, hasta que Emma Lacasse esté lista.

Sonreí y lo besé en sus suaves labios. Mis lecciones habían sido duras, pero el dolor y las lágrimas habían valido la pena. Cuando dejé de desear que las cosas fueran distintas de lo que eran, un mundo se abrió para mí. Y yo estaba lista para aceptarlo.

Nota de la autora

La Edad Dorada hace referencia a un periodo de la historia de Estados Unidos que coincide aproximadamente con la era victoriana en Gran Bretaña y la *Belle Époque* en Francia. Fue un tiempo de rápido crecimiento económico en el que se hicieron grandes fortunas y en el que millones de inmigrantes inundaron el país. Fue también un periodo de extrema riqueza para algunos y de tremenda miseria y escasez para otros. El término fue acuñado por Mark Twain en su novela *La edad dorada: un cuento de hoy*. En inglés, «*gilded*» no es lo mismo que «*golden*», sino que se refiere a una pátina brillante y fina que cubre algo menos atractivo.

Al escribir esta historia me influyeron los pintorescos personajes de esa época: Caroline Astor, Alva y Consuelo Vanderbilt, Diamond Jim Brady, Harry Lehr y Stanford White, entre otros. Sin embargo, aunque sus historias y personalidades han inspirado algunos de los acontecimientos de la novela, esta sigue siendo una obra de ficción y ninguno de los protagonistas representa a una persona real, ya sea en su temperamento o en su historia vital.

Agradecimientos

*E*stoy en deuda con el equipo de HarperCollins Australia por su entusiasmo y apoyo mientras escribía *La invitación*. Me gustaría mencionar en especial a Kathy Hassett y a Anna Valdinger, editoras de ficción, y a Scott Forbes, editor sénior, por su profesionalidad y por el tiempo que han dedicado a hacer brillar *La invitación*. También quisiera dar las gracias a la editora Nicola O'Shea, cuya extraordinaria capacidad para captar los personajes y la estructura hace que trabajar con ella parezca cosa de magia. Una mención especial para la fantástica Roslyn McGechan, que me ayudó en la revisión de las últimas páginas.

Con frecuencia, escribir es una actividad solitaria, y el apoyo de mi familia y amigos y su deseo de verme triunfar es el viento que empuja mis alas. Estoy agradecida a todos ellos, en especial a mi padre, Stan, y a mis amigas Tracey, Melinda, Lily y H alina, así como a mis tres gatos, Valentino, Versace y Gucci, que comparten el espacio donde escribo y prestan su propia y particular energía a la tarea.

¡Gracias a todos por aportar vuestro toque único a este libro!

Con todo mi cariño y gratitud,

BELINDA ALEXANDRA

Título original en inglés: *The Invitation*

© 2018, Belinda Alexandra

Primera edición en este formato: septiembre de 2021

© de la traducción: 2021, Efrén del Valle
© de esta edición: 2021, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-18557-57-6

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.